ALINA NOT



Los 10 mandamientos de Casey Adams

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

PRÓLOGO

1. LLAMA ANTES DE ENTRAR

2. NO ALIMENTES LOS COTILLEOS

3. NO TE LÍES CON TU EX

4. APRENDE A HACERLO SOLO

5. NO LLEGUES TARDE EL PRIMER DÍA

6. NO TE METAS DONDE NO TE LLAMAN, CASEY

7. HUYE DE LAS BUENAS INTENCIONES

8. NO MIRES A LA TENTACIÓN A LOS OJOS

9. SI NO ES TU MOVIDA, PASA DE ELLO

10. MANTÉN LA PAZ EN EL HOGAR

11. CÍÑETE A TU PAPEL

12. NO TE CUELES POR ESA VENTANA

13. VÍSTETE PARA IMPRESIONAR

14. EQUILIBRA LA BALANZA

15. MÍRALA... Y NO TE JUZGUES

16. NO TE LANCES A UNA PISCINA SIN AGUA

17. ENCUENTRA ALGO NORMAL

18. CONFÍA EN TUS ALIADOS

19. NO CANTES CON LA BOCA LLENA

20. CORRE SIN MIRAR ATRÁS

21. CUMPLE LAS NORMAS

22. MANTÉN LA (COM)POSTURA

23. NO DESVELES TUS SECRETOS CON CUALQUIERA

24. NO DEJES QUE EL GATO DUERMA EN LA CAMA

25. SUPERA TUS PROPIOS LÍMITES

26. NO ENTRES EN LOS ESTABLOS

27. DEFIENDE A TUS AMIGOS

28. DÍSELO CON CHOCOLATE

29. APUESTA A LO MÁS PROBABLE

30. NO SUCUMBAS A UN HOYUELO

31. MUESTRA TU MEJOR PERFIL

32. NO LE DES TANTA IMPORTANCIA A UN BESO

33. BUSCA EL LADO POSITIVO

34. VUELVE AL LUGAR DONDE FUISTE FELIZ

35. FINGE HASTA QUE TE LO CREAS

36. NO DEJES SALIR A CROL

37. SIGUE NADANDO

38. NO NIEGUES UN PEQUEÑO FAVOR

39. CELEBRA LA AMISTAD

40. APRENDE A DECIR NO

41. MIENTE COMO SI FUERA VERDAD

42. NO TE METAS EN LÍOS

43. LÁNZATE AL AGUA

44. PROTÉGETE DEL FRÍO

45. ELIGE UNA CITA... Y SOLO UNA

46. APAGA EL RUIDO

47. NO TE OLVIDES DE TOMAR AIRE

48. NO AVANCES CON LOS OJOS CERRADOS

49. NO MIRES ATRÁS

50. NO INVENTES CONSTELACIONES

51. CONTÉN LA RESPIRACIÓN

52. DILO MUY ALTO

53. MÉTETE EN TUS PROPIOS ASUNTOS (Y NO EN LOS DE LOS DEMÁS)

54. LLÉVALA A CASA

55. SÉ FIEL A TU PALABRA

56. JAMÁS CONFÍES EN UN PERCY

57. HUYE DE LAS MALAS VIBRACIONES

58. ABRE LOS OJOS

LOS 10 MANDAMIENTOS

CAPÍTULO EXTRA. HAZ UNA LISTA

AGRADECIMIENTOS

Créditos

Los diez mandamientos de Casey Adams

Alina Not





A quienes sonríen bajo las tormentas
y disfrutan de las tonterías.
Nunca dejéis de hacerlo.

PRÓLOGO

Si lo hubiera sabido en aquel momento, tal vez habría dicho o hecho algo diferente cuando me dio la lista. Pero es que esas cosas no se saben. Es imposible, ¿verdad? No se puede predecir el futuro y, aunque pudiéramos, la mayor parte de las veces apostaríamos a que al día siguiente todo va a seguir igual. Al cerebro le gusta la rutina. Al corazón lo que le gusta es no tener que romperse.

En definitiva, yo no sabía que la lista sería tan importante hasta que me vi jugueteando con ese trozo de papel entre los dedos en el asiento trasero de un coche de alta gama frente a las imponentes puertas metálicas del lugar de mi destierro. Mamá dijo que no era un castigo, pero ¿qué otra cosa podía ser? La culpa había terminado siendo mía, como siempre, y nadie más tenía que sufrir las consecuencias de mis actos..., aunque los *actos* no hubieran sido cometidos solo por mí.

Me metí la hoja doblada en cuatro en el bolsillo trasero, me planté frente a la entrada y le dediqué una sonrisa a Ken, el chófer de los Percy, cuando descargó el equipaje a mi lado.

Hay que ver el lado bueno, Casey.

Era mi voz, no la suya, pero el efecto tenía que ser exactamente el mismo, porque nunca había importado quién de las dos lo dijera en alto.

Octavo mandamiento.

La directora, Marianne Macrae, había reunido una pequeña comitiva para darme la bienvenida. Me sentí más pequeña porque

supe al instante que cualquier trato pomposo no se debía a quién era yo, sino a quién había pagado para meterme allí. Qué curiosas son las familias. A veces, hacen mucho más por ti cuando están lejos. De entre todas aquellas personas que trataban de hacerme creer que el sitio era más un hogar que un colegio, solo una me acompañó hasta el edificio donde viviría los próximos dos años. La señora Newman, la secretaria de la junta directiva, se encargaba de gestionar la residencia de las chicas y, antes de llevarme a la que sería mi habitación, me mostró las instalaciones comunes y me explicó unas cuantas normas de convivencia.

Ahora sé que le gusta repetirlas, aunque no haga falta. Están muy claramente escritas en un cartel enorme en la «sala de esparcimiento».

Demasiadas reglas.

Muchas de ellas en claro conflicto con mi sexto mandamiento.

Volví a rozar el papel, atesorado en el bolsillo, con las yemas de los dedos.

Demasiadas normas.

Y yo ya tenía las mías.

Atenerme a ellas era todo lo que debía hacer durante los próximos dos años.

¿Verdad que parece un plan de lo más sencillo?

15.45 h
21 de agosto de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Casey Adams. Acaba de llegar y ya está revolucionando Liberty Haven. Puede que su nombre no os suene de nada, aunque ¿qué me diríais si os cuento que es hijastra de William Percy? La han desterrado aquí después de suspenderlo todo el curso pasado, se ve que estuvo muy ocupada para estudiar... Una chica de la que hablar, ¿no os parece?

Sobre todo, porque un pequeño incidente mientras fumaba marihuana (¿medicinal?) la ha puesto en el punto de mira. Las malas lenguas dicen que el atentado contra los enseres personales de Tara Williams fue intencionado.

En *The Royal Blab* tenemos la lengua muy pura, así que hemos de admitir que eso aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

De momento, que nadie pierda de vista a Casey. Esta chica promete.

1

LLAMA ANTES DE ENTRAR

Casey

—Esperamos que sepas aprovechar esta oportunidad.

«Espero que os metáis los consejitos por...».

—Sí, claro, por supuesto.

Morderme la lengua no es algo que yo haga muy a menudo. De hecho, mi guía espiritual de vida me impide taxativamente quedarme con las ganas de hacer algo, y, si es cuestión de ponernos estrictos, debo interpretar que eso incluye responder de manera tajante a la secretaria de la junta directiva del internado en el que estoy presa (es un decir, pero también un sentimiento). La mujer me observa como si me estuvieran haciendo el mayor favor de mi vida. Tal vez lo sea, si de esta forma no me expulsan y no tengo que volver a vivir con mi madre y con... los demás. Además, lo de esta vez puede que sí que haya sido pasarse de la raya. Sí, incluso para mí.

Así que respondo educadamente, hago una leve inclinación de cabeza y fuerzo una sonrisa. Luego, me doy media vuelta con toda

la dignidad posible y tiro de mi maleta, que pesa un par de toneladas, y avanzo por el enorme vestíbulo en dirección a la escalera. No he recorrido ni la mitad de la distancia cuando la maleta trastabilla por su propio peso y deja caer al suelo las dos bolsas y el neceser que he apoyado encima para no tener que hacer más de un viaje. Ha sido una crueldad hacerme bajar todas mis cosas hasta aquí cuando ya sabían que tendría que volver a subirlas. La señora Newman ni siquiera pestañea cuando me ve en problemas. Me observa con un gesto entre molesto y satisfecho. Confirmado. Soy su menos favorita. *Vaya, ya te digo yo a ti que sí*.

Mientras recojo mis preciadas pertenencias —y doy las gracias en silencio por el hecho de que falte una semana para el comienzo de curso y aún no haya muchas chicas por aquí para regodearse en mi desgracia—, medito sobre lo que me ha traído, a mí y a todas mis cosas, hasta este vestíbulo en este momento tan concreto de mi vida. Imagino que la gente dirá que mi situación actual es fruto de las malas decisiones. Pero lo cierto es que eso no es justo para nada. Y no se ciñe a la realidad de los hechos. Mi anterior compañera de habitación entró en un estado de histeria nerviosa y exigió que me mandaran a otro lado, lo más lejos posible. Injusto desde todos los puntos de vista porque llevábamos los dos meses de cursos de verano compartiendo cuarto y yo jamás le había causado ningún problema. Y, además, siempre le había dejado usar mi champú y eso que es carísimo. Pero, hace un par de días, una esquina de la colcha de su cama ardió de manera accidental. Quiero recalcar lo de accidental, ese punto es importante. Se prendió fuego sin que esa fuera para nada mi intención. Vale, la que encendió la llama fui yo. Pero, en mi defensa, debo decir que yo no pretendía que ardiera su colcha. Y que yo no sabía que esa colcha se la había bordado su abuela. Y que tampoco sabía que su abuela acababa de

morir hacía apenas cuatro meses. No hemos llegado a ser tan íntimas. En fin, un accidente, insisto. Lo apagué rapidísimo, casi ni se notan los daños. Por si hay dudas, no estaba encendiendo un mechero para fumar marihuana, como dice el rumor que se ha extendido en las últimas horas y como declara sin prueba alguna *The Royal Blab*, el perfil de escándalos y cotilleos de la red social exclusivísima de este internado. Al menos, no era ese el objetivo en esta ocasión en concreto. Estaba haciendo... Bueno, ¿qué más da lo que estaba haciendo? Mi intención era buena y lo de la colcha fue un daño colateral. Vale, sí, estaba intentando hacer un ritual de vudú que había encontrado en internet para el idiota que hizo daño a mi amigo, ¿vale? ¿No es eso tener buenas intenciones? ¿Usar magia negra para ayudar a un amigo con el corazón hecho polvo? Es que, si eso no es ser la mejor amiga del mundo, yo ya he terminado por aquí. En serio.

Cuando consigo volver a establecer el equilibrio en mi montaña de cosas personales, miro el interminable número de escalones a los que me enfrento y me trago un suspiro. Una habitación de la segunda planta... y de las buenas. No podía estar más lejos de la anterior. De eso se han asegurado bien. Como si mi querida Tara no estuviera a salvo a menos de dos puertas de mí. ¿Quién se han creído que soy? Casi tengo que dar las gracias por haberme librado de la cárcel, tal y como están las cosas. El caso es que, en cierto modo, he mejorado. Parece que he subido de estatus. Porque la segunda planta del edificio es infinitamente mejor que la primera (y ya no hablemos del puñado de habitaciones de la planta baja). Creo que salgo ganando con el cambio. Dicen que por allí las habitaciones tienen ducha propia, que el aire acondicionado funciona, y que solo alojan a las alumnas con más proyección de futuro. Y allí mora la única en todo el internado —que, irónicamente, tiene por lema el

apoyo y la ayuda entre alumnos— que se ha ofrecido voluntaria al instante para compartir su espacio conmigo. Creo que su compañera anterior se graduó y se fue a final del curso pasado. Y ella es la más famosa de este sitio ahora. Hasta yo la conozco, aunque no hayamos hablado nunca. Es guapa, rica, poderosa, va a pasar a último curso y se quedó durante el verano para el cursillo de orientación para estudios universitarios. Quiere estudiar Relaciones Internacionales. Quiere ser *royal* algún día, o eso dicen. Así que me parece que soy su proyecto de caridad. Ese «yo acogí a quien nadie quería», «soy la voz de la minoría», «todos importáis». Eso es tener ambición, amigos.

En el primer escalón ya me acuerdo de cuando le he dicho a Elliot que no necesitaba su ayuda. ¡Ja! Esto me pasa por orgullosa. Tampoco es que él sea mucho más fuerte que yo, a decir verdad, pero cuatro brazos debiluchos pueden más que dos. Con un poco de suerte, la señora Newman le habría dado permiso para entrar en la residencia femenina durante unos minutos y subir un par de bolsas. Aparto los lamentos para centrarme solo en arrastrar la maleta escaleras arriba. Un escalón detrás de otro. Voy bien. Puede que llegue a la segunda planta dentro de dos semanas, al ritmo que llevo.

—Eh, cuidado, que la bruja puede montar una hoguera en solo unos segundos. —Oigo una vocecita burlona.

Levanto la vista con la mandíbula apretada. Seguro que *sí* que parezco una bruja. Eso no lo puedo negar. Estoy sudando por todos los poros y sé que tengo que tener el cabello más encrespado de lo que me gustaría. Son dos chicas con las que me he cruzado unas cuantas veces. Y no me gusta que tengan esa imagen de mí, claro, pero mi guía espiritual dice que no debe importarme lo que piensen los demás e intento cumplirlo a rajatabla.

—Dicen que intentó matar a Tara Williams porque tocó su crema hidratante —aporta la otra, mientras pasan casi a mi lado pegándose todo lo que pueden a la pared para no acercarse más de lo necesario.

Esbozo una sonrisa conciliadora. Intento decir algo para suavizar la situación y me quedo con las palabras en la punta de la lengua. Esas dos ya siguen avanzando escaleras abajo, cuchicheando entre ellas y soltando risitas nerviosas.

—Qué desagradables —murmuro para mí misma—. Y las dichosas escaleras... A lo mejor debería haberle prendido fuego de verdad, el castigo sería mejor. Una cárcel. Con piscina, por favor. Una biblioteca. «Aprovecha esta oportunidad». Oportunidad..., y una mierda.

Voy soltando casi todo mi repertorio de tacos por el camino escaleras arriba. Un taco por cada escalón, cada vez más malsonante. Es la única manera de poder llegar hasta mi nueva habitación.

El pasillo está vacío y casi en completo silencio. Se oye el zumbido de la máquina de aire acondicionado de una de las habitaciones, cuando paso por delante de la puerta. Dicen que ha sido el verano más caluroso en décadas. Ha habido tormentas cada semana, eso también, y la humedad lo empeora todo. Alguien tiene puesta música de los Chainsmokers a un volumen demasiado razonable para que sea divertido. No creo que haya muchas chicas en los dormitorios a estas horas. Las pocas que han pasado el verano aquí o ya han vuelto de las vacaciones estarán disfrutando del estupendo día de sol que hace hoy. No hay razón para quedarse encerrada. A no ser que seas yo y hayas prendido fuego a una colcha.

Casi estoy nerviosa de verdad cuando me enfrento a la puerta cerrada de una de las mejores habitaciones de la residencia.

Lo primero que veo, al mover el picaporte y empujar suavemente, es mucha piel. Demasiada. Sí, definitivamente demasiada piel. Y está bronceada y firme y no tiene ni una mancha, ni una sola peca, pero, aun así, no es la visión más agradable que podría haberme encontrado. Y preferiría saludarla a la cara, al ser nuestro primer encuentro como compañeras de cuarto, pero lo primero que he visto de ella ha sido su perfecto culo. No está sola. Está a horcajadas sobre el cuerpo de alguien, en la cama. La espalda de ella está ligeramente curvada hacia atrás, dejando que la cascada de su pelo largo y rubio extra brillante le acaricie las nalgas.

Mi nueva compañera de habitación corta repentinamente un gemido de lo más sexi y gira medio cuerpo de golpe hacia mí, sin apartarse de su amante, pero echando chispas de rabia por los ojos. Azules. Fríos. Como el hielo.

—Pero ¿qué demonios...? —gruñe, elevando bastante el tono de voz—. ¡Fuera de aquí!

Eso ya es un bramido en toda regla. Menudo volumen de voz para la modosita que tiene en mente representar al pueblo británico cualquier día de estos.

Cierro la puerta lo más rápido que puedo y me quedo plantada en el pasillo. Normalmente no permito que la gente utilice ese tono conmigo, pero en este caso admito mi parte de culpa. Debería haber llamado. Aunque esta no es una situación que se me pudiera haber pasado por la mente. Todo el mundo piensa que Beatrice Cox es tan conservadora como su padre, el ministro, y que le va ese rollo de reservarse hasta el matrimonio.

Dudo durante unos segundos si debería quedarme esperando o será mejor alejarme un poquito y darles la intimidad que obviamente necesitan. Pero no tengo tiempo de llegar a ninguna conclusión por mí misma, porque, justo cuando lo estoy pensando, oigo voces en el

interior del cuarto. Están tratando de ser discretos y hablan prácticamente siseando, pero no me hace falta entender las palabras para ser consciente de que esto es una discusión.

La puerta se abre de golpe y el cuerpo del chico sale al pasillo, caminando hacia atrás y empujado por una mano con una perfecta manicura francesa. Lleva los vaqueros desabrochados y colgando de las caderas y tiene las zapatillas en la mano. Una camiseta sale volando para golpearle el pecho y cae al suelo, sin que él le preste atención.

—Bee..., por favor...

Su tono de voz es pura desolación. Pobrecito. Siempre me da lástima ver a alguien suplicando por amor. Y, tal y como se dirige a ella, no tengo ninguna duda de que el tío está colado. Mucho más que eso. Enamorado como un tonto. Es tan obvio que resulta hasta un poquito patético.

—Lárgate, Gray. Esto no puede volver a pasar. Vete.

Beatrice cierra de un portazo y, por la cara que él acaba de poner, es como si, en vez de encajar en el marco, la madera acabara de golpearle en plena nariz.

Y podría ser uno de los momentos especialmente bochornosos de mi vida... si no fuera muchísimo peor para él.

El chico se queda por unos segundos observando la puerta cerrada, con el pelo castaño oscuro ondulado revuelto sobre la frente y expresión de cachorro abandonado en plena autopista. No puedo evitar recorrer su perfil con la mirada... y luego el resto de su cuerpo. Supongo que es lo bastante espectacular para entender cómo ha conseguido irse a la cama con una chica como Beatrice. Tiene la nariz quizá demasiado respingona, la mandíbula menos ancha de lo que a mí me gusta en los chicos, y las cejas pobladas. Pero el tipo tiene el torso bastante fibroso. Se le marcan los

pectorales y puede adivinarse la forma de los abdominales bajo la piel. Hombros anchos y espalda trabajada, ahí merece la pena clavar las uñas.

Vuelvo a prestar atención a su cara cuando capto el movimiento de la nuez arriba y abajo en su garganta al tragar. Pestañea un par de veces, como si le costara entender lo que acaba de pasar. Ay, qué lástima. El pobrecito está bien fastidiado. Me dan ganas de decirle: «Te han dado un portazo en la cara, chaval, un poco de dignidad».

Se agacha y recoge la camiseta, apretándola en el puño, antes de que me dé tiempo a hablar. Se gira hacia donde estoy y parece un poco sorprendido de verme allí, pero no dice nada. Sus ojos marrones se clavan en los míos por apenas un segundo y, luego, desvía la mirada rápidamente y echa a andar por el pasillo, descalzo, con las zapatillas en una mano y la camiseta en la otra. Lo sigo con la vista hasta que desaparece por la puerta lateral.

Vaya, directo a la salida de emergencia.

Tengo firmes sospechas de que no es la primera vez que este tal Gray se cuela aquí.

2

NO ALIMENTES LOS COTILLEOS

Casey

La puerta del cuarto vuelve a abrirse de golpe una vez que él ha desaparecido de escena y Beatrice se asoma y mira a los lados, como si lo estuviera buscando. Luego clava los ojos en mí y une los labios formando una línea recta muy fina, juzgándome en silencio. Por lo menos se ha vestido. No puedo pedir más de ella.

—Eres Casey, ¿no?

—Soy Casey.

No dice nada más. Se da media vuelta haciendo ondear la falda del vestido azulado y se adentra en el cuarto de nuevo. Deja la puerta abierta. Me lo tomo como una invitación a pasar. Y no es que necesite invitación para entrar a mi propio cuarto, ni mucho menos, pero, estando la situación tan tensa, no me voy a poner exquisita.

Arrastro la maleta hasta el interior y tiro las dos bolsas y el neceser sobre la cama vacía que queda a la izquierda. Es bastante

parecido a mi cuarto anterior. Probablemente un poco más grande. Y, efectivamente, hay una puerta entreabierta a mi derecha que me permite atisbar lo que parece un baño. Propio. Con ducha. Me ha tocado la lotería.

Y ahí, frente a mí, entre las dos camas, lo que yo pensaba que era solo un mito y ahora se revela como una realidad: una doble balconera que da paso a la pequeña terraza. Privada. Solo nuestra.

—Espero que lo que has visto hace un momento quede entre nosotras, ¿sí? Agradecería mucho tu discreción —vuelve a hablar, con un tono de voz muy suave y melodioso.

Levanto la vista de la pantalla del móvil, que acabo de sacar del bolsillo y en el que ya estaba tecleando a toda velocidad en el chat con Elliot: «Adivina lo que me acabo de encontrar al llegar a mi nuevo cuarto...».

—Por supuesto —respondo, con la empatía desbordándome los ojitos—. No te preocupes. No es asunto mío.

Pulso «enviar» antes de bloquear la pantalla del móvil y tirarlo sobre la cama, justo al lado del neceser.

—Gracias, Casey —dice. Sonríe levemente y utiliza mi nombre de nuevo, para conectar más conmigo. Está aprendiendo lo suyo en esas clases de orientación a la realeza. Se nota—. Soy Beatrice, por cierto.

Hace una mueca y sonríe ampliamente, como si acabara de darse cuenta de que no se ha presentado, por descuido. *Uy, qué cabeza la mía*. Supongo que ya se imagina que, como casi todo el mundo, yo sí que sé quién es. Me tiende la mano y dudo unas décimas de segundo, porque estoy pensando en si se la habrá lavado y en lo que habrá tocado con ella antes de tendérmela a mí. Finalmente, se la estrecho porque es la única persona que se ha ofrecido a

compartir habitación conmigo, más vale que no empecemos con mal pie.

—¿Puedo echarte una mano? —Señala el monstruoso tamaño de mi maleta.

—No. No, no hace falta.

—Ah, bueno. Como quieras —se conforma, sin borrar la sonrisa—. De todas maneras, hay un sitio en el que tengo que estar. —Mira su reloj de pulsera—. ¿Te importa? Me voy un rato y así tienes tiempo para instalarte tranquila. Pero esta noche cenamos juntas y así nos conocemos un poco, ¿sí? Parece mentira que llevemos todo el verano siendo compañeras y apenas nos hayamos cruzado.

Se molesta tanto en fingir entusiasmo que no me queda otra salida que asentir con la cabeza y forzar una sonrisa.

—Muy bien.

—Genial. Bueno, pues me voy —repite, y abre una puertecita del armario para coger un bolso y colgárselo al hombro—. Te veo luego, Casey. Y bienvenida.

—Sí. Gracias.

En cuanto cierra la puerta al salir, yo me abalanzo sobre el móvil para desbloquear la pantalla y ver mis nuevas notificaciones. Lo sabía. Nadie resiste peor ante un cotilleo que Elliot Long. El primer mensaje es de menos de un minuto después de recibir el mío. Solo dice: «¿Qué?». Un minuto después: «¿Quéé?». Un minuto después: «¿QUÉ?». Y, a continuación, dos llamadas perdidas.

Sonrío mientras me llevo el teléfono a la oreja para escuchar los tonos de llamada. No me da tiempo ni a oír el segundo entero, porque él descuelga antes.

—¡Casey! ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? Mierda, te encanta mandar mensajes crípticos y luego dejarme esperando. Te odio. ¡Habla! ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Es lo primero que digo—. ¿Por qué no iba a estarlo aparte de por haber tenido que subir doscientos escalones arrastrando una maleta?

—Exagerada. ¿Qué es lo que te has encontrado al llegar a tu cuarto? Estaba a punto de llamar al conserje y activar el protocolo de seguridad, podría haber sido un asesino en serie. Y, si era un asesino en serie, sería precisamente el tipo de mensaje que me mandarías: «Elliot, adivina quién viene a matarme esta tarde». Ser tu amigo no me deja dormir tranquilo.

—No era un asesino en serie. Al menos, que yo sepa.

Elliot gruñe al otro lado de la línea. Está empezando a impacientarse. Pero es él quien no para de hablar y no me deja contarle la historia.

—Habla —insiste.

—Beatrice Cox se estaba enrollando con un tío. Los he pillado en plena faena. Creo que les he cortado un poco el rollo.

—¿Qué me dices? Cuéntame absolutamente todo y no te dejes ni un detalle.

Estoy unos buenos veinte minutos al teléfono. Eso es lo que pasa cada vez que nos llamamos, aunque nos hayamos visto esta misma mañana para desayunar y vivamos, literalmente, a cinco minutos de distancia.

Y, tras colgar, yo sigo sonriendo mientras empiezo a colocar mis cosas, porque es el efecto que Elliot produce en mí. Si tenemos que hablar de tener un golpe de suerte, creo que el baño con ducha propia se queda muy cortito al lado de tener un amigo como Elliot Long. Puedo jurar, sin ni un solo rastro de duda, que es mi persona favorita en todo el universo. Y en todos los universos existentes. Y en los alternativos. Y en todos los mundos paralelos posibles.

Yo no buscaba conocer a alguien como él cuando llegué a este internado pijo donde mi madre me desterró. De hecho, no quería intimar demasiado con nadie. Estaba perfectamente a gusto con mi soledad autoimpuesta y centrándome en otros aspectos de la existencia. Conociéndome a mí misma. Decidida a limitarme a tener amistades pasajeras y rollos breves e intensos (por qué no). Quería exprimir lo mejor de las personas que me encontrara en tan solo unas horas, o unos pocos días, como mucho, y luego dejarlas marchar. En sentido figurado, claro, no es que nadie pueda ir muy lejos con esos muros altos que rodean Liberty Haven School (irónico lo del nombre, ¿eh?). Quería evitar encariñarme demasiado, creo que ahí está la clave. No dejar que se encariñaran conmigo, por lo que pudiera pasar. Y, entonces, al final de la segunda semana, me topé con él. Lo había evitado en el cursillo de adaptación, pero una mañana se plantó de pie junto a mi mesa en el comedor y dijo: «¿Vas a comerte ese *muffin*? Porque tiene demasiada buena pinta para que lo ignores mirando la pared. Yo podría amarlo más que eso, y merecerme sus pepitas de chocolate». No sé cómo se atrevió a hacerlo, aunque él dice que es porque sintió la conexión. Y porque estaba decidido a ser un nuevo Elliot..., el *de verdad*, eso también, claro. Tuve que invitarlo a sentarse. No me quedó más remedio. Había llegado al internado para alejarse de una situación escolar difícil en su antiguo centro, y también para lamerse las heridas de un corazón hecho pedacitos. Mi quinto mandamiento me obligó a ayudarlo, al principio. Y luego intenté exprimirlo en pocas horas y no encariñarme, como hacía con todos los demás. Pero a Elliot siempre seguía quedándole jugo. Y no me deja alejarlo de mí por mucho que lo haya intentado. Siempre se queda a mi lado. Al final, me he encariñado con él.

Y ahora no quiero dejarlo marchar. Lo quiero en mi vida para siempre. Creo que él siente algo parecido, porque, si no, se lo habría pensado mejor antes de decir que no se iba a casa la semana libre previa al comienzo del curso. Yo ya lo había decidido antes de que la junta escolar, con el beneplácito de mi madre, me impusiera una penitencia por pirómana, ahora no podría marcharme, aunque quisiera. Así que agradezco que él se quede también. Yo no vuelvo a casa porque no quiero ver a mi familia. Él, aunque no lo haya confesado, porque no quiere dejarme sola.

Llevo como la mitad de toda la ropa ya colocada en mi parte del armario cuando decido hacer un descanso para consultar el móvil. Como si me llamara mucha gente... Tengo que parar la reproducción de mi lista fetiche de Spotify a medio *Baby, baby, baby* de Bieber, porque hay un par de mensajes de Elliot.

> ¿Es este el tío con el que estaba Beatrice Cox?
> [Imagen].

La foto es de mi compañera de habitación poniéndole ojitos a un chico vestido con chinos, camisa y náuticos, en la terraza exterior del comedor.

Y no.

Ese no es el patético Gray.

3

NO TE LÍES CON TU EX

Oliver

Beatrice ha vuelto a hacerlo. Ha vuelto a bajar las barreras y a abrirme la puerta, solo para construir de nuevo un muro entre los dos en un segundo. Podría culpar a una compañera de habitación nueva y entrometida, pero la verdad es que no estoy seguro de que la cosa pudiese haber acabado mejor de no habernos interrumpido. Siempre es lo mismo. Una y otra y otra vez. Y yo estoy empeñado en no aprender la lección.

—¡Ya está aquí!

El grito de Trisha me recibe en cuanto subo las escaleras y avanzo hacia mi cuarto en el primer piso del edificio de los chicos (sí, es el de los chicos, así que ella no debería estar aquí, pero eso jamás la ha detenido y no seré yo quien vaya a chivarse). Va seguido de una cacofonía de movimiento y el inconfundible sonido de unas zapatillas chirriando al derrapar en la vuelta del pasillo, donde están los baños comunes.

—¿Dónde estabas?

Nate se planta delante de mí, con los brazos en jarras y una ceja alzada, justo cuando abro la puerta del cuarto que compartimos. La ceja de la sospecha. Trisha tarda exactamente media décima de segundo en colarse entre el esbelto cuerpo de nuestro amigo y la pared y adoptar la misma postura que él.

—Te has perdido el entrenamiento de Nate.

—Te he estado llamando.

—Lowell ha preguntado por ti.

—Se suponía que ibas a venir.

—¿No estarías en...?

—Claro que lo estaba.

—No, no lo estaba, es imposible, aprendió la última vez.

—Nunca aprende.

—Ni siquiera él sería tan idiota.

—Créeme, es muy idiota.

—¡Gray! ¿Quieres no dejar salir a Crol?

El gato naranja que no debería vivir con nosotros y ni siquiera es nuestro pasa como un rayo junto a mi pierna y me trago una maldición al tiempo que reacciono a toda velocidad para atraparlo por una pata antes de que se lance escaleras abajo. Se gira y me muerde la mano, pero estoy acostumbrado a sus «demostraciones de amor», así que no cedo a la violencia, aunque vaya a tener que desinfectarme unos cuantos arañazos bastante feos más tarde. Lo cojo en brazos, entro en la habitación y, en cuanto cierro la puerta, lo lanzo al suelo, porque ya lleva dos bufidos y el tercero no suele llegar solo como advertencia. Maldito gato.

Mis amigos han entrado mientras yo cazaba a la bestia, no han variado la expresión y tampoco parecen para nada impresionados con mi hazaña de atrapar al escurridizo Crol. Me están mirando con

hastío, como si ya estuvieran hartos de esto. Puedo entenderlos, yo odio a muerte esa parte de mí que sigue haciéndose daño a propósito cada vez que tiene ocasión.

—Estabas con ella —dice Nate tras unos interminables segundos de silencio y varios cruces de miradas acusadoras.

Miro al suelo, porque me veo incapaz de seguir enfrentándome a sus ojos verdes. Sé que pueden atravesarme y leer en mi interior. Hace solo un año y tres meses que nos conocemos, pero conectamos a un nivel al que no había conectado con nadie antes... Bueno, con *casi* nadie. Bee no entra en la ecuación, porque con ella todo fue siempre muy diferente. Jamás había tenido un amigo como Nathaniel Sanders, aunque no es difícil de entender si tenemos en cuenta que no fui un niño muy sociable, que me sentía un bicho raro en el colegio y que me convertí en el chico algo extraño de familia destrozada que solo era guay porque nadaba a la velocidad de un maldito delfín cuando empecé la secundaria. Tampoco me importaba, tenía un objetivo muy claro y el agua era el único medio en el que me sentía realmente en paz. Excepto cuando estaba con ella. Pero..., venga, ya vale, yo no estaba hablando de Bee, ¿verdad que no? Parece que todo me lleva a ella desde que la vi por primera vez a los once años y me obsesioné con el sonido de su risa. Y sé que hace ya tiempo que debería haber destronado su recuerdo para permitir que alguien más ocupe el primer lugar en mi lista de prioridades, pero soy incapaz de dejar esto atrás. Supongo que, en parte, es porque ella no quiere abandonar el sitio privilegiado que siempre le he mantenido reservado.

En cualquier caso, aquí estoy, y Nate está inclinando la cabeza hacia un lado, estudiándome como si fuera uno de esos insectos a los que le encanta observar, fascinado por su comportamiento. Es un poco friki, pero tanto las chicas como los chicos con los que tontea a

todas horas y en cualquier lugar se lo perdonan porque, si lo de la natación no sale bien, podría ser modelo. Su padre es un afroamericano alto y fuerte exestrella de la NBA y su madre, una impresionante rubia de ojos claros que ganó varios concursos de belleza en el Reino Unido y llegó a ser imagen de campañas publicitarias en Europa y Norteamérica antes de tenerlo a él. Por eso Nathaniel tiene la piel oscura, una sonrisa engreída de actor de Hollywood, el pelo negro rizado y descontrolado y los ojos tan verdes como una maldita esmeralda. Un golpe feo contra mi ego cada vez que caminamos juntos por los pasillos y me vuelvo invisible, pero, de todas formas, nunca me ha gustado llamar la atención. Nos conocimos en las pruebas de los Otters, cuando los dos estábamos nerviosos e ilusionados por formar parte del equipo titular de natación del internado de élite más importante de todo el Reino Unido. Las superamos juntos: él, la estrella de su colegio de niños pijos, y yo, el becado. Desde entonces, hemos pasado tantas horas uno con el otro que ahora lo considero un hermano. Y no se corta en meterse conmigo y en soltarme las verdades sin anestesia, como si de verdad lo fuera.

Trisha Meyers, la tercera en esta familia (el cuarto, por supuesto, es el gato), se unió a nosotros cuando, después de un entrenamiento tras nuestra llegada al internado, salió de la piscina, se quitó el gorro, se plantó delante de mí con su pelo corto y de color amarillo pollo que llamaba la atención desde el otro lado del pabellón, y me pidió (vale, en realidad, me exigió) que le enseñara a hacer los giros a esa velocidad. Yo ya me había fijado, con un poco de envidia, en su técnica de espalda, así que me pareció un intercambio justo. El resto es historia y hace más de un año que los tres entrenamos juntos. El gato vino con Trish, lo encontró en los jardines, cerca del muro, y lo tuvo escondido en su cuarto un curso

entero sin que nadie se enterara. Es impresionante, teniendo en cuenta que ese cabroncete de Crol tiene tendencia a escaparse y darse una vueltecita por los alrededores cada vez que le apetece. Después, cambió de compañera y resultó que la nueva es alérgica, así que el bicho se mudó a vivir con nosotros, aunque no recuerdo que Nate y yo dijéramos explícitamente que sí a la convivencia. Tampoco estoy seguro de si Trisha nos lo preguntó.

—Tienes que dejar de hacerte esto, Gray —suspira la chica bajita que se cree que su nueva misión en la vida es cuidar de nosotros—. Si alguien se entera...

Alguien se ha enterado. Y supongo que eso podría ser un problema, pero ahora mismo ni siquiera me preocupa. Avanzo un par de pasos, hasta plantarme justo frente a ellos, y señalo el camino que necesito seguir para poder llegar a mi cama.

—No puedo con esto ahora, de verdad —murmuro, casi en una súplica—. ¿Podemos dejarlo para otro momento?

Nate se aparta y Trisha tiene que moverse rápido para que no la aplaste contra la pared. Mi amigo me pone una mano en el hombro y yo cierro los ojos y espero el reproche. Ya me parecía que estaba siendo demasiado fácil.

—Tómate cinco minutos para lloriquear y vámonos, anda. Hemos quedado con los chicos en las pistas.

No. ¿Vida social? ¿Ahora? No puedo. De verdad que no tengo fuerzas para enfrentarme a un grupo de gente gritona y alegre.

—No me apetece. Id vosotros.

—Tío...

Ya me estoy escabullendo. A punto de alcanzar la cama y esconderme bajo la colcha. Eso, o hacerme el dormido, jamás ha detenido a Trish, pero les dará el mensaje de que no estoy para charlitas en este momento.

—¡Oliver Patrick Grayson! Esto se ha acabado, ¿me oyes? Y se ha acabado para siempre. Haremos lo que sea necesario para que dejes de ser tan calzonazos, más vale que empieces a colaborar o me voy a ver obligada a tomar medidas muy drásticas.

No me vuelvo a mirar a Trisha. No quiero ver la cara de cabreo que pone cada vez que me llama por mi nombre completo. Es una chica pequeña, pero da miedo. Y la veo muy capaz de tomar «medidas drásticas», solo espero que las deje para mañana y poder regodearme hoy en lo penoso de mi situación.

—Oliver. —Nate me llama también, en el mismo tono, justo antes de que me lance a la cama y me envuelva en la colcha como si fuera una burbuja insonorizada.

Suspiro y siento que se me vacían los pulmones y me hago pequeño. Que no me queda nada dentro. Me froto la cara con las manos de forma casi compulsiva y luego me revuelvo el pelo y tiro sin ningún cuidado de los mechones, porque me merezco el dolor. Oigo la puerta, por fin, aunque sé que no se van muy lejos porque sus cuchicheos se quedan justo al otro lado de la madera, y porque Trish debería salir por la ventana si quieren ir a alguna parte.

Crol me mira con cara de pocos amigos cuando asomo la cabeza, acomodado sobre el colchón, nada dispuesto a compartir el espacio conmigo. No sé por qué le gusta tanto estar en mi cama si me odia. Adora a Trish y tolera bastante a Nate, pero conmigo es un auténtico camorrista.

Oigo las voces de mis amigos. No quiero saber lo que dicen. Rescato el móvil del bolsillo para ver si tengo alguna notificación nueva. Unas cuantas llamadas perdidas de Nate. Un par de mensajes amenazantes de Trisha. Nada más. Claro. Por supuesto. No sé por qué esperaba otra cosa.

Sé que esta situación ya está llegando al límite. Ya lo sabía antes de volver, pero oír a mis dos mejores amigos llamarme por mi nombre de pila ha contribuido a hacerlo aún más evidente. Nadie, excepto mis padres y mi hermana, me llama Oliver desde hace muchísimo tiempo. Incluso mi madre lo hace solo como la mitad de las veces. Soy Gray desde que empecé a nadar en serio, conseguí que lo que hacía en el agua me abriera la puerta de un colegio más caro y al entrenador del nuevo equipo le dio por llamarme así. Se dirigía a todos por el apellido y acortaba los que no le permitían gritarnos con el efecto que le gustaba conseguir, nombres cortos y sonoros, como los de los perros de trabajo. En solo un par de semanas todo el mundo me conocía así, hasta los profesores. Lo había pasado mal en la primaria, y también lo pasaba mal en mi barrio después de que mi madre se fuera de casa y los rumores sobre nuestra familia se dispararan, así que me gustó sentir que podía dejar a Oliver atrás, y ser alguien distinto, mucho más guay que la versión anterior. El sentimiento se afianzó cuando la oí a ella llamarme de esa manera: «Gray». Quise ser eso para siempre. No quería volver a ser Oliver nunca más.

Beatrice y yo coincidimos por primera vez al empezar la secundaria, cuando la beca parcial de natación me obligó a cambiar de escuela casi a mitad de curso. Yo era el recién llegado, y ella, la niña buena, amable y dulce a la que todos querían. Formaba parte del Comité de Convivencia e Integración (con once años, en serio). El sitio era un nido de estirados y mis padres no podían costearlo, menos aún en aquel momento, cuando ya tenían que pagar dos alquileres diferentes y unos cuantos regalos para que May y yo pensáramos que el tema del divorcio no era tan terrible como parecía, así que sabía que todo dependía de lo que hiciera en el agua para garantizarme una beca tras otra. Debido a todo eso que

Beatrice representaba y defendía, la sentaron a mi lado cuando aterricé en su clase, para ver si así mi adaptación al nuevo ambiente les satisfacía lo suficiente. A mí no me parecía que me estuviera yendo mal, no intimaba demasiado con nadie, pero me llevaba bien con mis compañeros del equipo de natación y no paraba de batir marcas en los entrenamientos. El resto no importaba. O, al menos, no importó hasta que ella me sonrió y hubo una razón más, aparte de la piscina olímpica, para tener ganas de acudir a la escuela cada día. Nos hicimos amigos muy rápido y de una forma tan natural que a la gente ni siquiera pareció extrañarle, aunque no tuviéramos absolutamente nada en común.

Bee era hija de una de las parejas más queridas y admiradas por la comunidad. Su padre ya había ocupado varios cargos políticos y estaba preparando la campaña para postularse como alcalde. Su madre era un ama de casa que representaba todos los valores tradicionales y conservadores de los que se vanagloriaba el ala más conservadora de la política de Londres. Y ella, Beatrice Cox, era la hija perfecta que estudiaba, no daba problemas y tenía un brillante futuro por delante. Por supuesto, a sus padres les pareció encantador que su hijita ofreciera ayuda a los más desfavorecidos y se hiciera amiga de ese niño de los barrios bajos que representaba lo bien que funcionaba el sistema de becas educativas. Lo que no les pareció tan bien fue que, cuatro años más tarde, recién cumplidos los quince, les dijera que se había enamorado del chico en cuestión. Para ellos, yo nunca seré suficiente. Solo soy un chico con una familia rota, con una madre que es la viva imagen de la decadencia de esa mujer abnegada que a ellos les gustaría recuperar, con una hermana que... En fin, soy solo el chico que nada en una piscina grande y que jamás hará ninguna otra cosa importante, y cuyo chándal con el logo de un equipo deportivo nunca será lo

suficientemente elegante para posar a su lado en una foto oficial. A ella la enviaron al internado y ya solo podíamos vernos en vacaciones; no les pareció bastante el hecho de que eso no lograra separarnos. Pero yo jamás pensé que para Bee tampoco lo sería: que, al final, no iba a ser suficiente.

Nos conocimos a los once, nos enamoramos a los catorce, lo vivimos todo en secreto durante los quince... y a los dieciséis ella me rompió el corazón. No me hace falta hurgar mucho en la memoria para seguir recordando aquella tarde de hace un año y medio como si acabara de suceder. Cuando la encontré esperándome a la salida del entrenamiento, con las mejillas rojas y los ojos llenos de lágrimas que se negaba a derramar, y me dijo: «Esto nunca podrá funcionar, Gray». *Nunca podrá funcionar*. Pero llevaba dos años funcionando, aunque sus padres no lo supieran. Funcionaba para nosotros. Funcionaba en los mensajes y las largas llamadas telefónicas, en los ratos robados en vacaciones, en las escapadas cuando ella mentía a su familia y ponía de excusa a su mejor amiga para poder encontrarse conmigo, en las noches en que me colaba por su ventana cuando mi padre pensaba que estaba en casa de mi madre, y viceversa. Funcionaba a nuestra manera, porque era la única que teníamos. Porque sus padres eran muy estrictos y ella no podía salir con chicos hasta terminar la secundaria. Pronto descubrí que sí que podía, siempre que fuera el chico que ellos habían elegido.

Podría hacer una lista de todas y cada una de las veces en que ser el secreto de Bee me rompió el corazón, pero sería demasiado larga y no sabría en qué cajón guardarla para que no rebosara por cada grieta. Y, aun así, siempre pensé que merecía la pena, porque estar con ella y que me sonriera solo a mí compensaba cualquier otra cosa. El primer desgarro que recuerdo fue cuando corrí hasta su casa el día que escribieron cosas horribles en la fachada de la casa

de mi madre, llorando, desesperado, y sus padres me pillaron saltando la verja del jardín. Ella levantó la barbilla, me dedicó una mirada altiva y fingió que apenas sí me soportaba ya cuando su madre me dijo que deberíamos empezar a resolver nosotros solos nuestros problemas de familia, empezando por «esa mujer». También me dolió cuando ganamos en la carrera de relevos y ella ni siquiera estaba entre el público para verlo. Me escoció muchísimo que me pidiera que me fuera el día que iba a dar el discurso inaugural en el nuevo museo de la ciudad, ese financiado con el dinero de su padre; hasta había conseguido un traje elegante. Y me hizo pedazos la noche del baile benéfico anual de su familia, cuando se presentó del brazo de Ian Walden, su compañero del internado y miembro de la Casa Real, solo porque sus padres soñaban con que algún día se casara con él. Ian es... Ian tiene... Ian les parece mucho más que suficiente, supongo.

Pero yo sigo aún en aquella tarde. En la quietud del gimnasio, en el eco de sus palabras en el pabellón, en el olor a cloro y a jazmín. En el enorme espacio que nos separaba, aunque estuviéramos a escasos centímetros. «No hagas las pruebas para el equipo, es lo mejor para los dos». La solicitud para las pruebas de los Otters, y mi única posibilidad de entrar al internado pijo al que sus padres la habían mandado cuando él llegó a diputado, ya estaba firmada por mi parte y validada por el entrenador. Me había costado conseguir la rúbrica de consentimiento de mi padre porque mamá no quería que me fuera. Llevaba mucho tiempo machacándome en la piscina para lograr aquella oportunidad, que no estaba al alcance de cualquiera. No le dije que ya habíamos presentado los papeles. Yo solo tenía que pasar las pruebas selectivas del equipo para que mi beca se hiciera cien por cien efectiva, y estaríamos lejos y juntos y todo iba a ir bien, porque no tendríamos que escondernos más y tendríamos

dos largos años para convencer a sus padres de que no se podía luchar contra nuestro amor. Y entonces ella cambió todos los planes. Me tuve que enterar por sus amigas de que iba a irse de intercambio a una escuela muy elitista de Norteamérica durante la segunda mitad del año, en un sitio tan recóndito que yo ni siquiera sabía situarlo en el mapa. Me tuve que enterar por otra gente de que Ian Walden iba también. Y ojalá pudiera decir que aquella fue la última vez que Bee me rompió el corazón, pero ha pasado más de un año y sigo intentando juntar los pedazos. Ella se largó sin mirar atrás; yo acepté la beca de natación y me mudé a Liberty Haven School a finales de junio. No se puso en contacto conmigo en el tiempo que estuvo lejos, pero yo le había prometido que iba a esperarla, y eso es lo que hice.

Durante seis largos meses hice amigos, nadé como nunca, me arrastraron de fiesta (clandestina, por supuesto), conocí a gente nueva, lo pasé bien, lo pasé mal, lo pasé regular, me emborraché con Nate y Trish en un maldito tejado, me escapé un fin de semana para acampar en un lugar infestado de animales salvajes y bichos de los que fascinan a mi mejor amigo, y, al final, hasta parece que adopté un gato que me odia..., y la esperé. La esperé porque se lo había prometido. La esperé porque aún me latía el corazón como loco cada vez que pensaba en ella. La esperé porque, por muchas chicas que había conocido, ninguna era Bee. La esperé porque la quería. Porque la quiero.

Cuando volvió al internado, sin haber respondido ni a uno solo de mis mensajes, fui a buscarla a la puerta del edificio de las chicas, donde sus padres le habían mantenido reservado uno de los dormitorios más exclusivos. Y cuando la vi... Estaba allí, preciosa, radiante, sin haberme avisado ni buscado y... de la mano de Ian Walden.

Ojalá pudiera decir que aquella fue la última vez que Beatrice Cox me rompió el corazón en mil pedazos.

17.54 h
22 de agosto de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

¿Habéis oído hablar de Gray? Probablemente, no. ¿Y si os digo que es el nadador de oro del equipo titular de los Otters y que aspira a participar en todas las competiciones este año? ¿Os va sonando un poco más?

Os preguntaréis por qué nos importa. No es noble, ni rico, ni tiene un apellido compuesto, aunque ¿valen de algo? Solo tiene una beca y un sueño, según he oído.

Ya sé, ya sé... ¿Es guapo? Esa es la siguiente pregunta. Sinceramente, nadie se había fijado, así que no lo sabemos con certeza. O debería decir que nadie se había fijado... ¿hasta ahora?

Gray ha sido visto volviendo a la residencia masculina con la ropa arrugada, el pelo revuelto y lo que parecían restos de carmín en el cuello. ¿La artista de su desaliñado sexi? Aún no lo sabemos. Pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

4

APRENDE A HACERLO SOLO

Oliver

A juzgar por las miradas de mis amigos y los cuchicheos provenientes del resto de las mesas del comedor, la cena no va a ser fácil. No esperaba que lo fuera, a ver, tampoco soy tan ingenuo. Estaba claro que no iban a dejarlo estar. Sobre todo, porque he pasado de todos los mensajes que insistían en que me uniera a ellos esta tarde. Claro. Yo, Oliver Grayson, el penoso chico del corazón roto, me he quedado tirado en la cama, llorando por dentro, confundiéndome con la oscuridad creciente hasta terminar siendo lo mismo.

Y, por si fuera poco, llego tarde a cenar.

Aparto la mirada de los ojos verdes acusadores de Nate y cambio el rumbo para acercarme a coger una bandeja. Solo hay dos personas esperando a que les sirvan la cena. El último, tras el que tengo que esperar mi turno, es Ian Walden. Ni siquiera me mira, creo que ni me ve.

Odio el rol que tiene en toda esta historia, pero no lo odio a él. Quiero decir, el chico no tiene la culpa de que los padres de Beatrice, un buen día, decidieran que les interesaba como futuro yerno. Tampoco es culpa suya que Bee, por lo que fuera, lo eligiera a él antes que a mí. Solo lo había visto una vez antes de que ella rompiera conmigo, en aquella fiesta benéfica de los Cox, y creo que él ni siquiera se percató de que yo estaba allí. No me dejaron pasar de la puerta, así que ¿por qué iba a prestarme atención este principito que podría comprar mi barrio entero si quisiera? Está muy por encima de mí en tantas cosas que dudo que sepa ni cómo me llamo. Vale, hay que ser justos: tiene un nombre que abre puertas, es rico y poderoso, es de la maldita realeza, supongo que es guapo (si te gusta ese tipo de belleza obvia de la que él presume), y es más alto que yo. Sí que odio que sea más alto que yo. Porque yo soy alto y, al menos, esperaba poder ganar en eso. Mis amigos han dicho muchas veces que esto no es una competición, pero creo que se equivocan. Al fin y al cabo, siempre gana el mejor cuando se trata de quedarse con la chica, ¿no?

Y él ni siquiera se está esforzando. Solo tiene que *existir* para que Bee me repita una y otra vez que lo nuestro no tiene ningún futuro y vuelva a su lado. Y, claro, él no tiene ni idea de que somos rivales, y por eso todas sus pequeñas victorias valen el doble. Ella ni siquiera le ha hablado de mí. Lo sé porque me lo dijo una vez, tras el primer reencuentro en su cama, antes de echarme y advertirme que no podía volver a repetirse jamás. Lo sospecharía de todos modos, aunque no hubiera tenido esa confirmación tan innecesariamente expresa, porque Bee no le ha hablado de mí a nadie en este internado. Sus amigas nunca me han mirado de lejos y cuchicheado sobre nosotros. Todos saben quién es ella y muy pocos acertarían con mi nombre si tuvieran que llamarme. Sigo siendo el secreto más

oscuro de Beatrice Cox, ese que no confiesas ni bajo tortura porque la vergüenza pesa más.

Y estoy harto.

Sé que no me lo merezco.

—Eh.

Vuelvo la cabeza, de golpe y con el corazón repentinamente acelerado, cuando oigo su voz. Suave y dulce. Con un toque de complicidad.

Y no me está hablando a mí.

Bee está tan cerca que podría tocarla. Pero su mano se posa sobre el brazo de Ian y no sobre el mío. Y toda su atención, su mirada y sus palabras son para él y no para mí.

—¿Puedes traerme un yogur, cariño?

Él sonríe, y yo aprieto los labios. Tengo la mandíbula tan tensa que un dolor agudo me atraviesa la sien.

—Claro que sí. Ahora mismo voy.

Ella se pone de puntillas para dejarle un beso casto y dulce en la mejilla. Nada que ver con la manera en que me devoraba los labios hace un par de horas. Pero esto es lo real, y lo nuestro, solo un espejismo.

Sujeto los bordes de la bandeja con fuerza hasta que los nudillos se me tiñen de blanco y rojo. Me obligo a quedarme ahí, junto al ganador de la maldita batalla, mientras ella se aleja sin dedicarme ni un solo gesto, ni una mísera mirada de reojo. Y cuando Walden termina de servirse su cena y se va detrás de ella, yo me muevo de forma automática, me hago con un par de platos y una pieza de fruta y me marcho en dirección contraria.

Mis ojos, sin querer, se tropiezan con otros que me observan con interés.

Es lo único que me faltaba.

La nueva compañera de habitación de Bee, por si el bochorno hubiera sido poco, hace un puchero.

Y yo noto cómo me arden con furia las mejillas, agacho la cabeza y paso de largo la mesa en la que me esperan mis amigos para sentarme solo en la esquina de la que queda al fondo.

Está claro que tengo que cambiar las cosas de una vez. Tengo que meterme en la cabeza, ya mismo, que Bee está jugando conmigo. Bee esta tarde me ha utilizado, como lo ha hecho ya demasiadas veces desde que me dejó. Le gusta tenerme. Me mantiene lejos, pero nunca demasiado, para poder acercarme de un tirón de correa y que la haga sentir bien cuando le apetece. No es justo. Pero la cuestión es que lo hace porque puede. Porque le permito que lo haga. Porque me mantengo a la espera y sabe que no va a perderme.

Tengo que ponerme de pie.

Tengo que dejar de arrastrarme.

Tengo que dejarle las cosas mucho más claras de lo que lo he hecho hasta el momento. Demostrarle que, si no está conmigo al cien por cien, no me tendrá más. Y solo espero que eso le haga darse cuenta de una vez de que nosotros valemos la pena, y de cuál es la relación por la que de verdad quiere luchar, aunque las cosas no sean fáciles.

No he llegado a probar ni un solo bocado cuando las bandejas de mis amigos aterrizan en la mesa justo delante de la mía. Se sientan los dos a la vez. Ni siquiera levanto la vista.

—No necesito hablar de esto ahora —murmuro con desgana.

No hablan, ¿para qué? Creo que a Nate le parece más efectivo ponerme delante de la cara la pantalla de su móvil con un hilo de ese perfil de cotilleos... que menciona mi nombre.

Pero ¿qué...?

Le arrebato el teléfono con el corazón martilleándome las costillas sin compasión. Y esto solo me reafirma en mi convencimiento de no meterme jamás, ni loco, en esa red social tan exclusiva que es solo para la gente de este internado: Liberty Haven Club. Claro que el hecho de que yo tenga un perfil o no parece irrelevante y no me salva de estar en el centro de la polémica ahora mismo.

Mierda.

Esto es malo.

Es muy muy malo.

—Esta vez sí que la has jodido, Gray —avisa Trisha.

—Yo no...

—Necesitamos un plan de contingencia —susurra Nate.

—¿Como... qué?

Trisha mira alrededor, se acerca un poco más y lo suelta:

—Tenemos que darle a esta gente un escarceo amoroso que no sea el puñetero escarceo amoroso que tienes en realidad y hace demasiado tiempo que ya no deberías tener.

Me envaro.

—¿Qué dices?

—Yo he sugerido que Trish se enrolle contigo, pero los del equipo no se lo van a creer ni de broma.

—Eso es verdad. Aunque quiero que conste que estaba dispuesta a sacrificarme por la causa y eso demuestra lo mucho que os quiero a los dos, pedazo de idiotas, aunque no os lo merezcáis en absoluto.

Nate la abraza y ella se revuelve hasta conseguir que deje de tocarla. Ya, lo cierto es que para ella sería toda una demostración de amistad incondicional hacer algo así por mí. La he oído decir a Nate varias veces que no entiende cómo no le da asco la saliva de las personas con las que se enrolla. No creo que mi saliva pueda atraerle mucho más que la de cualquiera..., es decir, nada.

—¿Qué pretendéis? ¿Que me pasee por el colegio buscando a alguna chica que quiera fingir enrollarse conmigo?

Nate alza una ceja.

—O podrías enrollarte con una chica de verdad. Con una que no sea *ya sabes quién*.

Odio, profundamente, cuando la llaman «ya sabes quién». No hay nada que me dé más rabia. Arrugo el gesto. No podría... No quiero enrollarme con una chica que no sea Bee. Nunca he... Solo ha sido ella desde siempre. No hay otra. No podría haberla, a pesar de todo. Me sentiría como si la traicionara.

—Solo tiene que parecerlo —aclara Trisha, y le dedica una mirada de advertencia a Nate, como si temiera que fuera a asustarme si van demasiado lejos con sus consejos.

—¿Qué?

Tengo que esforzarme para escucharla cuando vuelve a hablar, porque baja aún más la voz:

—Que se te vea con alguien. Que os hagan un par de fotos. Es fácil. A la gente le encantará. Y nadie te relacionará con *ya sabes quién* si tienen a otra con la que relacionarte.

Otra vez lo de «ya sabes quién», son insufribles.

Nate es quien da la estocada final:

—Piénsalo, Gray. Si el principito se entera de esto, estás fuera. Ha conseguido que expulsen a gente más importante que tú por mucho menos.

Al menos, eso es lo que cuentan los rumores. Hace dos años, en el primer año de Bee en Liberty Haven School, un chico le hizo un par de insinuaciones que llegaron a oídos de todo el mundo. Ella ni siquiera estaba saliendo aún con el principito, todavía no había cortado conmigo. Y, a pesar de todo, el alumno de buena familia fue expulsado del internado sin que trascendieran las razones. Y no hizo

falta, porque todo el mundo supo al instante y sin ninguna clase de duda que la razón fue una sola palabra de Ian Walden.

Yo podría ser el siguiente.

—Mierda —mascullo entre dientes.

Necesito una tapadera. Es lo más horriblemente surrealista que he tenido que advertirme jamás. Claro que estaría bien si la gente queda satisfecha con el cotilleo y vuelvo a ser invisible. También estaría bien que Bee me viera con otra, aunque no sea de verdad, y se diera cuenta de una vez de que no soy su juguete.

Trisha se pone de pie, con su bandeja entre las manos, y se inclina para decir unas últimas palabras antes de largarse, hastiada de mis cagadas.

—Dales a los chismosos lo que quieren y dejarán de buscar.

¿Tendrá razón? Yo sospecho que los chismosos de verdad no dejan de buscar nunca. Y ese es un problema de los gordos.

Al fin y al cabo, los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz, ¿no?

21.35 h
25 de agosto de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Como sabéis, ya tenemos unos cuantos conquistadores en el Liberty Haven, ¿no es cierto? Nathaniel Sanders, Arthur Forrest, Lance Harrison... Queridos, acabáis de convertiros en carne vieja. Hay un nuevo bombón de sonrisa irresistible recién llegado de Milán. Sí, acaba de llegar, y ya se ha ganado el primer puesto en la lista de seductores descarados y un lugar de honor en el séquito de Ian Walden.

Fabrizio Parisi. Ha venido desde Milán para pasar el último curso con nosotros. Es heredero de una de las grandes casas (y fortunas) italianas. Y, oh, ¿quién se resiste a un italiano? Desde luego, Catherine McDonald no lo ha hecho. Por desgracia para ella, él ya parece haberse fijado un nuevo objetivo.

¿Quién será la siguiente en catar la pasta de este *bambino*? Aún no lo sabemos. Pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

5

NO LLEGUES TARDE EL PRIMER DÍA

Casey

El pelaje de la yegua castaña tiene un color parecido al de Kai, aunque algo más apagado, y yo vuelvo a pasarle el cepillo por la grupa y pienso en cómo estará mi caballo y en si me echará de menos tanto como lo extraño yo. Tormenta es más tranquila, a pesar de su nombre, y hemos conectado muy bien en estos meses desde que nos conocemos, pero no es lo mismo que siento con Kai. A él lo vi nacer y eso influye, claro. Creo que jamás he luchado por nada como lo hice por él en su momento. El pobre tiene una malformación congénita en el casco delantero derecho y, aunque eso no le impide hacer vida normal (e incluso galopar), lo hace «no apto» para entrenar para las carreras, que es lo único para lo que los quiere mi padrastro. La decepción fue tan grande para él que lo separó demasiado pronto de su madre, la mejor yegua de su picadero, e intentó quitárselo de en medio. Un poco como han

terminado haciendo conmigo, ¿verdad? Yo tenía once años y hasta amenacé con una huelga de hambre. No se puede decir que no lucho por las cosas que quiero, ¿eh? Me costó sudor, gritos y, sobre todo, muchas lágrimas. Pero Annie, mi hermana mayor, era la hijastra perfecta porque le encantaba la vida de seudonoble adolescente que podía llevar desde que mamá dejó a papá para casarse con William Percy (oh, sí, has oído bien, de *esos* Percy) y Daisy, mi hermana pequeña, era aún demasiado niña para entender por qué todo aquello estaba tan mal, así que William probablemente pensó que quedándose con el caballo podría ganarme a mí también.

Nunca nadie ha estado tan equivocado.

La cuestión es que Kai y yo crecimos juntos. Yo, en la casa, y él, en la pradera trasera a la que yo me escapaba cada tarde para pasar el rato a su lado. La casita de huéspedes de lujo (a los Percy no les gusta llamarlo «hotel», ellos están por encima de esa clase de turismo tan vulgar) está justo detrás y a los pijos que vienen en época de cacería les encanta poder ver caballos bonitos desde la ventana. No se puede decir que Kai no se esté ganando el pienso.

—Casey, ¿me estás escuchando?

Elliot está sentado (más bien colgado) en la pequeña puerta que cierra el box de Tormenta. Tiene las piernas pendiendo sobre la paja de cama y se agarra a la reja que cierra el espacio por un lado como si fuera una cuerda sobre un precipicio porque no quiere mancharse las zapatillas nuevas. A veces es tan esnob como todos los demás.

—Claro que sí.

—A ver, ¿qué acabo de decir?

Vale. No tengo ni idea.

—¿En serio? ¿Qué eres, un profesor? ¿Es esto una clase de historia?

—De protocolo, que se ve que te hace falta.

Hago una mueca. Acaricio el flanco de la yegua y le doy un par de palmaditas en el pecho, para que sepa que ya he acabado con el cepillado.

—Repítemelo y ya está, no seas petardo.

—Tú sí que eres petarda, amiga.

Voy hacia él y abro la puerta sin darle tiempo a bajarse, por lo que tiene que balancear las piernas para mantener el equilibrio cuando vuela hacia atrás sentado en esa escasísima superficie. Me da una patada floja, pero no pide disculpas. Yo tampoco. Supongo que están de más. Salta al suelo, cierra la puertecita y me sigue mientras voy a por el heno y vuelvo para colocarlo en el comedero de Tormenta.

—Te decía que es Ian Walden.

No tengo ni idea de lo que me está hablando.

—¿Quién?

Resopla y da un paso para plantarse ante mí y mirarme a los ojos. Se asegura de que le estoy prestando toda la atención antes de aclarar mis dudas.

—El novio cornudo de tu compañera de habitación.

Miro alrededor, alarmada.

—¡Baja la voz!

—Venga ya, ¿quién crees que va a estar espiando en los establos a las nueve y media de la mañana de un martes?

Un carraspeo nos hace volvernos a los dos de golpe, sobresaltados. Es solo el señor Lockley, el encargado de las cuadras, que nos dedica una sonrisa divertida y niega con la cabeza antes de seguir su camino hacia los boxes del fondo. Yo también sonrío, porque en estos meses he pasado más tiempo aquí que en cualquier otro lugar de todo el internado y ya nos hemos cogido cariño, a

pesar de que él siempre refunfuñe cuando me ve aparecer a primera hora.

—Como te decía —sigue Elliot, sin preocuparse por ser discreto—, Beatrice Cox está saliendo con Ian Walden, lo sabe todo el internado. Pronto lo sabrá todo el país. Están juntos desde que volvieron de un intercambio en esa escuela para gente importante de Estados Unidos. Ocho meses de relación no son tantos ni tan aburridos como para empezar a ser infiel, ¿no crees?

No tengo ni idea, porque nunca he tenido una relación de verdad. Y tampoco presto atención a los cotilleos de la red social superexclusiva del internado, Liberty Haven Club, porque no me importa demasiado y porque lo de mi incidente con la colcha ya dejó claro que, sea quien sea la persona que se esconde detrás, no contrasta la veracidad de la información de sus fuentes. Además, ¿qué más da lo que digan? Nos hacen firmar un maldito acuerdo de confidencialidad antes de concedernos el uniforme: lo que pasa en el internado se queda en el internado. Hay demasiados niños ricos importantes encerrados entre estos muros para dejar que los cotilleos trasciendan. Lo que está claro es que lo que vi en mi habitación hace tres días no era una partida de *backgammon*. Y, por la cara del pobre y patético Gray cuando mi compañera lo echó de malas maneras, tampoco parecía cosa de una sola vez.

Qué interesante.

—Te aseguro que el ochenta por ciento de la población de este país, hombre o mujer, opinaría que a Ian Walden no se le engaña. Cuando pillas un partidazo así, lo agarras fuerte y no lo sueltas, ¿sabes?

Sigo sin saber de lo que está hablando, pero asiento con la cabeza.

—Claro.

—No tienes ni idea de quién es.

Hago amago de poner los ojos en blanco y Elliot me agarra ambos brazos y me sacude suavemente, en un ademán de lo más dramático. No sé por qué exagera tanto, le encanta ponerme al día de los cotilleos de la nobleza inglesa. Él, por cierto, forma parte de ella, aunque no dé demasiado el tipo. Tiene un aire a cierto príncipe, eso es verdad, pero el pelo es más naranja que el de Su Alteza, tiene apenas cuatro pelillos rojizos en la barba (¿qué barba?, no sé si podemos llamarla así) y el cuerpo menos esbelto. Tiene muchas pecas y son monísimas, aunque él dice que las odia. Y es mi mejor amigo en el mundo entero, así que no lo cambiaría por nadie de sangre azul. Puede que él también la tenga tan cianótica, ahora que lo pienso, creo recordar que dijo que el primo de su madre estaba casado con no sé qué Spencer, ¿es posible? Bah, qué más da, la cuestión es que es más noble que mi padrastro y he aprovechado cada ocasión que he tenido (una llamada semanal desde que estoy aquí) para decírselo a mi madre. A ella le encanta alardear, me pareció buena idea mostrarle que he heredado sus mejores virtudes. Es increíble que en pleno siglo XXI siga habiendo un puñado de familias que controlan casi todo en esta isla, y no eres realmente consciente de ello hasta que estás dentro. La madre de Elliot es duquesa, cosa que me parece encantadora, muy de época y con potencial para escribirle una novela romántica, en la que la protagonista se desposa con un plebeyo sin título. Las cosas, por suerte, ya no son como antes, así que su enlace matrimonial no hizo que la familia la repudiara y todo fue bastante más mundano. Más tranquilo, menos dramático.

—Es el hijo de Ronan y Gabriella Walden, Casey.

Ah, vale, eso sí que me suena. Él fue guardia real y ella es una Windsor. Han estado varias veces invitados en la casita de

huéspedes de los Percy, y Ronan Walden es un gran amante de los caballos, así que lo recuerdo con cariño. Ciertamente, emparentar con esa familia es encontrar un partidazo, mucho más por el aspecto social..., aunque no seré yo quien menosprecie el económico. Sin duda, es un buen contacto para alguien que quiera formar parte de la élite. Y creo que a Beatrice le interesa meter un pie, o dos, en el palacio de Buckingham.

—Todo el mundo sabe que los *royals* tienen líos de cuernos, no creo que nadie se escandalice.

—Quizá no, pero, si enfadas a alguien como Ian Walden, es probable que tu vida se convierta en un infierno.

Me río.

—Qué dramático. ¿Cuántos años tiene? ¿Diecisiete? ¿Es que es mafioso?

—Su familia tiene poder —corrige él, y me lanza una mirada que implica que no sé nada de la vida y que no llega a comprender cómo he sobrevivido hasta ahora sin entender cosas tan básicas—. Eso significa que él tiene poder, es el undécimo en la línea de sucesión. Y el poder es todo lo que importa en este mundo, amiga.

Me encanta cuando se pone en modo intrigas palaciegas. Es divertidísimo.

—¿Estamos en *Juego de Tronos*?

Si fuera así, el undécimo sería un puesto peligroso; de otra manera, queda demasiado lejos de la corona.

—Peor. Estamos en el Liberty Haven, y aquí hay un solo príncipe.

—Mal movimiento eso de acostarse con otro —suspiro.

Elliot sonríe.

—Mal movimiento, desde luego. Si quieres que te cambie la cama o que te deje una balda más en el armario del baño, es el momento del chantaje.

Suelto una risita entre dientes y doy dos pasos atrás para librarme de él.

—Que el cotilleo no salga de aquí, señorito Long —le advierto, con el dedo índice alzado frente a él.

Se lleva una mano al pecho para exagerar la indignación que acaba de producirle mi falta de confianza.

—Eres mi única amiga, no tengo a nadie más a quien contárselo —replica, solo medio en broma.

Le lanzo una mirada de advertencia y él finge cerrarse la boca con una cremallera. Luego, solo un segundo después, finge volver a abrirla.

—Por cierto, ¿tú no tenías que estar en el pabellón deportivo como a las... ahora mismo?

Doy un saltito y me abalanzo sobre él para robarle el teléfono del bolsillo y ver la hora. Oh. Voy a llegar tarde. Y es solo el primer día. La expulsión se me queda corta para todo el mal que merezco por incumplir mi penitencia.

—¡Mierda! ¡Tengo que irme! ¡Ay, no! ¡Te veo luego! ¡Hasta mañana, Tormenta!

Salgo corriendo y, en mi camino hacia la salida lateral de los establos, veo al señor Lockley empujando una carretilla llena de paja sucia. Me acerco y le doy un abrazo de despedida a su hombro mientras él intenta mantener el equilibrio y gruñe un poco. No es demasiado cariñoso, pero sé que en el fondo disfruta de mi compañía.

—Ya me tengo que ir, Fred. A partir de ahora no podré venir tanto, ya sabes que el verdadero castigo era para mí y no para ti.

Me ha dicho eso todos los días de la última semana, y ya venía farfullando algo parecido desde que me cuelo en los establos como si estuviera en casa. El castigo por el incidente (fortuito y para nada

intencionado) de la colcha consistía en echar una mano en las actividades del internado y se supone que tengo que ayudar a la entrenadora de natación con el equipo de novatos de once años que entran este curso al centro. No sé nada de natación, por si hay dudas, solo lo suficiente para mantenerme a flote, desplazarme por el agua y no ahogarme, pero no voy a enseñar, solo a organizar el material, así que tampoco hace falta. Como las clases no empiezan hasta el jueves, convencí a mi carcelera de que podía echar una mano en las cuadras hasta que me necesitaran en la piscina. Fue un poco trampa, porque ya llevaba todo el verano molestando a Fred Lockley por aquí, pero ella no lo sabía, así que le pareció bien y gané puntos por proactiva.

—Ya sabes que puedes venir siempre que quieras.

Lo ha dicho con ese tono grave y algo tosco, pero eso no le resta importancia ni calidez al mensaje. En el fondo, no está tan saturado de mí como quiere hacerme creer a diario.

Sonrío y enseguida recuerdo que tengo otro sitio en el que estar, cambio la sonrisa por mi mejor cara de circunstancias y salgo corriendo.

Elliot ha salido por la otra puerta y grita algo a mi espalda cuando lo adelanto a toda velocidad. No me detengo a escucharlo porque no puedo. Va en serio. La puntualidad es algo superimportante y valiosísimo en este internado. Se supone que voy a ser la mano derecha de la entrenadora Dean los próximos meses, más me vale no liarla el primer día.

La enorme puerta de cristal del pabellón de deportes emite un ruido exagerado cuando me cuelo dentro y dejo que se cierre de golpe. Hasta me giro para comprobar que no la he roto. Parece que no hay daños, y yo me lanzo a los pasillos sin saber muy bien cuál es el camino correcto. Las suelas de mis zapatillas golpean el suelo y

chirrían un poco, nadie podría pensar que me he colado aquí para robar. Aunque intentar ser sigilosa sería peor, lo digo por experiencia.

Freno en seco cuando una mujer que debe de rondar los treinta años sale al pasillo desde una de las puertas laterales y se planta en medio de mi camino, cortándome el paso. Quedamos frente a frente, cerca, pero no parece intimidada y tampoco parece tener intención de regañarme por el escándalo ni por haber estado a puntito de atropellarla.

—Espero que seas Casey Adams.

Abro la boca, pero vuelve a hablar antes de que me dé tiempo a decir nada:

—No importa, ahora sí lo eres. Vamos, Casey, necesito que me ayudes con algo.

La sigo como un cachorrillo cuando gira y atraviesa de nuevo la puerta por la que ha salido hace un momento. Respiro para recuperar el aliento y entonces hablo:

—Siento llegar tarde.

Me lanza una mirada contrariada por encima del hombro.

—No llegas tarde. Llegas justo a tiempo. Pásame esa caja.

Se sube a una escalera y coloca la caja de cartón en el punto más alto de una estantería en cuanto se la doy. Baja de un salto, se sacude las manos y hace un gesto impaciente con la cabeza.

—Vamos, sígueme, te enseño las instalaciones. No has estado antes, ¿no? Esta es la sala de material que, como ves, es un caos. Hay que hacer algo con esto, en serio, he pensado que podrías echarme una mano luego, si te parece bien. Soy la entrenadora Dean, por cierto, aunque puedes llamarme June. Mientras estés por aquí te asignaré una taquilla en el vestuario de las chicas, después vamos para allí. Ven conmigo, te voy a enseñar la piscina. Los

pequeños entrenan una hora de lunes a viernes después de las clases y durante esta primera etapa utilizamos muchos elementos para ir determinando los puntos fuertes de cada uno, por lo que necesitaré que vayas y vengas todo el tiempo entre el almacén y la piscina para cambiar los materiales. Yo no puedo andar entrando y saliendo mientras los chicos están en el agua, si se ahoga alguno me la cargo.

Aprieto los labios y alzo una ceja cuando frena la marcha y se vuelve a mirarme. Suelta una risita.

—Sé que no quieres estar aquí, Casey, y que hubo un accidente con fuego del que no quiero los detalles y por eso te obligan a venir, pero no va a ser tan terrible. No soy policía ni funcionaria de prisiones, y vamos a llevarnos bien, ya verás. Tú solo tienes que ser rapidísima haciendo recados y reírte de mis chistes y todo irá genial.

Fuerzo una sonrisa algo tensa, aunque admito que ya me gusta esta mujer.

—Vale, la verdad es que me río bastante bien. A veces a destiempo, esa es la única pega.

La entrenadora Dean suelta una carcajada.

—Perfecto, eso le dará emoción. Venga, ven, hay entrenamientos libres hoy en la piscina grande, así que solo vamos a asomarnos un momento, para no molestar.

Creo que me he desorientado en el segundo giro, y no tengo del todo claro que pudiera volver hasta la piscina olímpica yo sola, pero eso es problema de la Casey del jueves y no de la de hoy, así que me despreocupo de mis defectillos de orientación y entro tras ella en el espacio de la enorme piscina cubierta. Hay una playa ancha pintada con líneas azul oscuro alrededor. Gradas altísimas a los lados. En la parte delantera y la trasera de esta zona del pabellón, enormes cristaleras que permiten el paso de la luz y arriba, en el

techo, tantos focos como si tuvieran que iluminar un concierto. En el agua hay diez carriles diferenciados, pero ahora mismo solo se están usando cuatro. No quiero distraerme con el movimiento de los deportistas, pero es impresionante la velocidad a la que nadan.

Estoy a punto de salir de vuelta al pasillo con la entrenadora cuando oigo el grito de una chica a mi espalda:

—¡Lejísimos de tu marca, Gray! ¡¿Se puede saber qué te pasa hoy?!

No me da tiempo a volver la cabeza y echar un vistazo, porque mi nueva «jefa» empieza a hablarme y tengo que prestarle la máxima atención. Es solo el primer día y creo que es importante causar buena impresión.

Ha pasado más de una hora cuando ya me ha enseñado todo, me ha dado las indicaciones precisas para el jueves, día en que empieza oficialmente mi penitencia, y hasta hemos organizado (muy poco) el almacén a nuestra manera. Mi primer encargo, como nueva chica para todo de la piscina, es pasar por los vestuarios para revisar el orden y depositar en el cesto de la ropa sucia cualquier prenda deportiva que los alumnos hayan dejado tirada por ahí. Creo que sería mucho más operativo decirle a cada cual que se recoja lo suyo, pero a lo mejor eso es mucho pedir en un sitio como este.

Paso por el vestuario de las chicas, aprovecho para configurar la combinación de apertura de la que será mi taquilla y compruebo que no haya nada fuera de lugar. Muy bien, mitad de la tarea completada.

Voy hasta el de los chicos, llamo a la puerta con los nudillos y asomo la cabeza al no obtener respuesta.

—¿Hola?

Nada. Doy unos cuantos pasos adelante. Todo está tranquilo y en silencio, así que avanzo entre la primera hilera de taquillas. Parece

limpio y recogido. Giro hacia la zona lateral que lleva a las duchas. Oigo el sonido del agua cayendo.

—¿Hola?

Nada. Solo el fluir uniforme del efecto lluvia. Alguien se ha debido de dejar el grifo abierto. Será mejor que lo cierre.

Avanzo un poco más y, cuando estoy a punto de asomarme al cubículo del que sale una sedosa nube de vapor, una mano se cierra en torno a mi brazo y me arrastra dentro.

Grito. Sí, ¿vale?, porque me asusto y es lo que hace la gente cuando le dan un susto de muerte, no porque yo sea una miedica.

El agua templada me empapa la camiseta. Y quizá por eso el contraste de temperatura es aún más brusco cuando mi espalda se pega a la pared de azulejos en respuesta al empuje de ese otro cuerpo más grande.

Él también se sobresalta ante mi reacción. Sus ojos, muy abiertos, se clavan en los míos. Los tiene húmedos y bastante rojos y no podría decir si es consecuencia del cloro o si ha estado llorando. Su mano se ha posado sobre mi boca, para sofocar el grito, y es grande y cálida, y el pulgar me acaricia el cuello sin quererlo como consecuencia de mi respiración agitada.

Creo que me reconoce. Entorna los ojos, se le empequeñecen las pupilas, y su cara muestra un rictus confuso, como si hubiera estado preparando una sonrisa y ahora no supiera muy bien qué gesto corresponde a las circunstancias actuales.

Yo lo reconozco a él sin ninguna duda, porque ya había visto esos hombros desnudos antes. No quiero mirar más abajo, por si acaso, aunque espero que lleve puesto un bañador. A lo mejor este tal Gray siempre se pasea por ahí a pecho descubierto.

Puedo notar el ligero temblor en sus labios cuando los entreabre para hablar:

—Tú no eres...

Alzo las cejas. Aparta la mano rapidísimo, como si de repente el contacto abrasara, y retrocede torpemente hasta chocar con la pared de enfrente.

Se tapa la entrepierna con las dos manos a una velocidad digna de récord. Menos mal, porque juro que es del todo imposible no echar un vistazo. Y no, me parece que no está escondiendo un bañador, precisamente.

—No, seguro que no lo soy —respondo, aún con el corazón latiendo con furia en la garganta.

El susto ha sido importante. Lo del secuestro es una movida. Y luego está esa cosilla absurda y sin importancia de su cuerpo desnudo, caliente, duro y firme atrapando el mío contra una pared de azulejos en una maldita nube de vapor. He leído *fanfics* con los que he chillado de emoción por menos.

—Joder, lo siento mucho.

Está tan apurado que hasta me da pena. Aunque eso no va a impedir que le haga pagar por este atropello.

—Ya, pues deberías.

Le lanzo la toalla que pende de un gancho en la pared de enfrente y le doy la espalda antes de que los reflejos le hagan mover una mano para alcanzarla, para no avergonzarlo aún más. Cuando lo miro de nuevo, está anudándola alrededor de su cintura a toda prisa.

—Mierda, yo... Perdona.

Me muerdo el labio para evitar una sonrisa y los ojos se me escapan un poquito. Solo para recordar si... Abdominales.

—Aunque tú no deberías estar aquí.

¿Qué?

Vuelvo a sus ojos. Tiene el ceño fruncido. No sé si es momento para explicarle que sí que debo estar aquí porque me lo ha encomendado la entrenadora. Supongo que eso carece de importancia en este momento.

—Seguro que la persona a la que esperabas tampoco.

Aprieta los labios.

Le ofrezco una sonrisa comedida.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así, Gray.

Como yo no soy la entrenadora y él no tiene impuesta una penitencia por pirómano, no se ríe de mi intento de chiste ni nada. No me hace falta tener un termómetro láser para notar a la perfección cómo el calor le sube a toda velocidad a las mejillas.

Aparta la mirada de inmediato, baja los hombros, murmura algo entre dientes que soy incapaz de entender, pasa por mi lado como si ya ni siquiera me viera y se larga sin decir adiós.

Ya es la segunda vez.

Ahí va el patético y *maleducado* Gray.

15.13 h
6 de septiembre de 2025

THE ROYAL BLAB **PUBLICÓ UN HILO:**

¿Preparados para la fiesta de bienvenida? Ya sé que el inicio de curso ha sido movidito, con todas esas caras nuevas que empiezan a dar de qué hablar. Por eso os recomiendo que mantengáis los ojos bien abiertos esta noche..., nunca sabes a quién puedes encontrar haciendo lo que no debe a la vuelta de una esquina.

¿Habrá traído Matthew Olson material para empolvarse la nariz para la ocasión?

¿Con quién va a tontear esta noche Nathaniel Sanders? ¿Con ellos o con ellas?

¿Mantendrá Lorie Henry el vestido puesto a lo largo de la noche?

Aún no lo sabemos. Pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

6

NO TE METAS DONDE NO TE LLAMAN, CASEY

Casey

—El uniforme es una oda a la ranciedad y un insulto a los avances en igualdad de la última década.

Elliot suelta eso cambiando radicalmente de tema y sé que es solo para asegurarse de que le estoy prestando atención. Últimamente no confía mucho en mis habilidades de escucha activa, pero se lo voy a perdonar, a pesar de que ya lleva diez días enteros con el mismo discurso. Considero que debería parar, por el bien de los dos y de nuestra amistad.

El uniforme del internado es... básicamente como cualquier uniforme de colegio privado. Ya sabéis, los chicos llevan pantalón de corte recto, las chicas llevamos falda y todos nos ahogamos con esas corbatas horteras de rombos verdes (a juego con los de la falda) y las americanas azul marino con el escudo de la institución. Poco sobre lo que sorprenderse, mucho sobre lo que protestar. Entiendo a

la perfección la queja de mi amigo (especialmente, porque me la ha explicado hasta la extenuación a lo largo de toda la primera semana y media de curso académico), pero no sé muy bien qué puedo hacer para satisfacer su necesidad de reafirmación.

—Es horrible y no le queda bien a nadie —sigue—. Al menos no nos han obligado a llevarlo en esta *fiesta*, eso dilapidaría las posibilidades de que haya algo jugoso con lo que nutrirme de salseo.

No creo que vayamos a tener tanta emoción como a él le gustaría en esta «fiesta». Para empezar, porque ni siquiera es una fiesta. El concepto se le queda grande... o deforme, no lo sé. Es el segundo sábado desde el inicio oficial del curso escolar y, al parecer, cada año se organiza un evento de bienvenida para los alumnos. Ha habido una cena por todo lo alto en el comedor elegante, el de las ocasiones especiales, y luego nos han dividido por cursos para el resto de las actividades de convivencia. Tanto nosotros, los de penúltimo año, como los del superior, nos hemos reunido en esta sala llena de refrescos (nada de alcohol, por supuesto), decoración festiva y música. No creo que hiciera falta que nos organizaran esto para socializar, al fin y al cabo, los de sexto y séptimo curso de secundaria ya compartimos el edificio de los espacios comunes: comedor, sala de juegos, salón de cine... Nos sobran los lugares de encuentro.

Pero yo tengo que exprimir cada instante y esto es lo más parecido a una fiesta que puedo esperar en los próximos meses, así que me he puesto mi vestido favorito, me he maquillado concienzudamente y hasta me he planchado el pelo. Beatrice me ha echado una mano con la preparación. Podría decirse que estamos bien avenidas en la convivencia. No es que nos hayamos hecho mejores amigas en tan poco tiempo, pero las cosas entre nosotras han ido evolucionando de forma natural y ahora somos algo más

que meras compañeras de cuarto. Amigas potenciales, lo llamaría yo. Hay gente con la que conectas al instante y, aunque realmente no conozcas bien, tienes la sensación de que hace mucho tiempo que está en tu vida y que no podría ser de ninguna otra manera. Eso es lo que me pasó con Elliot. Eso es también lo que me pasó con Melissa, mi mejor amiga de casa, cuando empezamos la secundaria y nos sentaron juntas en clase de francés. Con Bee la cosa ha sido muy diferente, desde luego, y sigue estando lejos de ser algo más que agradable convivencia y mutuo entendimiento entre compañeras de cuarto, aunque cada día dejamos barreras atrás y nos vamos abriendo un poquito más la una con la otra. Últimamente, se han ido sumando los planes conjuntos, con sus amigas o sin ellas, y hemos descubierto que tenemos más cosas en común de las que creíamos. El mayor nexo de unión es Tormenta. Los caballos en general y esa yegua castaña en particular, que es mi favorita de los establos del internado y ha resultado ser la que monta Bee en las clases de equitación que se imparten dos veces por semana. A mí me encantaría acudir a esas clases, también, pero son bastante exclusivas y a mi padrastro no le apeteció «pedir más favores» para que me incluyeran. Bueno, da igual, no estoy tan desesperada como mis compañeros por impresionar en las solicitudes universitarias. Yo me iré a cualquier sitio en el que me acepten en Veterinaria, que sea Oxford o Aberdeen no me importa en absoluto. Bee está matriculada en un montón de asignaturas extracurriculares, por ejemplo, y creo que la equitación es lo único que ha elegido por sí misma. Las que van de política, economía y protocolo son más cosa de sus padres, aunque es a las que más esfuerzo les dedica, sin duda.

No parece que me guarde rencor por conocer su secretillo. Puede ser porque me he asegurado de recordarle que no voy a decir nada, no es asunto mío. Puedo verla ahí, al otro lado del salón, riendo con

sus amigas mientras tiene el brazo del hijo de los Walden sobre los hombros. Y eso me lleva a pensar: ¿dónde estará el patéti...?

—Fíjate en eso, amiga mía, ¿puedes decirme que no es un auténtico espectáculo?

Sigo el curso de la mirada de Elliot, pero no veo nada escandaloso. Solo hay... gente.

—¿El qué?

—Por favor, Casey, *ese chico*. ¿No es demasiado guapo para ser real?

—¿Quién?

—Estás ciega. Está justo delante de tus narices. Alto, piel negra, pelo oscuro, hombros anchos, sonrisa bonita.

Lo localizo enseguida. No es que haya tanta diversidad racial en este internado del norte de Inglaterra. Vaya, menudos ojazos. Elliot tiene buen gusto, desde luego. A su lado, una chica bajita, con el pelo corto de un rubio muy intenso, le habla de forma atropellada. Va a nuestra clase y, aunque no hemos hablado aún con ella, sé que forma parte del equipo de natación porque me la he cruzado un par de veces en la piscina.

Cojo a mi mejor amigo de la mano y lo arrastro conmigo hacia ellos. Clava los talones en el suelo y se resiste.

—¿Qué haces?

—Vamos a presentarnos.

—¿Por qué?

—Para eso es esta fiesta, ¿no?

—Ni loco.

Me río.

—¡Venga ya, Elliot! Solo vamos a saludar.

Doy un tirón y él trastabilla a mi lado hasta plantarnos de golpe delante de los dos amigos que, hasta hace un segundo, hablaban

tan tranquilos y ajenos a nuestra existencia. Cortan inmediatamente su conversación y nos miran sorprendidos. Ella arruga un poco la nariz, como si fuéramos cucarachas o algo peor, aunque puedo notar que hace un verdadero esfuerzo para tratar de disimularlo.

—Hola —saludo, con una sonrisa deslumbrante y un montón de desvergüenza—. Estáis en el equipo de natación, ¿verdad? Soy Casey, estoy condenada a ayudar a la entrenadora Dean con los de primer año, así que voy mucho por la piscina últimamente.

El chico me sonríe y me tiende la mano. Ella, por el contrario, se muestra mucho más reticente.

—Hola, Casey, yo soy Nate. ¿Eres de penúltimo año? No me suena haberte visto en ninguna clase de último curso.

—Sí, penúltimo. Ah, y este es mi amigo Elliot, también de penúltimo.

—Entonces, puede que coincidáis en clase con Trisha, ¿no?

Pone una mano en la espalda de su amiga para empujarla suavemente y acercarla a nosotros. Ella frunce los labios y los dos intercambian una mirada en la que sobran las palabras. La chica dice algo así como que la deje tranquila y él suplica en silencio que sea amable. Parecen tener mucha confianza.

—Sí, vamos a la misma clase, aunque no hemos hablado antes. Es un placer conocerte, Trisha.

Me mira. Asiente de forma algo tosca. Mira a Elliot con más curiosidad que la que parece sentir hacia mí.

—Yo estoy en el último año —sigue hablando Nate—. Acabáis de entrar en Liberty para este curso, ¿no? No soy especialmente bueno con las caras, pero seguro que recordaría la tuya.

Abro ligeramente la boca, sorprendida y divertida a partes iguales por ese tonteo tan descarado. Su amiga, la simpática, gruñe

quedamente a su lado, como si estuviera harta de que intente ligar con todo el mundo.

—El de la cara memorable es Elliot, tiene unas pecas monísimas.

Mi amigo me da una patada en el tobillo.

—Te odio —murmura por lo bajo.

No es tan discreto como él se cree, porque Trisha suelta una carcajada y relaja la expresión cuando lo estudia con más detenimiento.

—¿Te parece si abandonamos esta interacción social claramente incómoda y absurda y fingimos tener sed para alejarnos a la zona de bebidas y librarnos de ellos? —le propone, divertida.

Elliot sonríe.

—Me muero de ganas, de verdad que sí.

Nate y yo intercambiamos una mirada de cejas alzadas cargada de indignación. No nos da tiempo a decir nada y tampoco ellos tienen tiempo de alejarse, porque, antes de que nadie pueda mover ficha, una persona más aparece a su espalda y se une a nosotros.

—He ido, he vuelto, y os juro que sigo sin tener ganas de quedarme aquí ni un se...

Sus ojos encuentran mi cara, corta la frase a mitad y se le frunce el ceño.

Lleva camisa y todo, pero a estas alturas no me hace falta un pecho desnudo para reconocerlo. Me lo he cruzado casi cada día al salir de la piscina y todas las veces ha escondido la mirada, se ha puesto rojo como un tomate y ha fingido no reconocerme.

Le sonrío.

—¿Ni un segundo más? —termino por él—. Lo entiendo. Ni siquiera es una fiesta. Yo soy Casey. —Le tiendo la mano y espero, pero no hace amago de estrecharla. Lo señalo con el dedo—. ¿Gray?

Sé perfectamente su nombre, y él lo sabe, pero me parece que en este contexto es muy invasivo no entonarlo como una pregunta.

Frunce el ceño aún un poco más. Da un paso a un lado para alejarse de mí y sacude la cabeza. Creo que va a decir algo, pero su atención se distrae con alguna cosa al fondo de la sala y todos nos volvemos a mirar cuando le cambia la cara. Me atrevería a decir que está casi atractivo cuando aprieta la mandíbula y endurece el gesto.

—Gray... —dice Trisha.

Él se mueve para evitar el contacto.

—Paso. Me voy.

Se escabulle entre la gente y avanza directo a la salida sin volver la vista atrás. Supongo que porque no quiere volver a ver cómo Beatrice Cox se pone de puntillas para besar a Ian Walden.

—Ve tú —ordena Nate.

—Ni de broma —gruñe Trisha—. Ve tú.

—No, yo no voy.

—Bueno, pues yo tampoco. Voy a tomarme un refresco con mi colega Elliot, ¿verdad, Elliot? Paso de vosotros, necesito amigos nuevos.

Se lleva a Elliot (a *mi* Elliot) del brazo y yo cruzo la mirada con Nate. Está a punto de decir algo, pero entonces un tío enorme le salta encima, y empieza a bromear con él, y yo me agacho y me aparto para no llevarme un empujón cuando se ponen a pelear de forma amistosa.

Miro alrededor y todo el mundo está ocupado hablando con alguien, bailando o riendo demasiado alto. Mi compañera de habitación sigue con su novio, aunque ahora que Gray ya no está delante hay más espacio entre los dos. Está claro que eso no sería consuelo para él. Intento ignorar la voz en mi cabeza que me dice que ese chico tiene el corazón roto y que yo hice una promesa en

forma de lista que debo cumplir, me guste o no. Ignorarla nunca sirve, claro, sobre todo si suena como la suya.

Vale, Casey, ya sabes lo que toca.

Me abro paso entre la gente hacia la salida. Es el camino que ha seguido él hace solo un par de minutos. Si ya ha desaparecido, al menos me diré a mí misma que lo he intentado y no será un incumplimiento tan flagrante del quinto mandamiento. Salgo al jardín por la puerta lateral. Hoy hay luna llena y la luz pálida se derrama sobre la piedra gris de la fachada principal del colegio. Me recuerda un poco a Edimburgo, aunque más pijo. Las edificaciones del internado podrían formar parte de las dependencias de un castillo... supongo que están cerca de ser las mazmorras, ¿no es verdad? Todas estas pobres almas atrapadas entre los muros altos. Al menos, es estético.

Me llevo una pequeña decepción cuando veo una figura sentada en los escalones que bajan hacia la residencia de los chicos. Había llegado a fantasear un poquito con librarme de este acto de caridad en concreto. Venga, seguro que encuentro la parte buena. Siempre lo hago. El altruismo nunca es del todo desinteresado.

Me acerco hasta situarme a su espalda y carraspeo. Se vuelve de golpe, sobresaltado. Tiene las piernas estiradas y en esa postura me recuerda a esos personajes de patas largas que meten niños en un saco en las películas de terror. No hay nada que temer, hace dos semanas, cuando Beatrice lo echó de nuestra habitación, pude ver claramente lo inofensivo que es el pobrecito Gray. El incidente de la ducha, a pesar de todo, solo terminó de confirmarlo. Alza la vista hasta que sus ojos chocan con los míos. De nuevo, parece un cachorrito abandonado en medio de una carretera solitaria.

—¿Qué hay, Gray? —saludo, con media sonrisa. Luego la borro despacio y chasqueo la lengua—. Mal de amores, ¿eh? Qué chungo.

Se levanta de un salto y se me planta delante. Aprieto los labios, sorprendida (que no intimidada), y levanto poco a poco la barbilla para poder mirarlo a la cara. Es alto. Más de lo que me pareció en el vestuario, y definitivamente más de lo que había calculado al estar a una distancia prudencial. Ahora no hay nada de prudente en los escasos centímetros que nos separan, y tampoco en el modo en que me observa, como si detestara tener que hacerlo. Tiene un pequeñísimo hoyuelo en la barbilla. Me gustan los detalles en las caras. Las pecas de Elliot. El hoyuelo de la barbilla de Gray. Podría obsesionarme con ese agujerito tan mono. Y entonces habla y mi mirada va directa a sus labios... solo porque para mirarlo a los ojos tendría que estirar el cuello aún más.

—¿Puedes dejar de... aparecer? —pide en un ladrido ronco.

Oh, el cachorrito está asustado. ¿Habéis visto alguna vez esos vídeos de leoncitos diminutos rugiendo como si fueran el rey de la selva? Eso es lo que parece Gray ahora mismo. Me dan ganas de agarrarlo por un pliegue de la nuca, levantarlo mientras lanza torpes dentelladas al aire, darle un besito en la cabeza y metérmelo en el bolso para llevarlo a casa. Lo adopto. Me lo quedo.

—Entonces puedes verme y oírme, sí que vivimos en el mismo plano espaciotemporal. Empezaba a tener dudas con eso de que nunca respondes cuando nos cruzamos y te doy las buenas tardes.

—Ojalá pudiera decir que no —bufa, molesto.

Da media vuelta y baja dos escalones. Se le tensan los hombros, se congela en el movimiento y parece batallar contra un montón de dudas durante un instante. Luego, gira medio cuerpo para mirarme de nuevo. Nuestros ojos están a la misma altura ahora que él va escalera abajo.

Espero sin decir nada. Creo que a veces es mejor dejar espacio a la gente para que organice sus ideas en vez de impulsarla a hablar

antes de tiempo.

—Lo siento —suspira—. Es... Perdona, no debería pagar esto contigo. Tú no tienes la culpa.

Hago un leve asentimiento de cabeza.

—Es obvio que no.

—No es un buen momento, ¿sabes? ¿Podrías, por favor, olvidar lo que viste en la habitación de Bee y..., no sé..., seguir tu camino mientras yo voy por el mío? No me va bien que me recuerden mis cagadas cada dos pasos.

Eh, yo no he hecho nada de eso. Debería aprender a no proyectar. Pero eso ya se lo explicaré más adelante.

—No voy a decir nada a nadie.

Supongo que es lo que más le preocupa. Elliot ya lleva unos cuantos días contándome con detalle lo infernal que podría ser la vida de cualquiera que osara contrariar al príncipe del internado. A mí me parece que ese tal Ian tiene cara de ser bastante *chill* y nada vengativo, pero ¿qué sabré yo de realeza?

—Ya. Te lo agradezco. ¿Olvidado entonces?

—Créeme, me encantaría. Pero me temo que no puedo olvidarlo.

Abre la boca. Emite un sonido que no llega a convertirse en nada reconocible. Vuelve a cerrar la boca. Aprieta los labios. Sacude la cabeza. Murmura algo como «¿qué demonios le pasa?» y luego da media vuelta y baja el siguiente escalón.

—Sí, vale, lo que sea —dice en voz alta—. Hasta luego, Katy.

—Es Casey —corrijo.

—¡Vale! —grita, dos escalones más abajo.

Me cruzo de brazos, le doy un par de segundos más de ventaja y luego lo digo. Porque no hay mucho que explicar. Es lo que hay y va a ser tan divertido para él como para mí. No hay duda.

—Voy a ayudarte a curar ese corazón roto, Gray.

7

HUYE DE LAS BUENAS INTENCIONES

Oliver

Voy a ayudarte a curar ese corazón roto.

¿Qué?

Quiero decir... *¿qué?*

Pero ¿quién...? Pero ¿qué...? Pero ¿de dónde ha salido esta chica y qué es lo que le pasa en la cabeza? En serio, no entiendo nada. Espera, ¿me están grabando? ¿Será cosa de esos dos tontos que insisten en que los llame «amigos»? Seguro que me están vacilando. Ya, entiendo que estén hartos de verme mal por Bee, en serio. Sé que están un poco paranoicos, porque desafiar al principito podría suponer el destierro inmediato..., y salir del internado significa perder mi única oportunidad real de llegar a profesional en la natación. Aun así, creo que esto es pasarse. Sí, muy graciosos, chicos, pero ya vale.

Miro alrededor, a ver si aparecen de entre las sombras para reírse de mí. Todo es quietud y el silencio solo está roto por el sonido

amortiguado de la música que hemos dejado dentro.

Vuelvo a subir la escalera hasta donde está ella, que se mantiene firme y me sostiene la mirada. Tiene la cabeza un poco ladeada, como Nate cuando intenta psicoanalizarme. No creo que ni yo ni mi situación seamos dignos objetos de estudio, así que me irrita un poco que me observe como si me estuviera evaluando.

No me acerco tanto como antes porque, por lo que sé, podría ser peligrosa. Por lo que sé, casi seguro que lo es. Como poco, no está bien de la cabeza, ¿no es verdad? ¿Quién se acerca a un desconocido para meterse así en algo que no es asunto suyo? Bien, veamos lo que sé hasta ahora: es la nueva compañera de habitación de Bee, se llama Casey (y no Katy), ronda por la piscina cada tarde, aunque, por suerte, suele salir cuando yo llego, y me vio en una situación en la que no querría que nadie me hubiera visto jamás: medio desnudo en un pasillo, rechazado por la chica que amo y suplicando de forma algo penosa. Si pudiera pedir un solo deseo, sería borrar ese momento (no tanto lo que pasó como el hecho de haber tenido testigos). Y luego está el incidente de la ducha, claro... Cada vez que me la cruzo, me acuerdo de ese maldito instante y noto cómo la sangre se me arremolina en las mejillas. Prefiero evitar el bochorno, y ella parece empeñada en interponerse en mi camino al olvido una y otra vez.

—¿Qué has dicho? —pregunto, y trato de mantener la voz firme, quizá incluso un poco intimidante, pero intimidar nunca se me ha dado bien. No es lo mío.

Ella sonríe. Pasa el peso de un pie a otro y, con el movimiento, inclina la cabeza un poco más para seguir mirándome como un animalillo cuando oye un sonido agudo.

—Ya. Perdona, ha sido un poco invasivo.

Alzo una ceja.

—¿Tú crees?

No sé si ha podido captar la ironía o se le ha escapado por culpa de los gallos que no para de emitir mi garganta, que se ha estrechado un poquito como consecuencia de lo surrealista de la situación.

No contesta, así que sigo:

—¿Quién eres?

Da un paso adelante y mi cuerpo responde moviéndose hacia atrás para mantener la distancia. Cuestión de seguridad. El espacio personal es un bien escaso e importantísimo en este dichoso internado.

Hace una mueca. Me tiende la mano.

—Casey Hazel Adams.

Estudio su gesto y su postura. Parece cordial. Nada amenazante. Le estrecho la mano casi como un acto reflejo, supongo que porque eso es lo que se hace, ¿no? No lo pienso mucho. Tiene los dedos helados. Aguanto el contraste de temperatura que hace que me cosquillee la piel desde la palma hasta los nudillos. Podría envolver todo su puño y calentarlo. Es pequeña en comparación conmigo. Puedo notar cómo se le pone la piel de gallina y eso hace que la mía responda igual, con cierta incomodidad.

—Oliver Patrick Grayson. Todos me llaman Gray. —No sé por qué me presento, solo por educación y porque es lo que toca, creo.

Me aparto enseguida y me meto la mano en el bolsillo del vaquero, como si necesitara ponerla a cubierto, solo por si acaso. Para que no me vuelva a tocar. Para que no me vuelva a congelar, o a hacer cosquillas.

—Lo sé, Gray.

Ya vuelve a sonreír. Va de agradable y *buenrollera*, y a mí eso solo me produce la sensación opuesta. Me está resultando un tanto

siniestra, la verdad.

La miro bien por un momento. No me había fijado en ella hasta ahora, por desinterés o por el dichoso bochorno que me causa su presencia desde que pasó lo que pasó. Ahora lo hago. Es algo más baja que Bee, apenas me llega a la clavícula. Tiene el pelo de color castaño claro, con los mechones de la parte delantera más cortos y el resto de la melena lamiéndole los hombros. Los ojos enormes (o quizá sea solo efecto de esas larguísimas pestañas), de un tono que se me escapa por culpa de las sombras, pero que brilla como reflejo de la luz de la luna. La nariz pequeña, como un botón. La boca... demasiado grande. No me refiero a físicamente, sino en sentido figurado. Sí, Casey Hazel Adams tiene la boca muy grande y me da la impresión de que carece de filtro, pero está enmarcada por unos labios llenos que lleva pintados de color rojo esta noche. Hay al menos tres lunares pequeños sobre la comisura derecha, descolgándose desde el pómulo. Se ha puesto un vestido de un verde suave, con tirantes anchos y la falda por encima de la rodilla. Lo ha combinado con zapatillas. Y no me extraña que esté helada, aunque la noche no sea especialmente fría.

No parece peligrosa por fuera. No, para nada. Pero no puedo bajar la guardia.

Doy otro paso atrás y mis talones rozan el borde del primer escalón.

—Repito: ¿qué has dicho? —Vuelvo a centrar el tema.

Se muerde el labio. Muy rojo. Muy lleno.

—Vale, he ido muy a saco. Déjame que te lo explique: tengo que ayudarte a superar esto y a curar tu corazoncito. Es obvio que no está en su mejor momento. Sé que es un poco raro...

Dejo escapar una risita irónica.

—¿Solo un poco?

—Ya. Claro, Verás, tengo una lista, ¿sabes? Son como una serie de puntos que tengo que cumplir, se supone que es para que la vida sea más bonita y también más fácil. Me la hizo mi mejor amiga antes de que mi madre me mandara a este sitio, para que tuviera a lo que atenerme para sobrevivir a los dos años de destierro. Melissa le puso el título de «Los diez mandamientos de Casey Adams», que queda como muy pomposo, pero a mí me gusta más pensar en ella como una guía espiritual de vida, porque lo de los mandamientos es muy coercitivo y está demasiado asociado a lo religioso. Bueno, podría decirse que es mi propia religión, pero no me va todo lo que implica ese concepto. Total, que, en resumen, tú eres el quinto.

Ah..., ¿vale? ¿Por qué utiliza palabras de diccionario al hablar? ¿Se lo habrá estudiado?

—¿El quinto qué? —me atrevo a preguntar, solo por seguirle el rollo, aunque no sé si quiero oír la respuesta.

—El quinto mandamiento, Oliver Grayson.

—¿Qué?

—A ver, no tú por ser tú, sino tu corazón roto. No es nada personal, en serio.

¿Que no es nada...?

—Ah, ¿no te lo parece?

—Te das demasiada importancia —me acusa, despreocupada—. El quinto punto de mi lista es que no puedo dejar de ayudar a un corazón roto. Y de verdad que a mí también me encantaría que los pedacitos del tuyo no me hubieran salpicado aquel día en el pasillo de la residencia, donde, por cierto, no deberías haber estado sin supervisión de la señora Newman según las normas de convivencia, pero acabas de volver a arrastrarlo por delante de mis pies hace un momento y sería alta traición a mis principios ignorarlo de nuevo. Así que aquí estamos, Oliver. No te preocupes por nada, en serio. Sé lo

que me hago. Soy experta en rupturas, aquí donde me ves. Y fíjate. —Se señala a sí misma y amplía la sonrisa—. Corazón intacto. Alma en pie.

—No puedes llamarme Oliver.

Es todo lo que se me ocurre decir. Tampoco estoy muy seguro de tener una respuesta a la altura del resto del discurso.

Tuerce la boca hacia un lado y me observa con más interés.

—¿Por qué no? ¿No es tu nombre?

Sí. No. Ya ni siquiera lo sé.

—Nadie me llama así.

—Entonces mucho mejor, Oliver, porque yo voy a ser completamente diferente al resto del mundo para ti. Tómatelo como si fuera tu hada madrina. Como el padrino de un exalcohólico.

—No necesito hada madrina, ni nada que se le parezca. Oye, agradezco tus buenas intenciones, si es que lo son. Pero, en serio, esto no es asunto tuyo. No te conozco, no me conoces, y no has parado de decir locuras desde que me has seguido aquí fuera. Será mejor que nos olvidemos de esto. Te daré las buenas tardes cuando nos crucemos y cada uno seguirá a lo suyo, y ya está. Si tengo o no el corazón roto es cosa mía. Y no quiero decir que se te ha ido la cabeza, o que nunca la has tenido en su sitio, así que voy a suponer que alguien ha adulterado tu bebida... o la mía, y el que está alucinando soy yo. Gracias por tu preocupación «no personal», Casey, pero voy a cortar esto aquí, si te parece.

Se encoge de hombros. Da un paso atrás y señala el espacio entre los dos sin borrar la sonrisa.

—Vale, como quieras.

Sacudo la cabeza. No estoy tan mal como para convertirme en el proyecto de caridad de una chica que se aburre, ¿verdad que no?

Hoy no estoy de humor, pero mañana esto será tan solo una anécdota que contar a mis amigos y ya está.

—Buenas noches, Casey. Y no te enredes mucho con esa lista, o la gente pensará que has perdido la cabeza.

Se ríe.

—Ya. Segundo mandamiento.

No tengo ni idea de lo que habla. Y, eh, prefiero no preguntar. Me doy media vuelta y bajo los escalones camino de la residencia de los chicos. El día ya ha sido lo suficientemente largo. Dejaré que Crol me maltrate un poco y me iré a dormir antes de que pueda pasar algo más.

Oigo el movimiento detrás de mí. Casey vuelve a la fiesta. Perfecto. Cada uno por su lado.

Giro para dirigirme a los dormitorios y entonces me asalta un pellizco de angustia. Si me voy a la cama ahora, no voy a poder dormir. No, porque hace solo unos segundos que la chica de ideas absurdas ha desaparecido y ha dejado de entretenerme, y ya ha vuelto a atacarme la imagen de Bee poniéndose de puntillas para besar al principito. No necesitaba ponerse de puntillas conmigo cuando llevaba unos tacones como los de hoy. No hay manera de sacarla de mi mente. Es un maldito bombardeo. No solo de imágenes que he visto, sino también de las que no paro de imaginarme. Y eso es todavía peor.

Oigo la voz de Trisha en mi cabeza una y otra vez: «Solo tiene que parecerlo, Gray». «Tienen que verte con otra». No quiero que el principito me destierre, no quiero perder la oportunidad que me da el equipo. Necesito que ese maldito perfil de cotilleos deje de mirar en mi dirección con sospecha.

No lo pienso. Solo doy la vuelta y corro hacia la puerta del colegio. Casey *pirada* Adams está ahí, a punto de entrar.

—¡Eh, Casey!

Se gira para mirarme con las cejas alzadas y un gracioso gesto de sorpresa.

—¿Sí, Oliver?

Mierda, ya estoy seguro de que esto es la peor idea del mundo. Y, aun así, lo digo, mientras me rasco la cabeza con nerviosismo:

—A lo mejor sí que puedes ayudarme.

00.27 h
7 de septiembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Nathaniel, Nathaniel, Nathaniel, sabíamos que tú no nos decepcionarías. Y menos mal, porque la fiesta de este año no ha dado tanto de sí. ¿Es que ya habéis agotado todo el salseo en la primera semana y no os queda nada más para darme, queridos *royals*?

No pasa nada, os perdono, porque Nate nunca me defrauda y jamás me defraudará. Supongo que pocos se han podido perder el modo en que besaba a Alexandra Neville en medio de la pista de baile. Lo que no sabemos es a qué rincón oscuro se han retirado después.

Pero, tranquilos, pequeños *royals*, todo lo que pasó a continuación lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

8

NO MIRES A LA TENTACIÓN A LOS OJOS

Oliver

Ha pasado muy de largo la medianoche cuando vuelvo caminando despacio hasta la residencia. Después de que esa chica que no parece estar muy bien de la cabeza me ofreciera su ayuda y yo la aceptara solo para que la gente me vea con ella y piense lo que no es, me he ido directo a la piscina. Bueno, antes le he hecho un resumen acelerado y algo censurado de mi historia con Bee, para que se haga una idea de a lo que se enfrenta, y ella ha dicho que es pan comido. La tía está como una cabra, en serio, pero creo que no es mi problema. Y, luego, ahora sí, me he ido directo a la piscina. Se supone que no podemos entrar fuera del horario, pero los nadadores más destacados de último curso tenemos activada la tarjeta y conocemos la clave de acceso. Y no es por alardear: yo soy uno de los favoritos del entrenador. Estoy agotado. Eso es bueno. Espero que me ayude a dormir. Que no me deje dar vueltas en la cama y sobrepensar... una noche más.

Hay mucha calma alrededor. Normalmente la puerta de la residencia se cierra a las once, y las tarjetas identificativas que permiten el acceso dejan de ser efectivas hasta las seis de la mañana, pero algunos sábados está abierta hasta las dos para los alumnos que tienen permiso de sus padres para salir del recinto del internado. Papá firmó el mío sin apenas mirarlo cuando se lo puse delante durante las primeras vacaciones del año pasado. Nate tenía el suyo y no quería salir solo, aunque apenas los usamos un puñado de veces. Trisha aún no podía, solo hay permisos para los alumnos de los dos últimos cursos, así que, si queríamos ir a algún lado, tenía que escaparse (lo que jamás ha sido un problema para Trish). Este año se ha encargado de falsificarlo ella misma, ni siquiera se molestó en preguntar a sus padres.

Estoy a punto de alcanzar la puerta cuando una sombra se despega de la pared y se acerca. Doy un bote, suelto una palabrota entre dientes y expulso el aire de golpe cuando la reconozco. No me hace falta luz. La reconocería en cualquier lugar, incluso cerca del fin del mundo.

—Bee —suspiro, y no me molesto en tratar de normalizar mis latidos tras el susto, porque con ella la taquicardia jamás se va—. ¿Qué haces aquí?

Si alguien nos ve, seremos fuente de cotilleos, y yo, hombre muerto. O chico desterrado, que es básicamente lo mismo.

Está seria. Se abraza el torso agarrada a las mangas de la fina chaqueta que se ha echado sobre los hombros. Tampoco necesito más claridad que la escasa luz de la luna para ver su vestido..., lo he memorizado en el mismo instante en que la he visto aparecer en el comedor para la cena. Es nuevo. Le queda espectacular.

—Te has ido pronto de la fiesta —murmura.

—Ya. No me gustaba mucho el ambiente.

—Gray...

Me hago a un lado cuando intenta acercarse. Las sombras sobre sus ojos no me permiten estudiar el color azul cielo, pero sé lo que me está contando su mirada: que le ha dolido que la rehúya como si fuera a darme calambre. Pero es que eso es lo que Beatrice hace todo el tiempo: me pincha. Duele.

Esta noche ha presumido de tener a otro a su lado. Y, la última vez que le pedí que habláramos, me dejó plantado y yo acabé en una situación de lo más incómoda con la chica que conoce nuestro secreto, así que entenderá que no esté de humor ahora mismo.

—¿Qué quieres, Bee? En serio. Ya no sé a qué estás jugando.

Sí que lo sé, y esa es la peor parte. Me gustaría no tener que pensar que ahora no soy más que un entretenimiento para ella, que solo soy esa marioneta que le gusta hacer bailar a su son, con las cuerdas bien enredadas entre sus dedos.

Siento que ya no la conozco. Y eso hace que me pregunte si alguna vez llegué a conocerla de verdad. Es lo que más me escuece: tener que dudar de si lo que tuvimos fue de verdad alguna vez o si para ella jamás significó lo mismo que significa para mí.

Que *significaba* para mí. *Joder, Oliver.*

—¿Con quién te has ido de la fiesta? Te he estado buscando.

Suelto un bufido. Ella no se deja amedrentar. Se acerca un poco más y me dedica una mirada acusadora.

Evito clavar las pupilas en las suyas. No debo. Eso nunca acaba bien para mí. Es mejor no mirar a la tentación a los ojos. Pero, al final, lo hago. Lo hago y su mirada, cabreada y suplicante, se me incrusta en el cerebro y lo taladra.

No puedo más con esta mierda.

—¿Por qué tendría que importarte si me voy con alguien? Tú estabas allí con tu novio, Bee. ¡Con tu novio, joder!

Elevo el tono de voz, aunque intente evitarlo. Supongo que ya no me debería preocupar que nos oigan. Al fin y al cabo, los secretos siempre han sido suyos y no nuestros. Y cualquier destino sería mejor que tener que seguir viéndolos juntos cada día..., ¿o no?

—Te he visto hablando con Lucille Evans en la cena. ¿Estabas...? ¿Te gusta?

—Esto es absurdo —resoplo—. Estoy harto, Beatrice. No puedo más. ¿Sabes cuál es tu problema? Que tú ni siquiera quieres tenerme, pero tampoco quieres que me tenga nadie más. Y no es justo. Ni siquiera me quieres, pero te encanta que yo te siga queriendo y que me arrastre como un perro cada vez que te apetece llamarme.

Puedo ver cómo arruga la nariz, en ese gesto que antes era una caricia y ahora parece una puñalada.

—Eso no es así, Gray.

Me paso la mano por el pelo y revuelvo los mechones.

—¿No lo es? Porque es exactamente lo que parece. Y yo ya no quiero jugar. Tú has ganado, ¿vale?

Se traga un sollozo.

Es la maldita reina del drama, de verdad que sí. No sé cómo no me di cuenta mucho antes. Las lágrimas solo aparecen cuando a ella le conviene. Ni siquiera estoy seguro de que vaya a derramar ni una sola ahora.

—No gana nadie —dice con un hilo de voz que casi consigue derribarme—. A mí también me duele. Mantenerte lejos no es tan fácil, y tú no ayudas. Claro que me destroza verte con otra persona. Yo también puse el corazón en esto.

Dejo escapar una risita triste por la nariz.

—¿Qué corazón, Bee?

Su mueca de dolor se me contagia.

—No seas tan injusto.

—Hace dos semanas me dijiste que éramos un error y que no podíamos estar juntos. ¿Podemos estar juntos ahora?

Niega con la cabeza.

Me esfuerzo para no caer de rodillas a sus pies como el idiota enamorado que siempre he sido por ella.

—Has dicho tantas veces que se acabó que ya he perdido la cuenta —sigo, con la poca firmeza que me queda—. Creo que ya es hora de que lo diga yo. Se acabó, Bee. Me rindo. No voy a seguir con esto, así no. Me niego a tenerte a medias, a que sea otro el que se pasee cogido de tu mano, y yo, solo el secreto que se cuela en tu cuarto cuando te apetece follar. Tienes que elegir. Si me quieres, seré tuyo, como siempre, como antes. Si no..., entonces no vuelvas a buscarme, olvida que tú y yo nos conocimos bien una vez. Voy en serio. Todo o nada, Beatrice. Tú decides.

Desaparece tan rápido que casi podría creerme que me la he imaginado. Que nunca ha estado aquí. Supongo que es verdad. En el fondo, nunca ha estado conmigo.

Aprieto los dientes y me obligo a dar un paso hacia la entrada de la residencia. Tengo que batallar como nunca contra mí mismo para no correr detrás de ella, como cada maldita vez antes.

Venga, un paso más.

Quizá esto es el final. Y mañana será solo el principio.

Otro paso y los veo. Junto a la puerta, observando la escena sin ningún disimulo. Son Casey y ese chico pelirrojo que vive al otro lado del pasillo. ¿Cuánto tiempo llevan ahí? ¿Lo han oído todo?

Y entonces Casey Adams me sonríe con tristeza, une las manos ante su pecho para formar un corazón y luego las separa hacia los lados, dejando solo unidos los pulgares, mostrando cómo se parte en dos.

Paso junto a ellos ignorándolos descaradamente, entro en la residencia y los dejo atrás.

Lo último que necesito es más gente revolviendo mi basura.

Y no hay duda de que esa chica es una auténtica pirada.

12.01 h
17 de septiembre de 2025

THE ROYAL BLAB **PUBLICÓ UN HILO:**

Las princesitas también follan. Eso es lo que asegura una fuente anónima: que alguien descubrió a la princesa consorte del Liberty Haven, a la que creíamos pura y virgen hasta el matrimonio, con un tío en su cama. ¿Era lo que imagináis? Desde luego. ¿Eras tú, Ian Walden? Parece que no.

Y si no era su novio..., ¿a quién está metiendo en su cama Beatrice Cox? Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

9

SI NO ES TU MOVIDA, PASA DE ELLO

Casey

—Hueles a cuadra.

Me acomodo el asa de la mochila al hombro, agarro el cuello de la americana azul marino con dos dedos y me la acerco a la nariz para comprobarlo, sin dejar de caminar hacia el comedor junto a mi amigo. A mí me parece que huele genial.

—¿En serio? La mitad de los alumnos de este internado huelen a dinero negro y a ellos no les dices nada.

Elliot me responde con una mueca.

—Creo que va siendo hora de que aceptes que eres una más del rebaño. Tienes que dejar de llamar a esta gente «pijos» y «niños ricos» porque ahora formas parte del club de la nobleza británica y eso te hace igual de detestable.

Chasqueo la lengua. En realidad, mi familia siempre lo ha sido. No de la nobleza, que yo sepa, pero sí de una posición económica muy

desahogada. Mamá no cambió de marido por dinero, sino solo por estatus, lo que, en mi opinión, es mucho más reprochable.

—No critico la casta social, más bien una actitud.

—También criticas la casta social.

—También critico la casta social.

—¿No hay nada en tu guía espiritual que te prohíba ser tan hipócrita, Adams? —suelta en tono de broma, y yo sonrío.

—Nada en absoluto. Y, si eso es lo que piensas de mí, ¿por qué te sientas a mi lado en clase y vamos juntos a almorzar?

Me da un empujoncito para que avance en la fila de la comida.

—Tengo un poquito de fobia a los adolescentes escolarizados.

—Ya.

—Y te quiero.

—Eso también.

—Sí, eso también. Aunque huelas a caballo todo el día.

—No huelo a caballo.

Estira la mano y pesca algo de mi pelo con dos dedos. Me lo enseña con una ceja alzada y media sonrisa divertida. Es un trocito minúsculo de paja.

—No puedes seguir yendo a los establos todas las mañanas. Pasar corriendo por el comedor y llevarte dos piezas de fruta no es desayunar en condiciones.

Para dar efecto a su declaración, tira la pajita al suelo con desprecio.

—No iré todos los días. Esta mañana tenía que hacerlo, Tormenta estaba muy nerviosa anoche por los truenos.

—Qué curioso lo de su nombre, ¿no?

—En este internado todo es así de paradójico.

—Bueno, pues espero que sea verdad y ajustes tus horarios de establo, porque lo cierto es que no me preocupa en absoluto lo

adecuado de tu nutrición, lo que me molesta es tener que desayunar solo.

—Te prometo que no te abandonaré en casi ningún desayuno.

Resopla.

—Siempre tengo que conformarme con un «casi».

Sonrío. Es verdad que se me está haciendo complicado ajustar mis horarios. Los cursos de verano eran más flexibles, empezaban más tarde y había mucho tiempo para organizarse. Ahora las clases empiezan a las ocho y media de lunes a viernes y en mi agenda apenas cabe la visita a primera hora a los caballos.

No me cuesta madrugar. De hecho, lo disfruto. Y más ahora que tengo una terraza a la que puedo salir para hacer mi rutina de yoga después de que el despertador suene a las seis y cuarto. Bee es igual de madrugadora que yo y eso es genial, porque así no nos molestamos. Ella invierte el tiempo en ponerse al día con todos los periódicos digitales y en arreglarse para presentar esa imagen impoluta de la que hace alarde frente a todo el mundo, y yo me visto con la ropa de deporte, desenrollo mi esterilla y empiezo a estirar. La culpa de que yo ahora comience así los días es de mi madre, que es adicta al yoga desde hace años y siempre nos pedía que la acompañáramos a clase. Creo que acabé por engancharme yo también. El comedor se abre para el desayuno a las siete y cuarto, pero Elliot nunca llega antes de y media. Y los establos están a diez minutos del edificio del colegio, lo que añade casi tres minutos más desde el comedor. Lo que yo decía: siempre voy con el tiempo justo.

Mi amigo levanta la cabeza y mira alrededor.

—¿Qué pasa?

Hay una oleada de murmullos llenando cada rincón de la enorme sala. Rescato el móvil del bolsillo de la americana. Ahí está. Una nueva notificación de ese perfil de cotilleos de la red social.

Creo que pierdo el color cuando lo leo. ¿Cómo...?

—¿Has sido tú? —pregunta Elliot, en un tono que deja muy muy claro que ya sabe que no he sido yo.

Levanto la mirada y la conecto con sus ojos. Creo que los dos estamos medio en *shock*.

—Claro que no. ¿Has sido tú? —pregunto exactamente del mismo modo.

—Ojalá supiera quién es *The Royal Blab* para compartir cotilleos, amiga, pero está claro que no tengo ni idea.

—Ya. —Me muerdo el labio.

Yo no he sido. Elliot tampoco. Pero no hay duda de que la persona que pilló a la princesita follando en el cuarto que ahora compartimos fui yo. No creo que sea una situación recurrente en su historial. Y si yo no he dicho nada... ¿Quién más lo sabía?

—¿Sabes qué? No es nuestra movida, Casey —decide mi amigo.

Desplaza la bandeja y empieza a llenarla con lo más apetecible del almuerzo que nos ofrecen hoy. «Nada es nuestra movida, nosotros solo nos alimentamos de los cotilleos de los demás». Lo repite mucho desde que decidí meterme de lleno en los asuntos amorosos de cierto nadador sin conocerlo de nada. A mi amigo le pareció una locura. Y luego dijo en voz alta: «Bueno, supongo que también existe el sexto mandamiento», y me dejó seguir con mis desvaríos mientras le contaba todos los detalles.

Tiene razón. Puede que también la tenga cuando me repite que debería ser más flexible con la lista. Me cuesta serlo. Me resisto a serlo. Creo que necesito sentir que hay algo que me guía, yo sola tiendo a ser incluso más desastre. También me gusta sentir que seguir uno a uno todos los puntos que Melissa escribió para mí la mantiene conmigo, aunque ella esté tan lejos y yo encerrada en una prisión estudiantil.

Tal vez por eso, el corazón se me acelera y la emoción me cosquillea en la superficie de la piel cuando vuelvo la cabeza y veo a Gray manteniendo una discreta discusión con sus amigos en la mesa que suelen ocupar cada día.

Ni siquiera me fijo en lo que cojo para llenar la bandeja del almuerzo. Me doy mucha prisa en caminar hacia allí y Elliot me sigue apresuradamente, preguntando en siseos furiosos qué demonios me parece que estoy haciendo.

Nate está sentado junto a Trisha, pero Gray permanece de pie, con los hombros tensos y fuego en los ojos. Me clava la mirada en cuanto ocupo una de las sillas y parece a punto de hacer explotar el comedor al completo.

—¿Has sido tú?

Me está hablando a mí. No sé si eso es hablar. No grita, desde luego, pero es peor que si lo hiciera. Nate se pone de pie y Elliot se planta en medio, dispuestos a intervenir. No puedo adorarlo más. A Elliot, me refiero. Creo que cualquiera que lo viera desde fuera, pequeño y enclenque, apostaría a que es un cobarde, pero aquí está, listo para plantarse delante y protegerme si al nadador se le ocurre dar un solo paso. Tampoco es que fuera a ponerse en peligro ni nada. Gray no deja de ser un cachorrillo asustado, y me parece que ahora lo está más que nunca.

Le sostengo la mirada con firmeza, sin dejar que me intimide.

—Claro que no he sido yo. Y deberías relajarte si no quieres llamar la atención.

Se sienta de golpe, rígido como una tabla.

En realidad, es difícil que nada llame la atención en la locura en la que se ha convertido el comedor en los últimos minutos. Todo el mundo habla en voz muy alta, y el ruido ambiente ha terminado por volverse desagradable. Las notificaciones de la dichosa red social no

paran de saltar. A los buitres les ha faltado tiempo para empezar a despedazar la noticia y, con ella, a Bee.

La busco con la mirada, pero no la encuentro.

Bee y yo nos estamos haciendo amigas y por eso es el peor momento para que un perfil de cotilleos exponga públicamente algo que se supone que solo sé yo. Desde luego, esta no debería ser mi movida, pero estoy en el centro de la vorágine, lo quiera o no. Ni siquiera hemos mencionado a Gray o lo que pasó en nuestro primer día de convivencia, pero su sombra revolotea entre las dos todo el tiempo, como ese rollo de un elefante rosa en el cuarto. Si piensa que esto lo he aireado yo, la cosa va a ponerse fea por esa maravillosa habitación de la segunda planta.

—Tenemos que descubrir quién ha sido —dice Trisha a media voz en cuanto Nate se sienta de nuevo a su lado, sin dejar de vigilar a Gray con el rabillo del ojo.

—Al parecer, solo lo sabemos los que estamos en esta mesa, así que vosotros diréis —gruñe el cachorrillo entre dientes.

Nate se inclina hacia el centro y nos mira a todos, uno por uno. Finalmente, parece descartarnos sin tener que hacer preguntas.

—A lo mejor Bee se lo ha contado a alguien, ¿no?

Gray resopla.

—¿Y por qué iba a...?

—Y ¿por qué ibas a hacerlo tú? —rebate Trisha—. Al fin y al cabo, eres el que más tiene que perder si esto llega a oídos del principito.

Elliot y yo cruzamos una mirada. «El principito». Sé que mi amigo va a quemar el apodo cada vez que vuelva a hablar de Ian Walden, y es un tema que le fascina últimamente.

—Tienes que asegurarte de no volver a estar cerca de ella ni de casualidad —advierte Nate—. Esta vez va en serio, Gray.

No me ha dado la impresión desde que lo conozco de que Nate vaya en serio demasiadas veces en la vida, así que tal vez todo ese drama de intrigas de poder que me estuvo explicando Elliot sea cierto, al fin y al cabo.

—Yo creo que deberíamos centrarnos en descubrir quién está detrás del perfil de cotilleos —opina Elliot, para el que se suponía que nada de todo esto era «nuestra movida».

Todas las miradas se centran en él, y hasta se encoge un poco en el asiento. Aun así, saca fuerzas para seguir hablando. Bien por él. Estoy muy orgullosa de su vena cotilla.

—Si deja de meter mierda, a la gente se le olvidará muy rápido. Vive de crear polémica y de agitar al alumnado, creo que la única manera de evitar que «los secretos del Liberty Haven» salgan a la luz —dice, dibujando comillas en el aire con los dedos— es descubrir a quien está detrás.

—Ya. No parece fácil. Lleva aireando los trapos sucios de los demás desde que estoy aquí, y aún nadie sabe quién lleva el perfil —se lamenta Nate.

Él es muy habitual en los cotilleos, debo decir, pero no parece que le importe que el resto de los alumnos lo sepa todo acerca de la cantidad y la variedad de sus conquistas amorosas.

—Lleva haciéndolo desde hace tres años —aporta Trisha—. Ya estaba aquí antes de que vosotros llegarais.

De golpe, se hace un silencio sepulcral en el comedor. Los cinco levantamos la vista a la vez para ver qué es lo que lo ha provocado.

Beatrice Cox está en la puerta, con dos de sus más fieles escuderas al lado. Se ha quedado parada, congelada, ante la atención que ha despertado su presencia. Y entonces otra de sus amigas se acerca para decirle algo al oído. Los murmullos se encienden y van creciendo de nuevo a una velocidad de vértigo.

Y Bee da media vuelta, haciendo ondear la falda del uniforme, y sale corriendo de aquí.

El comedor es un caos. La gente grita, se ríe, va de una mesa a otra comentando la noticia y se arma tanto escándalo que hasta aparecen unos cuantos profesores de la sala contigua, donde almuerzan ellos, para ver qué demonios está pasando.

Entre toda la locura, Oliver Grayson se pone de pie. No dice ni una palabra. Recoge sus cosas y se aleja.

—¡Ni se te ocurra, Gray! —advierte Trisha, pero él ya ni siquiera la oye. O, si lo hace, finge lo contrario.

—Mierda —se lamenta Nate—, estamos jodidos.

Yo tengo un mandamiento que cumplir.

No quiero.

De verdad que no.

Me encantaría dejar el culo pegado a esta silla, almorzar cuchicheando con mi nueva panda de amigos circunstanciales, unidos por culpa de un secreto compartido, y luego volver a clase como si no hubiera pasado nada. Pero tengo una lista y es bastante sagrada, ¿no lo había dicho ya?

Hay dos corazones sangrantes a punto de encontrarse en el pasillo y, si dejo que se unan, me temo que ya no voy a poder ayudarlos.

Es el momento de intervenir.

Si alguien los ve juntos ahora, la vida de Gray se convertirá en un infierno, según Elliot y sus dramáticos nuevos amigos. Para Bee, ya no habrá marcha atrás.

Me pongo de pie.

Elliot agarra la manga de mi chaqueta.

—No es tu movida, amiga.

Le dedico una sonrisa leve, resignada.

—Me temo que un poco sí.

Y luego me libro de él, avanzo a toda prisa hacia la puerta, abriéndome paso entre la gente, y llego hasta Gray antes de que alcance la salida. Lo cojo de la mano, engancho los dedos a los suyos con firmeza, y lo arrastro conmigo hasta el jardín.

No se resiste, creo que porque le cuesta procesar lo que está pasando. Me sigue de manera dócil y cogido de mi mano hasta que freno la marcha en el jardín delantero, a un lado de la puerta del edificio común, para que no se nos pueda ver desde la cristalera del comedor, y me enfrento a su mirada.

Alza las cejas. Abre la boca. No dice nada.

Nuestros dedos aún siguen entrelazados y siento un cosquilleo punzante e incómodo recorriéndome la piel. Su mano es más grande que la mía y la envuelve por completo, manteniéndola protegida. Sé que tengo que soltarlo ya, pero mi cuerpo no responde tan rápido como debería.

Gray baja la mirada hasta el punto en que aún nos tocamos. Me suelta de golpe, como si acabara de darle calambre, y da un paso atrás para ganar distancia.

—¿Qué estás haciendo?

Intenta darle un tono molesto a la pregunta, pero solo parece asustado.

—Me parece que te estoy salvando el culito, Oliver —respondo, con toda esa tranquilidad que a él le falta y un tono cantarín que parece irritarlo un poco más.

Cuadra la mandíbula. Se le marca el hoyuelo de la barbilla. Quiero clavar el dedo en él y ver a dónde conduce.

—Pero, en serio, ¿qué te pasa? —gruñe.

—¿Qué te pasa a ti? —se la devuelvo, sin alterarme—. Estabas a punto de ir tras ella a la vista de todo el colegio. Creía que no querías que se enterara nadie, ¿o me he perdido algo?

Le cambia la cara. Baja esos humos que parece que solo es capaz de blandir contra mí y contra nadie más. Se mueve nervioso, sin dar un solo paso, y se pasa la mano por el pelo.

—Mierda —murmura para sí mismo.

De verdad que está mal si acaba de ser consciente ahora, y no antes, de lo que supondría haber ido corriendo tras su amante hace un momento. Da la impresión de que lo pierde todo de vista cuando se trata de Bee, y eso es un problema. Más aún en las circunstancias actuales, cuando la chica de la que está patéticamente enamorado es el objeto de cotilleo de todo el mundo.

—Oye...

No sigo hablando porque soy consciente al instante de que no me escucha. Se saca el móvil del bolsillo del pantalón, toquetea la pantalla y empieza a escribir a toda velocidad. No puedo evitar echar un vistazo, no se está esforzando para ocultarlo. En el nombre del contacto pone «Bee», y el mensaje anterior, enviado por él, está sin responder. Escribe: «¿Estás bien?». Ella se conecta. El mensaje se marca como leído. Luego se desconecta. Lo deja en visto.

Alzo la mirada hasta la cara de Gray de nuevo. Tiene los ojos inundados de preocupación. Le tiembla ligeramente la barbilla.

Le pongo una mano en el brazo y gira la cabeza tan bruscamente para mirarme que seguramente se le resientan los músculos del cuello más tarde.

—Será mejor que desaparezcas un ratito, al menos hasta que esto se calme, ¿no te parece?

Suelta un resoplido por la nariz.

—Y ¿dónde quieres que vaya, Casey Adams? No sé si te has dado cuenta de que no hay muchos sitios donde esconderse.

—Ya.

Se revuelve, como si estuviera incómodo en su propia piel.

—Necesito salir de aquí —murmura.

Echa a andar hacia la izquierda, por el camino que lleva a la residencia de los chicos. Lo sigo apresurada.

Me lanza una mirada de soslayo.

—¿Qué haces?

Le sonrío.

—Te acompaño.

Se le frunce el ceño.

—No quiero...

Se le corta la voz a media frase y yo sigo el curso de su mirada para encontrar a Ian Walden, el principito, caminando apresurado y con cara de cabreo (aunque también de preocupación) directo hacia la entrada del comedor. Está claro a quién va a rescatar. Y será mejor que Gray no esté en ningún lugar a la vista cuando empiece a buscar un culpable.

—Vale, entiendo que no te fíes de mí.

Creo que se sobresalta un poco al oírme.

Me mira entre las pestañas.

—No es... No quiero ofenderte, Casey, pero entenderás que todo esto —dice al tiempo que me señala, se señala y señala alrededor— es raro. Que no te conozco de nada y que me atropellaste con no sé qué rollos sobre unos mandamientos en la fiesta de bienvenida. Y es obvio que yo solo no estoy gestionando bien lo de Bee, vale, y por eso acepté tu ayuda. Pero también creo que..., bueno, lo siento, pero... me parece que... estás un poco pirada. En plan bien, tal vez, no lo sé, pero... pirada, sí. Lo siento.

No me estaba ofendiendo nada de nada. Que lo repita dos veces sí que consigue ofenderme un pelín más. Aunque supongo que si yo estuviera en su lugar también pensaría algo parecido, así que me limito a encogerme de hombros, resignada.

—Vale —acepto, tranquila.

Él pone una graciosísima cara de circunstancias.

—¿Vale?

—Sí, vale. ¿Prefieres que no te acompañe ahora, entonces?

Mira hacia los lados. Vuelve a mirarme a mí. Hace un asentimiento leve con la cabeza.

Sonrío. Vuelvo a hablar antes de que le dé tiempo a murmurar una despedida de mala gana y huir; veo muy claramente esa intención en sus pupilas. Lleva haciendo algo parecido desde que accedió a que le echara una mano con su corazón roto. No hemos avanzado mucho porque me rehúye cada vez que tiene ocasión.

—Oye, mira, sé que está siendo difícil para ti aceptar mi ayuda. Está bien. Buen rollo y todo. Iremos paso a paso, ¿vale?

Gray me mira con atención. Con demasiada atención. Los ojos, los pómulos, los labios. Me está poniendo nerviosa.

—¿Por qué te importa tanto? —dice al final, en apenas un suspiro.

Sonrío.

—Tengo una lista. Ignorar tu corazón roto sería un flagrante incumplimiento del quinto punto. No es nada...

—Nada personal, ya.

—Ya. Sí, bueno, eso.

Asiente.

—Hay un problema, Casey —advierte, y yo alzo las cejas en espera de que me suelte algún comentario borde. O que repita lo «pirada» que estoy—. No estoy en mi mejor momento. Me cuesta un poco mantener todo en equilibrio últimamente. Me refiero a por dentro..., ¿me entiendes?

La verdad es que no mucho.

—Ajá.

Le doy la razón porque quiero que termine con su argumento en mi contra, no porque pueda empatizar con su explicación. Puede que sea porque no se está explicando en absoluto.

—Mira, apenas te conozco, pero eres... Me parece, y perdona si me equivoco, que eres como un vendaval. Vas por ahí a toda prisa, sin cuidado, revolviendo las cosas y haciéndolas volar por los aires. Admito que en este momento necesito que me eches una mano, vale, pero no que me desordenen. Es lo que menos necesito ahora mismo.

¿Debería ofenderme? No puedo. Me encanta esa imagen que tiene de mí. Un vendaval. Eso mola. Lo que me ofendería de verdad sería que me dijeran que paso por la vida de la gente sin dejar huella. Ser un soplo de aire es una virtud.

—Me has llamado cosas peores —bromeo solo a medias—. Me gusta el concepto. Es un buen sobrenombre. Vendaval. Suena un poco a guerrera, ¿no crees?

Gray abre la boca. Sacude la cabeza. Y luego da un paso hacia mí.

—No sé si nos estamos entendiendo.

Me río suavemente.

—Sí, nos entendemos muy bien, tranquilo. No voy a desordenar nada. Ya me voy. Hasta luego, Oliver. Espero que, incluso hoy, mantengas cada pieza en su lugar.

Se le escapa una especie de sonrisa minúscula... y es hasta bonita.

—Sí. Yo también.

10

MANTÉN LA PAZ EN EL HOGAR

Casey

Le envío un audio larguísimo a Elliot en el camino hacia la residencia después de mi penitencia en la piscina y de pasarme (otra vez) por los establos. El muy descarado me responde diciendo que no puede escucharlo ahora porque ha quedado con «Trish» en una de las salas comunes del edificio mixto, y que están en plena labor de investigación porque se han propuesto descubrir quién se esconde detrás del perfil de cotilleos del internado. Creo que me pongo un poco celosa, ¿puede ser? Parece divertido, eso de formar equipo de investigación, y Elliot es *mi* Elliot, no el Elliot de esa tal Trisha. Ya usa el diminutivo, así que me temo que estoy dejando de ser su única amiga con una rapidez un pelín ofensiva. No es que lo quiera solo para mí, y me alegraré muchísimo por él si encuentra gente con la que poder ser él mismo de una vez por todas..., siempre que no los quiera a ellos más que a mí. Añade que puedo pasarme por allí a

echarles una mano con la investigación hasta que llegue la hora de la cena.

¡Qué honor que me dé permiso!

Refunfuño un poco para mí misma, guardo el móvil, alzo la mirada y... los veo. Beatrice Cox y el principito. La pareja de la polémica. Están junto a la puerta de entrada a la residencia de las chicas. Ella tiene la espalda apoyada en la pared, y él, justo enfrente, no aparta las manos de la cintura de su novia. Bee le está contando algo, y parece tan triste que hasta a mí me dan ganas de acercarme y abrazarla. Ian Walden sonríe con dulzura. Tiene sonrisa de príncipe. Es innegablemente guapo y apuesto. Y altísimo, eso también. Pelo rubio oscuro, ojos claros, creo que son verdes, aunque no he mirado con tanta atención por si pensaba que lo estaba acosando o que estaba pirada. La gente es muy sensible con eso en este internado, visto lo visto. Es como el protagonista de una de esas películas en las que la chica se despierta un día de pronto siendo princesa y conoce a un apuestísimo príncipe de un país inventado. Ese sería Ian Walden, sin duda. Y, lo siento un montón por Gray, pero es que el pobrecillo nadador no tiene manera alguna de competir contra... esto. Madre mía. Para colmo, está mirando a Bee como si quisiera cuidarla para siempre y, cuando ella deja caer la cabeza hacia delante y la esconde en su pecho, él le acaricia el pelo con mimo y le habla al oído. Yo me derretiría. Ahí me encontrarían, convertida en un charquito en el suelo. Beatrice sigue de una pieza. A saber cómo lo consigue cuando él le toma la cara entre las manos, la guía hasta mirarla a los ojos y le deja un beso tierno en la frente.

A la porra el patético Gray, en serio. Yo también lo habría cambiado por el futuro rey de todas mis fantasías.

No hay otro sitio por el que entrar (aunque Gray tal vez haya descifrado cómo abrir desde fuera la puerta de la salida de

emergencia para colarse, yo lo he intentado un par de veces y juro que es imposible), así que tengo que terminar de acercarme a ellos. Bee enseguida me clava la mirada, da un paso a un lado para ganar distancia con su novio, como si acabara de pillarla con quien no debe, y me dedica una sonrisa deslucida.

—Hola, Casey.

—Hola. ¿Estás bien?

Asiente.

—Sí, claro —afirma con seguridad, como si ni siquiera pudiera imaginarse por qué le pregunto eso.

Echo un vistazo rápido a Ian, que me estudia con curiosidad en esos ojos... verdes. Sí, son verdes, seguro. Como una esmeralda incrustada en el oro pulido de una corona.

—Vale. Eh..., voy a darme una ducha rápida y a cambiarme para la cena.

—Muy bien —responde ella—. Subo ahora mismo. Yo tendré que cambiarme, también.

—Hasta ahora.

Me despiden con sendas sonrisas de dientes blanquísimos y perfectos.

Estoy a punto de entrar al baño cuando la puerta del cuarto se abre. Me vuelvo para mirar a Bee. Creo que tengo que decir algo, lo que sea, porque el espectáculo de la hora del almuerzo no ha sido bonito y, por desgracia, todas sus sospechas deben de estar apuntando hacia mí ahora mismo.

—Eh —saludo, con tiento, con suavidad—. ¿Cómo estás? Lo de hoy ha sido...

—Desagradable —completa ella por mí. Cierra la puerta y apoya la espalda en la madera para mirarme desde ahí—. Ha sido muy desagradable. No pasa nada, estoy bien. Han pasado cosas aún más

desagradables en este internado desde que estoy aquí y, al final, todo termina olvidándose, así que supongo que con esto será igual. Solo necesito que me prometas que no has sido tú.

Es admirable. No creo que yo pudiera tomármelo así de bien de estar en su lugar.

—Yo no he tenido nada que ver —aseguro al instante—. Te lo prometo. No le he dicho nada a nadie de... aquello. Bueno, es mentira, se lo dije a Elliot, pero él tampoco lo ha dicho, pongo la mano en el fuego por él. Dice que no tiene a nadie a quien contárselo, pero, aunque lo tuviera, tampoco lo haría, porque me lo prometió. Y, de todos modos, es «un pringadillo al que nadie tendría en cuenta» —digo, en broma, usando las palabras que mi amigo suele utilizar también.

Alza las cejas, y parece divertida, incluso.

—¿Quién es Elliot?

Me río con suavidad y ella corresponde con una sonrisa algo más sincera que las anteriores. Le he hablado de él, y ni siquiera hizo falta que le diera muchas explicaciones: Beatrice Cox conoce a todos y cada uno de los alumnos del Liberty Haven. Inclinaciones políticas, supongo. Mente estratégica. Si quiere ser alguien importante, tiene que conocer a toda la gente importante. Me sorprende que tenga ganas de bromear, aun en estas circunstancias.

Y creo que tengo que decirlo: a pesar de que haga algunas cosas que no me gustan y que no comparto, como engañar a su novio y jugar con el patético y enamorado Gray, Bee es una chica increíble. Creo que la admiro. Sí, lo cierto es que sí.

Quiero ser su amiga.

Le sigo la broma:

—¿Lo ves?

Amplía la sonrisa solo un poco. Luego sacude la cabeza con suavidad.

—La verdad es que tengo mis sospechas sobre quién ha podido ser.

Se encoge de hombros. Me muero por preguntar más, para poder compartir la información con Elliot después.

No puedo indagar porque mi compañera se mueve por la habitación hasta el armario y lo abre para elegir el modelito perfecto para la cena de hoy.

—Espero que todo esté bien con...

Me echa un vistazo y asiente.

—Ian está genial, tranquila.

Suelta una especie de gruñido muy tenue.

—Sería más fácil si se alejara, ¿sabes? Si...

Vale, ahora estamos hablando de Gray. Tampoco hace falta que pronuncie su nombre en voz alta.

—Si dejara de buscarte —completo la frase por ella.

—Sí.

Estoy en un aprieto enorme. Muy muy grande. Porque ahora tengo dos corazones heridos cargados a la espalda y, por culpa de Melissa, debería encargarme de los dos.

Muy bien, Casey, tú sigue metiéndote donde no te llaman.

—¿Alguna vez has hecho algo horrible por amor, Casey?

Siento una flecha atravesarme el pecho y agujerearme el pulmón. El hueco del corazón está vacío. Así hay menos daños.

—Sí. Muy horrible.

Bee deja escapar el aire que contenía hasta vaciarse los pulmones.

—Me lo contarás algún día, ¿vale?

No digo nada.

Hace tiempo que aprendí que, cuando tienes un peso como el suyo en la conciencia, no sirve de nada decirlo en voz alta. Nunca deja de ser un lastre.

Y el resto del mundo no merece poder juzgarlo.

Al fin y al cabo, todos cargamos algún pecado.

Y el mío nunca será perdonado.

18.15 h
25 de septiembre de 2025

THE ROYAL BLAB **PUBLICÓ UN HILO:**

¿Os habéis enterado? Difícil no hacerlo, ¿verdad? Matthew Olson se ha pasado toda la mañana en el despacho de la directora. Es posible, incluso probable, que mañana a estas horas ya no esté por aquí. Bueno, sería lo esperable, el Liberty Haven tiene una política de tolerancia cero a las drogas.

Lo que aún no ha trascendido es quién dio el chivatazo de lo que nuestro querido Matthew guardaba en la taquilla del pabellón deportivo... Los rumores sobre sus vicios no parecían suficientes para iniciar una investigación, y esta es una de las más exhaustivas que se han visto en esta escuela desde... que quien suscribe está en ella, al menos.

Los cuchicheos de pasillo dicen que Ian Walden es el único que puede mover los hilos tan rápido, y que, tal vez (y solo tal vez), esto tenga algo que ver con el asunto de Beatrice Cox y sus sábanas mancilladas por algún plebeyo. Puede que todos los sospechosos vayan cayendo uno a uno. Este perfil tiene uno más en el punto de mira, por cierto.

¿Quién ha delatado a Matthew y por qué? Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

11

CÍÑETE A TU PAPEL

Oliver

No paro de encontrármela. Está en todas las malditas partes. Siempre tiene una sonrisa que dedicarme, un «hasta luego, Oliver» cantarín en la punta de la lengua y un montón de lástima pegajosa detrás de las pupilas, como si pudiera ver a través de la piel y las costillas y comprobara cada día que aún tengo el corazón como un colador. Tiene los ojos azules... no como el azul del cielo despejado o el del agua en calma de Bee, sino del azul oscuro e intenso de las aguas revueltas en un mar profundo. Como el reflejo de una aurora boreal en pleno anticiclón. Como un dichoso vendaval.

Y. Está. En. Todas. Partes.

Cada vez que la veo, me acuerdo de esos ojos contemplando mi bochorno en el pasillo, con la puerta de Bee cerrada en plena nariz. Cada tarde al cruzármela en la piscina, se me repiten en la cabeza las palabras: «Voy a ayudarte a curar ese corazón roto». Cada noche, en la cena en el comedor, la veo reír con su amigo y pienso

que es imposible que sea experta en rupturas cuando se ríe con esas ganas y tanta vida, como si nunca le hubieran roto el corazón.

Yo ya no sé reírme así.

Y ahora está ahí otra vez, cargando con una red llena de balones de waterpolo que abulta más que ella. Es obvio que ni ve por dónde va, con la cuerda enredada en un mechón de pelo y una de las pelotas justo delante de la nariz. El chándal oficial del internado (que no le queda bien a nadie y es feo a rabiar) no se le ajusta en absoluto y ni siquiera parece de su talla. Se pisa un poco la tela en los talones y cualquier día tropezará, caerá al agua y alguien va a tener que socorrerla. No estoy del todo seguro de que sepa nadar. Pero ahí va, como si llevara media vida trabajando en esta piscina y el terreno le perteneciera.

Nate se acerca corriendo hasta ella y se ríe de la situación antes de agarrar el nudo que cierra la red y levantar el montón de pelotas sin apenas esfuerzo.

—¡Ay! —se queja ella, y tira sin ningún cuidado del mechón de pelo castaño para dejar de estar atrapada como un pez.

—¿Qué tal, Casey? ¿Te echo una mano?

Pongo los ojos en blanco ante el tono de Nate y paso de largo. No es que mi amigo esté intentando ligar con ella, creo, es que ha tonteado tanto en los últimos años, desde ese despertar sexual del que le encanta darnos detalles, que se ha convertido en su forma natural de interactuar con todo el mundo. A veces usa la voz de seducir hasta con el entrenador Lowell. Hoy no podrá, porque la sesión es con la entrenadora Dean, lo que significa más velocidad en los giros y más trabajo de espalda, y eso no suele dejar a Nathaniel de muy buen humor.

Lo que más me molesta no es su actitud de galán, sino que actúe como si esa chica fuera amiga suya. No es solo él, lo de Trisha es

aún peor. No le gusta la gente, pero parece llevarse de maravilla con el amigo pelirrojo de Casey. Supongo que lo hacen por mi bien, ¿verdad? Que todo el mundo me vea revoloteando continuamente alrededor de esa chica vendaval, al fin y al cabo, es el maldito plan.

Esta mañana, Casey *la pirada*, la muy descarada, incluso ha venido a nuestra mesa y se ha sentado con nosotros en el desayuno hasta que ha llegado su siamés. Ni siquiera me ha hablado apenas, pero me ha mirado. Esa clase de mirada. Sí, *esa*.

Y me llama Oliver. Todas y cada una de las veces que se dirige a mí. ¿Quién se cree que es?

La situación se está volviendo insostenible.

Además, creo que ya no hay nada en lo que pueda ayudarme como ella pretende, porque mi ex lleva ignorándome desde que le di el ultimátum. Puede que yo no la haya olvidado, claro, porque las cosas llevan tiempo y es un poco difícil olvidar a alguien cuando encuentras el vuelo de su pelo rubio en cada vuelta de pasillo, pero los progresos son notables. No he vuelto a acercarme a ella. No hemos estado a solas. No he vuelto a hablar con Bee más allá de un saludo educado y desganado que ella ni se dignó a responder. A lo mejor los dos lo tenemos todo claro por fin, ¿no?

Me vuelvo a mirar y Nate no está por ninguna parte. Se ha ido a acompañar a esa chica hasta la sala de material. Algún día terminará por hacerle el trabajo directamente y ella podrá sentarse en las gradas y disfrutar del espectáculo. El lenguaje del amor de Nate no son los actos de servicio, sin embargo; eso solo lo hace con los amigos, nunca con las conquistas. Y me preocupa. Si se enrollara con Casey, enseguida pasaría de ella y así no habría posibilidad de que volviera a sentarse con nosotros en el comedor como si fuera una más. Que sean amigos no son buenas noticias para mí, que solo quería olvidar que un día (muchos más días, pero me acuerdo

especialmente de ese en concreto) mi ex me trató como a un perro y la humillación fue pública. Como si no cargara ya con bastante penitencia.

Trisha tampoco está aquí, no sé con qué se está entreteniendo en el vestuario. O a lo mejor se los ha encontrado en el pasillo y están en plan pandillita los tres. Debería buscarme amigos nuevos. Unos que respeten mis tendencias masoquistas y que tengan escondido un perro que me idolatre y no un gato naranja que me bufe cada vez que me muevo. El Gray de ese universo alternativo tiene que estar de puta madre.

No puedo librarme de ellos porque los tres estamos en el equipo titular este año. Solo es para gente de los dos últimos cursos y diría que no tiene tanto mérito porque no hay tantísimo donde elegir. De los pequeños de primer año, que acaban de despejar la piscina tras su entrenamiento, solo dos o tres seguirán nadando cuando lleguen a sexto. Entrará gente de fuera con las nuevas pruebas del equipo, claro, pero seguimos siendo solo media docena de nadadores por curso. Creo que el fútbol tiene más tirón.

La natación tiene un montón de cosas buenas, pero también es exigente. Y ahora, en último curso y en el equipo que se enfrentará a las competiciones, lo es todavía más. No me importa trabajar duro, es lo único que siento que es solo mío y que nadie me va a poder arrebatar.

Me planto delante de mi calle y empiezo a estirar.

—¿Alguna novedad?

Trisha aparece por sorpresa a mi lado y empieza a estirar también, creo que solo por disimular delante de la entrenadora. Nate se nos une enseguida y me mira con interés. No sé si creen que ahora voy a pasar cada minuto de mis días paseándome por el internado con mi nueva tapadera.

—No sé si esto me gusta, chicos.

—No fastidies, Gray. Te estás jugando demasiado —advierte Trish, por enésima vez solo en la última semana.

Resoplo y me vuelvo para enfrentarlos. Tengo que empujarlos para ganar espacio.

—Entiendo lo que me juego, ¿vale? No soy tan estúpido.

Alzan las cejas en un movimiento coordinado y me pregunto si no estaremos pasando demasiado tiempo los tres juntos. Ellos ya parecen mellizos, por lo menos.

—Pero es que no comprendéis la realidad de lo que me estáis pidiendo: la chica no está bien de la cabeza. No puede estarlo. Es imposible. Tendríais que oírla hablar de esa lista y de que arregla corazones y yo qué sé qué más. Pi-ra-da —digo la última palabra separando las sílabas y pronunciando muy muy bien, con los ojos clavados en los de Trisha, que es la más dura de roer—. Lo último que necesita es que yo le dé alas y alimente su... lo que quiera que sea su trastorno.

—Creo que su trastorno se llama positividad, tío —suspira Nate, que pone una mano en mi hombro—. No esperamos que lo entiendas.

Sacudo la cabeza.

—Mira —se planta Trish, reclamando toda mi atención—, a mí tampoco termina de gustarme, ¿vale? Es... histriónica, ya lo sé.

¿Qué demonios...? Ni siquiera sé lo que significa esa palabra. Y estoy bastante seguro de que ella tampoco.

—No tiene que gustarte —sigue—, solo tiene que parecerlo cuando la gente os vea desde fuera.

—Esto es una locura.

—Aguántate, es la consecuencia por seguir siendo un tonto enamorado —interviene también Nate—. Y, además, ni se te ocurra

ser borde con ella o espantarla, acabo de convencer a Elliot de que me eche una mano con los idiomas y yo necesito aprobar Francés.

—Sí —se muestra de acuerdo su melliza malvada—, Elliot nos gusta, así que no la pifies. Conoce todos los chismes y líos de la nobleza y a mí me encanta mantenerme al día de los cotilleos. Nate y yo queremos quedárnoslo. Me temo que no podemos tener a uno sin la otra, son un *pack*, como nosotros tres, haz tu parte y deja que la pirada juegue un poco contigo. Que te ponga deberes, que se crea tu *coach* espiritual, que haga lo que quiera. A lo mejor hasta sacas algo bueno y superas un poco tu...

Suelto un gruñido tan alto que ella se calla, Nate pone cara de susto y un par de compañeros que ya estiran delante de sus calles giran la cabeza para mirarnos.

—Espero que no penséis de verdad que esto va a hacer que me olvide de... —Sus caras de pánico me frenan a tiempo antes de que pueda pronunciar el nombre en voz alta—. *Ya sabéis quién*. —Me odio a mí mismo tanto como odio esas malditas palabras—. Esa chica no tiene ni idea de lo que hace y, si pensáis lo contrario, es que estáis tan mal de la cabeza como ella.

Trisha se adelanta y levanta la barbilla para mirarme muy seria.

—Vale. En realidad, eso es lo de menos, ¿sabes? Solo tienes que seguirle un poco el rollo, pasar el tiempo con ella, que la gente os vea por ahí, que te ponga ojitos y los demás no le den vueltas a quién es la chica con la que te enrollas a escondidas.

El sonido del silbato nos sobresalta a los tres. La entrenadora Dean se acerca y nos mira uno a uno.

—A calentar. En dos minutos os quiero en el agua.

Contestamos con un «Sí, entrenadora» entonado al unísono y, en cuanto sigue su camino, Trish me señala con un dedo.

—Cíñete a tu papel, Gray.

Y se aleja. Va desprendiéndose de la sudadera mientras camina hasta su calle.

Suspiro con resignación.

Nate me pasa un brazo por los hombros y me besa en la mejilla, divertido.

—Venga, tío, Casey no es tan mala. Es divertida. A lo mejor hasta se te pega algo bueno de ella, te sacas el palo del culo y aprendes a soltarte un poco.

Lo empujo hacia su calle, pero es la contigua a la mía, así que no puedo mandarlo muy lejos.

—¿Tú de qué lado estás?

Se ríe. Se encoge de hombros.

—A mí me cae bien.

No necesito saber más.

Hago unos estiramientos básicos, me deshago de la ropa y me coloco en posición al borde de la piscina.

Ahora no es el momento para pensar en esto. No, ya lo haré después. O quizá sea mejor no pensarlo y dejarse arrastrar por la inercia hasta ver si toda esta locura que se le ocurrió a Trish sirve de algo. Solo tengo que librarme de los ojos curiosos y los labios que susurran rumores. Por mí. Y por Bee también, claro.

Solo tengo que seguirle el juego a Casey Adams.

Nada más.

Serán unos días, tal vez unas semanas.

Dejaré que sea mi mentora, mi hada *maligna* o lo que ella se crea que es. Y luego podré seguir con mi vida como hasta ahora. Tal vez, con un poco de suerte, tenerla danzando alrededor como una polilla me ayude a mantenerme lejos de Bee. O, quizá, y sería aún mejor, Bee me vea con ella y se dé cuenta de una vez de que no puede seguir jugando conmigo.

Yo no voy a seguir conformándome solo con sus migajas.

El sacrificio de unos cuantos ratos compartidos con esa chica podría traer cosas buenas, sí. Y no tengo que preocuparme por nada porque ya llevo tiempo anclado en lo que soy, en lo que siento y en lo que quiero.

Y me temo que ni siquiera un vendaval podría desordenarlo.

8.13 h
2 de octubre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Nathaniel Sanders. Te estoy hablando a ti, y directamente a ti. Ha llegado a oídos de este perfil que has hecho cosas que no debías en la piscina olímpica. Por si no está escrito en el cartel con las normas que hay a la entrada del pabellón deportivo, te lo advertiré desde aquí: no se folla en la piscina. Sobre todo, si no quieres que te pillen.

Puedes decirle lo mismo al bombón de intercambio que estaba contigo. ¿Es que acaso son esas la clase de cosas que se hacen en Madrid, Luis Costa?

Si fue solo un calentón o esos dos piensan repetir en otras instalaciones del internado, aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

12

NO TE CUELES POR ESA VENTANA

Casey

Anoche se me hizo tarde por llevar a cabo una exhaustiva labor de investigación. El corazoncito de Gray no va a arreglarse solo y yo me he comprometido a ayudarlo a sanarlo. Si algo me tomo en serio es un compromiso. Mi palabra vale oro. Es lo único valioso que tengo..., si dejas de lado todo lo demás. Bueno, ya se entiende a qué me refiero. Me entrego a la causa. Estoy preparando todo un plan de acción.

Y ahora tengo sueño.

Bostezo y apoyo la mejilla en la mano, con los ojos a medio abrir y el desayuno delante. Hasta me he saltado la rutina de yoga, porque cuando ha sonado el despertador ha sido como una puñalada y, estando herida por arma blanca, no me ha quedado más remedio que enterrarme bajo el edredón y dormir un ratito más.

Bee me ha obligado a salir de la cama cuando ella ya estaba lista para afrontar el día y a punto de irse al comedor.

He llegado más tarde de lo habitual y, aun así, Elliot aún no estaba aquí. Menudo perezoso, si pudiera dormir doce horas al día, apuesto a que lo haría y aún pediría cinco minutos más antes de tener que levantarse.

—Buenos días.

Por fin llega, y se deja caer en la silla de enfrente con desgana y cara de sueño. Respondo con un gruñido y nada más.

—¿Casey? ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Parece que mi exceso de pereza ha servido para vencer la suya. Bostezo sin contenciones esta vez y Elliot me amenaza con un gesto de la mano cuando le contagio.

—Apenas he dormido —me quejo.

—¿Y eso por qué?

—Estuve leyendo artículos con dudosa base científica sobre la mejor forma de superar una ruptura.

Hace amago de poner los ojos en blanco, pero, como aún no los tiene abiertos del todo, el gesto es más gracioso que exasperado.

—Se te está yendo de las manos, amiga —me advierte.

—Mira quién fue a hablar —murmuro.

Pero puede que sí. Sobre todo, porque lo hice a escondidas, como una delincuente, ahogándome por el calor y la falta de oxígeno debajo del edredón, por si Bee se despertaba y veía la luz de mi móvil y le daba por ladrarme a qué demonios estaba dedicando la madrugada.

Tuve que hacerlo. Me refiero a lo de pasar la noche trazando un plan algo más sólido que mi pobre improvisación y mis muchísimos faroles, no a esconderme de Bee, aunque eso también. Y me vi obligada a tomármelo muy en serio y de verdad porque de repente, sin aviso y por sorpresa, fui plenamente consciente de que tengo una responsabilidad enorme entre las manos.

Un corazón, nada más y nada menos.

¿Hay una cosa más ridículamente frágil en el mundo?

Ahora no la puedo cagar.

Gracias, Melissa, por liarme en este marronazo.

—Además, para ti todo se me va de las manos siempre y nada es nuestra movida.

Elliot me señala con un dedo.

—Exacto. Es porque tienes las manos muy pequeñas para abarcar tanto, Casey, y también porque esa movida en concreto es de... —Deja las palabras colgando en el aire cuando estira el cuello para mirar al otro lado del comedor y señalar a la persona que aglutina todas esas movidas que no son nuestras—. ¿Qué les pasa a esos ahora?

Miro hacia allí también, para enterarme del cotilleo. El trío de amiguitos nadadores parece estar en plena discusión mañanera.

Aún siguen peleando entre ellos cuando Elliot y yo recogemos nuestras bandejas y pasamos junto a su mesa.

Gray resopla y no parece ser consciente de que estamos lo suficientemente cerca para oír lo que dicen.

—Ya me diréis cómo se puede tener cuidado con esa bestia.

—No, si ahora todo va a ser culpa del gato.

—¡Nate! —exclama Trisha.

Yo abro los ojos como platos y me inclino sobre la mesa para poder mirarlos a los tres alternativamente.

Se sobresaltan a la vez.

—¿Qué gato?

—Esperad, ¡¿vosotros sois los del gato?!

Los tres se giran como resortes para clavar la vista en Elliot y chistan al unísono.

—¿Qué gato? —insisto.

—¿Se le oye desde tu habitación? —pregunta Nate con cara de circunstancias.

Elliot le sostiene la mirada y sonríe.

—Se oye por todo el pasillo.

Gray se recuesta contra el respaldo de la silla y levanta las manos.

—Os lo dije.

Suena el timbre que anuncia cada día que solo faltan quince minutos para el inicio de la primera clase.

Vaya, voy a tener que quedarme a medias con el chisme.

Pero hay algo más importante, así que señalo a todos los presentes con un dedo y dejo una cosa muy clara:

—Exijo conocer a ese gato.

—¿A dónde vamos?

Trisha ha salido del sendero que rodea el edificio de los chicos y baja hacia las casitas de los profesores, y salta un seto pequeñísimo sin esperarme. No sé si puedo fiarme del todo de ella, así que tal vez debería hacerle firmar un papel que garantice mi seguridad y que pueda encomendar a los abogados de los Percy en caso de que la cosa se ponga fea.

—¿Puedes dejar las preguntas para después y caminar en silencio?

Me he clavado una ramita en el tobillo y no me he quejado, así que su siseo molesto no deja de ser exagerado e injusto. Solo he preguntado a dónde me lleva y me parece lo más normal del mundo teniendo en cuenta que, a juzgar por nuestras interacciones anteriores, tiene las mismas probabilidades de invitarme a todas sus fiestas o de asesinarme a sangre fría. Nunca se sabe con Trisha Meyers. Creo que quiero que seamos mejores amigas.

Para curarme en salud, he indagado un poco por ahí sobre ella. Eso significa que le he preguntado a Elliot, claro, y él me ha dado todos los datos que tenía. Es como una enciclopedia de nobles, famosos y demás gente importante. Resulta que la chica es hija de Gary Meyers. Sí, sí, *ese* Gary Meyers. Mi madre estaba loquita por él cuando era una adolescente. Voy a alardear de conocer a su hija tanto o más de lo que alardeo de la sangre azul (probable aunque indemostrable) de Elliot. *Chúpate esa, madre*. Y, siguiendo con el hilo, Trisha *la chunga* lleva en el internado desde que empezó la secundaria, es una nadadora excepcional y no se le conoce pareja ni escarceo amoroso alguno. El perfil de cotilleos más famoso del internado solo la ha nombrado una vez en los tres años que lleva activo, y fue para hablar de su archiconocida enemistad con Lorie Henry (segunda al mando de la reina Beatrice), ensalzando a esa última y dejando a Trish a la altura del betún. Las malas lenguas dicen que le gustaría tener sangre noble y que le avergüenza ser hija de un músico conocido por sus amoríos y sus excesos. Elliot no sabe cuánto tienen los rumores de cierto porque, aunque se ha hecho muy amiguito de nuestra compañera de clase últimamente, ella evita el tema de la familia cada vez que se roza. Según los tabloides, Trisha tendría cerca de cinco años cuando la llevaron a vivir con ellos. Con su padre biológico, una estrella del pop exmiembro de una *boyband* famosísima, y el que se convirtió muy pronto en su padre adoptivo, el recién estrenado marido del otro. La madre murió joven en un accidente y su funeral llenó portadas de las revistas del corazón solo porque su ex y padre de su hija estuvo allí con la niña en brazos. Gary Meyers, el famoso, dejó las giras y los conciertos, se refugió en Glasgow y trató de criar a Trisha con el otro amor de su vida. Elliot y yo no sabemos si se les quedó grande o si fue puro amor incondicional lo que les llevó a decidir que ella

estaría mejor en un lugar donde no tuviera que lidiar con la lucha de su padre contra la cocaína (demostrada y bien documentada por los medios), pero la metieron aquí con once años.

Yo no digo nada, que para eso me han mandado estar calladita.

—Es aquí.

Estamos al pie de un árbol. Miro alrededor, pero solo hay hojas secas y malas hierbas y algunos otros árboles muy altos que protegen la fachada norte de la residencia masculina.

—¿*Qué* es aquí?

—La entrada.

Doy una vuelta sobre mí misma. Luego vuelvo a mirarla con una ceja alzada.

—¿A un mundo mágico?

Coge aire y lo suelta en un suspiro paciente. Es divertidísima.

Yo estoy algo inquieta, porque hace un ratito que Nate y Gray se han llevado a Elliot del comedor con una invitación al cuarto de los nadadores y a lo mejor a mi pobre amigo le ha dado una lipotimia por estar a solas con ellos en ese espacio tan privado.

—Sígueme.

La tipa (que no está bien de la cabeza, y esto evidentemente lo demuestra) se agarra a la rama más baja del árbol y se impulsa para empezar a trepar. Adoro lo imprevisible que es, en serio.

—¿Qué...?

Mira hacia abajo una sola vez.

—¿Vienes o no?

Y no estoy muy segura de lo que estamos haciendo, pero cierro la boca y la sigo.

Por suerte, las ramas del árbol son perfectas para subir con facilidad. Llegamos a la altura del primer piso y atravesamos una ventana y de pronto... Estoy en una habitación de distribución muy

parecida a la que ocupaba cuando llegué al internado: dos camas, dos mesas, un armario doble y algunas baldas ancladas a la pared. En esta, como extras, también hay tres chicos y un gato naranja.

Elliot está sentado a los pies de una de las camas y acaricia al animal con cuidado mientras él se pasea a su alrededor, invadiendo su espacio personal y pisoteándole las piernas para investigarlo bien.

—Tenéis... un gato —digo, inmóvil y con la mandíbula descolgada.

Trisha resopla.

—Esa noticia ya es vieja, Adams.

Paso por delante de Gray y de Nate, que tienen que apartarse hasta chocar con una mesa para permitirme avanzar. La habitación no está mal para dos personas, pero es definitivamente insuficiente para cinco humanos y un felino. Me agacho delante de las piernas de Elliot y estiro la mano para ofrecerle el dorso a esa bolita de pelo naranja que mantiene la cola en alto y entorna los ojos con placer cada vez que mi mejor amigo le pasa la mano sobre el lomo.

—Yo que tú no haría eso —advierte Gray.

Nate suelta una risita.

—Asúmelo, tío, le caen bien todos menos tú.

Para demostrar que eso es cierto, el gato frota los bigotes contra mis dedos solo un segundo después. Ronronea suavemente cuando lo acaricio tras las orejas.

—Hay que joderse —farfulla Gray, y a mí se me escapa una sonrisa.

—¿Cómo es posible? —pregunto—. ¿Desde cuándo lo tenéis aquí?

Trisha se lanza sentada sobre la otra cama, la que está pegada a la pared de la ventana, y cruza las piernas bajo el cuerpo con una mueca de fastidio.

—Vale, contamos la historieta y luego nos centramos en lo importante.

Nate avanza, sortea mi cuerpo, aún de cuclillas en el suelo, y se acomoda con ella sobre el colchón. Gray, por otra parte, elige sentarse al borde de la mesa, lo que me deja un hueco, junto a Elliot y el gato, que me parece perfecto para acomodarme.

Y nos cuentan la historia de Crol. Que Trisha lo encontró siendo muy pequeño junto al muro norte del internado, que lo escondió en su cuarto un curso entero y parte del siguiente, y que después le cambiaron de compañera de habitación y tuvo que buscarle otro lugar donde quedarse. No está muy claro si la nueva ubicación para el gato y todas sus cosas fue consensuada, y es divertidísimo oírlos discutir a los tres. Trisha lo lleva a casa con ella cuando hay vacaciones largas, y ahí es cuando puede llevarlo al veterinario, vacunarlo, desparasitarlo, y el momento que aprovechó para castrarlo cuando apenas tenía un año de edad para que dejara de ir marcándolo todo por ahí. Cuando los descansos son más cortos, Gray y el gato se quedan aquí, y eso es algo que al nadador no parece hacerle demasiada gracia.

A Crol no debe de estar gustándole mucho que hablemos de él como si no estuviera presente, porque en un momento dado suelta un maullido, se pasea por el cuarto hasta la ventana, sale por ella y desaparece árbol abajo.

—Este es un secreto que nos une, ahora formáis parte del círculo —nos dice Nate, solemne, pero con una sonrisa socarrona en los labios.

—Creía que ya habíamos pasado a hacerlo en el momento en que Elliot y Trisha montaron su pequeño negocio de detectives privados —respondo, mordaz.

La chica esboza una sonrisa tirante, Nate suelta una carcajada altísima, y Gray... Gray no hace gran cosa aparte de observarme

como si no terminara de decidir si le caigo bien o me odia. No sé qué demonios le pasa. Creía que nos estábamos entendiendo.

—Lo del perfil de cotilleos es una cosa, pero... Yo creo que esta nunca ha sido nuestra movida —aporta Elliot, a media voz, y se pone un poco rojo y las pecas se esconden en el tono carmesí.

Nate se ríe con más ganas y mi amigo lo observa entre las pestañas y sonríe tímidamente.

—Yo también lo creía —suspira Gray.

Trisha se incorpora y lo señala con un dedo.

—Todo esto es culpa tuya, así que más vale que dejes de hacerte el mártir por ahí y colabores para salvarte el culo. Nate y yo no podemos seguir haciendo todo el trabajo solos. Eres agotador.

—Eres agotador, tío —corrobora el otro.

—No estáis haciendo el trabajo solos, habéis reclutado a Casey *pirada* Adams.

—¡Oye! —protesto.

—Lo siento —murmura con poca convicción y sin mirarme siquiera.

—Podría ser tu nombre de superheroína —me dice Elliot en voz baja.

—No creo que necesite uno —respondo en el mismo tono.

—La pirada se ha reclutado sola —puntualiza esa rubia a la que había llegado a admirar por un breve periodo de tiempo.

—¡Eh! —protesto de nuevo.

Nate no deja de reírse bajito todo el rato. Me alegro de que al menos uno de nosotros se lo esté pasando en grande.

—Estás metido en un lío muy gordo, por si no te has dado cuenta —sigue Trisha, con la vista clavada en Gray y solo en Gray—. Ya estabas metido en un lío antes, pero es que ahora se está haciendo gigantesco y tenemos que cortarlo de raíz. Antes eras un idiota y te

tirabas de cabeza a esa maldita piscina sin agua una y otra vez, pero nadie sabía quién eras y a nadie le importaba si ibas o venías o dónde metías la polla.

Elliot y yo cogemos aire a la vez en un ademán dramático cuando dice la última palabra, y mi amigo me da un par de codazos suaves en las costillas. No para de decir que ninguna movida es nuestra, y luego se emociona como nadie con los cotilleos. Lo adoro, de verdad. Mi vida sería un auténtico rollazo sin él.

Nate carraspea.

—Trish..., has dicho «polla» —le hace notar en voz baja.

—¡Ya sé lo que he dicho! —exclama en un siseo, tan contenida como es capaz—. Ahora, Oliver Patrick Grayson, no solo eres un idiota que tropieza con la misma piedra una y otra vez...

—La piedra es *ya sabéis quién* —nos susurra Nate a Elliot y a mí, y hace un asentimiento que busca nuestra complicidad.

—¡¿Podéis dejar de decir de una vez «ya sabes quién»?! Os juro que me sacáis de quicio —explota Gray, que hasta se pone de pie y todo.

Elliot y yo entonamos un «uuh» bajito y a la vez. Nos ignoran, y Elliot aprovecha la circunstancia para hablarme al oído:

—Necesitamos unas palomitas, amiga.

Le dedico una divertida mirada de reproche.

—Creía que no era nuestra movida —susurro de vuelta.

—No lo es, tenemos que ser meros espectadores.

Trisha también se pone de pie, porque todo el mundo sabe que es la más chunga de la sala y no se va a dejar vencer por un adolescente pringado que se ha ganado a pulso el apodo de «patético Gray», eso la haría perder puntos.

—¿Quieres saber lo que me saca de quicio a mí? A mí me saca de quicio que no te importe una mierda todo lo que has conseguido,

Gray, eso me saca de quicio. Que estés dispuesto a tirar por la borda el trabajo y el esfuerzo que te ha costado llegar hasta aquí solo por una chica que no te merece. ¡Venga ya! Es que no te merece. Y si arrastrarte por ella no afectara para nada a lo demás, te diría que eres tonto y pasaría de tus gilipolleces, pero es que lo que haces al final va a tener consecuencias. Y a lo mejor no importaba tanto cuando nadie sabía quién eras y tampoco le interesaba, pero eres tan necio que te has dejado pillar haciendo lo que no debes y ahora eres la maldita comidilla del internado. Eres el tipo que se ha enrollado con alguien y todo el mundo quiere saber con quién, porque las sospechas están bastante claras. Y dentro de poco podrías ser para el principito el tío que tiene una aventura con su novia, al que han pillado y que, por arte de magia, se ha quedado sin beca, sin piscina y sin equipo. Te da igual, ¿no? Todo eso te la suda porque solo tienes una cosa en esa estúpida cabeza y una persona que no lo merece en ese estúpido corazón. Pero yo no quiero que todo eso pase, ¿sabes por qué?, porque me importas, porque yo nunca había tenido amigos de verdad, y ahora os tengo a vosotros dos, y no pienso renunciar a ninguno solo porque seáis unos idiotas, y no quiero que te echen del equipo y quedarme sin ti.

—¡Oye, perdona, un respeto! —protesta Nate en medio del discurso.

—No me da la gana de que te vayas —sigue ella, sin hacerle ningún caso—. Así que, si no espabilas por ti, hazlo por nosotros, hazlo por mí, si es que eres capaz de ver más allá de las faldas de la maldita Beatrice Cox. Y, si no, pues vete a la mierda, Gray.

Se hace el silencio por unos segundos larguísimos. Elliot y yo estamos superquietos y atentísimos a la discusión. Nate parece a punto de intervenir, pero no se decide, como si no se atreviera.

Gray se cruza de brazos, para protegerse, y parece hacerse más pequeño.

—No es una aventura —dice al final entre dientes.

Trisha suelta una risita irónica. Sacude la cabeza. Y luego va directa a la ventana.

—Vete a la mierda, Gray —repite antes de desaparecer.

Y, sí, definitivamente, este chico tiene que espabilar. Y yo voy a tener que apañármelas para conseguir que lo haga.

16.25 h
10 de octubre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Dicen que quien tiene un amigo tiene un tesoro. A no ser que tu amiga se llame Linda Capell. Forma parte del séquito de la princesa consorte, ya sabéis, pero parece ser que no es tan discreta como el título merece. Le gusta hablar más de la cuenta. Comentar con los demás los más oscuros secretos de sus amigas. Estamos deseando que nos cuentes el próximo, Linda.

Por el momento, ya ha desvelado que cierta pelirroja (sí, por supuesto que es ella: Thelma Howard, que no se diga que en este perfil no se da toda la información) tiene la mano muy larga y le gusta tomar prestadas cosas que no son suyas.

¿A lo mejor tiene que ver con esos rumores sobre los problemillas económicos de los Howard? ¿O es solo que la cleptomanía está de moda? Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

13

VÍSTETE PARA IMPRESIONAR

Oliver

La mitad de mi ropa está tirada sobre la cama, y la otra mitad solo espera su turno en mi lado del armario para seguir el mismo camino.

Casey está bailando y canturreando al ritmo de la música que sale del altavoz de su móvil mientras examina cada prenda y las desecha todas sin contemplaciones. Llevo mirándola como cinco minutos sin ser capaz de decir ni una palabra. ¿Lo peor? La lista de reproducción *entera* es de canciones de Justin Bieber.

No sé si voy a sobrevivir.

Tengo varias protestas en la punta de la lengua, pero no me atrevo a soltarlas porque sé que no va a servir de nada, tan solo harán que me mire con ese gesto condescendiente que tanto me dedica últimamente y repita eso de «Confía en el proceso, Oliver». Si se lo oigo decir una sola vez más, creo que voy a ponerme a gritar. No quiero protestar, tampoco, porque es evidente que ella se lo está

pasando en grande con el paso de esta tarde, y me parece que es bueno que al menos uno de los dos disfrute del dichoso «proceso».

Empiezo a dudar de que todo esto merezca la pena. El plan era sencillo y yo he procurado interactuar con ella cada vez que nos hemos cruzado y había público alrededor, pero ese perfil de cotilleos que se ha convertido en mi peor pesadilla no ha dicho ni una sola palabra al respecto. ¿He dicho que es mi peor pesadilla? No, qué va. Mi peor pesadilla llevaba mucho mucho tiempo siendo el principito... hasta que Casey Adams se ha colado en mi vida y lo ha desterrado de un plumazo. Juro que sueño con esa miradita que me dedica cada vez que nos cruzamos, la que dice sin palabras lo hundido en la mierda que estoy y la pena que doy; también con la forma en que hace pucheros cuando me ve dedicarle miradas disimuladas a Bee; y, sobre todo, sueño con el modo en que dice mi nombre. *Oliver*. Y es imposible convencerla de que deje de llamarme así. Probablemente, esta noche la pesadilla será sobre ella obligándome a escuchar canciones de Justin Bieber (y soltando de vez en cuando «qué vocecilla de bebé, ¿eh, Oliver?» cuando suenan las más antiguas) hasta que me sangren los oídos. Ah, no, espera, eso no es un sueño, está pasando *de verdad*.

Es solo el cuarto día de su plan de centrarme en mí, ponerme en primer lugar y reconectar con el individuo que soy fuera de una relación. Eso es lo que dijo que haríamos después de aquella bronca inmerecida que me echaron mis amigos delante de ella y del pelirrojo. Solo el cuarto día y ya quiero saltar por esa ventana. La peor parte es que ni siquiera sé cuántos tengo que ir tachando del calendario, porque esto no tiene fecha de fin.

Casey *pirada* Adams, por el contrario, parece estar disfrutando tanto de su papel de hada maligna que hasta me da pena que no vaya a conseguir su objetivo. Sí, es una pena, pero el suyo y el mío

no son compatibles y, si todo sale según mi plan, incluso podría recuperar a Bee.

Lo siento muchísimo, Casey, yo también tengo mi propia religión.

A lo mejor debería decírselo. Apagar esa lista de reproducción que empieza a darme dolor de cabeza y decirle que todo esto es un paripé, y que sé que ella tiene un punto por cumplir en esa guía de vida suya, pero que yo no necesito que me arreglen porque mi corazón está justo donde quiere estar. Tal vez sea absurdo, y un poco tonto, pero no importa, porque cuando me enamoré de Beatrice Cox le hice una promesa y me hice una promesa a mí mismo, y, si la rompo, ya ni siquiera sabré quién soy. Tal vez debería contarle eso a Casey.

Me estoy imaginando la confusión, el ceño fruncido y esa sonrisa que nunca la abandona titubeando tímidamente en sus labios. Es bonita. La sonrisa, digo. Creo que sí que lo es. Los días en Liberty Haven empiezan a hacerse largos y fríos y oscuros, pero su sonrisa continúa iluminando los rincones y esa risa musical y despreocupada me sigue resonando en los oídos, incluso cuando no se sientan con nosotros y la mesa que ocupan en el comedor está lejos y el ruido ambiente me impide oírla. Se me ha metido en la cabeza y no deja de taladrarla. No sé por qué. No sé qué tiene de diferente a la de Trish, o a la de Nate. Solo sé que activa una parte distinta de mi cerebro y que no puedo decidir si la odio o si solo me molesta no poder unirme a ella y reír de la misma manera.

Quiero reírme así algún día.

Me gustaría seguir el impulso de echar a correr por los pasillos, danzar bajo la lluvia con la cara alzada hacia la tormenta y emocionarme con la mayor de las tonterías y las locuras más temerarias, igual que parece hacer ella a cada instante. No corre, pero hay libertad en su mirada. No baila, pero el mundo lo hace al

ritmo de su risa. No la he visto hacer más locuras que enredarse en mis dichosos nudos, pero siempre parece bordear alguna con la punta de la lengua.

Y todo eso me irrita tanto que siento que acabará por quemarme por dentro.

—Vale, ¿sabes qué?, va a ser fácil, no hay tanto donde elegir.

Solo me doy cuenta de que llevo mirándola casi sin pestañear durante demasiado tiempo cuando me clava esos ojos de un azul profundo y alza las cejas. Se me estrecha la garganta, me veo obligado a carraspear para no ahogarme y creo que me pongo rojo a la velocidad de la luz.

Y odio que una chica tan pequeña me intimide tanto.

También odio (mucho) que le dé la vuelta a absolutamente todo para encontrarle la parte positiva. Hay cosas que no la tienen. Ninguna parte positiva. Por ejemplo, que Bee eligiera a Ian Walden. Es un asco y ya está.

Sin embargo, aquí está Casey Adams, positividad hecha chica de ojos grandes, nariz diminuta y tres lunares que dibujan algo imposible de descifrar bajo su pómulo. Y solo ella sería capaz de decir que no tener dónde elegir hace las cosas fáciles cuando se trata de escogerme un modelito con el que lucirme en la cena de hoy. A mí me parece una tremenda tontería, así que no importa si no hay nada adecuado en todo mi armario. Vale, los sábados los alumnos se arreglan más, como si tuvieran que causar buena impresión a gente que ya los ha visto cada día desde hace semanas con ese horrible uniforme con el escudo del Liberty Haven cosido al pecho. No tiene ningún sentido. Por eso, los sábados voy a la cena como cualquier otro día: con algo cómodo y que esté limpio. Hasta ahí llegan mis requisitos. Si pudiera ir en pijama, lo haría. Pero hoy, desde luego, no puedo. El objetivo de este ejercicio para mejorar mi

maltrecha autoestima (según Casey, el total de mis dos amigos, que estuvieron enfadados conmigo como media hora y por suerte ya vuelven a quererme, y el chico pelirrojo que ahora siempre los acompaña) es arreglarme por mí mismo, no para que me vean los demás. Pero me temo que solo me estoy arreglando porque a Casey le apetece jugar a vestirme y que, al final, va a verme todo el mundo.

—Muy bien. Puedes elegir entre estos pantalones.

Los extiende a mi lado sobre el colchón de la cama de Nate, donde he tenido que tomar asiento porque la mía se ha ido convirtiendo poco a poco en mi nuevo armario.

Unos vaqueros, unos chinos y los únicos pantalones de traje que tengo aparte del uniforme. Todo me parece incómodo.

—Y este jersey es ideal —declara, sin esperar ninguna respuesta por mi parte.

Se lo pone delante del torso y se mueve de forma exagerada para lucirlo, como si estuviera en una pasarela. Se me escapa una sonrisa. Y es toda una traición a mí mismo y mis principios.

—Ya. Me lo regaló Bee.

Me muerdo la lengua para no reírme cuando veo el cambio en su gesto. Hace una mueca de fastidio, evalúa la prenda una última vez y luego la lanza hacia atrás por encima del hombro.

—Vale, pues a la basura.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Yo me encargo, no te preocupes.

—No...

—¿Qué tal este? ¿Te lo regaló alguien?

Expone un jersey de color claro, ancho y con el cuello redondo. Dibujo media sonrisa a la fuerza.

—Mi madre.

Me guiña un ojo, y ese gesto cómplice me molesta tanto que hace que me vibre el pecho.

—Perfecto. A tu madre la vamos a mantener en tu vida de momento —bromea, y me lanza la prenda a la cabeza.

Luego se acerca y retira los pantalones de traje de mi alcance.

—Si te pones ese, estos ya no sirven. Te dejo elegir entre los otros, ¿vale? —Mira el reloj y abre la boca en forma de una exclamación que no deja salir—. Yo también debería ir a cambiarme.

Se acerca a la ventana.

Maldigo en silencio a Trisha, que le enseñó a la señorita positividad por dónde subir. Ahora se cuela aquí siempre que le da la gana. Por suerte, suele avisar antes de asomarse al cristal, no como mi amiga. Trish dice que nos ha visto en todo tipo de situaciones y que ya nada le asusta, y que, por lo que marca el bañador, la tenemos tan pequeña que sería imposible que nos la encontrara sin las gafas de su abuela, así que supongo que tampoco importa tanto si carecemos de intimidad.

Me pongo de pie para despedirla. Solo porque hay que ser educado y respetuoso con las visitas, y también porque Casey es una parte fundamental de mi plan para que no me echen a patadas del internado (y del equipo, lo que es más importante) por no caerle en gracia a cierto aspirante al trono (muy muy lejos en la línea de sucesión, eso hay que dejarlo claro), y porque también podría ser la llave para que Bee se dé cuenta por fin de que no quiere perderme. Tengo que mantener (y falsear) esta relación.

Miro toda esa ropa que se amontona en mi cama y que ella ha disfrutado tanto sacando, y yo sufriré guardando de nuevo, y siento una vergüenza repentina agarrándoseme a las tripas. Casi todo es ropa deportiva. Ropa que no pega con una chica elegante como

Beatrice Cox. Ropa que, cuando era mi novia, no me ponía jamás para ir a verla porque sabía que no estaba a la altura. Ropa que no tiene nada que ver con la que seguramente satura el armario del principito.

—Siento que la búsqueda de algo adecuado haya sido... —titubeo —, bueno, esto.

Casey me mira con interés.

—¿El qué?

—Poco donde elegir. Todo lo que tengo es ropa deportiva —admito, con la mirada baja para no tener que enfrentarme al brillo de krill de sus ojos.

No la veo, pero sé que está sonriendo cuando habla porque la sonrisa suena.

—Claro, eres deportista.

Lo dice como si fuera una obviedad. Supongo que lo es. Pero Bee siempre decía que el Gray deportista tenía que quedarse en la piscina y, fuera de ella, tenía que ser el Gray que hay mucho más allá de la natación. Nunca supe muy bien cómo desprenderme de una cosa sin desmembrar a la otra.

—Ya.

Noto cómo da un paso adelante y me veo obligado a levantar la mirada. Me palpita el corazón con fuerza, como si esa chica pequeña y con la cabeza siempre en las nubes fuera una amenaza. Qué tontería. No se acerca más. Se queda inmóvil, cerca de la ventana, con los ojos clavados en los míos.

—¿Sabes qué más eres, Oliver?

Esbozo una sonrisilla irónica.

—¿Idiota?

Aprieta los labios. Sacude la cabeza.

—No. Eres un *gran* deportista. Y vas a llegar muy lejos nadando así de rápido.

Sonríe después de soltar ese ¿chiste? No sé muy bien si era uno. Yo no puedo sonreír porque nunca he sabido encajar demasiado bien los cumplidos, y también porque pienso que solo lo dice por amoldarse a ese papel de «*coach* espiritual» que se ha autoasignado.

Alzo una ceja y trato de parecer tan burlonamente resuelto como ella, aunque noto las mejillas ardiendo.

—¿Es que sabes algo de natación? —pregunto, con media sonrisa divertida..., o eso intento.

Ensancha la suya y hace una especie de reverencia torpe.

—La segunda al mando de la entrenadora Dean, encantada de alabarte.

Se me escapa una risita, a medio camino entre la diversión y la incredulidad.

Retrocede el paso atrás que había avanzado y señala la ventana.

—Te veo en la cena, Oliver.

Asiento. Luego se me ocurre y la llamo antes de que pueda marcharse, cuando ya tiene medio cuerpo en la rama.

—Eh, Casey.

Me mira y me entran las dudas. No quiero utilizarla, pero es que... Es que hay algo que importa más que todo lo demás, y dicen que el fin justifica los medios, y, si lo piensas bien, ella también me está utilizando a mí para cumplir los puntos de esa absurda lista que deja que dirija su vida.

—Dime.

Crol aparece de repente. Salta de la rama a la pierna de su nueva amiga y ronronea al frotarse contra su mano, encantado cuando lo acaricia. Maldito gato del demonio. Me mira como si me estuviera

retando a jugar con esta chica a la que conoce desde hace menos de una semana y ya le gusta más que yo. Esos ojos felinos me amenazan, lo juro. Creo que algún día va a matarme. Y Trisha le dará un premio para que se le pase el disgusto de ser un gato asesino con las uñas manchadas de sangre.

Vuelvo a los ojos de Casey. Y sé que ella también le daría un premio al gato por acabar con mi sufrimiento.

—Si me arreglo para la cena, entonces será mejor que no me dejes hacer todo este rollo solo y entres en el comedor de mi brazo.

Se le abren los ojos (aún más) y parece haberse quedado muda por un momento. Se recupera rapidísimo, claro.

—Vale.

—Vale.

—Nos vemos en la puerta en veinticinco minutos.

—Perfecto.

Espero que no pueda notar que me tiembla la voz. No sé ni qué demonios estoy haciendo.

Crol salta al suelo y va lanzando gruñiditos mientras camina hasta mi cama, se pasea sobre el colchón y me llena la ropa de pelos.

—Y..., Oliver.

—¿Qué?

Se muerde el labio con la sonrisa, con los ojos brillando con la risa que no deja escapar, antes de soltarlo:

—Péinate.

Y desaparece árbol abajo.

Y yo me quedo mirando los dos pantalones y no tengo ni idea de cuál es el más adecuado para pasearme delante de la gente con Casey Adams a mi lado.

Lo de hoy no puede pasar desapercibido. La gente tiene que vernos y pensar en nosotros. Que crean que ya han resuelto uno de

los últimos misterios de este internado. Que el chico de la beca de natación se enrolla con la condenada a hacer trabajo comunitario por haber encendido una llama antes del inicio de curso (nadie sabe seguro con qué intención). Y, sobre todo, tiene que vernos Bee. Eso es lo más importante.

En las últimas semanas, Casey me ha hecho escribir listas, enumerar mis virtudes, escuchar cada día en la cena algo positivo que mis amigos ven en mí, anotar todos mis logros deportivos y contarle cada mañana antes de las clases una cosa por la que esté agradecido del día anterior. Es como haber entrado en una secta, pero peor, porque no hay recompensa al final del largo túnel de sacrificio. Ni una salvación divina, ni extraterrestres llevándome a un planeta mejor, ni la promesa de terminar siendo el líder y hacerme millonario, siquiera.

Y tiene que merecer la pena.

Así que elijo un pantalón, me disfrazo para la cena de hoy, y hasta me peino.

Al cabo de veinticinco minutos exactos, me reúno con Casey en la doble puerta que da paso al comedor. Llegamos convenientemente tarde, así que me imagino que nuestros amigos ya estarán sentados a la mesa de siempre, cuchicheando entre ellos, tachando nombres de esa lista de sospechosos que Trisha insiste en decir que cada vez es más pequeña, pero que yo veo muy similar a cuando empezaron con la investigación.

La chica vendaval se ha puesto un vestido. Es del azul de la profundidad del océano y hace juego con sus ojos. Se ha delineado la mirada, lleva un brillo discreto en los labios y no sé si el sonrojo de las mejillas es por el maquillaje o por el numerito que estamos a punto de interpretar.

Sonríe en cuanto me acerco. Yo hago una mueca cuando me mira de arriba abajo.

—Los vaqueros. Buena elección.

Resoplo.

Ella se ríe.

—No me siento mejor —advierto.

Hace amago de poner los ojos en blanco y enreda el brazo con el mío. Se me corta la respiración por un segundo. Huele a fresas.

—Pues deberías. Estás mono, y todo.

No sé si va en serio, porque no puedo mirarla para ver su expresión. No me da más tiempo para prepararme. Tira de mí y me arrastra dentro del comedor, donde deberíamos ser el centro de todas las miradas.

Apenas cuatro personas levantan la vista, y tres son amigos nuestros. Esto es un fracaso.

O lo sería si mis ojos no se cruzaran con los de la única persona que queda cuando el resto del mundo desaparece.

Bee tiene la mirada clavada en mí y el labio inferior atrapado entre los dientes.

Su cabello rubio refleja cada destello de luz de las lámparas de araña.

Y los dedos de Ian Walden juguetean entre los mechones.

Se reavivan las llamas. Me estoy quemando. No puedo respirar. Y sus ojos azules están clavados en los míos como si ella tampoco fuera capaz de apartarlos. De desligarnos. Las cosquillas se han convertido en puñaladas. Lo que antes era aire y vida ahora es tan solo veneno.

No estoy seguro del todo de que la culpa sea únicamente suya, y creo que esa es la peor parte.

O quizá la peor parte sea que siempre me equivoco cuando digo que es la última vez, que a mi corazón ya no le queda por dónde partirse.

Casey sigue avanzando, ajena a lo que se me revuelve por dentro, y me obliga a avanzar con ella. Sin saberlo, me lleva a dejar a Beatrice atrás. Aunque eso nunca sucede, ¿no? Aunque no existe un lugar lo suficientemente lejos.

El contacto visual solo se pierde cuando la atención de mi exnovia se ve arrastrada a la chica que camina a mi lado. Su expresión muda a toda velocidad y se vuelve tensa y heladora.

Y, cuando por fin aparto la mirada, aún puedo sentir las pupilas de Bee clavándose como agujas en nosotros dos.

07.30 h
14 de octubre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Buenos días. Sobre todo, para algunos. Fabrizio Parisi ha sido visto esta mañana a primera hora escabulléndose de los alrededores de la residencia femenina. Esto, por sí mismo, no implica nada de lo que haya que informar a la señora Newman..., ¿verdad?

Aunque, ciertamente, no creo que nadie tenga demasiadas dudas de lo que sucedió la noche pasada. Menudo paseíllo de la vergüenza, ¿no, querido Fabrizio?

De qué número de habitación ha salido aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

14

EQUILIBRA LA BALANZA

Casey

Nate me dedica un guiño de ojo cuando termina de desalojar el vestuario de los chicos con sigilo y dentro ya solo queda Gray, aún en la ducha. Suele ser el que más tarda, por lo que dicen sus amigos, porque siempre es el último en salir de la piscina. Cuánta motivación. Trisha, a mi espalda, le mete prisa al nadador guaperas para largarse de aquí de una vez. Suele refunfuñar bastante cuando estoy alrededor, pero hoy parece encantada con mi idea de montarle esta encerrona a Gray. Es por su bien, claro, y ellos lo saben. Los dos últimos días ha fingido estar muy ocupado para librarse de las sesiones de su «proceso» conmigo. Sé que odia muchísimo que lo llame así, por eso no dejo de repetirlo. Es facilísimo sacarlo de quicio, a veces hasta lo hago sin querer. También es muy divertido, así que no me preocupa.

—Llámanos si necesitas refuerzos —ofrece Nate, con una sonrisa burlona.

Se la devuelvo exactamente igual.

—Tranquilos, estará bien. A lo mejor llora un poco, pero nada más.

Él se ríe. Me ofrece el puño y yo lo choco enseguida y me despido de los dos antes de dejarlos marchar.

Luego entro en el vestuario masculino y aprovecho para recoger algunas prendas de ropa que han quedado por ahí tiradas (incívicos y salvajes deportistas) y dejarlas en el cubo de la lavandería. Cuando termino con eso, muevo el banquito que queda entre las taquillas, lo pego a las de la derecha y me siento a esperar con la espalda apoyada en una de ellas y la vista clavada en el pasillito que vuelve de las duchas.

Viene distraído, muy perdido en sus propios pensamientos, con una toalla en torno a la cintura y otra más pequeña en la mano, con la que se frota el pelo mojado sin cuidado. Va a pecho descubierto, claro. Y yo me digo a mí misma que estar atrapada en esta maldita telaraña de mi quinto mandamiento no es tan malo si puedo echar un vistazo a... *todo esto*. Es injusto. Ni siquiera es lógico. Que un chico tan emocionalmente inadaptado como Gray tenga un cuerpo hecho para el pecado es una paradoja. Otra más para este internado plagado de ellas. Tampoco me extraña tanto que Bee caiga en... esos pectorales. Piden a gritos que alguien les dé un mordisco.

Levanta la vista, me ve, frena en seco, da un paso atrás, se golpea el hombro contra la pared y se lleva una mano al pecho y otra a la toalla que tiene anudada a la cintura, como si temiera que fuera a caerse de golpe por la impresión.

Sonrío.

—Eh, ¿qué tal, Oliver?

—Joder —masculla, y me mira con cara de malas pulgas. Qué tiernito es cuando quiere—. ¿Qué haces aquí? ¿Quieres matarme?

Me río.

—Todo lo contrario. Quiero ayudarte a vivir, me parece que no sabes muy bien cómo se hace.

Da un paso adelante, fingiendo una valentía que es obvio que no posee.

—Es el vestuario de los chicos. No puedes estar aquí.

Pongo los ojos en blanco con actitud juguetona.

—No puedes. No debes. No tienes que... ¡Cuánta negatividad! Tengo un pase de castigada, ¿sabes?, me hacen recoger vuestra ropa sucia y maloliente. Bueno, en realidad, la de los pequeños, pero vosotros sois igual de incívicos.

Mira hacia los lados. Vuelve a mirarme a mí.

—¿Vale? —Espera un segundo y luego me hace un gesto impaciente hacia la puerta—. ¿Te importa salir, por favor? Tengo que vestirme.

Me pongo de pie y le dedico una sonrisa despreocupada.

—Ah, sí, tranquilo, tú vístete. Te prometo que no miro.

—¿Qué?

Le doy la espalda y me muevo por el espacio para alcanzar la pizarra blanca con ruedas que hay a un lado y colocarla delante de la puerta.

—Tienes diez segundos para ponerte los pantalones, Oliver, me daré la vuelta en cuanto acabe la cuenta atrás.

Lo oigo moverse mientras murmura entre dientes cosas que no entiendo. Es graciosísimo, de verdad que sí. Me parece que él no lo sabe, pero puede ser divertido hasta cuando no pretende serlo. De hecho, es aún más divertido cuando no pretende serlo.

Me doy la vuelta de golpe, sin avisar. Chasqueo la lengua y hago un mohín decepcionado cuando me lo encuentro con unos pantalones grises de deporte pendiendo de las caderas y los ojos clavados en los míos.

—Qué rápido.

—Qué remedio.

Sonrío de medio lado.

—Aún te veo... —titubeo, y señalo su torso con movimientos repetitivos de la mano—, piel y músculos y todo eso.

Niega con la cabeza, como si le pareciera un poco tonta. Me gusta cuando hace eso. Es como si intentara hacer ver que no me soporta, pero en el fondo le hiciera un poco de gracia. Seguro que se la hago, aunque se empeñe en hacerse el duro. Se estira a un lado para coger una camiseta y se la pone. Observo cómo se le tensan los bíceps en el movimiento. Bien. Muy bien.

—¿Sabes? Deberías levantarte un poquito la camisa en clase o por los pasillos, así, como si no te dieras cuenta. Las chicas te mirarían, cosa que, no te ofendas, ahora no hace nadie. A lo mejor hasta ligabas.

Aprieta los labios y se transforman en una línea fina.

—No necesito ligar.

Hago una mueca disconforme.

—Eso lo dirás tú.

Deja caer los hombros y parece rendirse. Más le vale, acabo de bloquear la puerta con una pizarra y pienso usarla.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta, resignado.

Sonrío muy ampliamente y lo señalo con el rotulador rojo que había en la cajita de la parte inferior de la pizarra.

—Me alegro de que me hagas esa pregunta, Oliver.

—Siempre es un placer —dice entre dientes.

Se me escapa una risita. Ya lo he dicho: es divertido. Irónico. A veces hasta ocurrente. El único problema es que él no lo sabe.

Bueno, dejemos eso para otro día. Hoy tengo otros planes para nuestra sesión. Me giro hacia la pizarra, marco una raya vertical para

dividir el espacio en dos y escribo sobre cada una de las columnas: «pros», en una; «contras», en la otra.

—¿Qué es eso?

—Esto —digo, mientras me muevo despacio de un lado a otro— es algo muy recomendado por los expertos en rupturas, entre los que me incluyo, para tomar perspectiva. Es un ejercicio en el que se tiene que enumerar lo bueno y lo malo de la relación. Normalmente, lo malo supera a lo bueno, porque por algo se ha terminado el amor, y no se es realmente consciente de ello hasta que lo visualizas de forma gráfica, así que... ¿te parece bien si lo intentamos?

Suelta un bufido y se deja caer sentado en el banco. Sí, será mejor que se ponga cómodo, creo que va a llevarnos un rato.

—Esto es una tontería —protesta.

Suspiro. No deja de decir eso. Todo el tiempo, con cada pequeña cosa que le propongo. Sus amigos tienen un poco de razón en algo: es agotador.

—Vale, es una tontería, pero ¿lo intentamos?

Se encoge de hombros. Se recuesta contra la hilera de taquillas. Y luego me mira y parece mucho más vulnerable que solo unos minutos atrás, cuando estaba en toalla y calmando la taquicardia del susto que le he dado.

—Supongo que a ella le importa más la opinión de sus padres que la relación, así que eso sería un contra, ¿no?

Asiento. Hago un puchero. Responde a mi gesto con una expresión exasperada. Ya. Pero es que pobrecillo pequeño Gray.

Lo anoto en la columna correspondiente.

—Dame un pro. No de lo que era cuando salíais juntos..., de lo que tenéis ahora —le pido.

El silencio dura tanto tiempo que creo que ya no va a volver a hablar en toda la tarde y no llegaremos a cenar y tampoco

terminaremos este ejercicio.

—No lo sé, Casey —suspira al final—. No sé qué decirte.

—Vale —lo tranquilizo—. Hagamos primero los contras y luego los pros, ¿quieres?

Se encoge de hombros.

—Me hace daño. Me trata como a un juguete. Solo me llama cuando le apetece y nunca responde cuando quien necesita hablar soy yo. La confianza que teníamos ya se ha echado a perder. Aunque quisiera volver conmigo, siempre va a mantenerme como un secreto, porque le importan las apariencias mucho más que yo y nunca seré lo bastante bueno para... —Se interrumpe y emite una especie de risita triste—. ¿Te parece suficiente?

Me encoge el corazón oírlo así. Es... Me resulta difícil no culpar a Bee, no juzgarla, cuando veo perfectamente cómo hace sentir a Oliver Grayson. Pero yo no estoy aquí para juzgar, solo para ayudar. Para ayudarlos a los dos, porque Beatrice también necesita desengancharse de lo que sea que aún la une a este chico. Independientemente de que mi compañera de cuarto me haya sometido a la ley del hielo desde que me vio entrando con su ex al comedor la otra noche. Ups.

—Está bien. Deja que lo apunte.

«Duele».

«Juguete».

«Usar y tirar».

«Falta de confianza».

«Secreto».

Vuelvo a mirarlo. Está contemplando mi letra en la pizarra como si fuera lo más triste que ha visto en toda su vida.

—Puedes escribir ahí que ella nunca estará orgullosa de mí. Creo que eso lo resume todo —añade amargamente.

Busco sus ojos. Esa es de las que escuecen.

Me tiembla un poco el pulso cuando lo anoto.

Y luego me vuelvo hacia Gray otra vez y lo pregunto de nuevo:

—¿Puedes darme un pro ahora?

Inclina el torso hacia delante, apoya los codos en las rodillas y se echa hacia atrás el pelo mojado con las dos manos. Ya está empezando a formar caracolas que le acarician la frente cada vez que escapan entre sus dedos. Levanta la mirada y, cuando sus ojos se clavan en los míos, veo en sus pupilas lo perdido que está.

—Es Bee.

Eso es lo único que dice, en un susurro.

No añade más.

Y no lo necesita para que todo lo que encierran esas simples palabras se me cuele dentro y me aguijonee el pecho por él. No sé si se puede luchar contra algo así. No sé si hay armas o ejércitos para vencer a lo que se siente cuando esa persona es «esa persona». Y a lo mejor le estoy dando a Gray una esperanza para la que no voy a estar a la altura.

Lo apunto. Porque ahora debería mirarlo y comparar. Verlo desde otra perspectiva.

Guardo el marcador, me acerco hasta el banco y me dejo caer a su lado. No me mira. Apoya la espalda en las taquillas y mantiene la cara girada hacia el otro lado, contemplando lo que hay anotado en la pizarra. Estamos así durante un rato larguísimo.

Y luego le pongo la mano en la rodilla y él se gira a mirarme levemente sobresaltado, como si ya hubiera olvidado que sigo aquí.

—¿Me prestas tu móvil? —pido.

Algunos mechones ondulados se le enganchan a las pestañas y sus ojos marrones no dejan de observarme con curiosidad.

—¿Por qué? ¿Vas a mandarme más deberes?

Señala su taquilla abierta, frente a nosotros. Voy allí, cojo el teléfono y vuelvo hasta él para tendérselo.

—No. Ahora los deberes voy a hacerlos yo. Déjame ver la música que escuchas, voy a crearte un par de listas de reproducción.

Tuerce un poco el gesto. Coge el móvil sin parecer muy convencido, desbloquea la pantalla y entra rápidamente en la aplicación de música antes de ofrecérmelo de nuevo.

Alzo una ceja.

—Vaya, qué colaborador.

Sonríe. Se sacude el pelo con una mano. Y esta vez no hay dudas, ni inseguridad, timidez o titubeo en la curvatura de sus labios. Por eso sé que el gesto es mentira.

—He dicho que iba a dejar que me ayudaras, ¿no? Al parecer, lo que yo creía que era el amor de mi vida es un asco, el perfil de cotilleos del internado está interesado en hurgar en mi mierda y el novio de mi ex podría acabar de un plumazo con todo mi futuro si se entera de lo que ha estado pasando a sus espaldas. Creo que eres mi última esperanza, Casey Hazel Adams.

Asiento, y me muerdo la lengua para que no se me escape una sonrisa que estropee mi gesto superseguro y profesional.

—Creo que sí que lo soy, Oliver Patrick Grayson.

Se incorpora.

—Bien. Entonces, estoy en tus manos.

Hago una mueca de suficiencia.

—Y yo voy a estar en tu cabeza. Vamos a ver qué tenemos aquí.

Navegamos juntos por sus listas de reproducción. Es mejor que no dé detalles, en serio. No, de verdad que no. Quiero decir, no me extraña que el tío vaya por ahí lloriqueando por amor a todas horas. Hay canciones de Coldplay hasta en la lista de «Entrenamiento en el agua». Venga ya, Gray. No tengo nada en contra del grupo. Incluso

yo tengo algunas de sus canciones entre mis favoritas, pero... ¡vamos!, necesita un poco más de variedad en los oídos.

—Te compartiré un par de listas, y estás obligado a escucharlas.

Hace amago de poner los ojos en blanco.

—Has dicho que los deberes eran para ti.

—Claro, soy yo la que tiene que elegir todas las canciones.

—Muy bien —dice, y sé que se está esforzando para no dejar salir al Gray hastiado que me ha mostrado ya unas cuantas veces en el último mes—. Espero que funcione, de verdad que sí. Ya oíste a Trish, parece que estoy jodido.

Se pasa los dedos entre los mechones ondulados que le rozan la frente. Lo empujo con el hombro y los dos nos quedamos apoyados en las taquillas con la vista clavada en el frente.

—¿Por qué te arriesgas con Bee cuando parecéis tener todos tan claro que Ian Walden podría hacerte pedazos, metafóricamente, si se entera tan solo de que la miras demasiado?

Es lo que piensan ellos, no yo. Insisto, Ian me da la impresión de ser un tío supertranquilo y relajado. Y, si no lo es y resulta ser mafioso de verdad, no pasa nada, porque es guapo y, siendo así, a los tíos se les perdonan todos los pecados, ¿no?

—Porque...

Deja la frase en el aire, como si no pudiera dar con una respuesta que expresara del todo la complejidad de lo que siente. Yo sé que no es verdad que no la halle. Porque él mismo lo ha plasmado muy claro en el único pro que contiene esa columna.

—Mira eso —pido, y le señalo la pizarra—. ¿Qué columna pesa más para ti?

Gira la cara hacia allí de nuevo. Se dedica a respirar durante un par de segundos. Cuando habla, vuelve a tener ese tono inseguro del que lleva toda la tarde intentando librarse sin conseguirlo.

—Hay bastantes más contras que...

—No te he preguntado eso —lo interrumpo—. ¿Cuál pesa más?

Deja escapar el aire en un suspiro mal contenido.

—La primera —susurra después.

Me levanto. Lo miro desde arriba una vez que estoy de pie.

—No sé si te va a gustar, Oliver, pero vamos a centrarnos en cosas que te hagan volver a ser tú. Tranquilo, si te esfuerzas, no te haré falta mucho tiempo.

Se incorpora y alza la mirada para que sus ojos conecten con los míos.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que tú peses más que Bee.

15.31 h
16 de octubre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Se acercan las vacaciones y apuesto a que la mayoría os vais a casa para pasar este par de semanas con vuestras familias. Este es un mensaje para los que se quedan: portaos bien, queridos *royals*.

Y, ya que estáis aquí, vigilad al chico de la beca. Al parecer, se queda hasta tarde en la piscina porque aún tiene la esperanza de que alguien se reúna con él a escondidas en las duchas.

¿Tenemos en este internado una historia de amor prohibido? ¿Un romance que rompa con la diferencia de clases? Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

15

MÍRALA... Y NO TE JUZGUES

Oliver

—Para cuando volváis, ya me habré vuelto loco. Lo digo en serio, Nate. Me va a desquiciar o me va a contagiar, no lo sé muy bien. El resultado será el mismo. Ya podéis despediros del Gray que he sido hasta ahora, porque no es ni de lejos el que encontraréis al volver.

Mi amigo se ríe, con la bolsa al hombro y el pelo rizadísimo y mojado, porque no se ha molestado en secarlo tras salir de la ducha después del entrenamiento de hoy. Yo no estaba haciendo ningún chiste. Las vacaciones de mitad del cuatrimestre han llegado y, como es normal, tanto Nate como Trisha se van mañana a casa a pasar este par de semanas con sus respectivas familias. Yo siempre me quedo. Porque las combinaciones de transporte son una pesadilla. Y porque los billetes de tren son carísimos, eso también. Papá vendrá a buscarme para llevarme a casa en Navidad, pero, hasta entonces, me quedo atrapado en el Liberty Haven cuidando de un gato que me desprecia. Y ahora mismo esa perspectiva me parecería

incluso tentadora..., si no fuera porque Casey Adams se queda también.

—A ver si hay suerte y es verdad, tío, espero encontrarte mejorado. Ya sabes que a Trisha el Gray de ahora no le gusta tanto. Y yo agradecería que esa chica te volviera un poquito más positivo, solo eso.

—Te arrepentirás de tus palabras cuando llegues aquí el 2 de noviembre y me encuentres meciéndome en tu cama mientras tarareo canciones de Justin Bieber.

Nate suelta una carcajada tan alta que rebota por la escalera de la residencia y seguro que la oyen hasta en el edificio de las chicas.

—Justin, ¿eh? —Finge pensarlo—. Mientras no sea *Baby, baby, baby* me parece que podré tolerarlo.

Suelto un resoplido ante su tonito burlón.

—Lo será. La tiene como tono en el móvil.

—¿En serio?

—No paro de decíroslo, no está bien de la cabeza.

—¿Y por qué ella no se va a casa?

Él, muy en su línea, se preocupa más por Casey Adams que por mí. Y no me parece una buena noticia que le estén cogiendo tanto cariño (Trisha la mira mal y le suelta comentarios bordes la mitad del tiempo, pero la conozco y sé perfectamente cuándo le cae bien alguien, aunque no lo diga), porque la chica vendaval era solo un medio para un fin y se supone que no tendremos nada más que ver con ella cuando lo consigamos y yo estoy deseando que ese día llegue. Voy a tener que ponerme serio con mis amigos y recordarles que esto no es un campamento de verano en el que intercambiar pulseras de la amistad con todo el mundo.

—Dice que no quiere ir.

Nathaniel frena la marcha cuando ya estamos en el pasillo de la primera planta y camino de la habitación. Me mira con el ceño fruncido y un montón de empatía que no es para mí empapándole esos ojitos verdes que son la perdición de cualquier persona a la que le gusten los tíos en este internado... y en el resto del mundo.

—¿No quiere?

Me encojo de hombros.

—No, eso dice. No se lleva bien con su familia.

Aprieta los labios.

—¿Por qué?

Lanzo un suspiro exasperado.

—Y yo qué sé, tío. Pregúntale a ella.

Niega con la cabeza y me da un golpecito en el brazo para invitarme a retomar la marcha a su lado.

—En serio, Gray, no entiendo que no te guste esa chica. Pero ¡si es adorable!

¿Adorable? Creo que cada uno conocemos a una Casey diferente. Tampoco me parece tan descabellado. Puede que a mí también me cayera bien si no la tuviera metida en la cabeza, tal y como prometió, todos los malditos minutos del día desde hace semanas. Si no estuviera tan empeñada en que me guste a mí mismo. Si su objetivo en toda esta tontería de «mandamiento» no fuera que me olvide de Bee como si nunca hubiera significado nada.

—No dirías lo mismo si te obligara a escuchar las listas de reproducción que ha creado para mí y mi «proceso» —gruño la última palabra.

—¡Venga ya! No puede ser tan malo. Solo es un poco de Justin Bieber.

Sí, desde luego que lo hay, pero también...

—Ha metido canciones de Olivia Rodrigo en todas.

Sonríe divertido.

—Creo que te puedes sentir identificado con algunas de sus letras. —Se pone de su parte, como siempre últimamente—. ¿Algo de Taylor Swift?

—*Bejeweled*.

La carcajada rebota en las paredes.

—Esa tía sabe lo que se hace, Gray.

—¿Me estás vacilando?

—¿Qué? Me sé unas cuantas canciones de Taylor Swift, no estoy avergonzado por ello, y, si tuviera que escoger una para ti, seguro que esa habría estado entre las finalistas.

Hago una mueca.

—¿Finalista? ¿Tienes otra candidata mejor?

—¿Para ti y tu problemilla en el amor? Desde luego que sí, deberías escuchar *We are never ever getting back together* en bucle, chaval.

Le doy la espalda para enfrentarme a la puerta cerrada de nuestro dormitorio, pongo los ojos en blanco sin que me vea, y luego abro para que podamos entrar. Solo somos capaces de avanzar dos pasos antes de frenar en seco y quedarnos congelados al mismo tiempo.

No estamos solos.

El gato no ha salido hoy a pasear, al parecer, aunque le hemos dejado la ventana entreabierta, y se ha buscado compañía para echar la siesta.

Casey *pirada* Adams está tumbada sobre el edredón de mi cama, de medio lado, con el uniforme del colegio, descalza, y con el pelo castaño invadiendo mi almohada. Tiene a Crol acurrucado entre los brazos, muy pegadito. Y no parece una pesadilla cuando es ella la que está dormida.

—¿Qué...? —empiezo en un siseo.

Nate me da una palmadita en la espalda.

—Como diría Elliot Long: esta no es mi movida. —Tira su bolsa de deporte sobre su cama, coge una carpeta de encima de la mesa y va hasta la puerta—. Te veo luego. Suerte con la bella durmiente.

Desaparece antes de que me dé tiempo a protestar.

Miro la puerta cerrada. Luego, la ventana abierta. Y, por último, devuelvo la vista a mi cama y a las dos criaturas que se acurrucan en ella. Doy un paso, solo uno, para acercarme y poder despertarla. A Crol no le hace ninguna gracia que intente entrometerme. Me vigila con los ojos entornados y da golpes secos contra el colchón con la cola cuando estiro el brazo con la intención de sacudir suavemente a Casey. Vale, me ha quedado clara la amenaza. Me quedo quieto y, en vez de despertarla, la miro (con curiosidad, no en plan psicópata). Parece... inocente.

No va a ablandarme. Colarse en mi cuarto mientras yo entreno y echarse a dormir en *mi* cama con *mi* gato —supongo que lo es, a pesar de todo— es pasarse de la raya incluso para ella. Vamos a tener que establecer unos límites. Voy a tener que dejarle claro que no todo vale en ese plan que ha montado en su cabecita para «ayudarme». Esto sí que es *invasivo*.

La miro de nuevo. Tiene un mechón de pelo cruzado por delante de esos lunares que parecen una constelación. Seguro que le hace cosquillas en la barbilla, ¿no? Pero yo no voy a apartarlo. No sé ni siquiera por qué he pensado en hacerlo. Le tiemblan muy levemente las pestañas. Me pregunto qué estará soñando. Y luego pienso que seguro que está visualizando más formas de torturarme. Me obligo a apartar la vista del borde de su falda cuando soy consciente de que acabo de darle un repaso sin darme cuenta. Y nadie me ha pillado haciéndolo, ni siquiera Crol, que ha acomodado su postura y ya está durmiendo de nuevo, pero me pongo rojo a toda velocidad

igualmente. Le doy la espalda, siento una inquietud nueva en el pecho y... por todas partes. Será mejor que me ocupe de mis asuntos. Sí. Mejor. Eso es lo que voy a hacer.

Dejo la bolsa en el suelo, me siento en mi mesa de estudio, de cara a la pared, y recupero el libro de química para ponerme al día con los deberes. Me cuesta un poco enfocar las fórmulas y los elementos en las páginas que tengo delante, porque no dejo de ver su imagen durmiendo en mi cama. Oigo su respiración justo detrás, rítmica, relajada. *Siento* su presencia constantemente. Y sigo estando nervioso.

No es porque sea Casey Adams. Es solo que esto es... raro. Perturbador. Inapropiado. Como alguien se asome por aquí y la vea, voy a meterme en un lío sin merecérmelo en absoluto. Y, además, no es como si hubiera estado a solas con muchas chicas en mi cuarto desde... nunca. Trisha no cuenta, está claro, y mi hermana, tampoco. Y solo he estado así con Bee, solo la he visto a ella en una situación tan íntima y vulnerable como esta. No quiero que Casey rompa eso, y ella no para de hacerlo. Me siento como si me estuviera traicionando, en cierta forma. No es justo que la chica vendaval decida entrometerse así en mi cuarto y en mi vida, sin pedir permiso y sin respetar ningún maldito límite.

Y lo peor es que tengo ganas de volver a mirarla.

Venga ya, Oliver.

Me obligo a centrarme en los deberes. No es que se me esté dando demasiado bien, pero al menos no la estoy contemplando a ella como un pirado. Mierda, a lo mejor también va a contagiarme eso, ¿no?

Llevo ya un rato tenso en la silla, luchando por no pensar en lo que hay a mi espalda y forzándome a mantener la vista clavada en el problema imposible de resolver que hay planteado en mi

cuaderno. Voy a tener que despertarla si no lo hace por sí misma en los próximos veinte minutos, o no llegará a la cena. Y entonces mi móvil empieza a vibrar dentro de la bolsa que he dejado antes tirada por ahí y casi me caigo al suelo de la impresión y tengo que darme mucha prisa en recuperarlo y hacerlo callar, para que no... ¿no estaba pensando en despertarla hace solo un segundo? ¿Por qué me preocupa tanto ahora que pueda seguir descansando?

La llamada es de mi casa. Y, además, es una con vídeo, lo que me pone las cosas bastante más difíciles. Me enderezo en la silla y busco un ángulo en el que no se vea lo que tengo detrás. Conecto los auriculares antes de aceptar, por si a mi padre y a mi hermana les da por ponerse gritones, cosa que es demasiado habitual en ellos.

—Hola —susurro cuando la cara de mi padre aparece muy cerca de la cámara—. Papá, estás pegado al teléfono otra vez.

—Ah. —Se ríe. Se separa muy poco, así que la cosa no mejora demasiado, pero no insisto—. Hola, Oliver, ¿qué tal va todo por ahí?

Echo un vistazo de reojo al bulto de Casey sobre la cama, no se ha movido nada de nada. Mejor. Me vendría fatal que se despertara justo ahora.

—Bien. Todo bien —sigo, en susurros—. Lo que pasa es que no me pillas con mucho tiempo, papá, tengo que cambiarme para ir a cenar y...

El ojo de mi padre se hace más grande cuando se acerca a la pantalla para escrutar bien mi imagen.

—¿Por qué hablas tan bajito?

—Es que... Nate está dormido —miento—. No se encuentra muy bien, parece que está incubando algo.

Él hace un asentimiento que indica que eso ya se lo temía, como si fuera lo más habitual del mundo.

—Claro. Vais por ahí todo el día mojados y seguro que ni os secáis el pelo después de salir de la piscina. —A veces es como si nos viera por un agujerito—. ¿Estáis comiendo bien? ¿Tomáis suficiente fruta?

—Papá...

—Y Trisha, ¿cómo está? ¿Sana?

—Sanísima.

—Porque tiene más cabeza que vosotros dos juntos.

—Ya.

No sé por qué mi padre tiene esa impresión desde que conoce a mis amigos. Será porque Trish se comporta de forma diferente cuando hay adultos mirando, o porque se ocupó de hacerle la pelota para que no pusiera problemas para firmar mi permiso para salir del internado. Y porque Nate es... Nate. Para él es imposible disimular que no tiene un solo hueso serio en el cuerpo.

—No te olvides de tomar zumo por las mañanas y fruta varias veces al día y...

—Sí, papá. ¿Y vosotros qué? ¿Cómo está May?

Mi padre sonríe.

—Insoportable, como siempre.

La protesta de mi hermana suena tan alta que me llevo la mano a la oreja para apartar el auricular. Enseguida veo su cara traviesa al otro lado de la pantalla. Le quita el teléfono a papá y se pasea por la casa. El movimiento de la imagen me marea un poco.

—He conocido a una chica.

Intento no fruncir el ceño y ser un hermano mayor enrollado y todo eso, pero seguro que nota algo en mi cara. Recuerdo lo mal que lo pasaron algunos de mis compañeros en la secundaria por culpa de gente estúpida que cree que la sexualidad de los demás es asunto suyo. Recuerdo las historias de Nate. Y siempre he sido

demasiado transparente. May me conoce mejor que nadie. Como yo a ella.

—Ah, ¿sí?

Pone los ojos en blanco, exagerando la desesperación.

—No te preocupes, Oliver, es muy maja.

—Vale.

Acaba de cumplir catorce años, así que entiendo que las amistades y las relaciones y el romanticismo ahora son lo más importante en su mundo, pero es que... Acaba de cumplir *catorce* años.

—Y tendré cuidado —me promete.

Le dedico una sonrisa leve.

—Sí, ya lo sé.

—¿Y tú qué tal? ¿Ya te has olvidado de la pava real?

Me muevo para ocultar aún más la zona de la habitación en la que hay alguien que no debería estar aquí, le doy un codazo al flexo sin querer y tengo que hacer aspavientos y malabares para lograr que nada se caiga al suelo y genere un estruendo.

—¿Qué te pasa? —May se ríe, pero me observa con sospecha.

—No la llames así —advierto, y ya he perdido la cuenta de cuántas veces he tenido que pedirle lo mismo con el paso de los años.

—Cuando te olvides de ella.

Eso es lo que responde siempre.

—Pues enhorabuena, ya puedes dejar de hacerlo.

Suelta una risotada.

—Sí, claro. Que nos conocemos, Oli. ¿Dónde está Crol?

Mierda.

Jamás tendría que haberle contado lo del gato. ¿Por qué hablo de él con mi familia si somos enemigos mortales?

—Se ha ido de paseo.

—Es mentira.

—¿Qué?

—¿Por qué mientes?

—¿Por qué sabes que miento?

—Porque siempre te rascas la cabeza cuando mientes.

—Eso no es...

Aparto bruscamente la mano del pelo, me doy un golpe con el borde de la mesa en el codo y estoy a punto de caerme de la silla mientras aguanto el dolor con los dientes apretados.

—¡Oliver! Pero ¿qué...? ¿Esa es Bee? ¡Esa no es Bee!

No. No, no, no.

Joder.

Muevo el teléfono para cambiar la imagen, pero me temo que ya es tarde.

—¡¿Tienes a una chica en tu cuarto?!

—¡Ssh! Baja la voz, va a oírte papá.

—Papá ya me ha oído, no veas la cena tan entretenida que vamos a tener esta noche. Llamaremos a mamá y la pondremos en altavoz para comentarlo.

Me froto la cara con una mano. Menuda cagada. Esto es...

—¿Oliver? —me llama una voz somnolienta a dos metros escasos de distancia.

Oh.

—¿Te ha llamado Oliver? —Esa vuelve a ser mi hermana.

¿Puede la tierra abrirse y tragarse el internado al completo y arrastrarme a mí con él? ¿Y eso de la combustión espontánea? Sería un buen momento para que me pasara. Debe de estar a punto de suceder, de hecho, si tenemos en cuenta el modo en que me arde la piel de la cara... y de todo el cuerpo.

—Tengo que colgar, May.

—¡Eh! ¡No...!

Pero su protesta ya no me llega porque he pulsado el botón rojo que ahora mismo es mi mejor amigo y salvador, y dejo el teléfono bocabajo sobre el escritorio. Me quito los auriculares muy despacio antes de atreverme a levantar la vista para enfrentarme a Casey Adams, que se acaba de convertir en la nueva comidilla de mi casa, aunque ella no lo sepa.

Se ha incorporado, y sigue teniendo cara de dormida. Apenas se le ve el azul de los iris entre esas rendijas que han formado sus párpados. Se frota un ojo y estira la espalda. Crol, el traidor, se ha movido solo para volver a acomodarse bien pegadito a su falda.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sin darle margen para que se despierte del todo y empiece a repartir irritante alegría.

Se peina muy despacio con una sola mano.

—Lo siento. Me he quedado dormida. No quería quedarme dormida.

Me mantengo con el culo bien pegado a la silla y, aun así, la distancia entre los dos me resulta insuficiente.

—Ya. No pasa nada.

Sí que pasa, pero parece tan apurada por haber babeado mis sábanas que ni siquiera me parece bien echárselo en cara.

—Debería irme —murmura.

Sí.

—¿Qué haces aquí? —repito.

Me mira. El azul de sus ojos está más oscuro y también más extendido, rodeando unas pupilas pequeñísimas.

—He entrado por la ventana.

Alzo una ceja.

—Eso ya me lo puedo imaginar.

—Perdona —responde a mi tono seco—. Es que no quería volver a mi cuarto, y Elliot ya se ha ido a casa con sus padres al acabar las clases, y yo estaba muy cansada, y... necesitaba un sitio. No quería dormirme.

—¿Por qué no querías volver a tu cuarto?

Dibuja media sonrisa con cierto aire irónico. Creo que está pensando que lo pregunto solo porque, directa o indirectamente, está relacionado con Bee. Y la peor parte es que es verdad.

—Hay un ambiente un poco hostil.

Frunzo el ceño.

—Y eso ¿por qué?

Se encoge de hombros. Se mueve hasta el borde del colchón, apartando a Crol con cuidado, y se calza los zapatos que había dejado tirados en el suelo a los pies de la cama.

—Bueno, después de entrar juntos en el comedor el sábado, creo que Bee no está muy contenta conmigo. No me ha dicho nada, solo... actúa como si no existiera. Es como la guerra fría concentrada en un solo cuarto.

Me late el corazón más deprisa. Tengo que obligarme a respirar para que ella no se dé cuenta. ¿Lo he conseguido? ¿Es que Bee está celosa? ¿Y por qué no ha venido a hablar conmigo?

La llama de la esperanza y esa ilusión fugaz desaparecen muy pronto cuando vuelvo a mirar a Casey a los ojos. Ella no tiene la culpa de nada de todo esto. Tal vez de ser demasiado intensa, pero nada más. No está bien que no pueda estar cómoda y tranquila en su cuarto solo porque yo he decidido utilizarla para..., precisamente, para poner celosa a mi ex, entre otras cosas.

—Mierda. Lo siento —digo, sincero—. No sabía que Bee... No quería crear problemas entre Bee y tú.

Es la verdad. No había pensado en los daños colaterales. No he tenido en cuenta en ningún momento que Casey estaba en medio, que comparte habitación con ella y que la cosa podría ponerse tensa.

Me sonríe.

—No pasa nada. No es culpa tuya.

Ya. No. O sea, sí, es culpa mía. Total e inexcusablemente.

—Hablaré con ella.

Se pone de pie y da una palmada justo delante de mi cara. Me sobresalto, y levanto la vista para buscar sus ojos con el ceño muy fruncido.

—No —advierte, firme—. No puedes hablar con ella, Oliver, ¿te acuerdas? Si quieres hablar con ella, tienes que hablar conmigo. Y no hace falta, además, soy mayorcita para librar mis propias batallas. Y, si no lo soy, dejaré que las aguas se encaucen solas y ya está —decide, en tono de broma—. Seguro que cuando Beatrice vuelva de las dos semanas de vacaciones, todo se habrá calmado.

Sí. O no. Y que Bee se vaya dos semanas y se calme tampoco es lo que yo quiero. Me viene fatal ahora mismo.

La chica vendaval, ya despierta y tan viva como siempre, mira la hora en la pantalla de su móvil y da un saltito.

—¡Ay! Me tengo que ir.

No me da tiempo ni a reaccionar antes de que le dé un beso a Crol en la cabeza, se arregle la ropa un poco más y salga por la ventana.

Miro las sábanas arrugadas y el hueco donde antes estaba su cuerpo. Ha dejado su olor a fresas por todas partes. No sé por qué me siento tan mal... Vale, la señorita mandamientos no es mi favorita en este internado, eso está claro, pero tampoco quería que

mi estúpido plan la salpicara de esta manera. Cuando se trata de Bee, pierdo de vista demasiadas cosas.

Solo espero que esto le haya abierto los ojos a mi exnovia. Que esos celos sirvan de algo y que la convivencia incómoda a la que tiene que enfrentarse Casey no sea en vano.

Voy a hablar con Bee. Y espero que, cuando lo haga, ella ya tenga una respuesta para todas mis promesas de futuro.

16

NO TE LANCES A UNA PISCINA SIN AGUA

Oliver

Sé que los viernes después de la cena siempre puedes encontrarla en la biblioteca. Va a repartirse con su grupo los argumentos para el tema de debate en el que participan los jueves.

Conozco perfectamente sus horarios. Solo porque la quiero, no creo que sea nada siniestro.

Y aquí estoy yo, paseándome por la biblioteca como si buscara algo cuando en realidad ya he encontrado todo lo que necesito. Está sentada con Lorie Henry, su mejor amiga en Liberty Haven, hablando en susurros y tomando notas. Levanta la cabeza y me mira. Lo hace directamente, sin tener que escanear el espacio para ver de dónde viene esa inquietante sensación de que alguien la observa. Ya sabe que soy yo. Ya sabe dónde estoy. No dejamos de estar conectados, por mucho que hayamos intentado alejarnos el uno del otro. Ella disimula mucho mejor que yo. No deja de hablar. No deja de anotar.

Me adentro por el pasillo que forman dos estanterías altísimas y paso el dedo por los lomos de los libros de política internacional mientras espero. En esto también somos muy diferentes, Bee y yo. Ella es capaz de leer uno de estos sin dormirse.

Se me tensan los hombros y siento que me haría falta un poco más de aire cuando oigo los pasos a mi espalda. Me vuelvo despacio. Se queda quieta a una distancia excesiva de mi cuerpo, como si no le pareciera prudente acercarse más. Me clava esos ojos azules cargados de indecisión y hasta hace un pequeño mohín con los labios, para reprocharme sin palabras que haya venido. Pero ella se ha dado mucha prisa en seguirme, ¿no? Así que a lo mejor no soy el único que nos estaba echando de menos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta en un susurro.

Me encojo de hombros.

—Es la biblioteca, está abierta para todo el mundo.

Se muerde el labio. Niega con la cabeza. Y luego se acerca un poco más. No llega a rozarme, pero el aire ya apenas tiene espacio para separarnos.

—Gray...

—Me estás matando, Bee. Esto me está matando.

Lleva haciéndolo tanto tiempo que no entiendo cómo aún sigo en pie. Pronto hará un año desde la primera vez que la vi de la mano del principito. Hace ya un año y medio desde que me dijo que esto nunca podría funcionar. Yo ya debería estar muerto. Y si no lo estoy es porque ella aparece en los momentos indicados para darme solo unas bocanadas de oxígeno para respirar... solo para mantenerme con vida, aunque siga agonizando. Solo para que el sufrimiento no termine jamás.

Levanta la mano y la posa en mi mejilla con delicadeza. El roce me obliga a cerrar los ojos. Hemos llegado a un punto en el que ya

ni siquiera sé lo que eso me hace sentir. Es como si pasara todo el tiempo deseando que me toque, porque quiero recuperar lo que sentía antes cuando nuestras pieles conectaban, y, cuando por fin lo hace, ya nada es igual a lo que era entonces. Me obligo a sentirlo, porque no quiero perderlo. Sin embargo, sé que hace tiempo que el amor se convirtió en otra cosa. Y no pasa nada. Porque seguimos siendo nosotros. Porque sigue existiendo, aunque se haya transformado. Porque sé que podemos recuperarlo. Sé que lo haremos. Somos ella y yo, y eso lo significa todo.

—No deberías haber venido a buscarme.

Abro los ojos. Los suyos están tan cerca que el reflejo del color de los míos los oscurece.

—Deberías haber venido a buscarme tú. Nunca me das una respuesta. Y creo que me la merezco.

Sacude la cabeza suavemente y mis labios están a punto de rozarle la frente.

—¿Para qué? Te la he dado un millón de veces y tú sigues preguntándolo de nuevo, Gray. No quieres oírla, no de verdad.

Pongo una mano en su cintura y la acerco hasta que nuestras caderas se alinean. Abre la boca para dejar escapar el aire de sobra en un pequeño jadeo. No aparta los ojos de los míos.

—Tu cabeza, tu corazón y tu cuerpo no se ponen de acuerdo.

Dibuja media sonrisa irónica.

—Pero sé a cuál de ellos debo hacer caso.

Cierra los ojos cuando apoyo la frente sobre la suya. Me cosquillean los labios y sé que ella está sintiendo lo mismo.

—Creía que tenías a otra chica con la que entretenerte —murmura.

—Creía que te daba igual.

Agarra el cuello de mi sudadera con el puño y tira con brusquedad para estrellarnos. La hago girar y la atrapo contra la estantería. Nuestros labios se mueven en sincronía porque, a estas alturas, saben muy bien cómo hacerlo. Rápido y profundo, para arañarle cada segundo a este tiempo robado.

Me empuja el pecho con la palma de la mano. Sigo con los labios entreabiertos, con los ojos suplicantes, con el corazón gritando en cada latido. Me mira con tanta decisión que ya sé lo que viene después.

—Nada.

Se me resquebraja el pecho.

—Esa es mi respuesta, Gray —sigue, sin mostrar ni un atisbo de piedad—. Nada. Tú y yo nunca podríamos tenerlo todo.

Se aparta. Se aleja. Se vuelve para mirarme una única vez antes de abandonarme de nuevo.

—No me busques más.

Y, con eso, Beatrice desaparece. Y el mundo en el que creía que viviría siempre, ese con aroma a jazmín, desaparece de golpe también.

09.35 h
18 de octubre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Ha llegado a oídos de este perfil que nuestra ya célebre Casey Adams no pasa mucho tiempo en su habitación porque tiene otros lugares en los que revolcarse. Otras habitaciones en las que colarse.

¿A la cama de quién estás prendiendo fuego ahora, Casey?

Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

17

ENCUENTRA ALGO NORMAL

Casey

Está solo, sentado a la mesa de siempre. Empezaba a pensar que había desaparecido... Eso, o que intentaba evitarme. Ayer salía de comer cuando yo entraba, y no vino a cenar. Creía que habíamos quedado en trabajar juntos durante estas dos semanas, pero me parece que Gray se arrepintió de todos los buenos propósitos en solo dos horas.

Ya es domingo por la noche y hemos dejado ir el fin de semana como si el tiempo no mereciera ser aprovechado. Es una pena. A mí no me gusta perderlo. Es demasiado fugaz, ¿no?

Apenas quedamos una decena de alumnos en todo el internado. Nosotros dos, las gemelas de mi clase y un puñado de estudiantes de intercambio. La residencia está inquietantemente silenciosa a todas horas. Supongo que en la de los chicos es igual. Y ya echo de menos a Elliot. Hemos hablado como siete veces por teléfono desde que se fue el viernes, pero no es lo mismo. Trish y él nos

prometieron una teoría acerca de la identidad de *The Royal Blab* cuando vuelvan, dicen que tienen que comprobar solo un detallito pequeño durante las vacaciones. Espero que, sea quien sea, no se haya quedado por aquí. Observo los rostros de los que me acompañan en esta resistencia silenciosa a la normalidad familiar y creo que es obvio que no, que quien se esconde detrás del perfil no está entre nosotros. Mucho mejor. Sobre todo porque se me ha vuelto a mencionar en un hilo malicioso y preferiría alejar los ojos cotillas de los demás de mí, gracias.

Si tengo que sentarme delante de una bandeja de comida sola y en silencio una vez más, creo que gritaré, así que me doy mucha prisa en servirme un plato, algo de fruta y un yogur, y camino decidida hasta la mesa del nadador.

—Hola.

No pido permiso antes de sentarme. Hace un gesto irónico para invitarme a hacerlo cuando ya estoy frente a él y le dedico una sonrisa.

—¿Qué tal, Casey?

Sonrío mucho más.

—De maravilla. Necesitaba un fin de semana así, la verdad. Me refiero a tener la habitación para mí y poder hacer lo que quiera y todo eso. Aunque ya me he aburrido del silencio. Agradezco oír tu voz. Tienes una voz bonita, Oliver, ¿te lo habían dicho alguna vez?

Alza una ceja.

—Eh..., ¿no?

—Bueno, puedes apuntarlo en tu lista de virtudes. Y hablando de listas, he hecho una.

Ya he dicho que no me gusta perder el tiempo, ¿verdad? Él no ha colaborado, pero yo no he dejado de trabajar en su proceso. Me saco el papel del bolsillo del pantalón y se lo paso. Desdobla la hoja

y la lee por encima, con el ceño fruncido. Justo la reacción que esperaba.

—¿Qué es esto?

—Son posibles aficiones para ti, suele ser bueno encontrar alguna nueva motivación después de una ruptura. Me he basado en tus destrezas. Les he preguntado a Nate y a Trisha por mensaje lo que creen que se te da bien, y ellos tenían bastante más que aportar que tú, así que ahí lo tienes. Podemos empezar a probar desde aquí, a ver si algo de esto te encaja.

Me mira por una escasa décima de segundo y luego devuelve la vista al folio que tiene en la mano.

—¿Trabajos de ayuda a la comunidad y voluntariados? —lee con escepticismo.

—Trish dice que te preocupas por la gente.

Resopla.

—Solo por la que me importa.

—Vaya, qué duro.

Aprieta los labios.

—Terapias holísticas —sigue.

—Nate dice que eres bueno con las manos, y no he querido preguntar más. He afinado lo de las terapias holísticas porque me parece mucho más completo que dar masajes o algo así, y porque te ayudaría a abrir tu mente.

—Ya veo. También podrías encontrarme algo normal. —Vuelve al papel—. ¿Repostería?

—Se ve que eres dulce, bombón. Podemos aprender juntos a hornear, es mi tarea pendiente.

—Ah, genial —ironiza.

Deja la lista sobre la mesa y sigue comiendo, pasando de todo el esfuerzo que he hecho para ofrecerle unas buenas alternativas. Qué

desagradecido.

Está taciturno y, por como lo he visto en las escasas ocasiones en que nos hemos cruzado, lo ha estado todo el fin de semana, y creía que eso ya habíamos empezado a dejarlo atrás. Bueno, supongo que estas cosas no son tan fáciles y que los tropiezos son normales y que algún día Oliver tendrá que encontrarse a sí mismo y que ese día podría perfectamente ser cualquiera de las dos semanas que tenemos por delante, así que no desespero.

Si hoy no está de humor, está bien. También puedo ser una compañía silenciosa. O no exactamente silenciosa, pero no tenemos por qué hablar. Saco el móvil de un bolsillo y los auriculares del otro. Me pongo uno en la oreja derecha y le tiendo el que me sobra.

Me mira. Parece dudar. Y, finalmente, sonríe de medio lado, roza mis dedos al cogerlo y se lo coloca para compartir algo de música mientras cenamos.

Es agradable.

Tranquilo.

Íntimo.

Nos miramos con cada cambio de canción. Pone los ojos en blanco con alguna. Yo le saco la lengua con otras.

Y luego, cuando Gray termina de cenar, me devuelve el auricular, recoge su bandeja y se levanta para marcharse del comedor.

—Mañana empezamos el yoga —digo cuando va a pasar de largo por mi lado—. Te irá bien y a lo mejor descubres que te encanta. Nos vemos a las ocho en la sala multiusos, te traeré una esterilla.

No me mira. Estira un brazo y tamborilea suavemente con los dedos sobre mi pelo, marcando el ritmo de una canción.

—Buenas noches, vendaval.

Y luego desaparece.

Sigo sintiendo el roce de sus dedos justo en el punto en el que me han tocado. Veo su sonrisa, la que parece un poco de verdad, incluso cuando hace rato que ya no la tengo delante.

Justo entonces, alguien se me sienta enfrente y una sonrisa deslumbrante me recibe cuando alzo la vista para descubrir quién viene buscando mi compañía.

Sé quién es. *The Royal Blab* no ha parado de hablar de él desde que empezó el curso. Solo Nate le saca ventaja en el número de apariciones en tan ilustre perfil. Fabrizio Parisi. Es un estudiante de intercambio. Italiano. Último curso. Del grupo social del principito, y con un título parecido en su ciudad natal. Pelo negro y penetrantes ojos grises. Tiene una sonrisa dulce y peligrosa. Y me la está dedicando solo a mí.

—Casey Adams.

Alzo una ceja.

—Fabrizio Parisi.

Sonríe un poco más y sus ojos centellean con diversión.

—Parece que los dos somos cele..., ¿cómo se dice?

—¿Celebridades? —pruebo.

—¿Y a qué prendes fuego ahora?

Me recuesto en la silla y le sostengo la mirada.

—Es un secreto —respondo en un susurro.

Me mira los labios. Así que sonrío un poco más.

—Después ¿me lo cuentas?

Me encojo de hombros.

—Tendrás que ganártelo.

—Perfecto.

Sonreímos de nuevo. Y me permito darle un buen repaso, igual que él me lo está dando a mí. Parece que ninguna de las chicas con las que ha estado tonteando últimamente va a estar aquí las

próximas dos semanas, ¿verdad? Y yo me he ganado una fama inmerecida por culpa de una tonta red social y el segundo mandamiento dice que no debe importarme en absoluto, así que tal vez los dos nos hayamos encontrado en el momento perfecto.

Fabrizio Parisi es la clase de chico por el que vale la pena que te destrocen en un hilo del más jugoso cotilleo.

La puerta está a punto de bloquearse cuando paso la tarjeta por el lector y la empujo. Tengo que apoyarme en ella una vez que me precipito dentro y la cierro, para tratar de recuperar el aliento. Se me ha hecho más tarde de lo que esperaba mientras compartía mi tiempo, mis mejores anécdotas (algunas un poquito adornadas, para parecer más interesante) y alguna mirada coqueta con cierto italiano que tiene fama de mujeriego. Y eso es fantástico, ¿no?, un mujeriego con el que tener algo corto, divertido y muy intenso (y luego olvidar como si nada) es precisamente lo que yo esperaba encontrar cuando me desterraron en este internado. No quería que ninguno de mis mandamientos me enredara en algo mucho más complicado que eso.

Voy directa a las escaleras. Subo cada vez más deprisa y acabo por correr un poco, porque el silencio, los pasillos vacíos y el crujido de la madera que piso me da bastante mal rollo y he visto suficientes películas de terror para imaginarme un fantasma en cada esquina.

Enseguida estoy a salvo entre las cuatro paredes de mi cuarto. Me aseguro de cerrar bien la puerta (por si acaso), me quito la cazadora, me dejo caer sobre la cama y me dispongo a mandarle un audio eterno a Elliot con las últimas novedades. Me parece que la más reciente, sin duda, lo merece.

Después, voy al baño y me preparo para meterme en la cama y leer un rato antes de dormir.

Pongo el despertador temprano, aunque no haya quedado con Gray hasta las ocho. Tampoco estoy muy segura de que venga. Estos días de vacaciones, el desayuno se abre más tarde, pero yo ya tengo organizado el resto del día entre echar una mano en los establos, mi intención de salir a correr a diario (las últimas semanas se me han complicado y no lo he hecho tanto como acostumbro) y esos planes a los que tengo que arrastrar a Oliver Grayson hasta que encontremos todo eso que esconde hasta de sí mismo. Y ahora supongo que también voy a tener que buscar un hueco para Fabrizio. Uf, qué agenda tan apretada.

Tomo el libro que tengo a medias, lo abro y vuelvo a releer la nota que ahora uso como marcapáginas. Bee la dejó sobre mi cama antes de largarse a Londres el sábado por la mañana.

> Casey:
> Disfruta de las vacaciones. Aprovecha muy bien el tiempo mientras yo no esté por aquí. No te cortes.
> ¿Hablamos cuando vuelva?
>
> Bee

Y sigo sin saber muy bien si debo tomármelo como una ofrenda de paz o como una amenaza.

Aunque, ahora mismo, me suena más bien a lo segundo.

18

CONFÍA EN TUS ALIADOS

Oliver

Hago el giro a toda velocidad, me impulso y me esfuerzo en coordinar el movimiento para recorrer tanto como sea posible sin emerger. Era el truco de Michael Phelps. También podría ser el mío..., si tuviera su envergadura y su dichosa capacidad pulmonar. No puedo. No. Creo que necesito respirar. Así no voy a llegar a superar mi última marca. Sé que puedo nadar más deprisa, sí, pero no sé exactamente cómo hacerlo. Y, para complicarme aún más las cosas, hoy me cuesta centrarme y dejar la mente en blanco y que mi cuerpo tome el control y haga lo que mejor sabe hacer. Cuando piensas, te vuelves más torpe. A lo mejor eso también es aplicable a la vida en general y no solo al deporte.

Mi principal problema ahora es que, cada vez que me ordeno dejar de pensar, es la voz de Casey la que suena en mi cabeza pidiéndome exactamente lo mismo: que deje de pensar, que ponga la mente en blanco, que me centre solo en la respiración. Y sus manos..., sus

manos no me permiten centrarme tan solo en respirar, porque se posan de forma inesperada y aleatoria en cualquier parte de mi cuerpo para corregir la postura y eso me corta la maldita respiración cada vez. Me toca como si no tuviera importancia y eso me pone aún más nervioso. Ya, lo sé, lo del yoga no ha sido buena idea, pero mi hada maligna insiste en que me va a ayudar a conectar conmigo mismo o no sé qué bobadas. Así que ya llevamos tres días encontrándonos a primera hora, extendiendo las esterillas y forzando posturas imposibles. Cuando las hace ella, parecen fáciles. Cuando lo intento yo..., sus manos necesitan corregir demasiado. ¿Me he fijado en cómo le sientan las mallas deportivas? Absolutamente no.

Y mi familia no para de preguntar por ella como si fuera trascendental y fascinante, aunque les haya repetido alrededor de cien veces que Casey Adams no es nadie.

Luego está eso de la inmensidad de posibilidades que podría disfrutar como nuevo interés en mi vida. Casey no para de repetirlo. A mí me marea tanto infinito. Me gustan las cosas tangibles. Me gusta la rutina. Me gusta la predictibilidad. Improvisar me estresa. Quizá por eso ella me intimida tanto. Se le puede ocurrir cualquier locura en un solo segundo, y por culpa de alguno de sus tontos mandamientos, no puede esperar para arrastrarme a hacerla. No hemos dejado atrás ni la primera semana aquí solos y ya siento que no llegaré con vida a ver la segunda. Ayer mismo me hizo caminar en equilibrio por una de las vallas que rodean el campo de fútbol. No paraba de reírse por mi torpeza. Yo ya no sé si esto va de reforzar mi autoestima o de ser su bufón particular, la verdad. Hemos descubierto que el yoga no es lo mío, vale, y tampoco lo es el equilibrismo. El lunes pasamos parte de la tarde (cuando ella volvió de correr) jugando a videojuegos, pero tampoco creo que vaya a enfocar mi vida en ser *gamer* profesional.

Aunque hay algo de esta nueva intimidad que compartimos que me gusta, y creo que esa es la peor parte. Me gustan las cenas con ella. Los desayunos son ruidosos porque no deja de parlotear sobre todo lo que va a hacer en el día, como si le entusiasmara vivir cada uno de ellos. Los almuerzos suelen ser rápidos. Las cenas, por el contrario, son mi nuevo momento favorito (sin contar la piscina, claro). Porque la chica vendaval se sienta frente a mí en silencio, me ofrece uno de sus auriculares y escuchamos canciones juntos hasta que terminamos moviéndonos al mismo ritmo. Hablamos solo con miradas y hay muecas y sonrisas cruzadas, y todo parece mucho más fácil de expresar cuando no hay que utilizar las palabras. Eso no está nada mal, sobre todo teniendo en cuenta que luego me voy solo a mi cuarto y Crol me hace sentir la persona más indeseable del mundo. Maldito gato.

Bueno, ya vale.

Dedícate a nadar, Oliver.

Fuerzo los músculos en los últimos metros del largo. Estoy a punto de alcanzar el borde cuando alzo la cabeza, miro al frente y... Freno en seco al ver unos pies con las uñas pintadas de un color verde metálico balanceándose justo delante de mi nariz. Emerjo, tomo una enorme bocanada de aire y me levanto las gafas para poder mirarla.

Casey sonríe (¿cuándo demonios *no* sonríe Casey?). Lleva un pantalón de deporte con el bajo arrugado y arremolinado a la altura de las rodillas, una sudadera enorme de color gris que lleva estampada en la parte delantera una I, un corazón gigante y las letras NY, y que tiene toda la pinta de ser de Elliot. Se ha recogido el pelo en una coleta alta y los ojos le brillan con destellos bioluminiscentes.

—Hola —dice, tan tranquila.

—¿Qué haces? —Es lo único que me sale con un hilo de voz.

Chasquea la lengua.

—No deberías estar solo en la piscina, Oliver. Es peligroso.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Podrías estamparte contra el bordillo y perder la consciencia y ahogarte. Sería una tragedia.

—¿Cómo has entrado?

Levanta la mano. Tiene un *landyard* sujeto en el puño y de él cuelga su tarjeta identificativa y un par de llaves. Sí, claro, ya sé que su tarjeta está activada para el pabellón deportivo, pero, fuera del horario normal de uso, se exige también una clave para poder acceder.

—¿La clave?

—June me la dio.

Que llame «June» a la entrenadora Dean, como si fuera su amiga, es una de las cosas que más rabia me da. ¿Por qué todo tiene que parecer tan fácil y tan positivo y tan maravilloso para Casey Adams?

—Mira qué bien —mascullo entre dientes.

—Estás muy guapo con el gorro.

Aprieta los labios inmediatamente después de soltar eso, para evitar que la risa se le escape por las comisuras.

—¿Me estás vacilando?

—Pues claro que sí, Oliver. Ese gorro le queda mal a todo el mundo. Debo decir, además, y perdona por la sinceridad, que por la forma de tu cabeza no te sentaría bien la calvicie. ¿Tu abuelo materno tiene pelo?

Le salpico un poco de agua a la cara y ella se aparta hacia atrás y se ríe a carcajadas. Esa maldita risa resuena por todos los recovecos del pabellón.

—Vale, vale —se rinde, con las manos en alto—. He venido a echar una mano, para que no se diga. Vigilaré que no te ahogues y

puedo ayudarte a entrenar.

Ahora sí que ha perdido la cabeza.

—¿Tú?

Mira hacia los lados, detrás de ella y se asoma a echar un vistazo dentro de la piscina también.

—¿Hay alguien más aquí?

Pongo los ojos en blanco y me vuelvo a bajar las gafas. Voy a seguir a lo mío y la dejaré a ella con lo suyo. Será lo mejor.

—¡Eh! —me llama cuando ya me impulso hacia atrás para alejarme—. Vamos. Estaré supercalladita, a no ser que sea para animarte, puedo cronometrarte, pasarte la botella de agua cuando lo necesites, acercarte las toallas. Es mi penitencia comunitaria, ¿te acuerdas? Soy ayudante de piscina.

Tampoco es como si pudiera decir que no, ¿verdad? Va a hacerlo de todas formas.

—Sí, vale. Lo que quieras.

Sonríe mucho más. Se estira a un lado, coge algo de la playa y lo levanta para que lo vea. Un cronómetro.

—¿Cuál es tu marca?

Niego con la cabeza.

—Eso no importa. Lo importante es la que hay que superar. La del oro en doscientos metros en estilo libre en las Olimpiadas del año pasado.

Alza una ceja.

—Es bastante improbable que batas la marca de un deportista olímpico. Tienes diecisiete años y nadas en la piscinita de un internado de niños pijos.

Sonrío de medio lado.

—¿Puedes decirme cuál es el primer mandamiento de tu lista, Casey?

Ese ya me lo he aprendido. Ella me mira con mucho más interés ahora.

—No te conformes —recita.

—Pues entonces cronométrame.

Abre la boca.

—Guau, Oliver. Eso ha sido sexi, ¿sabes? ¡Vamos! El agua es tu elemento, chico, te transformas cuando entras en la piscina. Vale, tú no te preocupes, solo dedícate a nadar.

Está buscando algo en el móvil, seguramente el tiempo del oro de los últimos juegos olímpicos. Me alegro de que no me esté mirando ahora porque no sé muy bien la cara que se me ha quedado después de que dijera que soy «sexi». Creo que nadie me había dicho eso jamás.

Carraspeo.

—Tendrás que sacar los pies de mi calle, si no te importa. Y, por cierto, no puedes meterte al agua con las uñas pintadas.

Me imita refunfuñando burlonamente y se mueve a la calle contigua para despejarme el espacio.

—Vale, ¿vas a empezar desde dentro de...?

Me agarro al borde y me impulso para salir, y ella no cierra la boca, más bien lo contrario, pero sí que deja de hablar mientras le da un buen repaso descarado a mi torso y no parece notar las gotas de agua que le salpico con el movimiento. Siento un tirón incómodo en el abdomen cuando sus ojos suben hasta clavarse en los míos y se muerde el labio.

—Eh..., sí, vale, cuando quieras.

Le doy la espalda y ya sé que hoy no voy a batir esa dichosa marca.

—Dame la salida —le pido a media voz.

Me pongo en posición, listo para lanzarme al agua y me... ¿me estará mirando el culo?

Salto en cuanto llega su «¡Ya!» e intento nadar tan rápido como puedo, para dejar atrás cualquier otra absurda sensación. Quizá también quiera impresionar un poco a Casey Adams, lo admito. Al fin y al cabo, todo lo que remueve de mí con su vendaval es cada vez más y más penoso. Quiero que sea consciente de que no soy así en todos los aspectos de mi vida. Sí que hay algo que se me da bien. Algo para lo que realmente valgo.

A lo mejor ella lo aprecia. Bee jamás lo ha hecho.

Hago el último giro y ya noto cómo me arden los pulmones. Los músculos gritan. Y yo lo ignoro todo y me esfuerzo un poco más. Lo doy todo en el *sprint* final. Y cuando alcanzo el bordillo y me abrazo a él como si fuera un salvavidas para no ahogarme, los pies descalzos de uñas coloridas y chillonas se me plantan justo delante.

Toso un par de veces antes de alzar la vista.

—Impresionante.

Intento sonreír y no me quedan fuerzas. A lo mejor hoy se me ha ido de las manos. Debería dejarlo y descansar hasta mañana.

—¿Sí? —pregunto en un jadeo.

—Un minuto, cuarenta y ocho segundos y once centésimas.

¿Qué? Es mi peor marca desde que empezó el curso.

—Mierda.

Me quito las gafas y las tiro a la playa. Luego me quito el gorro y lo lanzo por el mismo camino.

—¿Cómo? —Oigo la irritante vocecilla de mi nueva mejor amiga en este maldito internado—. ¿No está bien? A mí me ha parecido que ibas rapidísimo.

Me encaramo al bordillo como puedo, ruedo sobre la espalda y miro el techo para dar tiempo a mi organismo a volver a un ritmo

compatible con la vida. No tengo ni un solo segundo de paz, porque veo aparecer la cara de la chica vendaval justo sobre mí antes de que me dé tiempo a respirar dos veces.

—Creía que la entrenadora Dean te habría enseñado algo —consigo decir a duras penas.

—Sí, a no ser tan dura conmigo misma —se burla, y me da una patadita suave en el costado—. Venga, haremos algo divertido para compensar tu terrible fracaso.

Cierro los ojos. Me doy menos de un minuto para recuperar fuerzas. Y luego me levanto, recojo la toalla, las gafas, el gorro y la botella de agua que ni he tocado y camino hacia los vestuarios.

Casey me sigue, distraída con su teléfono móvil. Pasa de largo la puerta del vestuario de las chicas, con las zapatillas en la mano, y me vuelvo a mirarla porque casi choca contra mi espalda cuando estoy a punto de entrar en el masculino.

—¿Qué haces?

—Cálculos —responde, sin apartar la vista de la pantalla—. Venga, cámbiate, te espero.

Se apoya en la pared frente a la puerta. Me digo a mí mismo que no me importan sus rarezas y me voy directo a la ducha.

Está sentada en el suelo del pasillo cuando salgo. Levanta la mirada, me sonríe y dice:

—Tendrías que hacerlo en cuarenta segundos, más o menos.

—¿El qué?

—Los doscientos metros.

—Eso es imposible —rebato, y voy hacia la salida sin esperarla.

Puedo oír cómo se pone de pie de un salto y me persigue de forma apresurada.

—Es lo que necesitarías para nadar tan rápido como un pingüino emperador.

Abro la puerta y le hago una seña para que salga primero. Lo hace y yo observo el movimiento de su coleta de lado a lado, rebotando con cada paso alegre que da.

—No sé por qué tus conexiones neuronales te han llevado a calcular eso.

—El equipo de Liberty Haven School son las nutrias, pero tú siempre me has parecido mucho más un bebé de pingüino emperador.

Pero ¿qué le pasa?

—Necesitaría que dejes de compararme con un pingüino, si no te importa —pido entre dientes.

Se vuelve a mirarme.

—Torpe en tierra, imbatible en el agua. Yo creo que tenéis bastantes cosas en común, Oliver.

—Ya. Vale. ¿Qué se supone que tenemos que hacer hoy? Estoy deseando saber lo que se te ha ocurrido —ironizo.

Hace una mueca.

—Pues sí, verás, me he dado cuenta de que tenemos un pequeño problema aquí, ¿sabes? —Me señala y se señala, haciendo unos aspavientos exagerados.

—¿Lo tenemos?

—Me temo que sí. No confías en mí. Yo no sé si puedo confiar en ti en estas circunstancias. Los trabajos en equipo no funcionan cuando no confías en tus compañeros.

—No somos...

—Vamos a hacer unos ejercicios de confianza —me corta con firmeza—. Tú no te preocupes, no pondré en riesgo nuestras vidas..., creo. ¡Sígueme!

Lo hago. No sé muy bien por qué. Creo que es porque cuando una chica como Casey Adams, tan decidida y segura de sí misma, te

indica el camino, no puedes hacer otra cosa que adentrarte en él. Y también, tal vez, porque lo que acaba de decir no es del todo cierto: empiezo a confiar en ella más de lo que esperaba. Es raro. Y tampoco le voy a buscar una explicación porque ya tengo bastante con mis circunstancias actuales como para darme más quebraderos de cabeza.

Me lleva hasta los establos. Sé hacia dónde vamos durante todo el camino, pero solo cuando me hace rodear la construcción de madera y veo a los caballos sueltos y pastando en la pradera empiezo a ponerme nervioso.

—No vas a hacerme subir en uno de esos —advierto de entrada, solo por si acaso.

Gira la cara para mirarme y esboza una sonrisa pequeña.

—¿No te gustan los caballos?

—No soy un gran fan.

—¿Te dan miedo?

—Yo lo llamo respeto —corrijo, y levanto la barbilla para dármelas de valiente.

Se ríe y asiente.

—Vale, ya nos encargaremos de eso otro día. Tranquilo, hoy solo vamos a pasear un poco.

Uno de los animales se acerca con paso lento y elegante hasta la ridícula valla de madera que nos separa de ellos. Podrían saltarla, si quisieran. Estoy seguro de que podrían derribarla, si quisieran. Casey va hasta allí y le acaricia la cabeza, apoya la frente contra su hocico (lleno de dientes planos y potentes que podrían machacar hueso) y le habla en susurros y con dulzura.

Yo solo la observo.

Por un momento, parece una Casey distinta. Menos ruidosa, más vulnerable..., más humana, supongo. Sin la máscara permanente de

una sonrisa. Dejando salir un poco de melancolía por los poros de la piel.

Me dan mal rollo los caballos, porque son enormes y porque son fuertes y porque no quieres enfrentarte a un bicho de media tonelada y que te dé una coz, pero me fascina la interacción. Parecen entenderse, aunque no compartan idioma. Es bonito.

Poco después, Casey le da unas palmadas en el cuello y le dedica unas palabras de ánimo en voz más alta y el caballo se va con tanta calma como ha venido.

—¿Por qué los miras así? —pregunto al plantarme a su lado, ahora que no hay peligro cerca.

Vuelve la cara y conecta las pupilas con las mías.

—¿Cómo?

—Como si con ellos no fueras tan optimista.

Se acerca un poco más. Nuestras pupilas no se separan y, por primera vez desde que la conozco, no me inunda la necesidad de esconderlas de las suyas. Está bien, hemos venido a confiar, ¿no?

—Los caballos no juzgan, Oliver.

Me encojo de hombros.

—Supongo que no.

—Echo de menos al mío, ¿sabes? Se llama Kai y es castaño y un poco rebelde y precioso, y sé que sería muy feliz en un sitio como este. —Señala la pradera—. Se llevaría muy bien con Tormenta y puede que tuviera algún roce con Zar, pero cada uno acabaría encontrando su lugar. Sería fácil. Con los caballos siempre lo es.

—¿Y con las personas?

Otra vez esa sonrisa. Y ahora ya no estoy tan seguro de que sea sincera al cien por cien.

—Con las personas no lo es siempre.

—¿Por qué no te has ido a casa con tu familia en vacaciones?

Retrocede un par de pasos. Mira hacia el cobertizo y me hace una seña para que la acompañe hacia allí.

—Ven. Creo que aquí encontraremos una cosa que necesito.

La sigo, pero no me contento con su silencio.

—¿Esa cosa que necesitas es cambiar de tema?

—¿Desde cuándo te has vuelto tan cotilla?

Doy una zancada larga y me planto en medio de su camino. Levanta la barbilla y me sostiene la mirada con entereza. Se ha puesto a la defensiva y no creía que eso fuera posible en ella. No imaginaba que necesitara hacerlo, como me pasa a mí todo el tiempo. No, porque Casey Adams solo es una chica alegre, con una guía espiritual que seguir y con la que molestar a los demás, un dichoso rayo de sol para el mundo, y también alguien transparente, que no esconde tantos secretos como yo, ¿no era así?

—Si esto es un ejercicio de confianza, deberías empezar dando ejemplo, vendaval.

Aparta la mirada, da un paso a un lado y me esquiva para seguir su camino.

—Mi padre vive en Bélgica —me cuenta mientras abre un armarito que hay a un lado al atravesar la puerta trasera—. Iré en Navidad.

—¿Y tu madre? Sé que se dice que te desterró y todo eso, pero seguro que quiere tenerte en casa en vacaciones, ¿no?

Saca la cabeza del armario para dedicarme una mirada cargada de significado.

—¿No lo has oído? Está casada con un Percy.

Me cruzo de brazos.

—Ya. No sé lo que significa eso.

Suelta una carcajada. Coge algo, vuelve a plantarse a mi lado y me lo enseña. Es una especie de pañuelo alargado.

—¿Ves? Por eso me gustas, Oliver.

Se pone de puntillas y me coloca el trozo de tela delante de los ojos antes de que pueda responder.

—¿Qué haces?

Ya está a mi espalda, anudándolo en la parte posterior de la cabeza.

—Confianza. Yo te guío, tú solo tienes que confiar en mí. Vamos, después lo haré yo. Ven.

Se enreda mi brazo en el codo y yo extiendo el otro para no estamparme con nada cuando tira de mí y me hace avanzar completamente a ciegas.

—Los Percy son muy importantes y muy nobles y muy puros —me va contando mientras me lleva hacia la pradera—. Y mi madre también quiere serlo. Yo..., digamos que no lo soy tanto y por eso no quiere tenerme por allí. Por si no te has dado cuenta, me ha encerrado en una cárcel de lujo.

Sonrío.

—Esto no es una cárcel. Es una oportunidad. Todo el mundo sabe que haber pasado por Liberty Haven School te abre todas las puertas.

Oigo cómo chasquea la lengua.

—Tal vez no sean las puertas que yo quiero atravesar.

No digo nada. Porque ni siquiera me había planteado que cualquiera de los alumnos ilustrísimos que nos rodean no quiera aprovechar lo que el internado ofrece. Es prestigio, sí, y poco más, pero en el mundo en el que se mueven la mayoría de mis compañeros eso es todo lo que importa. Incluso Trisha, que solo habla de escapar y ver mundo y viajar con una mochila, tiene muy claro que Liberty Haven le permitirá ir a donde quiera ir y hacer todo lo que quiera hacer sin tener que demostrar nada más que haber

cursado aquí la secundaria. Es un mundo injusto, claro, pero nosotros solo vivimos en él.

Estoy a punto de preguntar más, porque de repente me pica la curiosidad y quiero saber más cosas de esa Casey que no es del todo la que canturrea por los pasillos, aunque no deje de serlo, también. No puedo hacerlo, porque entonces me hace frenar, me pone las manos en los hombros y vuelve a hablar:

—Vale. Ya estamos. No hemos entrado en la pradera, sigue habiendo una valla entre los caballos demoníacos y tú, así que no tienes que preocuparte, ¿vale? —Asiento, y solo entonces sigue—: Estamos enfrente de unas estacas de madera clavadas en el suelo que en algún momento se usarían para atar a los caballos, supongo, pero ahora no sirven de nada. Voy a ponerme al otro lado. Te daré indicaciones para que camines hacia mí. Si confías en mí y las sigues, no vas a estamparte contra ninguna de ellas, te lo prometo.

—Esto es una...

—No. No es una tontería —corrige antes de que pueda decirlo—. Es un ejercicio de confianza.

Me suelta y se aleja. Me siento un poco vulnerable, aquí plantado y sin poder ver absolutamente nada. Pero supongo que no me queda más remedio que seguirle el rollo.

—Vale.

—Vale. —Su voz suena más lejana—. Camina dos pasos en línea recta.

Lo hago.

—Pueden ser pasos más grandes, no pasitos de bebé pingüino.

Le río la gracia con pocas ganas, pero se me escapa un pelín una sonrisa traicionera en respuesta a su tono burlón.

Obedezco cada una de sus instrucciones. Adelante, quieto, derecha, izquierda, un poco más... Voy perdiendo el miedo al notar

que su voz cada vez suena más cerca y yo aún no me he estrellado contra nada.

—Un paso más.

Lo doy.

—Un paso más, Oliver —dice, aunque siento su presencia justo frente a mí.

De todas formas, lo doy. Y mi cuerpo se topa con el suyo y el impacto me reverbera por dentro en forma de eco infinito. Respiro y huele a fresas. Y luego siento sus manos en el pelo y cómo retira con mucho cuidado la venda que me cubre los ojos y, cuando los abro, con la piel cosquilleando en los brazos y el pecho, lo primero que veo es su sonrisa.

—Hola, pingüinito —se burla, aparentemente satisfecha con el ejercicio.

Me contagia la sonrisa y me siento un pringado.

—Hola, vendaval.

Se le colorean las mejillas. ¿Es...? ¿Se ha...? ¿Acaba de sonrojarse por... *mí*? Se aparta a un lado y me tiende el pañuelo. No vuelve a mirarme a la cara, y creo que así es mejor, así que no protesto.

—Ahora voy yo. Véndame los ojos.

Me tiemblan las manos de una manera muy estúpida cuando intento hacer el nudo. Lo consigo a la tercera y tengo que preguntarle más de una vez si está segura de que está bien así o si lo he apretado demasiado. Le pido que se quede quieta mientras yo voy al otro lado, para poder guiarla como ella ha hecho conmigo. Y de golpe y sin ningún tipo de sentido, no sé por qué, no dejo de pensar en cuando Nate dijo eso de que podría liarme de verdad con una chica para despistar a las miradas curiosas. Y yo ni loco... Yo jamás... Yo no puedo estar con otra que no sea Bee porque le hice un millón de promesas. Pero es que ella también me las hizo a mí y,

al final, las ha roto todas. Y ahora, por si fuera poco, ha elegido «nada» en nuestra última encrucijada y no sé si tiene sentido seguir atesorando los juramentos que hice cuando tenía catorce años. Tampoco sé si ese tirón que he sentido en las tripas cuando Casey se ha sonrojado ha significado... *Nada*. A ver, no ha significado absolutamente nada. Ella ni siquiera me cae bien del todo. No estoy muy seguro de si ahora sí que lo hace. Y tampoco es como si esto fuera de verdad, porque mis motivos nunca lo han sido. Tal vez...

—Oliver, ¿te has ido de vuelta a la piscina?

Me río. Es una risa falsa, pero ella no tiene por qué ser capaz de distinguirlo. Apenas me conoce.

—Ya estoy. Muy bien. Avanza tres pasos...

Se mueve con muchísima seguridad. Hasta llego a preguntarme si no le he puesto bien la venda y está haciendo trampas. Seguro que está viendo por algún resquicio. No puede ser que no tema ni un poquito, aunque sea mínimo, estrellarse contra un duro trozo de madera. Y entonces, sin venir a cuento, deja de obedecerme. Yo digo izquierda y ella gira a la derecha. Yo digo retrocede y ella avanza. Y yo digo para y ella continúa directa hacia la valla de los caballos. Va a una velocidad a la que no va a romperse nada, excepto, tal vez, un diente, pero va a doler, eso seguro. Corro hacia ella, me planto en su camino y detengo su avance con los brazos en torno a su cintura.

Se quita la venda tras estrellarse contra mi pecho y me mira a la cara. No parece importarle mi ceño fruncido porque ella, por supuesto, sonríe.

—¿Qué haces? ¿No era un ejercicio de confianza? ¿No se supone que tenías que seguir mis instrucciones? ¿Esto no iba de que confiarías en mí? —reprendo, molesto.

Estira el brazo, me aparta un mechón de pelo que me roza las pestañas y sonríe aún un poquito más.

—He confiado en ti, Oliver. He confiado ciegamente en que no ibas a dejar que me hiciera daño.

Resoplo y doy un paso atrás para apartarme de su cuerpo.

—¿En serio?

Alza las cejas sin dejar de observarme.

—¿Estás dispuesto a hacer lo mismo?

19

NO CANTES CON LA BOCA LLENA

Casey

Las cenas se han convertido en el mejor momento del día. Incluso teniendo en cuenta que después Gray se va a su cuarto a lloriquear por Bee, o lo que sea que él haga hasta la hora de dormir, y yo me cuelo en algún sitio prohibido del colegio (ayer fue el laboratorio) con Fabrizio Parisi y hablamos y nos reímos y tonteamos sin parar mientras la tensión sexual crece y nos ahoga, y la mantenemos justo así porque la anticipación es mucho más divertida incluso que la resolución, y creo que los dos somos muy conscientes de ello. Pues sí, aun con eso, las cenas son ese momento que paso esperando todo el resto del día. Y las elegiría sin dudar si solo pudiera quedarme con uno.

Escuchar música juntos, cada uno con un auricular, se ha convertido en la mejor manera de entendernos entre Gray y yo. Los primeros días solo dejábamos que la lista de reproducción sonara en modo aleatorio, pero ahora nos turnamos para elegir canciones y yo

dedico muchos ratos muertos a pensar qué voy a hacerle escuchar por la tarde, con qué canción voy a burlarme de él, cómo voy a conseguir hacerlo sonreír, o las muecas que hará con alguna estrofa en concreto. Creo que él también hace los deberes, y quizá busca música nueva cuando no está conmigo, porque sus listas de reproducción antes de que yo llegara no tenían tanta variedad y, sin embargo, está logrando sorprenderme. Es divertido. Es fácil. Es una tontería, sí, pero es algo que compartimos de verdad y no obligados por un mandamiento. Es íntimo, en cierta manera. Es como tener un idioma secreto. Solo nuestro. Y eso, sin duda, es bueno para el «proceso».

Pongo los ojos en blanco cuando elige una canción de Coldplay como la primera de la noche. Revuelvo la comida de mi plato con el tenedor, con aire aburrido, y él estira la mano, invade mi bandeja y me roba un poco de puré de patatas, mientras oímos la primera estrofa de *Viva la vida*. Le doy una patadita por debajo de la mesa. Alza una ceja. Vuelve a robarme un poco de comida y yo termino por sonreír. Lo miro mientras mueve la cabeza y los hombros al ritmo de la música. Luego bajo la mirada a mi plato, sin dejar de moverme también y escondiendo la sonrisa, cuando el que me mira es él.

Cojo el móvil de la mesa entre los dos, para escoger canción. Me muerdo el labio para contener la risa mientras la selecciono y no dejo de notar sus ojos clavados justo en ese punto. Ignoro el cosquilleo que me producen sus pupilas a distancia y le doy al *play*.

Resopla cuando *Bad idea right?*, de Olivia Rodrigo, empieza a sonar, y yo me río en voz alta. Las gemelas nos echan un vistazo desde la mesa de al lado, pero vuelven a ignorarnos enseguida. Lo miro, muevo la mano izquierda al lado de mi cara como si fuera una boca y vocalizo en silencio «blah, blah, blah». Me lanza un arándano

de los que tiene en un vasito de plástico. Me rebota en la mejilla y cae dentro del yogur que me espera como postre. Los dos abrimos la boca con emoción al ver que ha encestado el rebote y luego nos partimos de risa mientras no dejamos de darnos pataditas para molestarnos. Luego, para fastidiarle un poquito más, canto en voz alta eso de que sí, ya sabe que es su ex, pero... ¿es que dos personas no pueden reconectar? Se pone rojo y me pide que me calle, y me lanza un arándano más, pero no puede evitar que se le vaya escapando poco a poco la risa entre los dientes, también.

El momento de su venganza llega con una canción de The Offspring, que, por supuesto y con toda la intención de ofender, se titula *She's got issues*, y él no para de señalarme y mover los labios para cantar muy bajito las palabras de cada frase que le parece que se ajustan a mi tipo de locura. Me veo obligada a lanzarle unos cuantos pedacitos de pan. Y me río. Tanto que me cuesta beber agua sin escupirla. Aunque quizá es eso lo que se merece, ¿no? Que se me escape en forma de aspersor y le empape la sudadera.

Por el momento, me parece que es suficiente con robarle unos cuantos arándanos más para comérmelos con el yogur, como compensación por su ofensa.

Y aún no hemos salido del comedor y ya estoy pensando en las canciones de mañana.

20

CORRE SIN MIRAR ATRÁS

Oliver

—¿Te imaginas que tu nueva afición favorita es correr y tienes que permutar el deporte olímpico?

Estoy seguro de que a ella podría pasarle. No, en serio. Se entusiasma tanto con todo que me sorprende que pueda mantener alguna cosa fija en su rutina, como el yoga a primera hora, pasar por los establos por la mañana o salir a correr, porque todo eso le resta tiempo para probar el millón de cosas nuevas que le gustaría poder abarcar. ¿De dónde saca tanta energía? Yo soy deportista y apenas puedo seguirle el ritmo. No me refiero corriendo, que también, sino en la vida en general. Casey Adams es como un centenar de explosiones brillantes y coloridas, todas al máximo volumen, por todas partes y al mismo tiempo. Como uno de esos vídeos en los que un ecosistema entero crece y florece a cámara rápida. Como un *big bang*. Y, ¡pum!, ahí lo tienes. Todo un mundo

nuevo con la profundidad del universo, el brillo del krill de la inmensidad del océano y aroma a fresas.

Lo desequilibra todo con la fuerza de un vendaval.

Es extenuante.

Y estridente.

Y ella utilizaría palabras como esas, que me hacen sentir medio tonto y me sacan de quicio, aunque yo diría que me canso con solo mirarla y que siempre hace demasiado ruido.

Sigo sin tener claro que pueda soportar este tiempo con ella sin contagiarme de su locura. La peor parte es que creo que empiezo a pasármelo bien.

—Me iría fatal porque, por lo que parece, los pingüinos emperadores somos supertorpes en tierra.

Se ríe a carcajadas. Sin parar de correr. Ni siquiera reduce el ritmo. ¿Tiene pulmones o bombas de oxígeno?

—Eso es verdad. Y para probar esa teoría, ¿qué te parece si echamos una carrera hasta la entrada del campo de fútbol? Si ganas, te libras del yoga de mañana.

Aumento el ritmo para adelantarla unos pasos.

—¿Y si ganas tú?

—Entonces, dejas de refunfuñar todo el día.

—Trato hecho.

Ni de broma, pero vale.

—Bien.

Frena y me hace un gesto para que me coloque a su lado. Nos ponemos en posición. Es ella quien hace la cuenta atrás. Y yo echo a correr antes de que marque la salida. Le da tiempo a llamarme tramposo, partirse de risa, revolverme el pelo al pasar por mi lado, adelantarme y ganarme limpiamente.

Me lanzo contra ella cuando ya ha atravesado la línea de meta y yo llego justo detrás. Rodeo su torso con los brazos, la levanto y doy la vuelta para empujarla suavemente de nuevo al otro lado de la meta.

Me da una patadita, se revuelve, me desestabiliza y acabamos los dos en el suelo, tendidos de espaldas uno junto al otro, con la vista clavada en el cielo encapotado y riendo como un par de tontos mientras intentamos recuperar el aliento.

—Mañana que la carrera sea en el agua —digo mientras no deja de contagiarme la risa—. Doble o nada, Adams.

Coge aire para responder y, entonces, empieza a llover, y ella suelta un gritito agudo, se pone en pie de un salto, y deja el eco de su voz a la espalda mientras corre de vuelta hacia el edificio común:

—¡Te echo una carrera hasta el colegio, nadador!

Y yo la sigo con calma, sin perderme ni una sola de sus tonterías, y con una sonrisa en los labios.

21

CUMPLE LAS NORMAS

Casey

No es muy justo. El agua es su elemento. Yo lo consideraré una victoria si no me ahogo, para empezar. Y, además, está intentando distraerme estirando esos músculos, como si necesitara algo de calentamiento para ganar a cualquiera que se acerque a esta piscina.

No pasa nada. He venido a por todas. Y él se ha puesto rojo como un tomate cuando me ha visto en bañador y le he pillado de pleno mirándome las piernas. Así que espero que los nervios y sus defectuosas habilidades sociales me den ventaja.

—Venga, deja de chulear y al agua, ¿qué me das si gano?

Gray se ríe y se acerca al borde de la piscina.

—No vas a ganar —dice, con una seguridad y una chulería que yo jamás habría apostado que tuviera.

—Bueno, eso ya lo veremos, yo confío en mis posibilidades.

Doy saltitos por la playa como si estuviera a punto de entrar a un *ring* de boxeo. Gray me echa un vistazo, se coloca las gafas sobre el gorro, sin bajarlas aún, y me hace una seña para que me acerque al borde de la calle contigua a la suya.

—Serás la única que confía en tus posibilidades, pero tu entusiasmo es inspirador.

Me llevo una mano al pecho, como si estuviera de lo más emocionada.

—¡Gracias! Me lo dicen mucho.

Pone los ojos en blanco y yo me río. Es tan *tan* fácil molestarlo.

—Tienes que ponerte el gorro.

Hago un puchero.

—¿Qué? Venga ya, Oliver, el gorro es horrible, va a dañar mi imagen. Y no me hagas hablar de esas gafas ridículas que llevas.

Se las baja y se las coloca perfectamente ajustadas ante los ojos, para demostrar lo poco que le importa mi opinión. Hace círculos con los brazos. Hacia delante y hacia atrás. En serio, se está haciendo el deportista molón, no hace falta que se prepare tanto.

Y tengo toda la razón con lo del gorro. Es ridículo. Ya me he hecho una coleta bien prieta, para que no se me escape ni un pelo, aunque los mechones delanteros, los más cortos, no van a aguantar mucho, me temo.

—El pelo te va a retrasar —advierte.

—Ah, vale, no pasa nada. Ya lo dejo aquí y lo recojo al salir —bromeo, y finjo tirar de las raíces para quitármelo.

No se ríe. Hace una mueca cargadita de falso desprecio. Es un estirado. En serio. No lo aguanto. Menudo aguafiestas.

—No es por verte mona, Casey. Es por higiene, para protegerte el pelo del cloro y los oídos del agua, y también para reducir el rozamiento y que puedas avanzar más rápido.

Suelto un silbidito burlón.

—Fascinante.

—Vamos, haz lo que quieras, da igual —se rinde por fin.

—¿Qué gano?

—Lo que quieras —continúa cediendo—. Lo más loco que se te ocurra. Da lo mismo, porque no vas a ganar.

Sonrío.

—Vale. Si gano yo, bloquearás a tu ex en el móvil. Que es algo que, por cierto, ya deberías haber hecho hace tiempo.

Me dedica una mueca burlona.

—Bien. Si gano yo, me comeré tu postre cada noche hasta que acaben las vacaciones.

Qué rastrero.

Me encojo de hombros.

—Confío en mis posibilidades —repito. Me acerco al bordillo y señalo el agua—. ¿Puedo empezar desde dentro? Me da impresión saltar de golpe.

Se ríe.

—Yo no te lo recomendaría.

Le saco la lengua y sonríe mucho más. Antes, hace unos días, no lo hacía de verdad. Ahora sí. Creo que merece la pena el riesgo de ahogamiento solo por eso.

—Y, Casey...

—¿Sí, Oliver?

Me mira de arriba abajo.

—No te ahogues, ¿vale?

Le río la gracia con pocas ganas y me preparo para lanzarme al agua. Él da la salida. También me da ventaja. Aun así, no he llegado a recorrer ni la mitad del largo cuando me adelanta. Yo ya me he cansado y chapoteo como un perro.

Tengo que cambiar la estrategia.

Me sumerjo, paso por debajo de la corchera (soy experta en lenguaje *piscinero*, ¿eh?) y pongo todo mi esfuerzo en alcanzar el tobillo de Gray y agarrarme a él. Se ve obligado a parar para no hacerme daño. Gira en el agua para flotar bocarriba y se ríe con unas carcajadas altísimas que hacen eco en las paredes y el techo del pabellón. Me lleva aferrada a su pie hasta el otro lado. Una vez allí, me abrazo al bordillo, muy cerca de él, y lo miro. Se quita las gafas, apoya la cabeza en el bíceps y me mira también.

—Creo que ha sido un empate —digo.

Y él esboza una sonrisa pequeñísima y preciosa.

Es imposible que no se me contagie.

—Eso me ha parecido a mí también, vendaval.

22

MANTÉN LA (COM)POSTURA

Oliver

Tendría que haber apostado librarme del yoga. Y también debería haberla obligado a admitir su evidente derrota en la piscina. Pero aquí estamos. Es demasiado temprano para que ella esté tan despierta y, sobre todo, para la postura de la media luna.

Ahí está Casey, como si no necesitara café para vivir y la gravedad no existiera. No sé cómo aguanta sin que le tiemble ni un músculo. Y la peor parte es que se mantiene elegante al pasar de una postura a otra, mientras que yo parezco... un pingüino emperador, supongo.

—Levanta más la pierna, Oliver. En línea con la cadera.

Pero ¿cómo demonios lo sabe, si tiene los ojos cerrados?

Y, si tiene los ojos cerrados, a lo mejor puedo relajarme un poco y fingir que me estoy esforzando y observar sin tanto disimulo cómo marca la respiración. Lleva la ropa ajustada y de verdad que no quiero fijarme en las curvas, pero es que tiene curvas y están bien definidas y le brilla la piel en todos los puntos en los que queda a la

vista y no sé qué mierda me pasa, porque yo no quiero mirar a Casey Adams como si fuera... una chica. No. Para mí no hay chicas, ¿verdad que no? Solo hay una y se llama Beatrice y me ha roto el corazón tantas veces que ya ni siquiera soy capaz de contarlas y, por culpa de eso, ahora estoy mirando a una pirada que está empeñada en arreglarlo, que parece tener toda la facilidad del mundo para mantener una postura de yoga imposible sin temblar y ¿me estoy empezando a empalmar?

Joder, Oliver, eres asqueroso y un auténtico imbécil y un cerdo de la peor piara.

Tengo que apartar los ojos de ella y ya está. No es tan difícil. Ni siquiera me gusta. Apenas la soporto, de hecho. Es histriónica, como dijo Trish, signifique lo que signifique eso. Es demasiado intensa. Invasiva. Optimista hasta el agotamiento. Irritante. Chillona. Fastidiosa. Inaguantable.

Abre los ojos de golpe y me pilla mirándola. Y yo pierdo el equilibrio y me falla la única rodilla que me sujeta y me caigo al suelo de golpe y como un peso muerto. Me quejo y ruedo sobre el costado en el que he caído para quedar bocabajo y enterrar la cara en la esterilla. Por suerte, mi cuerpo parece haber entrado en razón y las cosas se han calmado entre mis piernas. Eso sí que sería bochornoso.

—¿Qué te pasa?

Puedo oír la sonrisa de la chica vendaval impregnada en el tono de su voz.

—¿Sigues dormido, Oliver? —se burla—. Anda, venga, vamos con el perro bocabajo, que esta te sale bien.

Me toca la espalda, para animarme a levantarme y yo me tenso como la dichosa cuerda de una guitarra. Intento respirar, me recuerdo que es solo Casey *pirada* Adams, y me prometo a mí

mismo que no voy a mirarle el culo mientras lo tenga a plena vista haciendo el maldito chucho ese de las narices.

De hecho, mantengo los ojos cerrados mientras aguanto en la postura que hace que se me resientan músculos a los que ni siquiera sé ponerles nombre. Me tiemblan un poco las pantorrillas. Y entonces, para colmo, la noto acercarse y mi corazón se acelera porque no sé dónde va a poner las manos ahora.

Una va entre mis omoplatos, la otra se posa en mi abdomen. Se me tensa hasta el último músculo del cuerpo. Casey empuja un poco para corregir la postura.

—Acuérdate de respirar, Oliver —dice en un murmullo suave.

Y yo creo que ya no sé cómo demonios se hace eso.

Solo sé que, por mi propio bien, no voy a venir a hacer yoga con ella nunca más.

23

NO DESVELES TUS SECRETOS CON CUALQUIERA

Casey

Es martes por la noche de la segunda semana de vacaciones y Oliver Grayson y yo tenemos una cita. En el sentido más amplio de la palabra y si nos adherimos a la definición del diccionario, no en plan romántico. Esperaba haber podido hacer esta sesión un poco antes, pero, en esta enorme celda en la que todos estamos presos y la mayoría ni siquiera sabe que le han robado la libertad, los carceleros revisan los pedidos que nos llegan como si esperaran encontrar móviles de contrabando o droga escondida en ositos de peluche, y por eso mi paquete no estuvo en mis manos hasta ayer mismo. Por suerte, no han requisado nada para usarlo en su propio beneficio. Menos mal, porque me dejé una pasta. Sé que a mamá no le importa siempre que el gasto sea en cosas superficiales para aparentar. Bienvenidos al mundo de los *royals*, supongo.

Me ajusto la mochila a los hombros antes de encaramarme a la rama más baja. Hemos quedado en que venía en cuanto cogiera un par de cosas de mi cuarto, así que no creo que vaya a pillar a Gray en una situación comprometida, aunque no haya mandado el típico mensaje que siempre precede a mis visitas: «Eh, subo». No hace falta explayarse más, me gusta ir al grano (casi siempre).

Subo hasta la ventana, doy un par de toques en el cristal y enseguida Crol está mirándome desde el otro lado y Gray se levanta de la cama (donde estaba sentado mirando la pared, no tumbado mirando el techo, lo que es un poco raro, si lo piensas). Aparta al gato, abre la ventana, me tiende la mano para ayudarme a pasar y me recibe con una sonrisa. Con una sonrisa, sí, y no con el ceño fruncido. Yo creo que durante este tiempo a solas hemos avanzado muchísimo en nuestra alianza por su corazón herido. Su mano está caliente, la sonrisa es bonita y de verdad, y suena una de las listas de reproducción que hice especialmente para él y su proceso como música ambiente. A lo mejor no estoy tan pirada después de todo, ¿eh, Oliver?

Le devuelvo la sonrisa multiplicada por tres, porque eso es lo que hago siempre y también porque es lo que quiero hacer ahora. Pronto estoy a salvo dentro del cuarto, Gray cierra la ventana para que no se cuele el frío y Crol me lanza un maullido que exige caricias de inmediato. Adoro a este gato. Es un poco escandaloso y eso podría ser un problema, vale, pero creo que es tan solo una parte más de su encanto.

—¿Por qué vienes en pijama?

Le dedico media mirada desinteresada y sigo haciéndole carantoñas a Crol.

—Es lo que hay que ponerse para una fiesta de pijamas.

Él lleva un pantalón de chándal y una camiseta vieja, así que yo diría que va acorde al código de vestimenta del evento.

—¿Qué traes en esa mochila?

La dejo sobre la cama de Nate (quien, como no está, no puede quejarse), abro la cremallera y extiendo el contenido sobre el edredón.

—¿Qué?

—Sí —digo, seria y solemne—, nos vamos a hacer el *skincare*, Oliver.

Intenta parecer tan gruñón como siempre, pero se le escapa una risa un poco tonta cuando coge uno de los tarros y echa un vistazo a la etiqueta.

—¿Por qué... vamos a hacer esto?

Me enfrento a él y lo miro a los ojos.

—Porque... es autocuidado y lo necesitas mucho.

Alza una ceja y contiene la sonrisa.

—¿Insinúas que necesito arreglarme la cara?

—Insinúo que te pasas el día arrugado en esa piscina llena de cloro y que tu piel agradecería que la mimes un poco. También insinúo que dedicarse tiempo a uno mismo en actividades como esta es muy bueno para la mente, el corazón y la autoestima. Y, por último, insinúo que la que manda soy yo y tienes que hacer todo lo que te diga.

Suelta una carcajada bajita.

—Si así fuera, ya estaría muerto, Casey.

Pongo los ojos en blanco.

—Admito que lo de probar si te mola la escalada en la fachada sur del colegio no fue la mejor idea del mundo, pero podría haber sido uno de tus talentos naturales y, de no ser por mí, seguirías sin saberlo.

—Ya, pues resulta que no lo es.

Intento no reírme, pero me acuerdo del domingo por la tarde, cuando intentamos subir por la fachada de piedra y los dos acabamos en el suelo, magullados, gimoteando y con las piernas enredadas con las del otro, y se me escapan las carcajadas de una forma un tanto ridícula que termina por contagiársele. Esa tarde también nos reímos mucho. Sobre todo, cuando la directora Macrae dobló la esquina, nos encontró allí y tuvimos que salir corriendo rumbo a los establos como un par de fugitivos hasta quedarnos sin aliento. Oliver es divertido. Él dice que no lo es, pero a mí sí me lo parece. Y, ahora que ha relajado esa pose de animalillo a la defensiva conmigo, creo que empiezo a hacerle un poco de gracia, también.

—Desde luego que no lo es. Hoy vengo con algo suave y agradable para compensar.

—Lo tuyo tampoco es la escalada, deberías admitirlo de una vez.

Hago una mueca. Sigue mirándome como si esperara mi confesión.

—Estaba cagada de miedo —reconozco.

Niega con la cabeza, exasperado.

—¿Y por qué lo hicimos? Nos podríamos haber roto un brazo, Casey. No puedo nadar sin un brazo, ¿sabes?

Le hago burla, imitándolo con voz grave y gestos exagerados.

—Fue divertido. Y, cuando algo te da miedo, hay que hacerlo. Lo puedes hacer con miedo, pero lo haces. No lo digo yo, lo dice...

—*Mi guía espiritual de vida* —termina por mí, con la voz burlonamente aguda.

—Yo no hablo así —me defiendo—. Y, sí, es el noveno mandamiento. Uno que estaría bien que te aplicaras a partir de ahora.

Finge un bostezo, me da la espalda y se aleja hasta apoyarse en su mesa de estudio.

—¿Algún día vas a dejarme ver esa lista de mandamientos?

—No creo —digo, despreocupada, y sigo organizando todos los productos que vamos a usar en la sesión de autocuidado de hoy.

No dice nada. Lo miro con el rabillo del ojo, disimuladamente. Está apoyado en la mesa, con los brazos cruzados y sin quitarme la vista de encima. Me observa como si quisiera entenderme y eso me genera unas cosquillas incómodas por todo el cuerpo. Y me repito una vez más que solo es Gray y que esta alianza va de eso, que podemos ser amigos y confiar en el otro y que no va a pasar nada en absoluto por lo que tenga que preocuparme.

Llevamos bastante tiempo con esto, y aún no he descubierto qué es lo que motiva a Gray. Nada de caballos (y tampoco de gatos, dada su experiencia con el que comparte cuarto), nada de videojuegos, ni de escalada, ni de rompecabezas. Le gusta el cine, al parecer, pero no considera que sea algo que lo defina. Le gusta la música, también, aunque admite que no tiene oído absoluto ni de lejos. Cada vez le gusta más el yoga (a pesar de que se resista a confesarlo abiertamente), pero esta mañana ha dicho que no se ve a sí mismo guiando clases para jubiladas en un gimnasio del centro de Londres y que deberíamos dejar de intentarlo ya. Se me tendrían que haber ocurrido un millón de alternativas más, pero la verdad es que he tenido la mente un poco dispersa los últimos días por culpa de cierto italiano guapísimo que me invita a colarme en instalaciones del colegio (en las que no deberíamos estar fuera del horario de clases) cada tarde después de cenar. Hoy he tenido que decirle que tenía planes. Y ha sido una pena, porque estoy segura sin margen de error de que hoy iba a ser la noche en que nos besaríamos por fin. Tendrá que esperar, porque yo me había comprometido con

cierto corazón roto que convive en el mismo cuerpo con una cabeza dura como el cemento, y todo el mundo sabe que las responsabilidades de ese tipo son sagradas. No es menos cierto que el cuarto punto de mi guía de vida dice que no tengo que quedarme con las ganas de nada y que anoche tuve muchas ganas de besar a alguien y quitarme otras tonterías un pelín más complicadas de la cabeza, así que tendré que ponerle remedio pronto.

Y Oliver, por otra parte... Nos estamos haciendo amigos y creo que de esta manera todo va a funcionar mucho mejor. Sí, claro, él se resiste a admitir que le caigo bien y que tengo mucha razón en todo lo que digo, pero ya no puede engañarme. Nos lo estamos pasando bien, creo. Nos reímos en los desayunos, pasa por los establos a avisarme de que no me olvide del almuerzo cuando él sale de la piscina por la mañana, y luego, por la tarde, yo también me paso por el pabellón deportivo y le grito órdenes y tonterías en plan campamento militar mientras entrena. Parece que ya no le importa tanto tenerme alrededor. Y está mejorando su marca día a día. Cada centésima de segundo cuenta. Luego hacemos juntos la locura que se me haya ocurrido para probar sus puntos fuertes. Y más tarde, en la cena, compartimos mis auriculares y nos turnamos para elegir canciones que escuchar juntos.

Tengo que confesar que me gusta esta nueva rutina. Empieza a gustarme pasar tiempo con él, supongo. Y creo que está bien.

—Vamos al baño.

Cojo todo lo que necesitamos y le hago una seña para que me siga a la puerta.

—Sabes que no puedes pasearte por esta residencia como si nada, ¿no?

Le sonrío con cierto aire de superioridad moral.

—A Trisha nunca la han pillado. Y ahora que quedamos apenas diez alumnos en todo el internado, no creo que vayan a dedicarse a patrullar los pasillos. Vamos, no seas tan cobarde, Gray. Trae un par de toallas.

Frunce los labios cuando me oye llamarlo así. Amplío la sonrisa. No para de insistir en que no quiere que lo llame Oliver, pero si alguna vez utilizo el nombre por el que lo llama todo el mundo pone exactamente esa cara. No sé muy bien lo que quiere decir, pero entiendo que ya no le fastidia tanto que utilice su nombre de pila.

Como era de esperar, no nos encontramos ni un alma en el camino hasta el baño de esta planta. Las luces están apagadas y tampoco hay nadie dentro. Despliego todos los productos sobre la encimera de los lavabos y me vuelvo hacia él para ponerle una banda que le sujete ese pelo ondulado y rebelde que siempre tiene en medio de la frente. Da un paso atrás cuando ya se la he colgado al cuello.

—Eh, eh, ¿qué haces?

Hago un puchero y él esboza media sonrisa divertida.

—Venga, es para sujetarte el pelo. Hay que ponérselo, de lo contrario se te llenará de mascarilla «bomba de hidratación» y tendrás que lavártelo siete veces.

Me mira con los ojos entornados, para nada seguro, pero, finalmente, da un paso adelante y se agacha un poco para permitirme colocársela bien. Sus ojos no se separan de los míos mientras lo hago y luego, cuando observo el resultado y sonrío, caen a mi boca a toda velocidad, y yo doy un paso atrás y cojo la otra banda para ponérmela.

—Muy bien, hay que empezar aplicando este limpiador sobre la piel húmeda.

Abro el grifo de uno de los lavabos y se lo señalo. Yo ocupo el que queda justo al lado.

No para de salpicarme durante todo el rato, y yo le devuelvo pataditas suaves directas al tobillo que solo consiguen hacerlo reír cada vez un poco más.

Creo que no le hace tanta gracia cuando le pido que apoye el culo en la encimera y me coloco delante para aplicarle la mascarilla. Él se encarga de meter los dedos en el bote también para restregármela a mí por la cara.

Tengo que arreglarla un poco cuando termino con la suya y me miro al espejo. Luego miro su reflejo y se me escapa la risa.

—El verde es tu color.

—Ya lo sabía —alardea—. Tú, en cambio, solo pareces a punto de vomitar.

Me río aún más y él no para de mirarme a través del espejo.

—¿Y ahora qué, vendaval?

—Hay que dejarla actuar veinte minutos. Vamos a tu cuarto y...

—¿Casey?

Me giro como impulsada por un resorte cuando oigo mi nombre con ese acento... tan irresistible. Lo que yo imaginaba: hace demasiado tiempo desde la última vez que estuve con un chico. Y no fue precisamente una experiencia que repetiría, pero sé que ahora, en otro momento de mi vida y, sobre todo, con otra actitud renovada y mejorada, puedo disfrutarlo muchísimo más.

—Hola, Fabrizio.

Mi rollete italiano apoya el hombro en el marco de la puerta de entrada a los baños y nos mira a los dos con curiosidad. Está... guapísimo. Más que eso, pero no quiero sonar ordinaria. Luego vuelve solo a mí y me sonríe. Debo de tener un aspecto ridículo, en pijama y con una mascarilla verde mal puesta por toda la cara, con

una banda color crema recogiéndome el pelo, y con el patético Gray con las mismas pintas justo a mi lado.

—Me había parecido oír tu risa.

Asiento.

—Ya. Sí. Es que estamos de rutina de autocuidado, ¿sabes? ¿Conoces a mi amigo? —Señalo a Gray con el pulgar y puedo notar cómo el nadador se tensa al instante.

—Ah, sí... ¿Grain?

Oliver se cuadra. Levanta la barbilla. Se hace más grande. Increíble. Es que ni me lo esperaba, vaya.

—Gray —corrige, seco.

—Sí, *certo* —dice en italiano. Sexi, ¿eh?—. Gray. ¿No eres el chico de la beca de...?

—Sí es —digo yo rápidamente.

—No soy —dice él al mismo tiempo.

Me da un pisotón suave cuando me oye reír bajito.

—Vale. Os dejo con vuestras... cosas —decide *Guapísimo* Parisi. Me mira de arriba abajo de nuevo y me dedica una sonrisa entre divertida y curiosa—. Sigue en pie lo de mañana, ¿sí, Casey?

Me muerdo el labio y saboreo un pegote de mascarilla y está asqueroso. Tengo que poner todo mi esfuerzo en contener la mueca que el cuerpo me pide ahora mismo.

—Definitivamente, sí, Fabrizio —respondo, tratando de mantener la compostura.

—Perfecto. Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondo con un hilo de voz.

En cuanto desaparece, me giro hacia Gray y exagero la mueca de asco que había dejado pendiente.

—Tampoco es tan feo —se burla él.

—He chupado esta cosa. —Me señalo la cara—. Y créeme: no sabe como huele.

—Huele genial.

—No sabe «genial».

—¿Has quedado con el italiano?

Alzo la vista para buscar sus ojos. Está mucho más serio y parece... ¿molesto?

—Sí. ¿Qué pasa?

Aparta la mirada al instante. Recoge lo que ha quedado esparcido por encima del lavabo, da media vuelta y camina hacia la salida.

—No, nada.

Frunzo el ceño.

—¿Te parece mal?

Vuelve la cara para mirarme.

—No. Qué va.

—Vale.

—Vale.

—Bien.

¿Por qué estamos teniendo esta conversación tan absurda?

—No me extraña que te haya pedido una cita. Estás guapísima... ahora que no se te ve la cara.

Abro la boca. Da media vuelta y se larga. Corro detrás de él y salto sobre su espalda cuando lo alcanzo a mitad de pasillo. Se parte de risa sin importarle en absoluto que mis brazos amenacen con estrangularlo y que su pelo corra el peligro de teñirse de verde mascarilla para siempre.

—Tú deberías llevar una máscara en la cara todos los días —digo mientras me arrastra, prácticamente volando, hasta su habitación.

Solo me descuelgo cuando estamos dentro y cierro la puerta rápidamente para que Crol no se escape.

—¿Te gustaría más con una careta de caballo? —prueba.

—Indudablemente.

Me mira, pone los ojos en blanco y es lo más absurdo que he visto en la vida, con esa mascarilla verde cubriéndole la cara, así que me río y la piel de las mejillas me tira por culpa de la pasta que ya se está secando.

—A lo mejor es eso lo que has visto en el italiano.

Alzo una ceja al mirarlo, pero no me devuelve la mirada ni de casualidad.

—¿Tienes algún problema con Fabrizio?

Niega con la cabeza y se mueve hasta sentarse en el suelo, con la espalda apoyada en los pies de su cama. Paso por encima de sus piernas y me siento enfrente, contra el lateral de la de Nate. Recupero la mochila y saco una cajita que he traído para pasar este rato.

—Claro que no. Solo que es un tío que ha sido citado en el perfil de cotilleos como un millón de veces desde que empezó el curso y cada una de ellas estaba relacionado con una chica diferente.

—¿Cómo lo sabes, si ni siquiera tienes perfil en Liberty Haven Club? ¿O es que tienes una cuenta fantasma para enterarte de los cotilleos?

Hace una mueca que no se aprecia demasiado porque ya casi tiene la cara rígida.

—Tengo dos amigos cotillas que me ponen al día de todo. Y quiero decir *de todo* —masculla de mala gana.

—Ya, pues uno de esos amigos tuyos ha sido nombrado en el perfil más veces que Fabrizio, me parece a mí.

—Sí, pero ese amigo mío no va a tener una cita contigo, ¿no?

Cierra la boca con fuerza después de decir eso. Yo también me quedo callada, porque no sé qué decir. Al menos hasta que un par

de segundos más tarde ya empieza a ahogarme el silencio. Gray ni siquiera me mira. Está observando a Crol como si el ritual de acicalamiento de un gato fuera lo más interesante del mundo.

—¿A ti qué te importa con quién tenga una cita?

Me dedica una brevísima mirada de reojo.

—No me importa.

Suspiro.

—Mejor.

—Sí —conviene él—. Muy bien.

Pongo la caja que tengo en las manos en el suelo entre los dos con un golpe seco. Eso consigue llamar su atención. La abro para mostrarle el interior.

—¿Eso son caramelos Jelly Belly Beans?

—Sí.

—Y no son los buenos, ¿no? —se teme.

—Hay de todo. Puede tocarte uno de fresa o uno de vómito, es la emoción del juego.

Gray gruñe.

—Siempre he odiado este juego.

—Lo siento por ti —canturreo, mientras muevo la caja para que las grajeas se mezclen aún más—. He pensado que mientras esperamos a que se cumpla el tiempo de la mascarilla podemos jugar a esto.

—¿A qué exactamente?

—A las apariencias. Yo digo algo que suponga de ti, si acierto, te comes una grajea; si fallo, la cogeré yo.

—Esto es una...

—Tontería —termino por él—. Ya. Pero también es una buena manera de sincerarnos y nos servirá para saber qué imagen

proyectamos. No sé, a lo mejor la quieres cambiar y proyectar aura de seductor... igual que Fabrizio Parisi.

—Fabrizio Parisi es un gilipollas.

—Eh, tranquilo, nadador. No entres ahí, porque tú eres un pequeño pingüino, y él, un tiburón.

—Ese tío no es un tiburón —refunfuña.

—¿Quieres seguir hablando de él toda la noche o jugamos?

Me hace un corte de mangas y yo abro la boca.

—Menuda grosería, Grayson. Esto es un internado de gente bien, ¿sabes?, aprende a comportarte.

—Cuando dejes de ser tan tocapelotas, Adams.

Esta vez el corte de mangas se lo dedico yo a él. En el fondo, me divierte este intercambio de opiniones y que él sea capaz de mirarme a los ojos y rebatirme todo el tiempo. Hace tan solo una semana esto estaba muy lejos de marcar la dinámica entre nosotros dos.

—¿No te parece que es una delicia lo mucho que nos está uniendo este tiempo solos?

Resopla.

—Venga, empieza con tus suposiciones de una vez.

Muy bien, pues allá voy. Tenemos solo quince minutos por delante, así que no me voy a andar con tonterías. Nada de romper el hielo. Vamos a ir a lo que importa desde el principio.

—Eres una persona patológicamente complaciente. No sabes lo que te gusta porque siempre has puesto lo que les gusta a los demás por delante de lo que tú querías.

Nos sostenemos la mirada. No dice nada. Está tan quieto que pienso que, para empezar, puede que me haya pasado. Luego se encoge de hombros.

—No lo sé —murmura—. Puedo comer yo, o puedes comer tú. O a lo mejor los dos tendríamos razón.

Me inclino hacia él y voy a decir algo, pero sigue antes de que tenga la oportunidad de hablar:

—No creo que ponga lo que quieren los demás por delante solo para tenerlos contentos. De hecho, diría que Nate y Trish pocas veces están realmente contentos conmigo —medio bromea—. Creo que dejé de priorizar lo que yo quería o lo que me gustaba porque había gente que lo utilizaba para hacerme daño.

Le pongo una mano en el tobillo. Se tensa por un segundo, pero luego relaja la postura y no intenta apartarse.

—¿Quién?

Sacude la cabeza.

—Perdona, no estoy haciendo el juego divertido.

Le aprieto el tobillo con suavidad.

—Ya lo haremos divertido luego.

Me mira y asiente.

—Cuando era pequeño los niños se metían mucho conmigo en el colegio. No sé por qué, supongo que alguno la tomó conmigo y los demás simplemente lo siguieron. Ya sabes, se reían de las cosas que decía o de lo que me gustaba. Así que dejé de hablar de ello. Y luego hasta dejó de gustarme.

—¿Y qué era lo que te gustaba?

—No recuerdo muy bien qué me fascinaba tanto. Mi padre dice que desde muy pequeño le pedía que me contara historias de fantasía, luego empecé a interesarme por la mitología. Y, bueno, los dragones. Me flipaban los dragones.

Suelto una risita tierna. Me mira y, en cuanto nuestras pupilas conectan, las suyas vuelven a adquirir un brillo leve.

—¿A quién no le flipan los dragones?

—Al parecer, a los niños de mi curso de primaria —dice con amargura—. A lo mejor era culpa mía, puede que estuviera muy obsesionado, no lo sé.

—¿Y ahora?

Frunce el ceño.

—¿Qué?

—Que si te flipan los dragones.

Por un segundo parece perdido, como si ni siquiera supiera una respuesta que únicamente puede poseer él.

—No. Creo que no... Es una tontería.

Pongo los ojos en blanco.

—Tienes que dejar de decir que todo son tonterías, Oliver. Las cosas que te gustan no son tonterías, las cosas que disfrutas no son tonterías y, sin duda, las cosas que yo te propongo no son en absoluto tonterías.

Hace un gesto vago con la mano para darme la razón. O quizá solo para que me calle.

—Entonces, al final, ¿quién se come la grajea? ¿Tú o yo?

Cojo una de la caja.

—Yo, solo para que veas que te estoy dando ventaja.

La pruebo primero con la punta de la lengua, solo por si acaso.

Gray se ríe.

—¡Eh!, eso no vale. Hay que metérsela en la boca del tirón.

Lo hago y la mastico con los ojos cerrados. Sabe a naranja. Está muy rica.

—Deliciosa —digo con una sonrisa.

Parece decepcionado y eso me divierte mucho más.

—Te merecías un poco de huevos podridos —bromea.

Le doy una patadita en el costado y él me la devuelve al momento aún más delicado que yo.

—Vamos, suelta tu suposición —animo.

—Fácil. Estás obsesionada con Justin Bieber.

Suelto una carcajada.

—Te va a tocar comerte una de esas, nadador.

Me mira, escéptico.

—Venga ya. Tienes una canción suya, la más irritante, por cierto, como tono de móvil. Lo has metido en todas mis listas de reproducción.

—Eso es porque tiene canciones aplicables a tus necesidades musicales actuales, Oliver, no responde a mi propio interés individual.

—Casey...

Vuelvo a reír.

—Voy en serio. Mi mejor amiga estaba absolutamente obsesionada con Justin Bieber, me obligó a prometer que no dejaría de escucharlo mientras estuviera encerrada aquí. Te lo juro.

—¿La amiga que te hizo esa guía espiritual que nos ha traído aquí y ahora a mantener una conversación sobre dragones y Justin Bieber a las nueve de la noche con unas mascarillas verdes que se nos han fundido con la piel?

—Exacto. Melissa. Todo es culpa suya.

Sonríe.

—¿Y dónde está Melissa ahora?

Es difícil de decir...

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

—¿Ya no sois amigas?

Eso es casi un insulto.

—Claro que sí. Solo que yo estoy aquí, ya sabes, y ella, no.

Espero que se dé cuenta de que no quiero hablar de Melissa ahora mismo. Que no insista. Que me dé un respiro.

Creo que lo pilla.

—Vale. Así que yo me como una grajea ahora.

Señalo la caja para invitarlo a hacerlo.

—No seas tímido.

Intenta hacer una especie de gesto de amenaza levantando el labio, pero la mascarilla no se lo permite del todo y eso es aún más gracioso.

Elige la grajea con cuidado. No sé cómo puede no saber que esa es una receta segura para el desastre. Todo el mundo sabe que hay que coger una al azar, sin pensar. Se la mete en la boca de golpe, mastica una sola vez y luego... Se pone de pie y va corriendo hasta la ventana para abrirla y escupir.

Me río tanto, mientras lo oigo refunfuñar y gruñir y soltar exclamaciones de asco e improperios, que acabo rodando sobre mi costado y se me saltan las lágrimas y me duele la tripa, y, al final, oigo cómo él también ríe conmigo.

—¿Era vómito?

Se deja caer a mi lado.

—Era peor.

Y yo vuelvo a reírme y él no puede evitar hacerlo también.

—Vale, voy yo —digo cuando conseguimos calmarnos y nos enfrentamos de nuevo con la caja de las grajeas en medio—. Te arrepientes de haber venido a este internado.

Chasquea la lengua. Sacude la cabeza. Me dedica una mirada que pretende pasar por seria, pero hay chispas de diversión bailándole en las pupilas.

—Eres malísima en este juego, vendaval.

Hundo los hombros y suelto un gemido lastimero.

—¡Venga ya! Viniste detrás de una tía que te ha destrozado el corazón. Estás rodeado de niños pijos de familia noble que te miran por encima del hombro porque eres el tío de la beca, a principio de curso te encontraste con una chica pirada que tiene una lista de mandamientos que te incluye..., no a ti, a tu corazón roto, ya sabes, no es nada personal..., y ahora mismo, para tu desgracia, estás aquí atrapado conmigo y con este gato que no deja de mirarte mal.

Crol se ha tumbado en la cama de Nate y está dormitando muy cerca de mi hombro. Creo que me adora tanto como yo a él, y es graciosísimo lo mucho que eso parece molestar a Gray.

Él sonríe. Niega con la cabeza una sola vez y no deja de mirarme a los ojos.

—Gracias por recordarme todo eso —ironiza—. Creía que querías ayudarme y no hundirme en la miseria, pero te lo agradezco mucho, Adams.

Me río, y a él se le escapa una risa bajita y casi tierna.

—La verdad es que, pese a todo eso, me alegro de estar aquí —sigue, más serio—. En casa era... Echo de menos a mi familia, sí, pero el resto era horrible. Cuando estaba en primaria se metían conmigo todo el tiempo. Al empezar la secundaria sí que estaba rodeado de pijos que me miraban como si fuera escoria, aunque tenía a Bee y tenía el equipo y eso mejoraba las cosas, pero nunca hice amigos de verdad. Mis padres se divorciaron y todo el barrio empezó a opinar y a criticar, porque mi padre se quedó conmigo y con May y mi madre empezó a vivir como quería vivir y la crucificaron por ello. A todo el mundo le parece normal que el hombre solo vea a los niños los fines de semana y rehaga su vida y salga con tanta gente como quiera y viaje y haga lo que le dé la gana, pero ¿sabes?, no piensan lo mismo cuando lo hace una mujer. Mi madre dice que no le importa que la gente hable, mi padre apoya

a mi madre por encima de cualquier cosa, porque son amigos, a pesar de lo que pasara entre ellos. Dicen que seguimos siendo una familia, y supongo que lo somos, pero a mí me afecta que la gente no pare de hablar de cosas que no deberían importarles y que son nuestras. Y tal vez debería estar allí para apoyarlos en esto o en lo que sea, así que me siento algo egoísta por estar mejor aquí, distanciado de toda la mierda que sigue habiendo en Londres. La verdad es que estoy más tranquilo así, lejos y sin tener que oír gilipolleces. Y, además, aquí he conocido a Trish y a Nate, y no los cambiaría por nada, aunque a veces sean demasiado intensos y se metan en mis cosas y me claven el dedo en las heridas sin permiso. Y este equipo de natación y las posibilidades que me ofrece... eso es lo que siempre he querido, y no podría tenerlo de no ser por la beca y por este internado. No me arrepiento para nada de haber venido, Casey, aunque tenga que pasar tiempo con una pirada como tú —termina, con el tono mucho más burlón, una sonrisa dulce de medio lado, y la rodilla en contacto con la mía.

Le devuelvo una sonrisa con el doble de ternura y cargada de entendimiento.

—No estás haciendo el juego divertido, Oliver.

Suelta una carcajada altísima, echando la cabeza hacia atrás y apoyándola sobre el colchón que le queda a la espalda. Se queda así, mirando el techo y con una sonrisa que no se borra ni cuando yo dejo de reír con suavidad.

—Mi casa es todo lo contrario —le cuento a media voz—. Por dentro todo es un desastre, pero solo les preocupa que por fuera se mantengan las apariencias y todo el mundo piense que son perfectos. Mi madre dejó a mi padre por William Percy cuando yo tenía nueve años. Papá no llevaba ni un año trabajando fuera, en Bruselas, en un trabajo que ella prácticamente le obligó a aceptar

porque era «lo mejor para la familia, Hugh». Ni siquiera habían firmado los papeles del divorcio y nosotras ya nos habíamos mudado desde Liverpool a Berwick-upon-Tweed, a la finca de los Percy. Bastante impresionante, eso sí es verdad. Annie, mi hermana mayor, tenía dieciséis años y se lo tomó sorprendentemente bien, supongo que porque subimos unos cuantos niveles de estatus social de golpe y ella siempre ha querido ser parte de la élite. Mi hermana pequeña, Daisy, tenía seis años y se adaptó enseguida. Yo me convertí en la hija difícil, me temo. Mis padres se odian y la verdad es que me cuesta imaginar que alguna vez llegaran a quererse. Y la familia de mi padrastro es pura fachada, me parece que se apuñalarían por la espalda si pudieran, pero de puertas para fuera todo parece idílico. Y yo hice lo que no debía y no querían un escándalo, así que me desterraron y me encerraron en un lugar que mantuviera las apariencias y pareciera lo mejor para mí. No me importa tanto, aquí está Elliot y no están ellos, y me ha servido para reencontrarme, ¿sabes?, me temo que me había perdido un poco en el último año. Y, claro, estás tú y tu corazón roto para darme un propósito. Solo echo de menos a Kai.

Gray se incorpora de nuevo, se mueve para girar el cuerpo, arrastra el culo por el suelo y se acomoda a mi lado, con la espalda apoyada en la cama de Nate. Nuestros brazos se rozan y es perfectamente natural, aunque no lo sea.

—En serio, ¿qué hiciste, Casey?

Me río.

—Es un secreto que no sabe casi nadie en el mundo, Oliver. Solo mi familia perfecta, Melissa, y ahora Elliot. Nadie más.

Me da un golpecito con el hombro.

—¿Me lo cuentas?

No.

No puedo.

No debo.

No...

—Fui una idiota por quien no debía —dejo escapar en un hilo de voz.

No me mira. Noto cómo se tensa un poco a mi lado, como si quisiera preguntar mucho más y se estuviera conteniendo para no hacerlo. Para no invadir. Para darme el espacio que obviamente necesito.

—¿Te enamoraste de un chico malo? —pregunta en tono de broma.

Ojalá.

—No sé si enamorarse es la palabra —suspiro—. No sé si me he enamorado alguna vez. Creo que enamorarse es algo mucho más libre que lo que yo tuve, ¿sabes? ¿Cómo lo supiste tú? Que te habías enamorado de Bee.

Se hunde en su propio cuerpo. Se hace más pequeño en la ropa que viste. Creo que se encoge de hombros, pero no lo miro directamente.

—No sé. Simplemente se sabe —murmura.

Nos estamos poniendo muy intensos para llevar unas mascarillas verdes por toda la cara. Me lanzo hacia la caja, cojo una grajea y cambio el tono y la actitud.

—Genial. Entonces me como una de estas, ¿no?

Está cerca de ser lo peor que he probado en la vida. Gray me pasa rápidamente una papelera cuando empiezo a exagerar las muecas de asco, y no deja de partirse de risa mientras yo trato de aguantar la compostura y ser valiente y tragarme esa asquerosidad. No escupo ni un poquito. Casey, uno; pequeño pingüino, cero.

—Te toca —le digo tras beber del botellín de agua que acaba de pasarme.

—Vas a enrollarte con Fabrizio Parisi —dice, y noto sus ojos estudiando mi expresión con tanta atención que me genera cosquillas incómodas por debajo de la piel.

Vuelvo la cara hacia él y solo entonces esconde la mirada a toda velocidad.

—¿Cómo quieres que responda a eso? No se sabe, Gray, las cosas surgen y ya está. Y, además, creía que no te importaba nada lo que pase con Fabrizio.

Carraspea.

—No me importa. Es solo un estúpido juego.

Le clavo un dedo en el costado y salta hacia el otro lado y me mira con el ceño fruncido.

—Es solo un estúpido juego —repito—. Y mi suposición es que preferirías que yo no estuviera aquí.

Nos sostenemos la mirada. El silencio se alarga por dos segundos eternos y una tensión repentina e inesperada carga el ambiente de chispas eléctricas. Siento la presión en el pecho, como si sus ojos me estuvieran robando el aire y no solo indagando en los míos. Él entreabre los labios y toma una bocanada, como si le estuviera pasando exactamente lo mismo.

Niega con la cabeza en un movimiento tan leve que casi creo habérmelo imaginado.

—No —dice en un susurro—. Vas a tener que comerte otra grajea, vendaval.

No me muevo.

Le miro los labios, aún entreabiertos. No sé por qué. Solo lo hago.

Y entonces suena la alarma de mi móvil, esa que he puesto para avisarnos de que es hora de quitarnos las mascarillas, y me pongo

de pie de un salto, con una absurda oleada de alivio recorriéndome de la cabeza a los pies.

—Tenemos que quitarnos este mejunje, Oliver.

Se pone de pie a mi lado como si no pasara nada. Apuesto a que está rojísimo debajo de todo ese pringue verde y prefiero no tener una confirmación... y que él tampoco pueda comprobar de qué color se han teñido mis mejillas.

—No sé si podremos sin arrancarnos toda la piel.

Me río, lo cojo de la mano y tiro de él para salir del cuarto y volver a los baños. Sus dedos se aferran a los míos y su pulgar me acaricia el dorso con delicadeza.

Me convenzo de que el cosquilleo es totalmente justificado por el roce y nada más. Y está bien. Porque los amigos se tocan y no sienten nada... justo igual que lo que me sucede a mí con él.

24

NO DEJES QUE EL GATO DUERMA EN LA CAMA

Oliver

Me he sentido un poco más cohibido desde que nos hemos quitado las mascarillas. Creo que ya no podemos hablar de cosas tan serias como las que hemos compartido mientras estábamos escondidos detrás de ellas.

Pero como Casey es Casey, y no se ha ganado el sobrenombre de «pirada» por nada, no ha tardado ni veinte minutos en conseguir liarme para jugar a lanzarnos grajeas de un lado a otro de la habitación e intentar atraparlas con la boca, con las manos a la espalda. No sé ni lo que hago con esta chica que apenas me cae bien y con la que se supone que solo paso tiempo porque es mi tapadera para que el principito no mire en mi dirección, pero me siento mejor que en mucho tiempo. Creo que hacía meses que no me reía tanto.

Media hora más y ya está cantando y bailando sin ninguna vergüenza encima de la cama de Nate. ¿Lo peor? Ha conseguido, no

sé ni cómo, que cante con ella. Creo que ha sido porque no ha dejado de entonar *Shut up and dance with me*, con el estribillo de la canción de Walk the Moon, cada vez que he intentado protestar. Al final, alguien vendrá a ver qué demonios pasa y nos vamos a meter en un lío, porque no hay nada más prohibido en este internado que un chico y una chica a solas en una habitación (eso sin contar con el gato). Me parece un poco retrógrado y muy poco realista, teniendo en cuenta que Nate, sin ir más lejos, hace cosas bastante escandalosas con chicos en esta misma residencia y nadie le prohíbe colarse en sus habitaciones. Ahora, por si fuera poco, me está obligando a berrear con ella *Good for you*, de Olivia Rodrigo, y creo que es una de las cosas más liberadoras que he hecho jamás.

Genial, no han pasado ni dos semanas desde que mis amigos no están aquí y Casey Adams ya me ha contagiado su locura. Tal vez ahora ya estoy tan pirado como ella. Y sé que lo estoy, de verdad, porque la perspectiva me da exactamente lo mismo. No me preocupa. Me parece divertida, incluso.

Terminamos tirados en el suelo, riendo y diciendo tonterías. Intenta convencerme de que tengo que hacerme un perfil en Liberty Haven Club, la red social del internado, porque el siguiente paso de mi «proceso» va a ser empezar a ligar con chicas para ganar confianza y para que sea consciente de que Bee no es la única que existe en el mundo (aún lo pongo en duda), y ella opina que me será más fácil tontear por redes que en persona, aunque todo llegará. Discutimos sobre eso en broma hasta que la alarma del móvil de Casey suena otra vez.

Odio ese sonido.

—Son casi las once —dice, y se mueve perezosa para incorporarse y quedar sentada en el suelo—. Debería irme antes de que cierren la puerta de la residencia.

Me levanto y me acerco a la ventana.

—Está lloviendo.

Hace un ruidito indiferente con los labios.

—Claro, ¿y cuándo no?

—Te vas a empapar por el camino. Vas en pijama, Casey.

No sé qué me pasa. Ni por qué de repente me parece una idea terrible que se vaya. Es por su bien, eso está claro. Por su salud. Por evitar una pulmonía.

—No pasa nada, seguro que tienes un chubasquero para prestarme.

Me apoyo en la ventana y la miro. Sigue sentada en el suelo, sin prisa por marcharse de aquí.

—Puedes dormir en la cama de Nate —resuelvo, como sin darle importancia—. No creo que le importe. De hecho, si estuviera aquí seguro que te invitaría a hacerlo —añado, pícaro.

Casey se ríe.

—¿No te da mal rollo si duermo aquí? —pregunta, prudente.

—¿Hablas en sueños?

—No, que yo sepa.

—¿Eres sonámbula?

—Jamás nadie me ha dicho que lo sea.

—¿Vas a asfixiarme con mi propia almohada?

—Aún es pronto en tu «proceso» para eso —bromea.

Sonrío.

—Entonces puedes quedarte, si quieres. Si sales mañana a primera hora, nadie se enterará.

Se mordisquea el labio, y yo me fuerzo a apartar la vista para no mirar ese punto de su rostro.

—Vale —dice al final—. ¿Qué tal si vemos una peli, Oliver?

La elige ella, y yo suelto un resoplido para camuflar una risita cuando anuncia que la escogida es *Cómo entrenar a tu dragón*. Dice que ya es hora de que empiece a disfrutar de las cosas que me gustan. Y quizá por eso, porque es hora de que empiece a disfrutar de cosas que me hacen sentir bien, no protesto cuando pone mi portátil sobre la mesa y me invita a acomodarme a su lado en la cama de Nate para poder verlo cómodamente desde ahí.

No nos tocamos, pero estamos muy cerca, y el olor de su champú lo invade todo y es levemente molesto... y también como un ansiolítico.

Me flipa la película, y no quiero reconocerlo en voz alta porque hace años que no veía una peli de dibujos y parece una tontería que algo así me guste tanto a mi edad. Casey dice que la ha visto como veinte veces, y hasta recita en voz baja algunos de los diálogos. A mitad de película deja de hablar. Su cuerpo está relajado a mi lado y noto el calor que emana de ella. Es agradable. Y creo que debería ser incómodo, pero, por alguna extraña razón, no lo es en absoluto. Crol se ha acurrucado con ella y, como efecto colateral de su postura de gato comodón, sus patas se me clavan en el costado y creo que ni a él ni a mí nos importa, porque estamos con Casey y ninguno de los dos quiere moverse de aquí.

Cuando la película termina y giro la cara en la almohada para comentarla con ella, la chica vendaval ya se ha quedado dormida. Hemos apagado la luz hace rato, así que su piel refleja el escaso brillo que sale ya de la pantalla mientras pasan los títulos de crédito. Parece dulce. Tranquila. Parece... solo Casey, supongo.

Le aparto un mechón de pelo del pómulo (descubriendo los tres lunares que dibujan algo indefinido), para que no termine por hacerle cosquillas en la nariz, y se lo coloco detrás de la oreja con

mimo. Se mueve muy levemente, para acomodar más la postura y hundir la otra mejilla en la almohada.

Crol no protesta esta vez.

Y yo tampoco pienso que el gato no debería dormir en la cama, como me pasa siempre que quiere robarme sitio en la mía, porque creo que los dos parecen menos malignos juntos y dormidos.

Me muevo con mucho cuidado para no molestarlos, cojo el edredón de sobra del armario para tapar a Casey, y luego me voy a mi cama.

Es mucho más grande y fría ahora que no siento su peso a mi lado en el colchón.

25

SUPERA TUS PROPIOS LÍMITES

Casey

—Un minuto, cuarenta y siete segundos y trece centésimas.

Gray se impulsa con los brazos desde el bordillo y chapotea en el agua. Esta frustrado y puedo verlo con total claridad. No hace falta que se ponga a gruñir para poder darme cuenta. A mí me parece una marca impresionante.

Dejo el cronómetro a un lado, muevo los pies en el agua, en la calle contigua a la suya, y espero hasta que se le pasa la rabieta, se quita las gafas, se cuelga de la corchera y me mira desde ahí.

—Está superbién, Oliver —digo con tranquilidad y en tono conciliador.

—Superbién —repite entre dientes—. Superbién no me vale. El próximo fin de semana empiezan las competiciones. Necesito las mejores marcas. No «buenas» marcas. Tengo que superarme, es la única manera. Que la gente hable de mí en las competiciones. Que el 6 de diciembre, cuando los patrocinadores y los preparadores

vengan a ver las pruebas en esta piscina, baje del minuto y cuarenta y seis y me vean hacerlo. Solo así podré quedarme los próximos años en Windermere y seguir entrenando aquí. Con un poco de suerte, me elegirán para prepararme para las Olimpiadas. Aquí se entrenan algunos de los mejores. ¿Quién crees que deja todo revuelto en los vestuarios por las mañanas?

Hago un mohín decepcionado.

—Creía que eran duendes.

Niega con la cabeza. Ya sé que cada día añade carga a sus propios límites, porque las competiciones se acercan y, cuando se retomen las clases, el equipo va a viajar cada fin de semana para enfrentarse a otras escuelas. No puedo ni imaginar la presión. Pero sí que veo cómo le afecta a él.

—Puedes seguir llamándolos así.

—No dudes de que lo haré.

—Y podrás llamarme así a mí el año que viene. Nate y yo vamos a solicitar plaza en la universidad a distancia, si consigo una beca, así compaginaremos las dos cosas desde aquí.

—Creía que Nate iba a enrolarse en un barco de investigación.

Se ríe.

—Ya. Eso será después.

—Podrías ir con él.

—Una vez monté en barco y no paré de vomitar en tres días.

—Vale. Entonces voy a tachar marinero de la lista de tus aficiones futuras.

—Mejor.

—Es una pena, porque en tierra firme no eres muy habilidoso, Oliver.

—Vaya, gracias.

Esbozo una sonrisa más suave, más dulce, aunque creo que no pierde cierta nota de travesura.

—De nada. ¿Qué vas a estudiar?

—Aún no lo tengo claro del todo. Algo relacionado con el deporte, seguro, me da un poco igual.

Me inclino hacia él y le doy un empujoncito.

—No. No, no, no. No puede darte igual. ¡Es tu vida! Coge las riendas y guíala de una vez. Se supone que nadas con un objetivo, no puedes dejar que todo lo demás flote a la deriva.

—Buena metáfora.

—Gracias. Se me da de maravilla la metáfora. Y domino la hipérbole como nadie, solo Elliot me supera.

Sonríe. Parece mucho más relajado y no sé por qué me hace sentir tan completa verlo así.

—Hay otra cosa que se me da bien, Oliver —añado, en voz más baja.

Alza una ceja.

—¿Qué es?

—Hacerte sonreír, pequeño pingüino.

Le guiño un ojo, y él se hunde en el agua por unos segundos. Cuando emerge, nos miramos y le hago un gesto con la cabeza para que salga de la piscina y vuelva a colocarse en posición.

—Vamos —lo animo—. Tenemos que seguir trabajando para superar tus límites. Vamos a por el minuto cuarenta y seis, ¿vale?

—Sí —murmura, sin separar los ojos de los míos—. Vamos a por ello, vendaval.

26

NO ENTRES EN LOS ESTABLOS

Oliver

Fuera hay una tormenta que asusta. Y no es que yo suela asustarme con las tormentas, esta es fuerte de verdad. Los relámpagos caen cerca, no mucho más allá del lago Windermere (que se alcanza a ver desde algunos puntos elevados del internado), y los truenos suenan inmediatamente después y da la impresión de que el cielo se desplomará de un segundo a otro.

Y yo sé que Casey ha ido a los establos. Lo sé porque esa yegua a la que adora lo pasa muy mal cuando hay tormenta, a pesar de llamarse así. También lo sé porque ha salido corriendo en cuanto hemos acabado la cena, y porque, mientras estábamos en el comedor, ha dejado que yo eligiera todas las canciones de esta noche mientras ella no paraba de mirar por la ventana. Y lo sé porque habíamos quedado en que se pasaría por aquí para hacer unos cuantos garabatos y comprobar si la pintura es mi talento

oculto, pero ya han pasado de largo las nueve y aún no ha aparecido.

Empiezo a preocuparme un poco, la verdad. Le he mandado un mensaje hace como media hora y ni siquiera ha contestado.

Sé que sabe cuidarse sola. Me recuerdo a mí mismo que no he conocido jamás a nadie tan autosuficiente como Casey Adams y que, además, está más loca que una dichosa tormenta, así que es imposible que un poco de lluvia pueda con ella. Pero es que ha ido a los establos. No hay duda, no necesito confirmación. Y en los establos hay unos bichos enormes que superan casi por diez veces su peso y que, asustados por una tormenta como la de hoy, podrían encabritarse, darle una coz o aplastarla sin querer contra una pared, porque esa chica sin miedo a nada se habrá metido en el box de Tormenta sin tener en cuenta su propia integridad. Sí, es así de inconsciente. Es descuidada, joder. Es así de entregada con aquellos a los que quiere, solo hay que oírla hablar de Elliot. Y, sí, es así de adorable.

Mierda.

Miro a Crol, que está hecho un ovillo en mi almohada. Pruebo a llamarla, pero no lo coge. Dudo solo una milésima de segundo. Y luego cojo un chubasquero, me calzo, y salgo por la ventana, por no entretenerme en dar la vuelta desde la puerta principal.

Estoy empapado antes de llegar al suelo.

Ni siquiera me importa. Ignoro las gotas gruesas que me golpean y me resbalan por el pelo que sobresale de la capucha y por la piel, y corro en dirección a los establos. Voy tan rápido como puedo. No me detengo a descansar.

Cuando estoy a unos pocos metros, ya puedo ver que hay luz dentro.

Me obligo a correr aún un poco más.

Atravieso la puerta. Se oye un relincho suave, hay movimiento en alguno de los boxes de los caballos y el resto... es silencio. Doy otro paso más dentro, para enfrentarme al pasillo, giro a la izquierda, donde está el cubículo de Tormenta. Es entonces cuando la veo.

Sí, Casey está aquí. Pero no está sola.

Se está enrollando a saco con ese estúpido italiano. No es una exageración. Se comen a besos de una manera casi desesperada, y ella tiene el pelo revuelto y las manos enterradas en el de él. Fabrizio la tiene atrapada contra la pared del almacén donde se guarda el pienso. Tiene el torso totalmente descubierto. Y Casey tiene la chaqueta abierta, la camiseta subida hasta el borde del pecho..., las manos de ese tío colándose por debajo.

El agua que me empapa por entero se vuelve hielo y me congela. Es como si me estamparan una puerta de cristal en plena nariz.

Y no sé por qué tengo los músculos paralizados y helados, si me estoy quemando por dentro.

Me doy la vuelta y salgo.

Y corro de regreso a mi habitación tan rápido que ni la chica vendaval podría ganarme esta vez.

27

DEFIENDE A TUS AMIGOS

Oliver

Llevo todo el día cabreado. Mucho y sin motivo. Ni siquiera sé por qué. Solo sé que Casey me ha dado por imposible y se ha largado cuando ha venido a echarme una mano en la piscina y la he ignorado como si ni siquiera estuviera aquí.

Esta mañana no he acudido a nuestra clase de yoga. Me da igual, no importa. Es una tontería y, además, hace ya unos cuantos días que me prometí que no iba a ir más. Se acabó el yoga. Me ha mandado un mensaje disculpándose por darme plantón anoche y me ha pedido que nos viéramos en el desayuno, pero he ido al comedor cuando estaban a punto de cerrar, para no tener que encontrármela. Casey ya no estaba allí. Al almuerzo, sin embargo, he ido temprano para no coincidir con ella.

Pero esa chica no se da por vencida tan fácilmente. Se ha presentado en la piscina a la hora de mi entrenamiento, ese en el que lleva echándome una mano más de una semana, y yo le he

gruñido y la he ignorado hasta que ha dicho: «Ya veo que hoy no tienes un buen día, nos vemos en la cena». Y luego se ha largado. Seguro que ha ido a besuquearse con ese estúpido italiano.

Salgo de la piscina y me siento en el bordillo, mirando el agua. Hoy no voy a conseguir nada y lo sé. Tal vez debería darme un par de días de descanso hasta que Nate y Trish vuelvan el domingo y pueda entrenar con ellos de nuevo. Eso es lo que necesito. Los necesito aquí cuanto antes. Y también necesito dejar de pasar tanto tiempo a solas con Casey Adams, porque me he acostumbrado a la tortura y creo que he empezado a desarrollar algún tipo de síndrome chungo. Estocolmo, por lo menos.

Esto es malo. Muy muy malo. No me refiero a que mi estupidez me hiciera correr hasta los establos en busca de una chica que no necesita en absoluto ser rescatada. Tampoco hablo de la total imposibilidad para quitarme de la cabeza la imagen de ellos dos morreándose como si les fuera la vida en ello (qué asco). Lo peor de todo es que Casey se está enrollando con otro tío y eso tira por tierra mi tapadera. Todo lo que llevo aguantando semanas, para nada. Echado a perder. *Semanas, joder*. Una locura con una chica pirada que de golpe y porrazo se ha colado en mi rutina, y sin la que ahora mi día parece vacío y triste y oscuro. A la mierda la tapadera. A la mierda el plan. A la mierda sus mandamientos, también, ya que estamos.

Estoy en el punto de partida otra vez.

Y ahora, ¿qué?

De momento, voy a pasar de la piscina e irme a la ducha, porque, visto lo visto, no hago nada aquí.

Voy dando cada paso despacio, me ducho con calma, voy a la residencia por el camino largo. No quiero tiempo para pensar. Quiero que Nate vuelva de una vez y todo sea normal y no como es ahora.

Cuando entro en la habitación, Crol está mirando por la ventana entreabierta y hay un libro sobre mi cama que yo no he dejado ahí.

Me acerco y lo cojo. *Eragon* es el título. Hay una dedicatoria escrita en la portadilla.

> Para que disfrutes de tus tonterías, las de ahora y las que no disfrutaste de niño, y vuelvan a fliparte los dragones.
>
> Casey

Lo miro desde todos los ángulos. No lo ha sacado de la biblioteca, no es un préstamo, lo ha marcado, lo ha comprado... ¿para mí?

Me dejo caer sobre la cama, me froto la cara con una mano. No sé ni cómo me siento. Y, además, creo que no me apetece descubrirlo. La chica vendaval ya no va a servirme como tapadera y... a lo mejor ella encuentra un entretenimiento nuevo cumpliendo un mandamiento que diga «enróllate con todo italiano buenorro que se cruce en tu camino», y esto ya ha marcado un punto y final a nuestra endeble alianza.

Mejor.

Casey Adams ni siquiera me cae bien, me recuerdo.

Entonces, todo perfecto ahora.

Nada a lo que dar vueltas.

Abro el libro y me pongo a leer.

No sé si Casey ha llegado ya al comedor para cenar. Me parece que voy un poco tarde porque he pasado leyendo más tiempo del que esperaba. Llevaba muchísimo sin hacer algo parecido. Creo que hacía años que no leía por placer y mucho menos una historia de fantasía juvenil en torno a los dragones. Y estoy... estoy flipado con

el libro, igual que lo estaba con las historias de mi padre cuando tenía seis años.

Entro en el edificio común, voy hacia la puerta del comedor y, entonces, al pasar por delante de la sala donde está el billar, lo oigo. Es Fabrizio Parisi, hablando muy alto, destilando chulería con cada palabra y riéndose con sus amigos. Pongo los ojos en blanco y sigo mi camino, pero oigo el nombre de Casey y vuelvo rápidamente sobre mis pasos hasta plantarme en la puerta.

Ahí está el muy gallito, en medio de la sala, con un taco en la mano, y alardeando de conquistas en vez de jugar al maldito billar. Está con dos chicos que escuchan sus historietas como si fuera un gurú.

—¿Cómo os lo digo?, la chica está loca —dice, y se ríe como si eso fuera tremendamente hilarante o bastante encantador—. Es... intensa, ¿se dice así? Intensa, muy intensa. Se ríe todo el tiempo, hasta cuando no debería...

Aprieto los dientes y los puños. Está hablando de Casey. Está hablando de *mi* Casey, joder. Y lo hace como si todo eso no valiera nada. ¿Está loca? Ya te digo que sí, y precisamente por eso me hace reír y me mueve hasta el límite. Intensa..., no he conocido a nadie que lo sea más que ella, y por eso me irrita y me empuja y me despierta. Por eso quiero vivirlo todo con la intensidad con la que ella vive. Y se ríe tanto que tengo su risa metida en la cabeza todos los malditos segundos del día y creo que me falta algo cuando no la oigo y quizá por eso el día de hoy ha sido una mierda.

No sé qué hemos hecho. No sé cómo lo hemos hecho.

Pero ahora es *mi* Casey y es mi amiga y ningún gilipollas italiano va a hablar de ella como si fuera un trofeo del que alardear con sus colegas.

—Es sexi, ¿eh? Muy sexi. Muy guapa, muy ardiente, muy...

¿Sexi? Es... Joder, es Casey. Sí, tal vez lo sea. Yo qué sé.

Doy dos pasos dentro de la sala, para que se percaten de mi presencia, y me cuadro cuando el idiota posa la vista sobre mí.

—Eh —saludo, con mi mejor tono intimidante, que no deja de ser algo penoso—. ¿Estás hablando de mi amiga? Porque, si es así, deberías vigilar tus palabras, payaso.

Alza las cejas. Sonríe, con un deje algo burlón.

—Gray —dice, conciliador—. Estoy hablando de tu amiga, sí. Diciéndoles a los chicos que es una diosa.

Abro la boca. Busco qué decir, pero el cerebro no termina de hacer una buena conexión.

—¿Qué?

—Casey es divina.

Sacudo la cabeza.

—Acabo de oírte decir que está loca y que es intensa y...

Se ríe.

—¿Y quién ha dicho que eso sea malo? Ah, Casey es muy divertida. Y loca, imprevisible... —Se acerca, me pone una mano en el hombro y baja la voz—: Y besa de puta madre. Qué pena que solo sea tu amiga, ¿no, Gray?

Aprieto los labios. No digo nada. Y él se vuelve hacia sus colegas y dice:

—¿Vamos a cenar?

Salen y me dejan solo. Se me repiten sus palabras en la cabeza: «Qué pena que solo sea tu amiga». ¿Qué...? ¿De qué va? ¿Estaba marcando territorio o qué? ¿Y por qué lo ha dicho así? ¿Y por qué me jode tanto?

Doy media vuelta, salgo al pasillo y estoy a punto de chocar con alguien que entra en el edificio a toda prisa. Tan caótica como un vendaval.

Casey frena en seco a una distancia ridícula de mi pecho, alza la vista y me mira a los ojos.

—Hola —dice a media voz. Se le frunce un poco el ceño al ver mi expresión—. ¿Qué te pasa?

—Ven.

La cojo del brazo y la hago entrar en la sala de la que acabo de salir. Cierro la puerta. Me está mirando como si me hubiera vuelto loco. Vale, pues sí, a lo mejor lo he hecho de verdad.

—¿Qué te pasa? —repite.

—Acabo de oír a Fabrizio Parisi hablando sobre ti con sus amigos.

Sonríe, y esa sonrisa nunca me había molestado tanto como ahora mismo.

—Vaya, pues sí que soy interesante —alardea en tono burlón.

—Casey.

—¿Qué?

—Hablo en serio. Estaba contándoles que eres sexi y que eres ardiente y no sé qué mierdas más. —Me sigue mirando como si no entendiera por qué veo la necesidad de ponerla al día de esto, y yo estoy nervioso. Cada segundo un poco más—. ¿Es que no te importa? ¿Te da igual que les esté contando intimidades así a sus amigos? ¿Que hable de ti como...?

Dejo de hablar e indago en sus ojos. No ha variado la expresión. Está tan tranquila que me dan ganas de gritar.

—¿Como qué, Oliver?

—Como si fueras un trofeo —digo entre dientes.

Sacude la cabeza.

—No quieras saber cómo le he hablado yo de él a Elliot —bromea, pícara.

—Joder, no te tomas nada en serio.

Voy a pasar por su lado para salir de aquí. Ella da un paso para interponerse en mi camino.

—Eso no es verdad —me lleva la contraria—. Me tomo muchas cosas en serio, lo que pasa es que a la mayoría de ellas se les puede buscar un lado divertido y yo he decidido vivir mi vida de la forma más positiva posible y no ahogarme en vasos de chupito con un dedo de agua, como pareces hacer tú. ¿Fabrizio le ha dicho a sus amigos que se ha enrollado conmigo? Pues muy bien. ¿Qué más da? Si tuviera que preocuparme por eso, me metería a monja, Oliver. Todos los tíos hacen esto, ¿vale? Todos alardean y exageran y se vanaglorian de lo mucho que follan y cuentan detalles que la mitad de las veces son mentira. Es lo que hay. El mundo funciona así.

Pero ¿qué...?

—No. ¿Qué dices? El mundo no funciona así, joder. No todos los tíos somos así, y los que lo son no deberían serlo. Está... mal. Yo nunca he hecho eso.

Suelta una risita irónica.

—Enhorabuena, san Gray. Puro como un ángel. Leal como un soldado. Fiel como un perro.

Bufo.

—¿Ahora soy yo el malo?

Niega con la cabeza.

—No te tomes la vida tan en serio. La gente habla. Los rumores vuelan. Y luego se olvidan. No tiene tanta importancia.

Doy un paso atrás y la miro de arriba abajo.

—¿Lo ves? Sí que estás pirada, Casey Adams.

Levanta la barbilla.

—¿Y eso es bueno o malo?

Sacudo la cabeza sin dejar de observarla.

—Aún no lo he decidido.

Asiente una sola vez.

—Bien. Pues ven a contármelo cuando lo averigües.

Sale de la sala y va directa al comedor. La sigo, pero cuando llego hasta allí, ella ya se ha sentado a la mesa que ocupa ese estúpido italiano.

Y, por primera vez en los últimos trece días, hoy no compartimos canciones.

28

DÍSELO CON CHOCOLATE

Casey

Ayer Gray se pasó el día entero evitándome, y hoy, para compensar la balanza, yo he hecho lo mismo con él. No sé muy bien qué es lo que le pasa, pero ahora no tengo ánimo para descubrirlo. Me ha bajado la regla y me siento como si me hubieran dado una paliza. Peor que eso. Así que, aunque esta mañana me he acercado a los establos, el resto del día lo he pasado encerrada en mi cuarto. No he ido a hacer yoga a primera hora, y estoy bastante segura de que él tampoco. He desayunado muy temprano y muy rápido. En el almuerzo, he cogido un sándwich y me lo he traído aquí. Y, sí, es aquí donde sigo desde entonces: en la cama.

Mañana es domingo, el último día de las vacaciones. Por un lado, me da pena que se acaben, porque las clases son un rollo, sí, pero también porque lo he pasado muy bien con ese atontado de Gray estas dos semanas. Sé que todo va a ser diferente cuando nuestros amigos estén aquí y tengamos mil cosas de las que ocuparnos y,

sobre todo, cuando vuelva Bee. No sé muy bien lo que va a pasar cuando ella regrese. Por otra parte, estoy deseando tener a Elliot aquí otra vez.

Llega la hora de la cena y yo la dejo pasar de largo. Me duele todo, no quiero moverme. Una pena, porque esta noche sería una noche genial para escaparme con Fabrizio a algún rincón escondido del colegio y aprovechar los últimos resquicios de las vacaciones antes de que el internado se llene de gente otra vez. Bueno, supongo que es mucho mejor así, breve y fugaz. Se buscará otra conquista en cuanto vuelvan las chicas de su curso, y yo no quiero nada más allá de lo que hemos tenido, así que está bien.

El móvil vibra y yo me estiro para cogerlo y poder mirarlo. Es un mensaje de Gray.

Eh, ¿no vienes a cenar? ¿Todo bien?

Venga. Lleva dos días ignorándome a todas horas. Ayer fue un borde en la piscina cuando fui a acompañarlo durante su entrenamiento. Y luego, antes de la cena... ni siquiera sé muy bien lo que pasó o a qué vino todo eso.

Aun así, respondo:

Me ha venido la regla y no me encuentro muy bien. No pasa nada. Nos vemos mañana.

No contesta. Mejor. Voy a intentar leer un rato y me dormiré temprano.

No estoy cómoda en ninguna postura, así que dejo de leer enseguida. Me pongo un capítulo de una serie tonta con la que no haya que pensar demasiado y me acurruco en la cama.

Estoy ya medio adormilada cuando unos toques rítmicos en el cristal de la balconera me pegan un susto de muerte. Me levanto de

un salto, me acerco a descorrer la cortina con prudencia y... me encuentro a Oliver Grayson plantado en mi terraza, con una sonrisa de disculpa y una bolsa en la mano.

Abro la puertecita y descuelgo un poco la mandíbula mientras me enfrento a él.

—¿Qué...? ¿Cómo has...?

Le quita importancia con un gesto de la mano.

—La tubería del desagüe pasa justo entre la escalera de incendios y tu barandilla.

Salgo descalza, lo dejo atrás y me asomo al borde de la pequeña terraza. Sí, la tubería pasa justo por ahí, pero es... Me giro de nuevo y lo observo con las cejas alzadas.

—¿Así es como te colabas aquí? ¡Es un segundo piso! —Se encoge de hombros y dibuja una sonrisilla inocente que no cuela—. Oliver, te he visto trepar, y déjame decirte que no es un talento que poseas, ¿es que querías matarte?

Se ríe suavemente.

—Sí, pues, ya ves, las estupideces que hace uno por amor, ¿no? Anda, entra, que te vas a congelar.

Vuelvo al interior del cuarto. Él entra justo detrás, cierra la puerta y corre las cortinas.

Sí, claro, no tengo dudas de que Gray ha hecho unas cuantas estupideces por amor. Pero ahora no lo ha hecho por eso, solo... *solo por mí*.

—¿Qué haces aquí? —pregunto tras sentarme de nuevo en la cama con las piernas dobladas bajo el cuerpo.

Mira alrededor, me deja la bolsa en el regazo, y él se queda de pie. Parece incómodo. Solo entonces me doy cuenta de que la otra mitad del cuarto es de su exnovia, a la que está intentando olvidar, y

que sería raro que le pidiese que se sentara en esa cama. Me hago a un lado y señalo el hueco que dejo libre.

—Siéntate aquí.

Lo hace muy rápido.

—Perdona. No quería asustarte —se disculpa en primer lugar—. Te he mandado un par de mensajes, pero no respondías y quería venir a ver si estabas bien.

Cojo el móvil para comprobarlo y ahí están. No me he enterado de cuándo los he recibido. No digo nada, así que Gray sigue:

—Te he traído algo de comer, por si tenías hambre.

Empiezo a vaciar la bolsa: fruta, un yogur, y un par de chocolatinas.

—El chocolate es del alijo secreto de Nate —me cuenta antes de que me dé tiempo a preguntar—. Mi hermana dice que ella necesita chocolate cuando..., ya sabes —sigue, y se le colorean levemente las mejillas—, así que he pensado que a lo mejor a ti también te iba bien.

Me inclino hacia delante y le doy un beso en la mejilla. Es... ¿No es un detalle supertierno?

—Gracias —digo a media voz al apartarme.

Nos miramos a los ojos y él traga saliva como si le costara hacerlo. Le sonrío.

—Y sabía que Nate tenía un alijo secreto —añado, en tono de broma.

Se ríe. Luego me observa un poco más serio.

—¿Estás mejor?

—En cuanto me coma el chocolate.

Sonríe y yo me hago con una de las chocolatinas. La abro y le doy un mordisco enseguida. Es lo mejor que he probado en este internado, con diferencia.

Una vez he acabado con el chocolate (con todo), me tumbo sobre el costado a un lado de la cama y le hago una seña para que se tumbe conmigo. Lo hace y quedamos de frente, con las cabezas alineadas en la almohada y mirándonos a los ojos.

—Siento haber estado un poco imbécil estos últimos días —susurra.

Niego con la cabeza.

—No has estado un poco imbécil —lo desmiento—. Has estado muy imbécil.

Cierra los ojos, sonríe, y yo me río suavemente mientras desgasto con la mirada el hoyuelo de su barbilla. Se me corta la risa de golpe cuando vuelve a abrir los párpados y el color marrón de su mirada es lo único que veo. Como brasas encendidas.

—Somos amigos, ¿no, Casey? —murmura.

Asiento. Duda un segundo antes de volver a hablar:

—Me está encantando el libro. Gracias.

Lo sabía.

—Supongo que ya has descubierto si es bueno o malo lo pirada que estoy —lo pico, solo por molestarlo un poco más.

Se acerca un solo milímetro, como si fuera a contarme un secreto.

—Es muy bueno —susurra.

Alzo una ceja, divertida.

—¿Sí?

—Creo que es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida, vendaval.

Se me aceleran los latidos. Me tiembla un poco el pulso y tengo que poner la mano bajo la mejilla para que no resulte demasiado evidente. Esto es... Esto no es...

Me enseña un auricular. No me muevo cuando me lo pone con mucho cuidado en la oreja. Luego, él se pone el otro.

Sonrío cuando la canción empieza y los primeros acordes de *Sorry*, de Justin Bieber, inundan mis oídos. Gray hace un puchero. Así que sonrío un poco más.

No volvemos a hablar.

Y escuchamos música juntos hasta que me quedo dormida.

Cuando me despierto, pasadas las once, Gray ya ha desaparecido. Ha dejado en la mesilla una pieza de fruta y un yogur..., y su olor impregnado en mi almohada.

29

APUESTA A LO MÁS PROBABLE



Oliver

Nate me salta encima, me rodea el cuello con un brazo y me arrastra con él por el pasillo de camino a la puerta del comedor.

—¿Nos has echado de menos?

Apenas puedo responder con su brazo aplastándome la garganta, y tengo que caminar inclinado hacia un lado para que no me arranque la cabeza, pero, aun con todo, sonrío. Me alegro muchísimo de tenerlos a los dos de vuelta.

—No podéis haceros una idea de cuánto.

Él se ríe.

—¿La pirada ha hecho sus cosas de pirada con mucha intensidad?

Sigo sonriendo, pero la sonrisa es muy diferente ahora. La siento por dentro e inundándome por completo. Hay una calidez nueva recorriéndome las venas. Pero, no sé por qué, no quiero que mis amigos lo sepan. No quiero compartir lo que han sido estas dos semanas con la chica vendaval. No quiero que se pongan pesados y

que vuelvan a idear tramas estúpidas para que me olvide de Bee. Y..., supongo que quiero que lo de estas dos semanas sea solo nuestro, también. No sé por qué. Solo es como me siento ahora mismo.

—Demasiado —respondo entre dientes, y él se parte de risa.

Trisha tira de mi brazo, obliga a Nate a soltarme y luego se estira sin dejar de andar para besarme la mejilla.

—Gracias por mantener con vida a Crol, Gray.

Sonrío de medio lado, con ironía.

—No ha sido nada fácil.

Suelta una carcajada.

—Ya me lo imaginaba. Y me alegro de que él también te haya mantenido con vida a ti. —Para un segundo en la puerta del comedor y luego nos hace una seña para que la sigamos dentro—. Bueno..., vamos allá. ¿Estáis preparados para lo que nos espera el próximo mes y medio?

Se me sube un nudo a la garganta. Ahora que están aquí, parece mucho más cercano. Inminente. Ya es una realidad. En una semana ya habremos pasado la primera competición. Sin presión, ni nada, pero más me vale no pifiarla. Estoy cagado de miedo.

Levanto la cabeza y recorro con la vista todo el comedor hasta encontrar lo que busco. Ahí está su sonrisa. Parece más brillante que nunca mientras habla con su mejor amigo de forma atropellada y se ríe sin parar. Puedo oírla, aunque el ruido ambiente la amortigüe. Y me siento un poco mejor. Menos penoso. Menos nervioso. Más capaz.

Trish y Nate no paran de hablar emocionados de la temporada que nos espera este año y de las marcas que vamos a batir y de cómo los equipos de las otras escuelas no van a llegarnos ni a la suela de la zapatilla. Y yo los sigo y trato de unirme a la conversación, pero

estoy más inseguro que ellos y creo que es solo porque me juego más. No les envidio (no envidia insana, al menos), pero admito que a veces pienso que sería mucho más fácil ser ellos que ser yo mismo. Hay algo innegable y es que ciertas profesiones no están al alcance de todo el mundo. Quiero decir que sí, que por supuesto que puedes esforzarte por cumplir tu sueño, intentar vivir de lo que te gusta..., pero si eres pobre y apuestas por una de esas en las que los ingresos no están asegurados, es posible que pases hambre. El deporte profesional, por mucho que se relacione con el esfuerzo y el sacrificio (por supuesto, indispensables), también tiene un factor que nos pone piedras en el camino a muchos: si no eres muy bueno, nadie te paga por entrenar y prepararte para las competiciones, ni siquiera para las Olimpiadas. Y, si quieres ser muy bueno, tienes que dedicarle tu vida, así que más vale que tengas dinero para mantenerte mientras tanto. Por eso Trish y Nate lo tienen más fácil. Si no encuentran un preparador que apueste por ellos para entrenarlos para los próximos juegos, se pagarán uno. Si yo no encuentro un patrocinador que quiera financiarme como futura promesa de la natación, estoy jodido. Tan sencillo como eso.

—¿Nos sentamos con Elliot?

Vuelvo a la realidad, con la bandeja ya cargada, cuando oigo la pregunta de Trish. Miro de nuevo hacia esa mesa. Ahí siguen, cuchicheando como si tuvieran que ponerse al día después de años sin verse. Sé que han hablado por teléfono más veces de las que puedo contar durante estas dos semanas, pero Casey ha dicho en alguna ocasión que «no es lo mismo». No me he perdido el reencuentro, tampoco. Yo volvía de la piscina cuando he visto a Elliot bajar de un coche enorme, elegante y con los cristales traseros tintados, a primera hora de la tarde. Casey estaba allí, dando saltitos emocionados, y se le ha lanzado encima en cuanto el chico ha dado

un solo paso hacia ella. Se han abrazado como si fueran hermanos separados por la guerra que se reúnen años después, acabado el conflicto. Muy intenso para mi gusto, en realidad. Pero por unas escasas décimas de segundo, me habría gustado estar en el lugar del pelirrojo. Estoy fatal. Menos mal que he vuelto enseguida a mis cabales. Sea como sea, me parece que esos dos aún necesitan un poco de intimidad.

—Déjalos —le pido a mi amiga—. Son como siameses, y llevan mucho separados, tendrán que ponerse al día.

Ella hace un mohín con los labios. Nate la mira a ella, y luego me mira a mí, como si no supiera muy bien de qué lado ponerse en esta pequeña discrepancia. No sé qué es lo que ve en mis ojos, pero indaga un poco más, enarca muy levemente una sola ceja, y luego dice:

—Sí, Trish, dales un poco de intimidad, ya nos uniremos luego.

Nuestra amiga parece fastidiada, pero cede y nos sigue hasta la mesa de siempre. Casey cruza una mirada a distancia conmigo, me sonríe solo a mí, y luego vuelve a enfrascarse en la conversación con su mejor amigo como si nada. Nate me tiene que repetir tres veces la misma pregunta cuando nos sentamos.

Hablamos de sus vacaciones, de mis «avances» con la pirada de los mandamientos, de Crol y de cómo nos han ido los entrenamientos por nuestra cuenta en estos días. Intento mostrarme seguro y confiado y, sobre todo, que no noten que estoy echando de menos las cenas musicales con Casey y que en las dos semanas pasadas no ha sido tan fastidiosa como digo en voz alta. Y entonces Nate levanta la vista, aprieta los labios y mueve la barbilla con disimulo para señalar la puerta.

—Gray.

Me giro a mirar. No sé por qué siempre me hacen lo mismo. Se supone que no quieren que vuelva a mirar a Bee ni una sola vez más en la vida, pero no paran de señalármela cuando aparece.

Ahí está.

Por supuesto, está guapa.

Por supuesto, parece la dueña de todo y todos los que la rodean, especialmente la mía.

Y, por supuesto, va colgada del brazo de Ian Walden.

Han pasado dos semanas, vale, pero me sigue jodiendo igual.

—Ya empezamos de nuevo —dice Trish, en un tono de lo más burlón—. *The Crown*, temporada cincuenta y siete: principito y princesa llegan tarde para lucirse.

Quizá sí, tal vez lo hacen para eso: para que la gente los mire y no dude de que su relación es más sólida que nunca, a pesar de todos esos rumores y los hilos de cierto perfil de cotilleos. O puede que solo les encante llamar la atención. Ahora le gusta que la admiren, aunque antes decía que las relaciones eran privadas y que era mejor que el mundo supiera lo menos posible sobre nosotros dos. Eso incluía especialmente a sus padres. Estoy bastante seguro de que a él lo ha llevado a cenar a casa algún día durante estas vacaciones.

Yo no soy suficiente, y da igual cuánto me esfuerce. Sobre todo, porque él no tiene que hacer ni un solo sacrificio para encajar. Yo debería quitarme la ropa de deporte y vestir un traje; abandonar la natación y dedicarme a la política; leer sobre finanzas y no sobre dragones; también, imagino, tendría que echar el tiempo atrás y nacer en otra familia, en una que tenga un título o dinero, o las dos cosas. Y a pesar de todo eso, de que no soy ni de lejos la persona que Beatrice Cox merece tener a su lado, ella levanta la mirada y me busca solo a mí. Nuestros ojos conectan a distancia y la mitad de corazón que aún sobrevive a duras penas se me escurre del pecho.

La sonrisa es diminuta, porque sabe controlarla, pero ya es bastante para que se me clave entre las cejas y se me cuele dentro.

Y siento que vuelvo al maldito principio.

No es justo.

Trisha me da una patada por debajo de la mesa. Una fuerte, sin piedad. Me enderezo, vuelvo a sentarme bien y miro a mis dos amigos.

—No pasa nada —consigo mascullar.

Nate se ríe. Trish pone los ojos en blanco.

—Estas dos semanas no han servido de nada —se lamenta ella—. A lo mejor Casey Adams no es tan experta en rupturas como ella se cree.

Sacudo la cabeza. No es verdad, no es... Estas dos semanas han sido increíbles, y también el caos más absoluto. En estas dos semanas me he reído tanto que aún tengo agujetas en la tripa. He nadado con más ganas porque sabía que ella me esperaba al otro lado para emocionarse con mis tiempos. He hablado de cosas que no pensaba compartir con nadie más. Me he sentido como si estuviera bien ser yo, y disfrutar de las tonterías y flipar con los dragones. He hecho las paces con una parte de mí que no sabía que seguía existiendo. Creo que hasta he hecho una tregua con Crol. Y no quiero que Bee vuelva a aparecer y me robe eso de un plumazo. Que aplaste todo lo que soy y no encaja en lo que ella necesitaría que fuera.

¿Y si...? A lo mejor nunca estuvimos hechos el uno para el otro, ¿no? A lo mejor he perdido un año entero de mi vida aferrándome a algo que nunca fue, incluso cuando *era*.

O a lo mejor merece la pena perderme, porque tampoco valgo tanto, con tal de poder tenerla a ella.

Echo un vistazo en otra dirección. Elliot no para de parlotear y Casey está haciendo algo con su teléfono móvil, así que no me mira.

Nate y Trish ya están hablando a toda velocidad entre ellos. Hablando de mí, aunque no me dejen espacio para intervenir, como siempre. Comentando lo tonto que soy (con cariño, pero aun así...) como si yo no estuviera delante.

Me vibra el móvil en el bolsillo y, cuando lo consulto, pasando de mis dos amigos pesados, veo que es un mensaje de ese contacto que tengo agendado como «Vendaval».

Ahí va la de la cena de hoy, Gray.

Gray. ¿Por qué ahora me llama Gray? ¿Hemos terminado con esta mierda? ¿No soy Oliver? Ella va a darme por perdido, yo voy a seguir dándome cabezazos contra las murallas de Bee, y Casey volverá a enrollarse con ese italiano idiota y tendré dos niños ricos con los que rivalizar.

Ha enviado un enlace a una lista de reproducción, también. Pulso solo para ver qué canción es: *Mamma mia*, de Abba.

Qué graciosa se cree Casey Adams.

Levanto la vista de nuevo a toda velocidad y la busco. Está esperando mi mirada, con una sonrisa burlona en los labios que cambia rápido por un puchero cuando hago una mueca. Alzo la mano derecha y, cuando estoy seguro de que me está prestando la máxima atención, elevo el dedo medio para hacerle un corte de mangas. Oigo su carcajada desde aquí.

—Vale... —Dice Nate—. A lo mejor en estas dos semanas sí que ha pasado algo por el internado.

No voy a darles explicaciones sobre lo amigos (o no) que somos ahora Casey y yo, así que respondo solo de forma desganada a sus

preguntas. Dejo que interpreten las cosas como les dé la gana. Total, lo van a hacer de todas maneras.

Y un rato más tarde, cuando ya estamos con el postre, los tres nos vemos obligados a levantar la vista e interrumpir nuestra enésima discusión sobre si mezclar gajos de naranja con restos de tomate del plato es asqueroso (Trish y yo) o una delicia culinaria (Nate, por supuesto), porque alguien se planta justo al lado. Ahí están. Las pecas del chico pelirrojo y una sonrisita traviesa. Los tres lunares diminutos de Casey y el brillo de krill de sus ojos marinos.

—Hemos venido a cotillear —dice él, y toma asiento inmediatamente junto a Trisha.

Casey rodea la mesa, le da a Nate un abrazo breve desde atrás, que él responde achuchando su brazo y reteniéndola por un segundo de más, y luego se sienta a mi lado. Me pincha con un dedo en el costado, yo doy un saltito en la silla y me contagia la sonrisa cuando intento dedicarle una mirada de reproche. Recupero la compostura al darme cuenta de que Nate no para de observarme con demasiado interés.

—Vale, ¿se lo decimos? —consulta Trish con su compañero de investigaciones.

Elliot asiente, conforme.

—Tenemos una firme sospechosa de estar detrás del perfil de *The Royal Blab* —sigue.

—Sabía que sería una «ella» —murmura Nate, asintiendo con la cabeza de forma repetida. Se queda muy quieto ante una sola mirada de Trish—. Perdón. Continuad, estamos deseando oír vuestra teoría.

Elliot levanta un dedo, como si estuviera pidiendo permiso para hablar en clase y, cuando tiene toda nuestra atención, lo dice en un susurro:

—Es Beatrice.

Se hace un silencio espeso alrededor de la mesa.

—¿Cox? —pregunta Nate, parpadeando como si necesitara comprobar que esto es real.

—Todo cuadra —explica Trish en voz baja—: empezó el año en que ella llegó, ha puesto a caldo a todas sus enemigas sin tener que mancharse las manos, si lo pensáis bien, no ha sacado ningún trapo sucio del principito, y, cuando ella no está, no hay hilos de cotilleo.

—Vale. —Casey se inclina sobre la mesa a mi lado, e invade un poquito mi espacio vital, pero no me quejo—. Cuando ella no está no hay hilos, pero resulta que coincide con que la mayoría de los alumnos no está. Podría ser cualquiera.

—Podría —conviene Elliot—. Pero hemos analizado a muchos sospechosos y ella es la única persona con la que todo encaja. Al final, la explicación más sencilla es la más probable. Y siempre hay que apostar a lo más probable. Empezando con que se han aireado cosas que supuestamente solo sabíamos nosotros... y ella.

—Vale, ¿habéis sido vosotros? Confesad y ya está, os perdonaremos las ofensas —bromea Nate.

—Lo tuyo lo sabe todo el mundo, así que no hemos tenido en cuenta los hilos con tu nombre, Nathaniel —se burla Trish—. No hubo hilos mientras ella estaba en América.

Apoyo los codos en la mesa y me pellizco el puente de la nariz con dos dedos.

—A ver —tomo la palabra y todos me miran con interés—, no seáis ridículos, no es Bee.

No tengo muchos más argumentos, pero me parecen suficientes. No es ella, es imposible. Y ya está.

—Ian tampoco estuvo aquí durante esos meses en América —dice Nate.

—¿Y por qué iba el principito a hacer un perfil de cotilleos y destrozar a su novia en ellos? —cuestiona Trish.

—¿Por venganza?

—¿Y por qué iba Bee a destrozarse a sí misma? —rebate Casey.

—Para despistar —supone Elliot.

La chica vendaval parece pensárselo.

—O tal vez... lo haya hecho para alejar a Gray.

Giro el torso para mirarla con el ceño fruncido.

—¿Qué?

Busca mis ojos y se muerde el labio.

—Bueno, podría tener sentido, ¿no? Los hilos han servido para que a todos os preocupe que el principito se entere y eso ponga en riesgo tu lugar en el internado y en el equipo. Lo lógico sería que te hiciera reaccionar y alejarte. Hace tiempo hablé con ella y dijo... Me dijo que todo sería más fácil si dejaras de buscarla.

Espera, ¿qué?

—¿Has hablado con Bee de mí?

No deja de mordisquearse el labio y el gesto me está poniendo histérico.

—No dijo tu nombre en ningún momento, pero creo que estaba bastante claro de quién hablaba, ¿no?

Abro la boca. Me contengo. Intento respirar. Termino gruñendo igualmente:

—¿Y no se te ha ocurrido contármelo antes?

Alza las cejas. Creo que se le están empezando a colorear un poco las mejillas. Pero cuadra los hombros y no se deja amedrentar.

—¿Y por qué tendría que hacerlo? ¿Es que te estoy ayudando a reconquistarla?

Suelto un bufido.

—A lo mejor sería más provechoso que la mierda que estás haciendo en realidad.

Me arrepiento de decirlo en cuanto cierro la boca. Antes de que me mire de la forma en que lo hace ahora. Y, cuando el brillo de sus ojos se apaga y las comisuras de la boca le tiemblan y me dedica una mirada fría que podría arrasarme en llamas, me arrepiento muchísimo más.

—Será mejor que dejemos de hacerlo, entonces.

No me da tiempo a decir nada antes de que se ponga de pie y se largue de aquí. Creo que tampoco tenía nada que aportar en mi defensa, igualmente. Elliot me asesina con la mirada y ni siquiera se despide antes de salir corriendo detrás de su amiga.

Lanzo un suspiro y me hundo en la silla. Cuando levanto la vista hay dos pares de ojos observándome con sospecha.

Es Nate el primero en atreverse a hablar:

—¿Se puede saber qué ha pasado mientras no estábamos?

07.02 h
3 de noviembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

¡Buenos días y bienvenidos de vuelta a Liberty Haven, queridos *royals*! Abrid bien los ojos y las orejas porque el próximo bombazo informativo podría estar a la vuelta de cualquier esquina.

Creo que deberíamos empezar a buscarlo en el pabellón deportivo, ¿qué os parece?

Aún no sabemos todo lo que ha cambiado por aquí durante las vacaciones..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

30

NO SUCUMBAS A UN HOYUELO



Casey

Elliot me da un empujoncito y tengo que avanzar en la fila del desayuno para mantener el equilibrio. Voy a protestar por sus malas formas, pero entonces me doy cuenta de que nos habíamos quedado rezagados por mi culpa y de que quizá estuviera demasiado distraída mirando cierta mesa del comedor donde, por suerte, nadie parece estar prestándome atención.

—¿Te has dado cuenta de que no paras de mirarlo, amiga?

Carraspeo y me hago la despistada mientras pillo una manzana roja y reluciente y la planto en mi bandeja.

—Tendrás que ser más específico, no tengo ni idea de a quién te refieres.

Suelta una risita entre dientes.

—Sí que lo sabes.

Lo que no sé es por qué seguimos siendo amigos cuando él no para de intentar sacarme los colores y, para colmo, se ha hecho *tan*

colega de Trisha, que no sé si me odia o si destilar desprecio es su lenguaje del amor. Y me parece que está exagerando. No lo miro tanto. No lo miro apenas. Solo lo hago porque tengo una misión. Y quizá esta mañana lo estoy haciendo de manera algo más insistente, vale, lo admito, culpa mía, aunque es solo porque ayer nos peleamos en la cena, o algo parecido, y siento un vacío muy molesto en el pecho desde entonces.

—No lo miro. Lo estudio —corrijo. Me hago con dos boles de cereales y dejo uno en la bandeja de mi mejor amigo y otro en la mía—. Es el objeto de mi quinto mandamiento, se supone que estoy entregada a mi misión, ¿no?

Elliot sonríe demasiado.

—Ya. Lo de los mandamientos, claro. Lo que pasa es que no lo miras como si lo estudiaras, Casey, lo miras como si *lo estudiaras*, ¿me entiendes?

—Claro que no.

—¿Que no me entiendes o que no lo miras así?

—Ninguna de las dos cosas. No seas absurdo.

Echo un vistazo rápido hacia la mesa de los nadadores otra vez. Nate les está contando algo y Gray sonríe tan solo un poco, de forma distraída, como si no hubiera terminado de despertarse del todo aún, o como si le doliera la sonrisa.

Aparto la vista rápidamente cuando noto que Elliot me observa con suspicacia.

—Vale. Lo que tú digas —finge ceder.

Me muerdo el labio.

—¿Crees que es mono?

No me puedo creer que le esté planteando esto en serio. Pero, en serio, empiezo a pensarlo de verdad y me parece que es toda una movida. Hace unas semanas solo era el patético Gray..., ahora es

Oliver, y sé que Oliver tiene una sonrisa de verdad y no deja que todo el mundo la vea, que no hay nada que le enorgullezca más que batir marcas en la piscina y que se pone rojo como un tomate cada vez que me acerco demasiado. También sé que puede ser algo torpe en tierra y que, sin embargo, nadie se mueve como él en el agua. Que titubea cuando le pido que me hable de sus virtudes y tartamudea cuando soy yo quien alaba alguna de ellas. Que le flipan los dragones y tan solo empieza a permitirse disfrutar de las tonterías. Que, cuando se ríe de verdad, la risa baila sobre su piel y sobre la mía.

Y sé cómo quiere Oliver, y esa es la peor parte.

Porque es... mono, sí. Eso creo.

Me parece que echo de menos pasar tiempo con él.

Y podría ser un problema.

Elliot me saca de la fila del desayuno y camina a mi lado hacia nuestra mesa habitual.

—Nadie se ha fijado, amiga —dice en respuesta a mi pregunta, haciendo alusión a las palabras que utilizó ese perfil de cotilleos cuando el cotilleo iba sobre Gray—. Serías la segunda en la historia, de modo que parece más una percepción extremadamente subjetiva y probablemente sesgada por el contacto estrecho.

Resoplo bajito.

—No es tan estrecho —murmuro entre dientes.

—Te gusta.

Esa sentencia la dicta en voz demasiado alta. Le doy una patadita en el tobillo para que cierre la boca de una vez.

¿Me gusta?

—Claro que no —susurro—. Te recuerdo que tengo un décimo mandamiento, también.

Mi amigo, el discreto, suelta un suspiro excesivamente dramático que provoca que un par de cabezas se vuelvan en nuestra dirección.

—Ah, sí, el mandamiento más absurdo de los diez —proclama en voz bien alta—. Y mira que la competición estaba reñida...

Le saco la lengua al sentarme frente a él. Me aparto hacia atrás cuando veo cómo arruga la nariz y abre un poco la boca y... se cubre con el codo y estornuda con fuerza en la americana del uniforme.

—Salud. —Sonrío cuando me mira—. Es el karma por todos tus pecados, o tal vez que ayer no te molestaste en abrigarte demasiado y te pasaste horas cotilleando en la calle a pesar de la caída de las temperaturas, no lo sé.

—Estaba cotilleando contigo —me recuerda—. Así que ponte enferma tú también para hacerme compañía.

Eso es verdad y no puedo negarlo. Estuvimos hasta las once menos siete minutos hablando en la puerta de mi residencia, y luego tuvo que correr hasta la suya antes de que se cerrara la puerta. Teníamos demasiado que comentar. En especial, lo de cierto italiano que aún me lanza miradas largas desde la otra punta del comedor de vez en cuando y que insiste aún más en volver a verme cuanto más lo ignoro.

Subí a mi cuarto un poco preocupada, porque la nota de Beatrice decía muy claro que quería hablar conmigo al volver y... ya ha vuelto. Sin embargo, cuando entré, ella ya estaba en la cama. Estoy bastante segura de que no dormía, pero no hizo nada para demostrarlo, así que lo dejé pasar.

—Hay que saber protegerse del mal tiempo.

—¿Enrollándose con un italiano en los establos en medio de la tormenta del siglo, por ejemplo?

Sonrío con superioridad.

—Por ejemplo —concedo, con actitud engreída.

Un carraspeo justo a nuestro lado me hace levantar la vista a toda velocidad. Me encuentro con los ojos marrones de Oliver Grayson, que me está mirando solo a mí y parece lo suficientemente incómodo como para que queden dudas de si ha oído lo que acabamos de decir. Oh. Vale, no es que lo de Fabrizio fuera un secreto, ni que quisiera ocultarle los detalles (que, por supuesto, no le di), pero tampoco es algo que quiera repetir demasiado en su presencia, no sé por qué.

Me pongo mi mejor máscara de indiferencia y alzo una ceja para invitarlo a hablar. Él está rojo, yo siento las mejillas arder, y seguro que Elliot va a sacarle mucha punta a esto en cuanto nos libremos del nadador.

—¿Qué pasa? —pregunto al final, al ver que no se atreve a decir nada primero.

Mira a Elliot, vuelve a mirarme a mí y se retuerce las manos.

—¿Podemos... hablar un momento, Casey?

Me cruzo de brazos y le dedico una sonrisilla de suficiencia. Ponerse borde dos veces en menos de una semana es demasiado, no quiero jugar al juego en el que él va a pagar todas sus frustraciones conmigo cada vez que se acuerde de su ex..., o lo que sea que le haya estado pasando.

—Tendrás que encontrar una buena canción y me lo pienso, Gray. —Chasqueo la lengua—. Una pena que ya hayas quemado *Sorry*.

Inspira con fuerza y suelta el aire de golpe por la boca. El hoyuelo de su barbilla, de nuevo, se queda con toda mi atención.

—Vale. Muy bien. Como quieras.

Y luego se va sin decir adiós. Ni buenos días, ni hasta luego... Patético y maleducado Gray.

—No sé de qué estabais hablando, pero me palpita el corazón.

Pongo los ojos en blanco ante las tonterías de mi amigo.

—Menos mal. El paro cardiaco es incompatible con la vida.

—No. Ya sabes lo que quiero decir —me regaña con un mohín—. No hace *pum*, espacio, *pum*. Hace *pum pum pum pum* y no hay espacios.

Me río.

—¡Qué romántico!

—Eso me ha parecido a mí.

Señalo su bandeja.

—Come y cállate de una vez.

No me hace falta concentrarme mucho para escuchar mi corazón, también. Y no hace *pum*, espacio, *pum*. No, qué va. Ni de lejos.

La clase de matemáticas es eterna. Y este rollo ya me lo sé del año pasado. Así que desconecto y me dedico a dibujar garabatos en la parte de atrás del cuaderno.

Un gato adorable. Una cría de dragón de ojos enormes. Un bebé de pingüino emperador.

¿Qué narices pasa contigo, Casey?

Me levanto en cuanto suena la campanilla que indica el final de la clase, dejo todas mis cosas sobre el pupitre y salgo al pasillo para tomar el aire, sin esperar a Elliot. De todas maneras, creo que ya estaba empezando a cuchichear con Trisha, así que estarán entretenidos.

El corredor del primer piso está cerrado con vidrieras que descomponen la luz que entra del patio en infinidad de rayos. Las columnas de piedra son antiguas y majestuosas y cada paso que das aquí resuena en los techos altos. Las carreras y las risas forman algo semejante a una melodía como consecuencia de la acústica del lugar. Y ahí, frente a la puerta del aula, apoyado en una columna de

piedra gris descolorida, Gray mantiene un aire despreocupado de pijo rebelde y levanta el teléfono móvil en la mano en cuanto freno mi avance en seco y me quedo mirándolo con la boca abierta.

Elliot y Trisha venían justo detrás y mi amigo choca con mi espalda y se queda bien pegadito a mí mientras la canción hace eco por toda la galería.

Es el estribillo de *Sorry seems to be the hardest word*, en la versión de un grupo de chicos que no reconozco, y la sonrisa de verdad de Oliver aparece al instante cuando me echo a reír a carcajadas. El hoyuelo... Maldito hoyuelo, eso ablanda a cualquiera.

Trisha murmura algo a mi espalda. No me paro a intentar descifrarlo. Los dejo atrás y me acerco al nadador, muy consciente de todo el público que tenemos de repente, mientras la canción sigue sonando a todo volumen.

Asiento en cuanto me planto enfrente, a unos centímetros escasos de su cuerpo. Lo justo para generar cierta incomodidad agradable.

—Bien jugado, pequeño pingüino.

Detiene la música, se inclina un poco hacia mí, en ese uniforme tan horrible que se le ajusta demasiado bien y ¿hasta le favorece? —voy a tener que hacer terapia, yo también—, y me habla en voz baja.

—Te necesito muchísimo, vendaval. Es una emergencia.

Giro la cara para poder mirarlo a los ojos. Esta cerquísima y mi corazón..., yo qué sé, no hay ni un solo espacio o se ha quedado en blanco, lo que sea.

—¿Qué ha pasado?

Pone la cara de circunstancias más graciosa que he visto jamás.

—Nate me ha creado un perfil en Liberty Haven Club. Tenemos que arreglar este desastre.

31

MUESTRA TU MEJOR PERFIL

Casey

—¿Es este tu laboratorio secreto?

Se gira a mirarme, entorna los ojos cuando le apunto con la luz de la linterna del móvil, sonríe y se acerca rápidamente para ayudarme a subir los últimos peldaños de esa escalera de hierro oxidado que me hace dudar de si debería haberme revacunado del tétanos antes de trepar por ella. Me pusieron una inyección hace un par de años, cuando me clavé una varilla rota en los establos de los Percy, así que supongo que estoy bien cubierta para cualquier tipo de incidente por el momento.

Hace frío y el viento sopla con más fuerza aquí arriba, en el tejado plano del pabellón deportivo, pero la mano de Gray está caliente y me muevo con pereza para terminar el ascenso, porque no quiero soltarlo aún. Me ha pedido que me reúna aquí con él porque, al parecer, es el lugar más íntimo de los alrededores. Yo creo que a las ocho de la tarde de un 3 de noviembre en el distrito de los lagos

cualquier sitio es íntimo, porque el sol hace horas que ha dejado de brillar. Me guía hasta casi el borde, por el lado que se enfrenta al colegio. Las luces que lo iluminan desde que ha acabado la cena son tenues y cálidas y casi parece un castillo medieval a la luz de las antorchas. Bastante mágico, si te gusta ese rollo. El atentísimo Gray ha traído una toalla, para que no se nos quede frío el culo, así que me siento a su lado, bastante cerca, y extiendo la palma de la mano para pedirle que me entregue su teléfono. Para algo hemos venido.

—Vamos a ver qué ha hecho Nathaniel contigo.

—Es horrible —avisa de antemano—. Siento que me está prostituyendo.

Me río y sacudo la cabeza mientras entro en la red social y accedo al perfil aún sin compartir públicamente.

—Vale. ¿De dónde ha salido esta foto?

—¡Eh! Has prometido que no ibas a reírte.

Me río un poco más.

—Yo jamás prometería algo como eso. Además, me estoy riendo contigo, no de ti.

—Yo no me estoy riendo nada de nada.

—Pues deberías, estás graciosísimo. —Lo empujo suavemente con el hombro, y él suelta un gruñidito disconforme—. Vale, vale. Vamos a cambiar la foto por otra y ya está. ¿Hay alguna que te guste?

Pasamos unos cuantos minutos seleccionando una que nos encaje a los dos. A él le gustan todas en las que no se le ve bien la cara, y a mí, en las que sonríe. Tenemos que encontrarnos a medio camino y acabamos eligiendo una en la que está sentado en el césped, delante de las flores del paseo que va hacia la puerta principal del colegio, y de la que tenemos que recortar a Nate y a Trisha, pero al final queda genial como foto de perfil.

Luego paso a la descripción. Vale, nombre: Gray. Por supuesto. Ni siquiera voy a recomendarle que ponga Oliver, que es un nombre precioso. Una tiene que saber elegir sus batallas y esa está perdida de antemano. Nate ha escrito: «guapísimo, nadador y un peluche tierno». No he prometido esa tontería de no reírme, ¿verdad? Y menos mal.

—Creo que no deberíamos hacer referencia a tu belleza en la descripción, ¿sabes? —opino—. Aunque la tuvieras, no es algo que debas recalcar tú, mejor que la gente juzgue la foto y ya.

—Vaya, gracias. De verdad que mi autoestima está mejor que nunca desde que empezamos con lo del dichoso proceso, Casey. Trato inmejorable. Diez de diez. Te pondré cinco estrellas en la reseña.

No puedo parar de reírme, y él hace verdaderos esfuerzos por mantenerse serio a mi lado, pero ¿a quién quiere engañar? Sé que está odiando hacerse este perfil, sí, pero también sé que se lo está pasando bien conmigo ahora mismo, y eso vale mucho más.

—Eres mono, pero no lo vamos a especificar, ¿vale?

Carraspea muy bajito y me da un golpecito en el muslo con la rodilla.

—¿Soy mono?

El calor me trepa por la garganta y se me amontona en las mejillas. Me alegro de que solo las estrellas puedan verme.

—Como un bebé pingüino o un cachorrito de spaniel.

—Adorable —ironiza.

—¿Puedo poner eso en tu perfil?

—Ni hablar.

Se lanza hacia mí para tratar de recuperar el móvil y yo grito e intento escabullirme, y terminamos luchando en broma en el tejado

como un par de bobos, hasta que tengo que pedirle que pare porque me duele la tripa de tanto reír.

—Dame ese móvil y no te pasará nada, vendaval —advierte.

Tiene medio cuerpo sobre el mío, una mano sujetando mi muñeca sobre mi cabeza y la otra aguantando su peso para no rozarnos demasiado. Quiero empujar ese brazo y que pierda el equilibrio, que caiga sobre mí y poder sentir la firmeza de su torso contra el mío..., como aquel día en las duchas. Ni siquiera había vuelto a acordarme de aquello. Pero ahora me acuerdo. Y me acuerdo muchísimo y muy vívidamente, y ¿no hace muchísimo calor aquí de repente?

Me está mirando a la cara y no hay suficiente luz para distinguirlo con claridad, pero me da la impresión de que sus pupilas no paran de recorrer el mismo camino una y otra y otra vez. Los ojos, la boca. La boca, los ojos. Los ojos, la boca.

Me muero por...

Esto es un problema.

Un auténtico problema.

Un problema enorme.

Levanto muy despacio la otra mano, donde tengo su móvil, y se lo pongo delante. No se mueve.

—Vale —cedo—. Tú lo ejecutas, pero tienes que hacerlo como yo te diga.

Me suelta la muñeca y lo coge. Luego se aparta muy muy despacio, como si le estuvieran obligando a hacerlo en contra de su voluntad.

Me incorporo en cuanto quedo libre, me peino con cuidado con las dos manos y vuelvo a sentarme a su lado, a una distancia ridícula e infinita al mismo tiempo. Lo miro de reojo sin parar.

Odio ese hoyuelo que tiene en la barbilla, ¿lo había dicho ya?

—Venga, dime qué pongo.

Vale. Céntrate, Casey. No seas tú ahora la patética Adams, por favor.

Pasamos un rato ultimando los detalles del perfil entre risas. Cuando ya lo tenemos, él saca sus auriculares del bolsillo y me tiende uno.

Dudo antes de cogerlo. Dudo mucho porque no sé si puedo. Tengo un mandamiento con el número diez y hay cosas que debería evitar a toda costa. Incluso con él. Sobre todo, con él.

—Hace frío, tal vez deberíamos... —empiezo a buscar una excusa.

Abre la bolsa de deporte que ha dejado a su lado, saca una sudadera del equipo de natación con su nombre a la espalda y me la tiende. En sus labios, una sonrisa tímida titubea.

—He venido preparado. Está limpia.

La cojo y me la pongo encima de la cazadora abrigada que ya llevaba. No importa, me queda lo suficientemente grande para permitirlo. Luego acepto también el auricular.

La lista de reproducción es suya esta vez. Coldplay. Suena bien.

—Sabes que ahora ya hemos llegado a ese punto del proceso, ¿verdad? Tienes que tontear con alguna chica, son tus siguientes deberes.

—Es absurdo.

—Puedes hacerlo por mensaje directo, no me importa. Ya pasaremos luego al plano físico. Más vale que te esfuerces, te examinaré cuando menos te lo esperes. ¿Qué te parece Catherine McDonald? Es guapa, ¿no?

—No lo sé. No me importa. Y, solo para que no haya decepciones, yo no sé ligar, Casey.

Me río suavemente.

—No pasa nada. Yo te enseño. Empezamos mañana, ¿vale?

Suelta un suspiro larguísimo, pero puedo ver que sonríe a la vez, así que no creo que le esté pareciendo tan pesada como intenta fingir.

—Menuda tontería —dice entre dientes, y entonces yo también sonrío.

Respiramos juntos hasta que empieza la siguiente canción.

A sky full of stars.

Gray me agarra la muñeca con mucha delicadeza y tira suavemente de mí para invitarme a tenderme sobre la toalla a su lado.

Y ahí arriba, sobre nosotros, el cielo está plagado de estrellas.

Son casi las diez y media cuando subo la escalera de la residencia rumbo a mi habitación. Bueno, mía y de Bee. Y precisamente porque es de ambas y aún tenemos que compartirla, me quito la sudadera de Gray antes de llegar a la puerta y la arrugo en el puño para que ella no pueda verla bien.

Está sentada en su cama cuando entro. Con la espalda apoyada en el cabecero, las piernas flexionadas y los pies descalzos sobre el colchón. Tiene una tableta entre las manos a la que deja de prestar atención en cuanto me ve.

—Hola, Casey —saluda, en tono conciliador.

Le dedico una sonrisa tímida de labios sellados.

—Hola.

E inmediatamente su mirada va directa a la prenda que cargo en la mano izquierda. Me acerco a mi escritorio y la dejo sobre la silla, asegurándome de que no se ve ni un poquito el «Gray» enorme que lleva escrito a la espalda. Da lo mismo, sé que ella ya la ha reconocido.

Vuelve a buscar mis ojos. Pulsa el botón lateral de la tableta, la deja a un lado y se incorpora para abrazarse las rodillas y mirarme desde esa postura, mucho más vulnerable.

—¿Esa es la sudadera de Gray?

Aprieto los labios. No digo nada. Sus ojos, convertidos una vez más en cubitos de hielo, me estudian con suspicacia. Luego relaja los hombros y sacude la cabeza.

—¿Podemos hablar?

Me quito la cazadora y las zapatillas. Me dejo caer sobre la cama y adopto una postura semejante a la suya.

—Sí —suspiro—. Sí, claro.

Nos sostenemos la mirada durante unos largos segundos sin decir nada. Es ella la que cede primero, y habla con una voz de lo más dulce y amable:

—¿Cómo han ido las vacaciones por aquí?

Creo que es una pregunta trampa.

—Bien —respondo a media voz—. Había poca gente, ya sabes, así que todo ha estado bastante tranquilo. ¿Tú qué tal por tu casa?

Lo pregunto por educación y porque ella me ha preguntado a mí. Pero la verdad es que preferiría dejar la charla de cortesía para otro momento e ir al grano. Me estoy poniendo más y más nerviosa con cada segundo que me veo obligada a pasar sosteniéndole la mirada.

—Agotador —dice, con una sonrisa apagada—. Evento, cena con gente importante, fiesta elegante, cena con más gente importante, dejarse ver por el club, partidos de polo, cena de los Walden y los Cox y, luego, un poco más de lo mismo otra vez.

Le dedico una sonrisa de medio lado y un asentimiento. La entiendo. Sí que es agotador.

—Parece divertido —ironizo.

Suelta una risita y me observa con más atención.

—Estaba deseando volver.

—Me lo puedo imaginar.

—Casey...

Vale. Por fin. Vamos allá. Hagamos esto cuanto antes, rápido y sin pensarlo, como quitar una tirita.

—Dime.

—Lamento cómo me he portado contigo.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Espera, ¿se me ha abierto la boca? Mando la orden firme y directa a mi mandíbula de mantenerse en su sitio y no ponerme en evidencia.

—La verdad es que he sido un poco bicho —sigue, y hace una mueca de disculpa—. No estoy demasiado orgullosa de la persona que soy cuando..., bueno, de la persona en la que me convierto cuando se trata de Gray.

Tampoco esperaba que dijera su nombre. No así de directo, y menos con ese tono tan cargado de... *todo*.

—Bee, Gray y yo no...

Niega con la cabeza.

—No tienes que darme explicaciones.

—No, vale, ya lo sé, pero es que no hay nada entre Gray y yo —aclaro, porque es mejor poner las cartas sobre la mesa desde el principio—. Somos amigos. Siendo del todo sincera, la verdad es que ni siquiera eso, supongo. Siento que hubiera unas cuantas confusiones y no haber intentado hablar contigo antes, porque la verdad es que considero que, al menos por mi parte, estábamos empezando a ser amigas y fue... fue raro y estuvo mal no darte una explicación en su momento, creo.

Ella sonríe con un cierto aire irónico.

—¿Había una explicación?

Hago una mueca.

—Oh, sí. Tengo una lista, ¿sabes?, son como unos mandamientos con los que guiarme. Intento cumplirlos porque... Es igual. La cuestión es que el quinto punto es ayudar siempre a un corazón roto, y Gray me pareció uno. Y luego tú dijiste aquello de que sería más fácil si él dejara de buscarte y pensé que podía echarle una mano para..., ya sabes, para dejar de hacerlo. No ha pasado nada entre nosotros, no va de eso, en serio.

Apoya la frente en una rodilla y levanta los brazos para cubrirse con ellos. No sé muy bien qué hacer..., ni tampoco qué decir. Tarda cerca de cinco segundos en volver a mirarme.

—Si te pidiera que dejaras de verlo, ¿lo harías?

¿Qué? O sea, *¿qué?* Esto no puede estar pasando de verdad. Y... ¿lo haría? Se me pasa por la mente la sonrisa de Oliver, la manera en que frunce el ceño cuando me paso de entusiasta, el modo en que ríe cuando nos reímos juntos. Se me cierran poco a poco los pulmones.

—¿Cómo? —logro preguntar con un hilo de voz.

—Si me hiciera tanto daño que fuera insoportable y de verdad necesitara no veros juntos y te pidiera que aplicaras ese punto sobre corazones rotos conmigo y te alejaras de él..., ¿lo harías por mí, Casey?

No querría hacerlo. Creo que me dolería hacerlo. Pero quizá el verdadero reto de seguir tu guía espiritual llega cuando tienes que sacrificar algo por ello. Y yo no soy quién para juzgar si un corazón roto merece mi ayuda más que otro.

Trago saliva. Siento la garganta en carne viva cuando respondo:

—Sí. Sí que lo haría.

Me mira en silencio durante tanto tiempo que creo que está empezando a absorberme.

Sonríe con tristeza.

—No te lo voy a pedir.

La oleada de alivio es tan fuerte que me marea.

—Vale —consigo decir en un murmullo.

—Y ¿sabes qué? Creo que deberías salir con él.

Ahora sí que tengo la mandíbula en el suelo. Veo todo el dolor que hay al otro lado de sus pupilas, aunque se esfuerce por sonreír antes de añadir:

—Haríais muy buena pareja.

3 de noviembre de 2025

23.01 h

Tienes un mensaje nuevo

[Rain]:
Hola, Gray.

[Gray]:
Hola. ¿Quién eres?

[Rain]:
Vaya, hemos pasado por tanto juntos y ni siquiera me reconoces.
[Rain]:
¿Te has hecho un perfil para ligar?

[Gray]:
¿Te has hecho un perfil para comprobar si lo hago?

[Rain]:
Tal vez. Así que ¿cómo va? ¿Ligas o no?

[Gray]:
Tendría que aprender primero.

[Rain]:
Me parece que ya sabes unas cuantas cosas.

[Gray]:
No te creas.

[Rain]:
Puedes practicar conmigo. Solo soy una desconocida en una red social, ¿no?

[Gray]:
¿Es un juego de rol?

[Rain]:
Vale. ¿Por qué no?

[Gray]:
No sé si me gusta.

[Rain]:
Yo creo que sí que lo sabes. No te hagas el tímido.

[Gray]:
¿Qué haces?

[Rain]:
Iba a leer un poco, pero la luz se ha fundido.
Hemos tenido que llamar a mantenimiento. ¿Tú?

[Gray]:
Me parece que estoy ligando contigo, ¿no?

[Rain]:
Sí, eso es exactamente lo que estás haciendo.
[Rain]:
Y podemos hacerlo cada noche, si quieres.

32

NO LE DES TANTA IMPORTANCIA A UN BESO

Oliver

Los caballos se han mojado por la mañana y en el exterior aún cae una lluvia suave, pero persistente, que oscurece aún más la creciente noche del martes, así que Casey ha prometido al señor Lockley que le ayudaría a repartir más paja seca para las camas y ha venido directa al establo al terminar su condena en la piscina. Y aquí es donde me ha citado tras mi entrenamiento, por lo que hoy me he cambiado rápido y he salido del pabellón deportivo el primero.

Me quedo a un lado, con la espalda apoyada en la pared del fondo, a una distancia prudencial de las bestias equinas, y la miro aprovechando que ella aún no se ha dado cuenta de que he llegado. Zar, según dice la placa que pone en la puertecilla del box, patea el suelo y relincha cuando Casey se mueve por su espacio. Es negro y brillante y majestuoso. Y, por lo que me ha contado la chica vendaval cuando parlotea sobre sus animales favoritos, también es

el caballo que suele montar el principito. No podría ser de otra manera.

—Eh, tranquilo, soy solo yo —le dice Casey con dulzura.

Deja el montón de paja que lleva en los brazos a un lado, le acerca la mano a la nariz y deja que la huela. Se ríe bajito cuando los belfos del animal le rozan la piel.

—Vale. Voy a arreglarte un poco la cama, si te parece bien.

El caballo echa las orejas hacia delante y baja la cabeza. Ella le acaricia la frente con mimo y luego recupera parte de la paja y se agacha para pasar pegada a su pecho y extenderla. No deja de hablarle y lo acaricia cada vez que tiene que invadir su espacio. Creo que le parece bien.

—Buen chico —le dice al terminar su tarea.

Sale del box con una sonrisa y, cuando va a cerrar la puerta, levanta la mirada y se topa con mis ojos. Da un saltito, por la impresión.

Me río suavemente.

—Qué susto —farfulla.

—Creía que habíamos quedado aquí, en el lugar de todas mis pesadillas.

Sonríe y me hace burla. Luego engancha dos dedos en el borde inferior de mi sudadera, que llevo bajo el abrigo abierto, y me arrastra con ella hasta quedar delante del siguiente cubículo. Al menos este caballo es más pequeño.

—Puedes ir poniéndome al día del punto en el que estamos mientras yo termino con la cama de Kenia.

Entra ahí, con esa yegua de color claro, como si estuviera compartiendo el espacio con una inofensiva mosca en vez de con... eso. Me aseguro de dejar la distancia prudencial para que, si hay

una estampida, el pasillo les parezca suficiente para correr y no necesiten aplastarme.

—¿El punto? ¿Qué punto? —pregunto, titubeante.

—Oliver, en serio, espabila. Necesito un resumen con los datos más relevantes de tu experiencia amorosa, para ver lo mal que estamos.

Resoplo.

—Estamos fatal, Casey. No creo que sea necesario someterme a esta humillación, es puro sadismo.

Oigo su risa, y enseguida su cabeza aparece al otro lado de la puertecita de ese cubículo y me dedica una mirada divertida.

—Dije que iba a enseñarte. Lo primero que se hace cuando quieres dar clases a alguien es hacer una prueba de nivel, para ver desde dónde hay que partir. Si te voy a enseñar unos cuantos truquitos para que vuelvas locas a las chicas, debería saber lo que ya controlas.

Alzo una sola ceja. Creo que estoy rojo, pero es que eso ya ni me importa. Total, es solo Casey.

—¿Nada?

—¡Venga ya! Te ligaste a Bee, ¿no?

Me incomoda un poco que diga su nombre.

—Creo que ella me ligó a mí.

Me mira de arriba abajo, como evaluándome, y hace una mueca.

—¿En serio?

Vuelve a agacharse, y desaparece de mi vista. Siento un ligero picor en el pecho y creo que es por la herida que acaba de hacerle a mi orgullo. ¿Esa reacción significa que no puede ni imaginarse por qué una chica como Beatrice querría ligar conmigo? Bueno, ya sabe que antes de eso éramos amigos, así que a lo mejor hay que conocerme para quererme, ¿no?

—No sé si quiero hablar de esto aquí —murmuro—. Podría oírnos cualquiera y no me gustaría que se me vuelva a mencionar en cierto perfil de cotilleos.

La veo moverse de un lado a otro del box.

—Tranquilo, estamos solos. El único que anda por aquí es el señor Lockley, y te aseguro que es un tío discreto —dice, en un tono levemente burlón—. Venga, ¿con cuántas chicas has estado?

Carraspeo.

—Solo con una.

Vuelve a asomarse a la puertecita para echarme otro vistazo como el de antes.

—Ay, Oliver.

¿Qué? *Ay, Oliver*, ¿qué? No pienso avergonzarme por serle fiel a la chica de la que estaba enamorado. Es lógico. Debería ser así siempre, ¿no es verdad?

—Vale —retoma la conversación cuando sale del cubículo y cierra la puerta—, pero algo sin importancia habrás tenido por ahí con alguien más, ¿no?

Niego con la cabeza. Tiene un par de briznas de paja enganchadas al pelo, así que me acerco para quitárselas con delicadeza. Da un paso atrás y se apoya en la puertecita que acaba de cerrar. Me mira con los ojos algo más abiertos por la sorpresa, con los labios separados y... muy cerca. Me aparto enseguida y escondo la mirada.

—Perdona.

Se mueve a un lado, pero no se va a ninguna parte. Como si solo necesitara sacudirse de encima la incomodidad.

—No. Eso es lo que tienes que hacer. Acercarte a las chicas con decisión. Eso sí, no las toques sin su consentimiento, eso es fundamental. —Se vuelve hacia mí y me evalúa hasta que termina por esbozar una sonrisa tierna—. Sé que no lo harás. Aunque, si

quieres ser un seductor, vas a tener que ser un poquito más invasivo. Ya sabes, algún roce, un poco de no respetar el espacio personal. Con límites, ¿eh?, eso siempre.

—No sé si quiero ser un seductor —rebato.

—No es negociable. Quieres superar esto, y la creencia popular nunca se equivoca: un clavo saca otro clavo. Búscate un clavo y diviértete un poco, Gray.

Estoy a punto de pedirle que no me llame Gray, no sé por qué. Me molesta cuando lo hace ella. Y es la mayor tontería del mundo. No sé qué me pasa.

—No me parece un consejo muy profesional.

Sonríe.

—Tengo diecisiete años y no me pagas, así que me parece que no soy psicóloga. Pero solo has estado con una chica y es la chica a la que tienes que olvidar, por lo que deberías hacerme caso. ¿Te he fallado alguna vez?

Parpadeo. No sé muy bien cómo contestar a eso. ¿No? Tampoco es que esperara nada de ella, esto nunca ha ido de conseguir mejoras, solo de que la gente creyera que Casey y yo... Bueno, eso. Y ella se lio con Fabrizio en este mismo lugar y *The Royal Blab* lo descubrirá pronto, así que supongo que todo esto ya no tiene sentido y yo ni siquiera debería estar aquí. Sin embargo, aquí estoy. No quiero irme.

—No sé si es una pregunta trampa.

Se ríe y no puedo evitar sonreír. Tiene la risa más contagiosa del mundo. Es como una canción pegadiza, una vez que se te mete en la cabeza es imposible librarse de ella.

—Vale, vamos a centrarnos —exige—. Sé que hay muchas cosas que solo has tenido con una persona. Pero debe de haber habido algo más, ¿no? Yo qué sé, un coqueteo, un rocecito, un beso tonto...

Niego con la cabeza.

—Claro que no. No existen los besos tontos.

Se acerca un poco más. Su olor a fresa compite con el de los caballos y me hace cosquillas en la nariz. Y se me acelera el corazón sin orden y sin sentido. Está tan cerca que casi me roza el pecho con cada respiración. Su risa traviesa me eriza la piel de la nuca.

—Vaya que sí. Y te voy a poner como deberes que consigas uno. Tienes que quitarle importancia a esto, Oliver. Si tu ex sigue siendo la única, al final es inevitable que pongas lo que teníais en un pedestal. Tienes que romper esa barrera, que deje de ser la única a la que has besado. Eso hará las cosas más fáciles. Es como superar una pequeña meta, ¿no? Y perderás el miedo a mirar a otra. No pasa nada, no estás traicionando a nadie —dice, poniendo en palabras unos pensamientos que jamás he compartido—. Tienes casi dieciocho años y tienes que experimentar y divertirte y probar, y está bien, ¿sabes? Puede ser divertido y ya está, no vas a comprometerte con una chica por mirarla, ni por besarla, tampoco. A veces simplemente puede apetecerte, ya está. Los dos tenéis ganas, lo hacéis, y punto. Un beso tonto. Nada más que eso. No tiene importancia. No significa nada.

«A veces simplemente puede apetecerte», dice, y yo no dejo de mirarle los labios mientras habla.

—Pues ya me dirás cómo hago eso. Y ya me explicarás también por qué. Un beso debería darse cuando quieres darlo, no porque sí.

Se ríe.

Me cosquillea la tripa. Porque estoy nervioso. Porque está muy cerca. Porque esto es absurdo. Por esa risa, quizá.

—Sí —confirma—, pero en tu caso tienes que hacerlo o te quedarás atrapado para siempre en tu bucle infinito de adoración a

tu ex. Es un trámite, Oliver, quítatelo de en medio y ya está. Así nos será más fácil todo lo demás.

Me mordisqueo la parte interna del labio y siento sus ojos clavados en mi barbilla. No me atrevo a bajar la mirada. Me fijo en la cuerda que cuelga de una de las barras de un box, mejor.

—Vale. Entonces calculo que dentro de seis meses habré encontrado una chica que quiera besarme, tal vez. Espero que no tengas prisa.

Lanza un resoplido y tira del cuello de mi sudadera para obligarme a mirarla. Nuestros ojos se encuentran. Su sonrisa no para de jugar.

—Bésame a mí.

Se me va a salir el corazón del pecho. Estoy seguro de que puede oírlo, porque hace tanto ruido como una locomotora. Se me encoge el estómago de golpe y creo que se me ha dado la vuelta. Siento un tirón en la ingle.

—¿Qu-qué? —tartamudeo.

Se ríe de nuevo, a un volumen mínimo, solo para mí.

—Es solo un trámite. Una tontería. No significa nada. Y me comprometí a ayudarte, ¿no? Vamos, no seas cobarde.

Intento tragar saliva, pero tengo la boca seca. Se pasa la lengua por los labios. Y yo hago lo mismo, no sé por qué.

Y... ¿tengo ganas de hacerlo? Vaya, es una locura, no es ni de lejos lo que... Joder, sí que tengo ganas. Mi cuerpo tira de mí hacia ella, mientras mi mente trata de retenerme. Mi corazón, para no perderse la fiesta, se ha convertido en un instrumento de percusión en mi caja torácica. Al resto, me niego a prestarle atención.

—Casey, no...

Hace amago de poner los ojos en blanco y reafirma el agarre del cuello de mi sudadera. Siento que voy a ahogarme.

—Venga ya. Bésame, Oliver.

Y antes de que mi nombre termine de tomar forma con el tono de su voz, bajo la cabeza y uno los labios a los suyos. Es rápido, inesperado, algo torpe. Es raro. Y entonces ella tira un poco más de mí, al tiempo que me pone la otra mano en la nuca y entierra los dedos en mi pelo, y mi cuerpo no pide permiso antes de pegarse al suyo y envolverla. Cierro los ojos y ya no existe nada más. Su sabor, su calor y el sonido de nuestras bocas colisionando, una y otra vez. Con más impulso, con más fuerza. La palma de mi mano se amolda a la parte baja de su espalda. La otra le aparta el pelo del cuello en una caricia. Y Casey separa los labios y aprovecho el permiso para colarme entre ellos y besarla como... como si la besara *de verdad*. Atrapo su labio inferior, con una dulzura impaciente, y ella se pone de puntillas y deja un mordisquito en el mío cuando cambia los papeles. En una décima de segundo deslizo la lengua sobre la suya, que responde sin titubeos. Siento el beso vibrando en cada poro de la piel.

Quiero más.

Y ya no hay caballos, ni establo, ni el sonido de la lluvia repiqueteando sobre el tejado de madera. Solo hay unas ganas que crecen, invaden y arrasan.

Como un vendaval.

Y dos cosas claras. La primera, es que ese payaso italiano tenía razón: Casey Adams besa de puta madre. La segunda es mucho más problemática, y es que, si queríamos demostrar que un beso tonto no significa nada, nos lo hemos montado muy muy mal.

21.43 h
4 de noviembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

¿Fabrizio Parisi se ha enamorado? Llevamos dos días de vuelta y nuestro mujeriego italiano favorito aún no ha intentado seducir a nadie. Un claro signo de que algo ha cambiado durante las vacaciones.

¿O tal vez sí que le pone ojitos a alguien sin parar? Casey Adams parece inmune a sus encantos... ahora. ¿Habrá pasado algo entre ellos ya? ¿Terminará la conquista con un anillo y una boda en Roma?

Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

33

BUSCA EL LADO POSITIVO

Casey

No puedo dejar de pensar en el beso.

Han pasado menos de catorce horas y ya lo he rememorado como un millón de veces, tirando por lo bajo. Desde que he venido al desayuno, para no romper la racha, ya llevo demasiadas ensoñaciones confusas y fuera de lugar, y son solo las ocho de la mañana. Lo disimulo, porque tampoco soy tan cándida. Porque ya sé que ese beso tonto no significó nada. De hecho, fui yo quien dejó claro (antes de que sucediera y creyéndome inmune) que un beso no es más que un beso y que tenemos que dejar de hacer un mundo de ellos, como si fueran tan importantes. Tampoco es para tanto, ¿no? El problema es que ahora sí lo es. Es para tanto... es *muy* «para tanto». Es tan para tanto que se está pasando de rosca con su *tanterismo*. Es tan para tanto que tengo que inventar palabras nuevas para expresarlo porque el puñetero diccionario se ha quedado pequeño. Y es tan pero *tan* para tanto que no sé qué

me pasa. No sé por qué me burbujea la tripa cada vez que pienso en Gray. No entiendo por qué de repente (o quizá no «de repente», pero la consciencia de esta nueva realidad me ha caído encima de golpe, como una tormenta de verano) tiemblo cuando me imagino que se acerca demasiado. No tengo ni idea, pero ni remotamente, de por qué desde hace catorce horas lo único en lo que puedo pensar es en lo muchísimo que quiero besarlo otra vez.

A lo mejor es solo por contrastar. Solo para comprobar si aquello fue un simple espejismo. Porque desde que empezó toda esta locura del quinto mandamiento con él me he ido sintiendo cada vez más parte de un grupo, de una familia, como no había llegado a sentirlo desde hace demasiado tiempo ya. Como si las tonterías de Nate, las rarezas de Trisha y la ternura de Gray se entrelazaran con mis propias peculiaridades y las de Elliot, como si siempre hubiéramos estado destinados a encontrarnos. Elliot es mucho más Elliot con ellos alrededor, en un lugar resguardado donde no solo es aceptado, sino admirado. Querido. Valorado como nunca nadie supo hacerlo antes. Y yo... Yo cuando estoy con ellos no tengo la constante sensación de depender de una lista para estar completa. No necesito mil ideas al mismo tiempo, ni un centenar de cosas por hacer para no acabar a la deriva y perdida en mi propio mundo oscuro. Yo, cuando estoy con Gray, puedo bajar la guardia y sonreír sin que pinche, y ser. Solo ser.

A lo mejor la única razón de que el beso fuera lo que fue es que nos hemos hecho tan amigos que es imposible que no sea nada, ¿no es verdad? No es lo mismo besar a un desconocido que al chico que te ha visto con una mascarilla verde en la cara y se ha lanzado a cantar contigo. Es imposible que no sientas nada de nada cuando estás tan cerca de alguien con el que te has reído a carcajadas hasta que las lágrimas te han rozado la comisura de los labios y te han

sabido dulces por primera vez. Supongo que es normal que se te remueva algo por dentro, aunque solo sea un poquito, cuando te besa el chico que quiere como a ti te gustaría que te quisieran.

No es nada personal.

Besé a Oliver y él me besó a mí, y de repente había chispas por todos lados, y el corazón se me volvió loco y se me escapó un pedazo de vida para colársele entre los labios, solo porque los besos son agradables y le gustan a todo el mundo, y cuando alguien te besa tan bien como besa Oliver Patrick Grayson es inevitable que quieras que vuelvan a besarte así.

Debería besar a Nate. Tiene mucha experiencia y seguro que besa de muerte, así saldré de dudas y me quedaré tranquila. Porque seguro que también quiero besar al guapísimo Nathaniel un millón de veces más y durante todos los días del resto de mi vida cuando me bese como me besó su amigo.

Seguro.

¿Lo ves, Casey? Nada por lo que preocuparse.

Ah, ahí viene Elliot, por fin, llega tardísimo a desayunar hoy. Quizá debería besar a Elliot. Es mi mejor amigo. Si me besa y siento *algo*, lo que sea, podré dejar de estar obsesionada con los dichosos labios de...

—Buenos días. Tenemos que hablar.

Levanto la mirada. Alzo las cejas. Elliot está tan serio que da miedo. A ver, no me da miedo *a mí*, porque lo conozco lo bastante para no temer por nada que él pueda hacer o decir, pero la idea que quiero transmitir es que está muy serio. Más serio de lo que lo he visto nunca, creo.

Miro alrededor. He procurado no hacerlo en los veinte minutos que llevo aquí, escondida y con la mirada gacha en la mesa más discreta del comedor, porque no quería que se fijaran en mí y vinieran a

sentarse conmigo. No quería pasarme todo el desayuno sin poder apartar los ojos del modo en que ese nadador que ni siquiera es tan guapo se relame la mermelada del labio inferior con la punta de la lengua que saboreó la mía como si fuera un postre hace catorce malditas horas.

Oh, no, ya lo estoy pensando otra vez.

Y ahí están ellos, los tres juntos, compartiendo el desayuno y hablando de esa forma atropellada que tienen de hacerlo cuando se están chinchando los unos a los otros. Supongo que no me han visto. O que, como yo, Gray también prefiere mantener las distancias y hacer como si no se hubiera dado cuenta de mi presencia. La suya me está afectando demasiado y esto ya no solo es un problema. Es un problemón.

Es que tengo una lista, por si no había quedado claro.

Y el décimo punto está escrito en mayúsculas, lo que da una idea certera de su importancia.

Y no puedo pasarme el día pensando en besar a un chico al que estoy ayudando a pasar del amor. Es una movida. Ya te lo digo.

Por si fuera poco, también estoy bastante segura de que Gray no sintió lo mismo que yo. Eso es bueno, porque el objetivo de un beso tonto era que no fuera nada más que eso: un beso tonto. Por eso no me importa que él parezca estar tan normal y tranquilo con sus amigos. No pasa nada. Está bien. Yo disimulo de maravilla, así que no tiene por qué ser raro. Para nada. Además, él está mucho mejor, hace tiempo que ya apenas hablamos de Bee, lo que es un enorme paso adelante, y seguro que pronto dejo de hacerle falta en ese sentido.

Se está olvidando de Beatrice, creo.

Y si se olvida de ella, tal vez...

—¡Casey!

Me sobresalto. La exclamación de Elliot me hace ser consciente de que sigo con los ojos puestos en Gray y también de que dar tantas vueltas a las cosas está empeorándolo todo y haciendo una enorme bola de una diminuta partícula de... saliva.

Pero es que *sabía* tan bien...

Elliot carraspea. Y yo carraspeo también, para no desentonar.

—Perdona —digo con toda la entereza posible, aunque siento las mejillas ardiendo—. ¿Qué pasa?

Mi amigo mira hacia la mesa de los nadadores. Luego vuelve a mirarme a mí con una sola ceja alzada.

Estoy segura de que lo sabe, aunque no lo sepa. Me lo habrá leído en los ojos en cuanto se ha sentado frente a mí. Y eso que anoche me aseguré de no aparecer en ningún lugar bajo ninguna circunstancia. El beso de mentira que me dio Oliver (creo que jamás me habían dado uno tan *de verdad*) se vio interrumpido por un ruido al fondo del establo. Los dos nos asustamos, yo me giré y me pareció ver una melena rubia escabulléndose como si se tratara de un ladrón... o de una princesita en apuros. Si Gray vio lo que me pareció ver a mí o no, no lo sé, pero no dijo ni hizo nada que diera a entender que podríamos no haber estado solos. Y el ruido, ya fuera una persona cotilla o un ratón, atrajo la atención del señor Lockley, que me echó la bronca porque «una cosa es que vengas aquí cada día y nos toleremos, y otra bastante diferente es que traigas a todo el internado a pasear por los establos», a lo que yo respondí: «No te rayes, Fred» y añadí que Gray ya se iba. Y el buen hombre empezó a pasearse de un lado a otro repitiendo mi «no te rayes» como un mantra indignado. Le dije a Gray en voz baja que huyera, y compartimos una sonrisa antes de que saliera corriendo de allí. Y después... Después vino todo lo demás. Lo que me había hecho sentir su boca sobre la mía y su cuerpo presionando en cada punto

del mío empezó a inundarme y a magnificarse y, de un segundo para otro, era lo único en lo que podía pensar. Creo que es perfectamente comprensible que, en esas circunstancias, me viera incapaz de enfrentarme a él en la cena y actuar como si nada. Así que lo que hice fue irme a la habitación, cambiarme de ropa y salir a correr con música bien alta sonándome en los oídos. Le dije a Elliot que necesitaba estar sola, y no avisé a nadie más. Luego me refugié en el pabellón deportivo, porque pensé que allí nadie me buscaría. Me duché, me vestí con ropa limpia que tenía en la taquilla y fui a sentarme en las gradas a un lado de la piscina hasta que se acercaron las once y volví a la residencia para irme a dormir. Bee ya estaba en la cama, y no tuve que hablar con ella. Aunque tampoco es como si hubiera tenido intención de preguntarle si era ella la que se escondía en las sombras y si había visto algo. Las conversaciones incómodas son importantes a veces, otras, es mejor dejarlas pasar de largo.

—Vale, ya hablaremos de esto —decide Elliot—. Ahora venía a decirte otra cosa.

Me revuelvo en la silla como si estuviera llena de chinchetas, y asiento. Intentar negar algo o hacerme la tonta no va a funcionar, así que mejor centrarnos en ese otro tema, sea el que sea.

—Vale. ¿Qué pasa?

Pone algo encima de la mesa y lo empuja con el dedo índice hasta plantármelo justo delante. Es un sobre de color crema, sobrio, elegante y con el sello de los Percy cerrando la solapa, como si aún viviéramos en la era analógica y las misivas se enviaran en las alforjas de un caballo.

Busco los ojos de Elliot. Parece consternado, aunque no lo haya abierto. Creo que los dos nos hacemos una idea de lo que contiene.

—La directora Macrae te estuvo buscando ayer. Pasó por aquí a la hora de la cena. Le dije que no te encontrabas bien y me pidió que te diera esto.

Tomo el sobre con las manos temblorosas y le doy un par de vueltas entre los dedos. Contiene algo de tacto robusto y que pesa. Ya me imagino que el papel, como todo con ellos, es de alto gramaje. También puedo hacerme una idea de la letra elegante en la que estará escrito.

Se me revuelve el estómago.

—¿Vas a abrirlo? —pregunta Elliot con suavidad, muy prudente.

Me muerdo el labio. Asiento. Y luego lo hago de golpe, sin pararme a pensar. Saco la tarjeta que contiene. Del mismo color crema, con letra en tinta negra de trazo distinguido y detalles dorados en las esquinas.

La familia Percy se complace en invitarla
a la fiesta de compromiso de
Annabelle Harriet Adams & Wren Louis Cavendish
que tendrá lugar el día 13 de diciembre de 2025
en Sandinground House.

Nada que me sorprenda y, sin embargo, siento un hierro helado atravesándome las tripas. No quiero ir a un evento familiar, y menos a este. Ni siquiera me quieren allí de verdad. *No necesito* volver a casa para esto.

Se la tiendo a Elliot, que la coge, la lee por encima y la deja caer sobre la mesa con desprecio.

—No vayas.

Me río, y la risa es tan hueca que siento que me agujerea por dentro.

—No puedo no ir, ya lo sabes.

Hace una mueca. Se recuesta contra el respaldo de la silla. Nos sostenemos la mirada menos de dos segundos antes de que lo diga, firme y dejando claro que no existe discusión posible:

—Dile a tu madre que llevarás un acompañante.

Esta vez la sonrisa que me estira las comisuras es de verdad y niego con la cabeza con cariño.

—No tienes que venir conmigo.

—Voy a ir. Te pongas como te pongas —advierte, y levanta una mano para hacerme callar cuando ve que abro la boca—. Espero que los Percy sean tan buenos anfitriones como alardean de ser, o tendré que extender el rumor de que pillé chinches en sus sábanas de seda.

Suelto una risita, y él sonríe y estira el brazo por encima de la mesa. Le cojo la mano y le doy un apretón.

—Gracias.

Su sonrisa se torna burlona.

—De gracias, nada. El traje a medida que llevaré corre de tu cuenta, amiga.

El día está siendo de lo más raro y por eso siento que no puedo parar. Si lo hago, tal vez me cueste demasiado volver a ponerme en marcha. Por eso me he ido directa a correr en cuanto ha acabado mi penitencia en la piscina. Trish me ha preguntado si estaba bien cuando nos hemos encontrado en el vestuario, ella llegando y yo saliendo. Y después me he cruzado con Gray y con Nate. Apenas les he dicho adiós. Oliver me ha alcanzado fuera, cuando ya dejaba atrás el pabellón. Ha preguntado: «Oye, ¿te pasa algo? ¿Estás bien?», y yo he forzado una sonrisa y le he dicho que sí, que iba a correr un rato y que hablaríamos más tarde.

Parecía preocupado, pero no ha insistido.

Y yo he subido el volumen de los auriculares mucho más allá del rango seguro del que te advierten cuando les pides un punto más, y he ahogado los pensamientos con música rock. He corrido tanto como he podido. Más allá de mis límites. Hasta vaciarme los pulmones de aire y la cabeza de problemas. Intentaban atacarme con cada golpe de suela en el pavimento. Paso. Beso. Paso. Tarjeta. Paso. Beso. Paso. Tarjeta. Paso. Beso. Hasta que el ritmo de los pasos ha dejado menos y menos espacio para tarjetas y para besos.

Cuando por fin he parado, empapada en sudor, agotada y sin aliento, solo quedaba el beso.

Así que me he armado de decisión y he vuelto hasta el pabellón deportivo.

Porque me prometí que nada iba a volver a borrarme la sonrisa. Me juré hace meses que mi familia no iba a volver a determinar mi valor. Que solo yo elegía cómo vivir mi vida y que iba a hacerlo de la forma más intensa posible. Vivir, sí. Tengo mucho por lo que hacerlo.

También voy a buscarlo porque Melissa me dio una lista de mandamientos y uno de ellos dice que no puedo quedarme con las ganas. Y yo me muero de ganas de repetir ese tonto beso desde el mismísimo instante en que los labios de Oliver dejaron de tocar los míos.

Ha acabado la hora de su entrenamiento. Si todo ha seguido su curso como debería, sus compañeros ya habrán salido. Él se habrá quedado entrenando solo un poco más. Siempre lo hace. Y después habrá ido a la ducha y aún seguirá allí.

Me cosquillea toda la superficie de la piel, por fuera y por dentro, cuando me lo imagino ahí, como ese día en que entré en los vestuarios y me confundió con otra persona por un segundo. Recuerdo con todo lujo de detalles la calidez del agua, el vapor que

nos envolvía, cómo ardía su piel cuando su palma me rozó los labios y... Ahora quiero que sea así por mí, que no haya confusión, que me esté esperando *a mí*.

La puerta del pabellón aún no está cerrada, así que no necesito pasar la tarjeta por el lector, solo la empujo, entro y espero un segundo hasta que vuelve a cerrarse a mi espalda. Presto atención y no se oye nada. Eso significa que los chicos ya han salido. Bien. Me acerco hasta la puerta del vestuario masculino con el corazón a la carrera, como si no se hubiera enterado de que hace ya unos cuantos minutos que hemos dejado de correr. Respiro hondo cuando tengo la manilla en la mano. Cada partícula de mí tira hacia allí, hacia dentro, *hacia él*, y la impaciencia me burbujea en el estómago.

Necesito besarlo. Para comprobar si fue algo o solo una ilusión. Para volver a sentirlo. Para respirar.

Abro con sigilo y me asomo. No está en ningún lugar a la vista, pero su taquilla está abierta. Paso por delante con pasos lentos pero decididos. Su móvil y su tarjeta están ahí, encima de la sudadera que me prestó el lunes cuando contemplábamos las estrellas en el tejado. Solo dos pasos más. Oigo el agua de la ducha. Un paso más y llego a la vuelta de pasillo que lleva hacia allí.

El corazón se me congela a medio latido. Las cosquillas de la tripa se afilan y se convierten en cuchillas de hielo. El pecho me aúlla.

Porque no está solo.

Gray está a un solo paso de la ducha, con el pelo revuelto, el pecho lleno de gotitas que le resbalan despacio sobre la piel, el bañador aún empapado de la piscina... y besando a Beatrice Cox.

Y mi corazón hueco y yo damos media vuelta y nos vamos por donde hemos venido.

No pasa nada, debería haberlo sabido antes de colarme: nunca ha habido sitio para nosotros aquí.

34

VUELVE AL LUGAR DONDE FUISTE FELIZ

Oliver

Creo que le he gruñido a Nate cuando me ha preguntado si de verdad pensaba quedarme un rato más. No sé muy bien lo que le he dicho, pero, sea lo que sea, ha funcionado. Y yo me obligo a mantener el ritmo en un nuevo largo, mientras intento no darle vueltas a todo lo que hay fuera de la piscina.

Es imposible. Es demasiado..., *es demasiado*. Porque no puedo parar de pensar en lo de ayer. En los establos, en su sonrisa, en lo que...

«Bésame a mí».

«Bésame, Oliver».

Y luego..., joder, *el beso*. Si eso es un beso tonto, no me quiero ni imaginar lo que podría llegar a ser si Casey Adams besa de verdad. Si te besa porque quiere besarte. Si lo hace porque siente exactamente lo mismo que sentí yo cuando nuestros labios se tocaron y el mundo dejó de existir.

A lo mejor quiero comprobarlo.

Es una locura. Lo es, ¿no? Porque Casey es... Es Casey. Y es chillona y vibrante y caótica y desestabilizante. Es demasiado *todo* y quizá por eso siento que ese beso se me ha colado por cada recoveco y se me ha anclado a lo que queda debajo de la piel. No puedo librarme de lo que me hizo sentir. Tampoco puedo deshacerme de las ganas de besarla de nuevo. Solo para comprobar que no significa nada. Solo porque fue muy inesperado y seguro que confundí la magnitud de lo que sucedió y, en realidad, no fue para tanto.

Yo qué sé. Solo había besado a otra chica antes, así que no tengo mucho con lo que comparar. Puede que un beso siempre sea de esa manera, ¿no?, por eso a la gente le gustan tanto. No tiene que ver con que fuera ella, con su sonrisa y sus ojos grandes y su olor a fresas; simplemente, cuando besas a alguien es como una explosión. Siempre. No es igual con Bee desde hace tiempo, claro, pero eso solo es por todas las emociones encontradas que forman enredaderas entre nosotros. Con Casey no hay nada que enrede y por eso el beso no se vio opacado por ninguna otra cosa.

Tiene que ser eso. Ya está.

Solo necesitaría besarla otra vez para que todo esté claro y quitarme cualquier estúpida duda de la cabeza. Fácil, ¿no? Solo es Casey, puedo decirle que me bese otra vez, en plan experimento. Puedo explicárselo y ya está. Seguro que me echa una mano... o unos labios. Al fin y al cabo, soy su quinto mandamiento. No yo, claro, sino mi corazón roto. No es nada personal.

Y mi corazón, el que debería estar agonizando hecho pedazos, se vuelve loco cada vez que vuelvo a ese momento y me acuerdo de..., joder, *del beso*.

No puedo más.

Lo peor es que Casey lleva rehuyéndome desde ayer. Y eso es raro y también es inquietante y no tengo ni idea de qué le pasa, porque cuando me fui de los establos estaba como siempre. Como si no hubiera pasado nada. Como si de verdad hubiera sido un beso tonto y nada más. Pero luego no vino a cenar, Elliot puso una excusa por ella que nadie se creyó. Y esta mañana se ha sentado muy lejos a desayunar. He tenido que poner tanto esfuerzo en no mirarla que para cuando he llegado a clase me dolía la cabeza. Y cuando nos hemos cruzado al llegar yo a la piscina estaba muy rara. A ver, es Casey *pirada* Adams, es rara. Pero hoy lo está de un modo diferente. No puede ser por mí, ¿no?

Tengo que hablar con ella o me volveré loco del todo. Puedo hacerlo, solo es ella. La chica que me compara con un pingüino y que celebra cada marca que bato en el agua y que sonríe como si yo fuera divertido. Que me mira como si valiera la pena mucho más de lo que creo. Nos hemos reído de todo y ya conoce casi todas las cosas de las que me avergüenzo, así que decirle que me vendría bien besarla otra vez no puede acobardarme ahora.

Bueno, ya está bien, se acabó dar vueltas en la piscina y en mi cabeza. Voy a salir de aquí e iré a buscarla antes de la cena. Así esta tontería del beso dejará de parecer tan enorme.

Salgo, recojo mis cosas y me voy directo al vestuario. Desbloqueo la taquilla, lo dejo todo allí de cualquier manera y me llevo solo una toalla limpia para cuando salga de la ducha. Me muevo hasta allí, abro el grifo para que se vaya templando el agua y dejo la toalla en el gancho que hay a un lado, en la pared. Entonces oigo la puerta y vuelvo la cabeza hacia la fuente de sonido. Pasos.

El corazón se me desboca y se me sube a la garganta. Porque a estas horas, aquí, así, solo puede ser ella..., ¿no? Y si viene a

buscarme es porque quizá también necesita salir de dudas. Porque quiere repetir ese beso.

—¿Casey?

La veo asomarse en la vueltecita del pasillo que viene a las duchas. No es Casey. Es Bee.

Me dedica una sonrisa casi tímida, un poco triste. Niega con la cabeza y el pelo rubio le baila sobre el pecho.

—No soy Casey.

Frunzo el ceño. Estoy... No sé cómo estoy. Confuso. Incómodo. ¿Decepcionado? No tiene ningún sentido.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con voz estrangulada.

Se acerca y, con cada paso que da, mis emociones encontradas batallan con más fiereza. Se me planta delante y yo no puedo parar de temblar.

—Lo siento —susurra, y su aliento me hace cosquillas sobre los labios—. Te echo de menos, Gray.

Niego con la cabeza, y la piel se me tensa bajo las palmas de sus manos cuando las posa en mis costados.

—No, Bee.

Alza la mirada y nuestras pupilas conectan y siento cómo las suyas se me clavan y hunden las uñas en mi mente. No puedo...

—¿Te estás enamorando de ella?

Tiene los ojos arrasados en lágrimas. Y lo pregunta de un modo que casi parece una afirmación. No me hace falta preguntar a quién se refiere y esa es la peor parte.

—No —digo, con apenas un hilo de voz.

Y algo se me retuerce en el pecho y chilla, pero los ojos de Bee lo hacen callar de un plumazo.

Sus manos suben veloces, se amoldan a mis mejillas y tira de mí para pegarme a sus labios. Y yo respondo. Porque es lo más natural,

es una vieja costumbre. Es lo que siempre hago cuando a Beatrice le apetece jugar: solo le sigo el juego. La memoria muscular me lleva a plantar las manos en sus caderas, y ella me guía hasta que atrapo su cuerpo contra la pared.

Y estoy besando a Bee y no siento... Mierda, estoy besando a Bee y no siento que desaparezca el mundo. La chica a la que prometí que siempre sería el amor de mi vida me besa con desesperación y yo no puedo parar de pensar que esto no está bien. Así que la beso con más ganas. Intento rescatar la emoción de..., la de un beso tonto, supongo. Pero esto no lo es.

Me aparto de golpe, retrocedo abrumado y mi espalda choca con la pared del otro lado. Bee me mira con los ojos muy abiertos, con los labios separados y algo hinchados por la fuerza del beso y yo no puedo parar de pensar en que... no.

No ha explotado.

—Gray...

Intenta acercarse y yo me hago a un lado para esquivarla.

—¿Qué te pasa? —pregunta, titubeante, a mi espalda.

—No, Bee. —Me vuelvo a mirarla, y jamás me había sentido tan desordenado por dentro—. No puedo.

—¿Qué?

—No quiero volver a esto.

—Pero...

—Vete, por favor.

Le tiembla el labio cuando da media vuelta y me da la espalda. Luego sale corriendo de aquí.

Y yo me meto en la ducha, me libro del bañador y dejo que la cascada de agua arrastre todo lo que ya no quiero llevar sobre la piel.

Creo que ahora mismo ni siquiera sé muy bien quién soy.

Pero no echo de menos al que era antes.

35

FINGE HASTA QUE TE LO CREAS

Casey

He seguido corriendo. No sé por qué. Tampoco tenía ningún sitio a donde ir con tanta prisa. Solo he corrido y ya está. He intentado ignorar el escozor que sentía y lo he tapado con algo que escociera más. Volver a casa. Enfrentarme a todo lo que pasó. A lo que hice. A lo que me hicieron *a mí*.

Después, he ido a la habitación, me he duchado y me he vestido para la cena como si vistiéndome de mí misma fuera a conseguir sentirme yo otra vez.

Elliot me estaba esperando en la puerta del comedor. Le he sonreído, le he dicho que todo iba bien y he puesto los ojos en blanco cuando no se lo ha creído. Y, si no hubiera tenido importancia, ahora le contaría lo del beso, mientras esperamos en la fila a que nos sirvan la cena. Pero no le digo nada.

Y luego vamos hasta la mesa de los nadadores, me siento en la silla junto a la de Gray, como siempre, y disimulo. Hago como si no

hubiera cambiado nada. Oculto el modo en que se me pone la piel de gallina y a mi corazón se le olvida latir cuando me roza sin querer. Finjo que no me duele.

—Eh —le digo en voz baja cuando nuestros amigos están ocupados discutiendo sobre el último hilo de cotilleo como si yo (coprotagonista) no estuviera delante—, te daré vacaciones lo que queda de semana porque sé que estás nervioso por la competición del sábado. Pero cuando vuelvas te enseñaré un poquito de seducción para que no quedes como un panoli cuando intentes ligar con el clavo que saca otro clavo, ¿vale?

Fuerzo la sonrisa burlona. Él me mira como si hacerlo fuera una tortura.

Y a lo mejor después de lo que he visto en los vestuarios no hay clavo capaz de desplazar al que tiene bien profundo en el pecho y que no deja de hundir más y más a base de martillazos, pero yo tengo un mandamiento que cumplir. Y no es nada personal, y no debería haber dejado que lo fuera.

—Casey... —dice, en un susurro atormentado.

—Venga, seré buena contigo —sigo, burlona—. De momento, céntrate en batir tu marca, nadador.

Le ofrezco el puño, para que lo choque y cerrar el trato. Duda solo un segundo y luego lo hace.

—Vale.

—Vale.

Le guiño un ojo, y se pone rojo.

Y entonces Nate nos pregunta algo y yo sigo fingiendo. Ahora voy a fingir que ni siquiera lo tengo al lado.

Elliot se ha apuntado al club de cine que empieza esta semana, y se reúnen los miércoles después de la cena, así que yo pongo como excusa que estoy cansada para poder huir a mi cuarto.

Bee no está. Me tumbo sobre la cama y miro el techo. Y luego me pongo los auriculares y escucho la lista de reproducción de canciones de Justin Bieber que hizo Melissa.

Solo tengo que creer que todo es normal y lo será.

Es fácil. Tengo práctica.

La sonrisa siempre acaba por convertirse en verdad cuando la finges tan bien como yo.

5 de noviembre de 2025
23.16 h
Tienes un mensaje nuevo

[Rain]:
¿Sabes lo de ese beso?

[Gray]:
Sí.

[Rain]:
Significa algo.
[Rain]:
Siempre lo hacen.

[Gray]:
Lo sé.

[Rain]:
Pero no puede volver a pasar.

[Gray]:
Vale.
[Gray]:
No volverá a pasar.

36

NO DEJES SALIR A CROL

Oliver

—¿Has preparado la bolsa?

Nate abre mi equipaje sin ningún reparo y se pone a cotillear lo que he metido para el viaje a la primera competición. Nos vamos mañana por la tarde y estoy tan nervioso que seguro que se me ha olvidado hasta el bañador. Saca algo del fondo y me mira con una sonrisilla. Luego, gira la cabeza para mirar a Trisha, que está sentada sobre mi cama tecleando en su móvil y acariciando a Crol con la otra mano. Vuelve a buscar mis ojos muy rápido.

—¿Qué es esto, tío?

Es el libro que me regaló Casey, el que tiene un dragón azul en la portada y del que ya he leído más de la mitad. No se puede decir que Nathaniel Sanders sea el tío más observador de por aquí, la novela lleva en mi mesilla los cinco días que hace que él está de vuelta en el internado.

—Es un libro —respondo con una obviedad.

—Ya lo veo. ¿Lo has comprado tú?

Pongo los ojos en blanco.

—Me lo regaló Casey.

Trish lo deja todo para estudiarme muy cuidadosamente con la mirada.

—¿Casey te regaló un libro? —pregunta, con una ceja alzada.

—Sí. Estaba buscando algo a lo que pueda dedicar mi tiempo según su «proceso» y le dije que de pequeño me gustaban los dragones. —Carraspeo y añado—: Me flipan los dragones, y no podéis reíros por ello.

Nate suelta una carcajada.

—¿Reírnos? ¿A quién no le flipan los dragones?

Vale, creo que Casey y él se parecen demasiado en algunas cosas. Los dos son extremadamente positivos, están evidentemente pirados... y los dos me sientan bien. Desde que todos han vuelto al internado, Elliot y la chica vendaval han empezado a sentarse con nosotros en la mesa del comedor casi todas las veces en que coincidimos allí, y creo que Nate y ella están encajando muy bien. Tal vez demasiado. Es posible que en cualquier momento nos arrastren a una locura de la que no saldremos ilesos.

—Ya —digo, un poco inseguro—. Pues eso.

Trisha se levanta del colchón, deja a Crol en el suelo y se acerca para estudiarme con más ahínco. No sé qué demonios les pasa a los dos.

—Gray, ¿estás seguro de que en esas dos semanas con Casey no pasó nada? ¿El plan sigue siendo el mismo? ¿Es una tapadera y nada más?

Aparto la mirada. Me llevo una mano a la nuca. Me mordisqueo la parte interna de la mejilla.

—Claro. Nada más. Está pirada, ya la conocéis.

—A mí me gusta —aporta Nate, y, cuando alzo la vista hasta su cara, tiene una sonrisa muy engreída bailándole en las comisuras de los labios—. ¿No te importa si me enrollo con ella?

Siento cómo una absurda bola de fuego me sube y me baja por la garganta. ¿Qué es lo que me pasa?

—Claro que no. ¿Por qué me iba a importar? —consigo articular al final, y un picor incómodo me irrita la coronilla.

—Bueno..., porque es *tu Casey*.

Mi... ¿qué? ¿Yo no he pensado eso también alguna vez antes?

—No es *mi Casey* —escupo de mala gana.

—Ya, tío. O sea, aún no, pero, ya sabes.

—No. No tengo ni idea de lo que me estás hablando —aseguro con firmeza, y no puedo parar de rascarme el lateral de la cabeza porque la insistencia de mis amigos me está dando urticaria.

Lo único que sé es que hace tres días, mientras escuchábamos música y mirábamos las estrellas, pasé todo el tiempo buscando la forma de sus lunares en cada constelación. Pero eso es un juego inocente, ¿no? Y también que hace dos días hubo un beso. Joder, *ese beso*. Un beso que no significó nada, aunque... lo fue *todo*. Y que, después de eso, y por mi estúpida y absurda confusión, y porque ella lo dejó todo claro, he estado evitándola un poco, o quizá me ha estado evitando ella a mí. O puede que simplemente por fin hayamos vuelto a la rutina y ya no vayamos a tener tanto tiempo para buscar tonterías de las que disfrutar juntos. Y estoy genial, mucho mejor que antes de ella, eso seguro, pero creo que... ¿echo de menos cuando solo estábamos los dos? Y no paro de pensar en que necesito repetir ese beso, solo para corroborar que de verdad fue un beso tonto y nada más. Sí, deberíamos repetirlo..., como un mero experimento, claro. Es una locura, y ella ha dejado clarísimo que no puede volver a pasar, así que no lo pienso demasiado.

También está el hecho de que Bee me besó y yo sentí... Yo *no sentí* lo que debería haber sentido. Y eso me ha dejado náufrago y a la deriva, porque lo que tenía con ella, lo que sentía por ella, es algo a lo que llevo aferrándome desde los once años para no perderme. ¿Quién soy ahora, si no soy suyo?

—Da igual, quiero que sepas que la lealtad de amigos va por encima de cualquier otra cosa y que no voy a hacer nada con ella, ¿vale?

Suelto un suspiro exasperado.

—Muy bien. Lo que quieras. Me da lo mismo, Nate. ¿Puedo ir al baño?

No necesito ir, pero voy a alejarme corriendo de esta conversación. Retrocedo hasta la puerta y la abro para salir al pasillo. A lo mejor no vuelvo hasta la hora de cierre de las residencias, cuando Trish ya haya tenido que irse, así me habré librado de la mitad del problema.

—Gray... —me llama ella.

—Voy al baño.

—Gray... —Ese es Nate.

—Ahora vuelvo.

—¡Gray! —Los dos a la vez y al unísono, qué compenetración.

Me quedo parado con el pomo en la mano y la puerta a medio abrir.

—Tienes que ceñirte al plan con Casey —advierte Trisha—. Y tú, Nate, tienes que mantenerte muy al margen, que nos conocemos. No puedes dejar a Gray sin tapadera, ¿te acuerdas?

Ya. Su dichoso y absurdo plan. Supongo que ahora es mi dichoso y absurdo plan, si lo estoy llevando a cabo.

—Eh, tranquila, era broma. Nada de enrollarme con Casey, lo juro.

—Tampoco es como si ella fuera a enrollarse contigo, o algo, pero vale.

—¿Qué? Perdona, ¿me has mirado bien, chica? Todas y todos menos tú quieren liarse conmigo... ¿Me has visto sin ropa?

—Eres pesadísimo.

—Por eso me quieres.

—Yo no... ¡Crol!

Esa bola naranja de pura maldad se me cuela entre las piernas y huye hacia el pasillo, a pesar de la desesperación con la que su humana favorita grita su nombre.

—Pero ¡¿qué haces?! ¡Ve a por él!

—¡Joder, Gray!

—Mierda —mascullo entre dientes.

Al final, pase lo que pase con el dichoso gato, siempre es culpa mía. Y, por si fuera poco, soy el pringado al que le toca perseguirlo todas las veces que le da por explorar donde no debe.

Me lanzo al pasillo para que no se escabulla antes de poder ver hacia qué lado va. Tengo que frenar de golpe cuando estoy a punto de chocar contra alguien. No lleva el uniforme. Viste como si, en vez de en el comedor, hubiera cenado en un restaurante carísimo. Zapatos elegantes, pantalones planchados con raya, un chaleco..., y tiene a Crol entre los brazos sin miedo a que le desgarre la yugular con una sola uña. ¿La peor parte? El maldito gato parece encantado. Debería regalarlo y que se vaya a vivir con cualquier otro pobre tonto. Este pijo sería una buena víctima, por ejemplo.

Levanto la mirada para descubrir la cara del pijo en cuestión. La tengo que alzar, sí, porque el héroe conquistador de Crol es más alto que yo. Aquí, delante de mis narices, con una sonrisa, y todo amabilidad y buenas formas, el puto Ian Walden me mira, echa un

vistazo a Nate y a Trisha (que *no* debería estar aquí), sonríe divertido y pregunta:

—¿A vosotros se os ha perdido un gato?

Hasta el asqueroso traidor felino de Crol lo elige a él antes que a mí.

Y, para el principito, a partir de ahora y por este estúpido accidente, ya no voy a ser solo otro alumno más del montón.

Me parece que acabamos de meternos en un lío.

—¿El principito? Espera... ¿El gato prefiere incluso al principito antes que a ti?

Tuerzo el gesto. Elliot está graciosísimo esta mañana. Tanto que, si no fuera porque Casey no deja de vigilarme a mi lado en la mesa, ya se habría ganado, como mínimo, un codazo.

—Se va a chivar —se lamenta Trisha en voz baja.

—Ese pijo estirado no se va a ir de la lengua —dice Nate, que es probablemente el más pijo de entre nosotros, con una sonrisa confiada—. ¿Por qué iba a hacerlo?

Alzo las cejas. Me señalo. Luego señalo a Trisha. Y luego señalo todo alrededor agitando los brazos como si estuviera convulsionando. Casey tiene que apartarse a un lado para que no le dé un golpecito sin querer.

—Perfil bajo, Gray. Ni siquiera sabe que existes. Seguro que anoche se fijó más en mí que en ti, ¿no? —especula Trisha—. ¿Por qué te crees tan importante?

—Eso mismo le dije yo una vez —aporta la chica vendaval, en un tono de lo más burlón.

Nadie se está tomando esto en serio.

—Eso ha sido un golpe bajo —le dice Nate a nuestra amiga en un murmullo que todos oímos igualmente. Luego sigue, con las manos en alto para imponer cordura, como si le sobrara —: Nadie va a decir nada. Porque a él no le importa si Trisha entra o sale o pulula. Porque seguro que todos tenemos secretos que no queremos que lleguen a oídos de dirección, ni de cierto perfil de red social. Y porque no lo va a hacer y ya está, vaya. A partir de ahora, tendremos más cuidado y punto.

—Parece un buen plan. —Casey le da la razón, como siempre últimamente, y Nate le ofrece el puño para que se lo choque por encima de la mesa, cosa que ella hace al instante.

Mira, si se gustan tanto, que se enrollen de una vez. Uf.

Elliot se inclina sobre las bandejas de nuestros desayunos para que todos podamos oírlo con claridad, aunque hable en un tono muy discreto:

—¿Os he dicho ya que Ian Walden está conmigo en el club de cine?

—¿Ian está en ese club?

—¿Tú estás en el club de cine?

—Espera, ¿hay un club de cine?

La última duda razonable es de Nate. Elliot lo mira con fingido desprecio y hace una mueca que da a entender que no sabe cómo ha llegado hasta aquí siendo tan cabeza de chorlito. Suele mirar así a la gente de vez en cuando, antes me molestaba un poco y ahora creo que es bastante gracioso. A Elliot Long, como a su mejor amiga, hay que conocerlo para quererlo, pero me parece que, una vez que llegas a ese punto de inflexión, ya no hay vuelta atrás.

Casey es la única que no parece sorprendida por la noticia. Claro, esos dos se lo cuentan todo. Por un segundo, se me olvida el tema tan importante (vital, de hecho) que estamos tratando aquí, y me

pregunto qué es lo que la chica vendaval le habrá contado sobre mí a la persona más importante para ella. ¿Le habrá hablado a Elliot de... *el beso*? ¿Me gustaría saberlo, siquiera? Tal vez sea mejor seguir viviendo en la ignorancia, donde solo existen ilusiones y no realidades.

—Hay un club de cine. Yo estoy en el club de cine. El principito está en el club de cine. Aún estáis a tiempo de uniros, si queréis. Acaba de empezar a la vuelta de las vacaciones. Hace dos días fue la primera reunión. Nos vamos a juntar cada miércoles después de la cena para ver una peli, sobre todo clásicos.

Nate parecía bastante emocionado con la idea hasta que ha oído lo de «clásicos», entonces ya ha torcido el gesto y ahora se dedica a mirar alrededor como si buscara algo más interesante con lo que entretenerse.

—Vale, vale, no todos a la vez, por favor —ironiza Elliot, al ver que nadie responde a su propuesta—. El caso es que, si queréis o lo necesitáis, podría intentar acercarme un poco al principito. Tantearlo. Si alguien de este grupito le cae bien será menos probable que denuncie lo del gato y la chica que no debería colarse por las ventanas, ¿no?

Casey abre la boca, la vuelve a cerrar y luego dibuja una sonrisa de medio lado.

—Creía que esta no era nuestra movida, amigo.

Elliot se encoge de hombros, se pone rojo, nos mira a nosotros tres, uno por uno, como resignado, y dice:

—A lo mejor un poco sí que lo es.

Nate se estira hacia él para pasarle un brazo por los hombros.

—¡Eh! ¡Este chico nos quiere! —exclama en voz muy alta, y se ríe mientras el pelirrojo intenta librarse de él.

Trisha da un golpe en la mesa para restaurar el orden y los dos se quedan quietos y recuperan muy rápido la compostura. Casey y yo nos sobresaltamos a la vez.

—Nunca habíamos tenido la posibilidad de tener un infiltrado en las líneas enemigas, me gusta —sentencia Trish con una sonrisa satisfecha.

—A mí no me parece que Ian sea el enemigo —aporta Casey, que se gana una mirada dura, y tres miradas confusas—. La verdad es que siempre he pensado que tiene pinta de ser un tío muy tranqui. A mí me da buenas vibras.

Le doy una patadita por debajo de la mesa. Me mira, hace un gesto de disculpa y se encoge de hombros.

—Vale. —Trisha toma la palabra de nuevo—. Independientemente de las fantasías que tenga Casey en la cabeza, estaría muy bien tener ese contacto. Podríamos averiguar si el principito tiene alguna sospecha sobre Gray. Y, ya que estamos, también podríamos indagar un poco más sobre *The Royal Blab*. Si es Bee, como pensamos, tal vez el principito sepa algo.

Casey se ríe entre dientes.

—Se os está yendo de las manos lo de las intrigas palaciegas. —Señala a su mejor amigo con un dedo—. Esto deberías estar diciéndolo tú y no yo.

Él sonríe.

—Creo que me he cambiado de bando.

Suena el timbre que anuncia que solo quedan quince minutos para que empiecen las clases. Trisha se pone de pie y se inclina hacia el centro de la mesa para que todos la oigamos, aunque solo habla con uno de nosotros:

—Elliot, tienes una nueva misión: ve y hazte íntimo del principito.

Y ahora el que no quiere saber nada de nada de esta movida soy yo. Casey tampoco parece muy convencida de que sea una buena idea cuando camina a mi lado saliendo del comedor, unos pasos por detrás de los otros tres, que van cuchicheando y planeando maldades como un aquelarre de brujas.

Y entonces llega la notificación.

Y *The Royal Blab* vuelve a mencionar mi nombre.

08.18 h
7 de noviembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

¿Os acordáis de Gray? Nadador notable, chico invisible, aspecto anodino. Tiene un secreto. Uno fascinante. Ah, no, esperad, tiene dos. Uno sugerente, clandestino, marcado con pintalabios rojo. Y otro más salvaje, sigiloso y de uñas afiladas.
Vigiladlo de cerca, porque puede que siga dando de qué hablar. En la piscina... o fuera de ella.
¿Cuántos secretos más nos has estado ocultando, Gray?
Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

37

SIGUE NADANDO

Oliver

Hemos llegado a Birmingham a la hora de cenar. El hotel donde nos han hospedado se jacta de ser el mejor de la ciudad, aunque la moqueta del cuarto que voy a compartir con Nate esta noche está bastante hecha polvo.

Estoy nervioso, eso por descontado, pero también con ganas. Quiero que sea mañana y lanzarme a la piscina y hacerlo lo mejor que pueda. No sé si eso será suficiente, vale, y, aun así, hay que intentarlo, ¿no? Ojalá Casey estuviera aquí para repetirme una vez más, fingiendo estar de lo más exasperada por mi falta de confianza, que voy a dejar a todo el mundo con la boca abierta. Elliot y ella nos han acompañado a la puerta del autobús que nos ha recogido en Liberty Haven. La chica vendaval me ha llevado la bolsa porque decía que un deportista profesional necesita un ayudante y que ella ya tiene experiencia. Me he sentido mejor, y luego me he sentido peor. En el momento en que el autobús ha dejado atrás el colegio y

a esos dos payasos con cartulinas de «Buena suerte» y «*Otters lovers*», me ha faltado su sonrisa de ánimo y me ha vuelto el nudo del estómago.

Trish se ha pasado todo el viaje durmiendo. Nate, por su parte, no paraba de lanzar miraditas a uno de los chicos mayores, seleccionados de nuestra escuela hace un par de cursos y que ahora entrena en las instalaciones del internado para prepararse para las competiciones y las Olimpiadas, y me ha repetido como un millón de veces que acababa de encontrar al amor de su vida. He intentado pedirle que se centre en lo de mañana, y luego me he dado por vencido. La parte buena es que me ha hecho reír mucho. La parte mala es que ese chico no solo ha venido a competir en su categoría, también a juzgarnos a nosotros. Le dirá a su entrenador quién del Liberty Haven podría merecer la pena y quién no..., y no me gustaría que me catalogara como el amigo del acosador.

Acabamos de volver al cuarto después de la cena y de pasar un rato con Trish y el resto de nuestros compañeros en la recepción del hotel. Yo me he desahogado en susurros con Trisha (exceptuando lo del beso tonto con Casey, eso no lo he contado), solo para ganarme unos cuantos reproches nuevos. Mi mejor amigo no ha parado de tontear con el nuevo amor de su vida, con el que ha sentido un flechazo y ahora el amor a primera vista se está afianzando con palabras, según él. Ha ocupado el baño y creo que se está perfumando. Espero que no sea cierto y que se vaya a dormir temprano, como debería hacer.

Lanzo mi bolsa sobre el colchón de la cama en la que dormiré y abro la cremallera para sacar el pijama.

Nate sale del baño y rebusca en el bolsillo lateral de la suya. Cuando vuelvo la cara para mirarlo, veo que se está guardando el envoltorio de un preservativo en el bolsillo.

—Nate... —advierto, y él hace una mueca.

—Siempre hay que usar protección, tío —dice, con su habitual aire alegre y despreocupado. Se acerca y me da un beso en la mejilla—. No volveré tarde.

—Mañana es un día importante... ¿No lo puedes dejar para después?

Hace una mueca.

—Las oportunidades no esperan a «después», ¿es que Casey no te ha enseñado nada? —bromea. Levanta la mano derecha y me muestra un trocito de papel sujeto entre dos dedos—. Isaiah me ha dado su número de habitación.

Sacudo la cabeza, aprieto los labios y sigo a lo mío. Tampoco soy su niñero, ¿no?

Abro la bolsa y saco la prenda que hay más arriba, la sudadera que le presté a Casey el lunes viendo las estrellas y que aún no he lavado de nuevo porque me gusta que huela a fresas. Y entonces veo algo debajo. Frunzo el ceño, lo saco de entre la ropa y lo levanto.

Es un peluche de una cría de pingüino emperador.

Suelto una carcajada sin poder evitarlo, y la sonrisa se niega a abandonarme incluso cuando Nate se cuelga de mi hombro y se asoma a cotillear.

—Tío —dice, antes de largarse con su rollo de esta noche—, no sé si te has dado cuenta, pero yo sí: desde las vacaciones, te ríes mucho más.

Me guiña un ojo antes de desaparecer. Me siento al borde del colchón y contemplo al pequeño pingüino.

Y creo que Nate tiene razón.

22.07 h
11 de noviembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Ah, nuestro pequeño chico de la beca lo petó en la piscina de los Dolphins de Birmingham Downing School el sábado, ¿ya os habéis enterado? Tiene talento para nadar... y probablemente para nada más, pero ¿a quién le importa? Tampoco esperábamos otra cosa de él, ¿no es verdad?

Este perfil se pregunta si tal resultado se debió, en parte, al beso de buena suerte que alguien le dio en los vestuarios masculinos del pabellón deportivo unos días antes.

Conozco tus secretitos, Gray. ¿Lo cuentas tú o se lo cuento yo?

Sea como sea..., tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

38

NO NIEGUES UN PEQUEÑO FAVOR

Casey

La crisis de esta mañana es de las gordas. Gray está sentado a la mesa del desayuno con sus dos inseparables cuando entro en el comedor y me pongo en la fila. Lo reconozco porque, a estas alturas, lo reconocería en cualquier parte, no porque se esté dejando ver mucho. Se ha puesto una sudadera ancha por encima del uniforme y lleva la capucha bien calada en la cabeza.

Voy hasta allí y me siento a su lado en cuanto tengo la bandeja llena.

—Te das cuenta de que así estás llamando mucho más la atención, ¿no? —le digo, despreocupada, y doy un tironcito suave del borde de la capucha para bajársela aún más sobre la cara.

Me mira con desesperación. Tiene los ojos hundidos y apagados y unos cuantos mechones ondulados de pelo oscuro rozándole las pestañas. Noto un cosquilleo empezando a tomar forma en la boca del estómago, así que aparto la mirada, me siento muy recta en la

silla y me como un gajo de naranja, a ver si el ácido lo mata. Parece que funciona. A lo mejor solo era hambre.

Trisha y Nate tienen una expresión muy parecida a la de su amigo. De pánico. Sonrío para templar los ánimos.

—Menudo drama, ¿eh?

Trish resopla. Nate esconde la cara entre las manos.

—¿Quién más lo sabía, aparte de nosotros? —le pregunta ella a Gray, pasando descaradamente de mí.

Alzo las cejas y miro a mi quinto mandamiento, que no me devuelve la mirada ni de casualidad. ¿Se lo contó a sus amigos y no a mí? Vale, yo lo vi todo, pero él no lo sabe, y me ha estado ocultando deliberadamente esta información que, como su hada madrina en todo este asunto, debería conocer yo antes que nadie. ¿Y se lo cuenta a estos dos, que lo único que hacen es recordarle lo tonto que es a cada tropiezo? Vale, se lo merece, pero esa no es la cuestión. Yo no iba a juzgarlo. De hecho, no lo hago. Me picó un poquito en su momento, sí, pero no puedes dejar que cosas como esa te amarguen los días, ¿no? Es mejor apreciar lo que tienes que llorar por lo que no puedes tener. Las lágrimas no te dejan ver el bosque y todo ese rollo. Es parte de mi lema de vida. Y mi séptimo mandamiento dice que tengo que aprender de las cagadas y perdonarme por ellas y supongo que emocionarme por un beso tonto, sabiendo lo que Gray siente por otra y por nadie más que por ella, fue una pequeña cagada. La estoy procesando. Estoy aprendiendo. Estoy mejorando.

Y yo también sabía lo que pasó en ese vestuario la tarde del miércoles, pero voy a reservarme esa información para mí de momento, porque no quiero que las sospechas de Trisha *la chunga* en modo detective se vuelvan contra mí. Bastante tengo yo con mis propias movidas.

—Nadie —responde él con firmeza.

Discrepo. La puerta del pabellón no estaba cerrada, ni siquiera se dieron cuenta de que yo estaba allí. Y, si yo los vi, podría haberlos visto cualquiera.

—Excepto *ya sabéis quién* —masculla Nate.

Gray pone los ojos en blanco.

—¿Qué más pruebas necesitáis de que ella es *The Royal Blab*? —susurra Trish, que se inclina sobre la mesa para que le prestemos toda nuestra atención.

—Ahora mismo no importa quién es ese estúpido perfil —se lamenta Nate—. Lo único que importa es qué podemos hacer para que no airee por ahí esa información tan sensible que no queremos que le llegue al principito que podría desterrarte.

Se me escapa una risita. Me miran como si me hubiera vuelto loca. Ya sé que están preocupadísimos y se toman esto muy en serio y piensan que Ian Walden es poco menos que Al Capone, pero me parece un poco exagerado.

—Venga, no será para tanto. —Giro el torso para mirar solo a Gray —. Me da la impresión de que no es tan malo como lo pintáis. Y, aunque lo fuera, si *The Royal Blab* quisiera contarlo, ya lo habría hecho. Parece más bien que está jugando contigo, ¿no crees?

Indaga en mis ojos con tanto ahínco que me cuesta un poquito más respirar.

—¿Y por qué iba a jugar conmigo? No tiene sentido.

Me encojo de hombros.

—Yo qué sé... ¿Porque eres graciosísimo cuando te agobias? —pruebo en tono inocente—. Creo que le estáis dando lo que quiere. Deberías actuar con normalidad y como si no tuvieras nada que ocultar, y la gente dejaría de preguntarse por qué tienes tantos

secretitos. Lo estáis empeorando con vuestros cuchicheos mañaneros.

Elliot aterriza en la silla que queda libre junto a Trisha. Aún tiene cara de dormido.

—Buenos días —saluda con la voz ronca. Luego mira directamente a Gray—. ¿Te besaste con *ya sabes quién* en los vestuarios la semana pasada?

—Lo hizo —confirma la detective privada por él.

Elliot resopla y se frota un ojo con pereza.

—Eres tonto, Gray.

Vaya. Se le están contagiando muy rápido las peores cualidades de Trisha. El pobrecillo Gray, que está volviendo a ser patético sin vuelta atrás, alza las cejas y abre un poco la boca. Ya. Yo tampoco me lo esperaba.

—Bueno, esto confirma que es ella, ¿no? —sigue Elliot—. ¿O había alguien más allí?

—Eso digo yo —lo apoya su nueva mejor amiga.

—Lo importante es qué vamos a hacer para apagar este fuego —insiste Nate—. Hay que adelantarse a sus movimientos.

—Deberías enrollarte con él delante de la gente —opina Trisha, y me cuesta un par de segundos de más procesar que me está mirando a mí. Que me está *hablando* a mí—. Tiene lógica, ¿no? Se os ha visto juntos por ahí últimamente, sois amigos, tenías motivos para estar en la piscina esa tarde. A la gente le parecerá que todo cuadra. Y, si ese perfil dice lo contrario en algún momento, al menos tendremos la duda razonable de nuestro lado. ¿Por qué iba a estar Gray besándose con quien no debe en los vestuarios, cuando está liado con Casey Adams, que, casualmente, pasa mucho tiempo en el pabellón deportivo? Esa es nuestra manera de adelantarnos. Vamos

a darles una historia sólida frente a lo que serán meros rumores y cotilleos.

Abro la boca. Intento decir algo, de verdad, pero es que no tengo ni idea de qué responder a eso.

—Parece un buen plan —aporta Nate, con una sonrisa traviesa.

—¿Qué? —decimos Gray y yo al mismo tiempo.

Su voz suena estrangulada. Supongo que la mía no se queda atrás.

—No voy a enrollarme con él —digo, en voz baja y con mi tono más burlón. A veces lo utilizo para disfrazar cosas más espinosas y, en este caso, la perspectiva me está haciendo temblar un poquito en anticipación—. Es una locura.

Gray me está mirando con los ojos cargados de demasiadas cosas que me cuesta interpretar. Parece un poco... ¿dolido? Bueno, ya debería estar acostumbrado a los rechazos, ¿no? Su ex no para de darle calabazas una y otra vez.

—Casey tiene razón —dice al final, con las mejillas sonrojadas y sin dejar que sus ojos se crucen con los míos—. No vamos a hacer eso. No pasa nada, me enfrentaré a las consecuencias, si llegan, y ya está. Además, se supone que estoy en el paso de mi proceso que me obliga a ligar por ahí, ¿no? Eso es lo que haré. Tontearé con alguna otra chica y ya está, duda razonable sembrada.

Nate se ríe.

—Me gustaría verlo. Elige candidata, hermano, yo te hago de gancho.

—Tú mantente alejado —advierte Trisha—. Que todos sabemos que acabarás quitándole el objetivo delante de las narices.

Gray resopla.

—Vaya, gracias, casi me había creído que tenía posibilidades por un segundo.

Trish hace una mueca de disculpa.

Nate niega con la cabeza enérgicamente.

—De eso nada. Yo ya tengo un objetivo que me interesa mucho más que cualquier chica del internado ahora. ¿Os he hablado de Isaiah?

Dejo escapar una risita.

—No hablas de otra cosa.

Me guiña un ojo y esboza su sonrisa más engreída. De verdad que es demasiado guapo para esta vida. Trish tiene razón, será mejor que no se acerque a ninguna chica con la que Gray quiera intentar algo.

—Yo seré el gancho —me ofrezco. Giro el torso para enfrentarme a Gray—. Tengo mucho que enseñarte todavía, pequeño pingüino. Me pasaré por tu cuarto esta tarde después de la cena.

Se muerde el labio por un segundo y mis ojos van directos a ese punto y luego... caen un poco más, hasta el hoyuelo.

—Vale —suspira, como si fuera la peor idea del mundo, pero no se le ocurriera ninguna otra que aportar—. Muy bien. Nos vemos allí, vendaval.

La ventana está abierta y Crol se ha ido de paseo. Es una pena, si he quedado con Gray aquí ha sido sobre todo porque quería achuchar un poco al gato.

No pasa nada. Será mejor que me centre. Tengo una misión que cumplir.

Me fijo en el chico que está de pie en medio del cuarto, mirándome como si mi presencia lo intimidara muchísimo. Me imagino que es por lo que he venido a hacer. Entiendo que le dé un poco de vergüenza que trabajemos sus inexistentes tácticas de

tonteo. Y tiene que ser solo eso porque, por lo demás, hace mucho que nos ganamos la confianza.

—Vale. Vamos al grano, que no tenemos todo el tiempo del mundo.

Gray parece encogerse y hacerse más pequeño.

—Tenemos tiempo —asegura—. Nate ha dicho que no piensa aparecer por aquí hasta las once.

Asiento.

—Bien.

Es incómodo. Es raro. No sé por qué lo es. No entiendo lo que nos pasa a los dos. Hace más de una semana que dejamos atrás ese beso tonto y todo había vuelto a la normalidad, ¿no? Ya, no hemos estado a solas así, pero somos amigos, eso no ha cambiado, ¿verdad?

Será mejor que me centre.

—Vale, como nociones básicas, y visto que partimos de cero contigo, lo primero que tengo que contarte es que tontear no es solo hablar y hacer insinuaciones, ¿sabes? No. Tontear requiere de todo el cuerpo y de toda tu energía.

Gray sacude los hombros.

—¿Vale? Esto es muy absurdo, Casey.

—¿Con quién vas a tontear?

—No lo sé.

—Vamos, habrá alguna chica que te llame la atención, ¿no? Dame algo con lo que trabajar, Oliver —le pido, burlona.

Se lo tiene que pensar. En realidad, finge que se lo tiene que pensar, porque se ha puesto más rojo que nunca y eso solo puede significar que ya se le ha pasado alguien por la mente.

—Vale, hay alguien.

Sonrío.

—Perfecto.

—Pues ya está.

—No puede ser tu ex.

Hace amago de poner los ojos en blanco y termina con un gesto despectivo en mi dirección.

—No es mi ex.

—¿Quién es?

Da un paso atrás, levanta el brazo y se alborota el pelo de la nuca. Es monísimo cuando se pone nervioso, de verdad. Espera, ¿en serio acabo de pensar eso?

Muy mal, Casey, limítate a cumplir tu parte.

—Una chica de mi clase. Charlotte.

—Charlotte —repito.

—Ajá.

—Vale.

Me acerco y él retrocede. Sonrío y avanzo un poco más, solo para espantarlo, y termina por chocarse con la pared. Ya que está ahí, deja la espalda apoyada y me mira como si le diera miedo lo mucho que desea que me acerque. Eso ya es un paso adelante. Una buena actitud para el coqueteo.

—¿Te doy miedo, pingüinito?

Le tiembla un músculo de la mandíbula.

—Un poco.

Me río suavemente.

—Bien. Cuando tonteas hay que estar un pelín nervioso. Ya sabes, con ganas, con anticipación, con cosquillas en la piel y algo aleteando en el estómago.

Traga saliva.

—Vamos bien —murmura.

Su voz me hace cosquillas en la nuca. Y yo también estoy lista. Más que lista para el coqueteo.

—Cuando tonteas con alguien, tiene que estar implícito en el tono de tu voz —digo, tan sensual como soy capaz. Lo miro a los ojos, bajo un poco el tono y me pongo de puntillas para estar más cerca de su oído—. No importa tanto lo que digas, mientras lo digas de la forma adecuada, ¿sabes?

—¿Y qué debería decir? —pregunta, con un hilo de voz que ondea suavemente.

—Supongo que estaría bien empezar por un poco de charla insustancial, ¿no? Sobre el tiempo, sobre las clases...

—¿No crees que hace una noche preciosa, vendaval?

Me mira y alza una ceja. Me río, y él no puede evitar que se le escape la sonrisa. Es bonita, así que supongo que sirve y que, si sonríe así a esa tal Charlotte, podría ganar puntos.

—Claro. No llueve. Es la mejor noche de la última semana.

Sonríe un poco más y no deja de mirarme los labios.

—Sí que lo es.

Vaya. A lo mejor no tengo nada que enseñarle.

—Muy bien —lo felicito, y doy dos pasos atrás para ganar distancia y poder concentrarme.

No miro por dónde voy, porque me veo incapaz de apartar los ojos de los suyos, así que tropiezo con la mesilla y estoy a punto de perder el equilibrio. Me clavo la esquina en la parte posterior del muslo.

—¡Ay!

Gray da una zancada larga hacia mí y me sujeta el codo con delicadeza.

—¿Estás bien?

Me aparto tan rápido como puedo, para evaporar la sensación de hormigueo que me recorre el brazo entero tras el contacto, y asiento.

—Sí. Venga, no pierdas la concentración. Ya sabes lo de la voz, ahora vamos con el movimiento: es muy importante que todo tu cuerpo vaya en la misma dirección, ¿sabes?, como si cada parte de ti se muriera por acercarte más y tuvieras que contenerte a duras penas.

Su sonrisa se afila y es... ¿Este sigue siendo el patético Gray? Me mira de una forma que me tensa el estómago y me pone a temblar.

—Creo que podré hacerlo, Casey.

—Ah..., ¿sí?

Retrocedo lentamente y él me sigue al mismo ritmo, como si nuestros cuerpos estuvieran imantados. Bordeamos su cama hasta que mi espalda termina por chocar con la puerta del armario. Pone un brazo a un lado de mi cabeza, atrapándome. Se inclina ligeramente y sus ojos se alinean con los míos.

¿No hace muchísimo calor de repente? ¿Hemos cerrado la ventana?

—¿Voy bien?

Espero que no pueda oír cómo me late el corazón. Solo espero que no haya notado el modo en que mi respiración se ha cortado y luego se ha vuelto errática. Me cosquillean tanto los labios que creo que se prenderán en llamas si no apoco el fuego con algo. Preferiblemente algo húmedo y suave y...

Levanto la barbilla y clavo firmemente las pupilas en las suyas.

—¿Por qué no me contaste lo del beso con Bee?

El hechizo se desvanece, él se encoge y da un paso atrás que me permite volver a llenar los pulmones de oxígeno.

—¿Qué? —pregunta, desorientado.

Me muevo rápidamente para pasar por su lado y me siento al borde del colchón. Se deja caer junto a mí enseguida.

—Deberías haberme contado lo que pasó con Bee en los vestuarios. Se supone que es importante que sepa estas cosas si quieres que pueda ayudarte con tu proceso.

Suelta un gruñido bajito.

—Odio lo del proceso.

—Lo sé. Estás cambiando de tema. ¿Qué pasó? Besaste a Bee, Oliver, se suponía que te estabas olvidando de ella..., ¿no?

Sacude la cabeza.

—No fue... Ella me besó a mí, no al revés.

Me muerdo la lengua para no llevarle la contraria. Pero yo lo vi y no hay ninguna duda de que los dos se besaban con las mismas ganas. Y las manos de Gray estaban en su cintura y la tenía atrapada contra la pared y..., desde luego, no parecía que estuviera sufriendo por un beso robado.

—¿Y? —le pido un poco más de información.

Apenas he hablado con Bee. Ella no ha dicho que nos vio, si es que era quien estaba escondida en los establos. Yo tampoco he dicho que los vi a ellos. Mantenemos una calma tensa. Una paz armada. No sé muy bien cómo gestionar esa parte de mi vida ahora.

Se pasa una mano por el pelo y se deja caer sobre el colchón. Me tumbo a su lado y miro el techo, también.

—No lo sé —suspira—. Fue raro. Creo... creo que sí que me has desordenado, vendaval.

Giro la cara y él hace lo mismo al mismo tiempo. Nuestros ojos se encuentran y no hay espacios ni latidos, solo hay... un burbujeo. Por todas partes. No sé cómo librarme de él.

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunto en un susurro.

Le tiembla la sonrisa.

—Me parece que me gusto más ahora.

15.43 h
13 de noviembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

¿Nathaniel Sanders se ha enamorado? Hay algo en el agua, en el aire, en el ambiente... Ya es el segundo seductor empedernido que deja de pasear esa sonrisa coqueta por los pasillos. Fabrizio, Nate..., ¿quién será el siguiente en entregar su corazoncito indomable?

Se dice que el soltero más codiciado (por ellas y por ellos) ya no está tan libre, y que se escapa de clases para ir a ver a alguien en la piscina por las mañanas.

¿Apostamos sobre si le durará el capricho más de una quincena?

Aún no sabemos mucho..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

39

CELEBRA LA AMISTAD

Casey

Gray se agacha, se inclina hacia abajo y me tiende la mano con una sonrisa. Y mi corazón late sin espacios y sé que tengo que tomar distancia si no quiero poner en riesgo todos los principios sobre los que se sustenta mi guía espiritual, pero hoy estamos de celebración y tampoco importa tanto, así que me aferro a su mano y trepo al muro a su lado.

Elliot está protestando y riendo al mismo tiempo, asegurando que ni loco va a subir a este montón de piedras. Nate lo empuja desde abajo y Trisha tira de él desde arriba. Y yo me estrello contra el pecho de Gray en cuanto me encaramo a la parte más alta y él sonríe tan cerca de mi boca que me cosquillean los labios. Me suelta la mano, pero solo para apoyar ambas en mis caderas y ayudarme a mantener el equilibrio. Intento dar un paso atrás, piso mal y tiene que sostenerme con más fuerza para que no acabe en el suelo.

Siento sus dedos largos presionando en mi cintura y a lo mejor hasta tiemblo un poco.

Vamos, Casey, es solo un chico, y ni siquiera es tan guapo, controla esas hormonas.

A lo mejor debería volver a enrollarme con el guapísimo (e insistente) Fabrizio. Así, por lo menos, camuflaría el maldito sabor a Oliver que aún no he conseguido borrarme de los labios.

Gray se hace a un lado, se va a ayudar a su amiga y yo me siento un poco idiota.

Nos estamos escapando del internado un jueves inmediatamente después de la cena, sí. Lo admito. No hay justificación posible, más allá de que es 13 de noviembre y es el cumpleaños de Trisha y hacer algo especial era una necesidad. Además, no habíamos tenido ocasión de salir a celebrar las marcas de los nadadores en la competición del fin de semana. Nate no para de alardear de que es un gran deportista y ha quedado demostrado, y dice que lo que más le enorgullece de todo es que sus amigos son aún mejores que él. Gray no bajó al minuto cuarenta y seis, pero hizo el mejor tiempo de los doscientos libres en su categoría, aun así. Y, por si fuera poco, logró que el resto de los competidores mordieran el polvo también en los cien mariposa. Chillé como una loca cuando nos mandaron el mensaje para contárnoslo y Elliot no para de decir «tu novio» cuando estamos solos y tiene que referirse a él desde entonces. Empieza a sacarme un poco de quicio. Cualquier cosa merece la pena, de todas maneras, porque Gray está bastante orgulloso de sí mismo y se nota, y creo que me gusta más (como amigo y como persona, no en plan romántico) cuando se valora como merece. Y ha puesto el peluche que le regalé en su estantería, aunque sea una tontería, así que a lo mejor empieza a disfrutar de las pequeñas tonterías por fin.

Avanzamos los cinco juntos por el bosque, iluminándonos con las linternas. Elliot no para de repetir que vamos a perdernos y nos comerán los lobos, o las hormigas a las que Nate adora. Trisha se burla de él diciendo que tiene miedo porque sigue siendo un niño pequeño. Está muy subidita ahora que ha cumplido los diecisiete. Mi mejor amigo es el único que aún tiene dieciséis, así que, oficialmente, lo hemos bautizado como el bebé del grupo y él no para de refunfuñar. Se supone que no hay peligro porque los tres nadadores ya han hecho esto antes. Trisha dice que hay un sitio un poco más adelante al que merece la pena escaparse de vez en cuando. Cuando llegamos allí, encontramos una casita en un árbol, iluminada por la luz de la luna. La miro, con la boca abierta y la emoción de la anticipación tensándome los músculos. Cruzo una mirada con Gray y él ya tenía los ojos puestos en mí. Me sonríe y le devuelvo el gesto al instante. Al parecer, según nos cuenta Trish, unos inversores quisieron montar un negocio de casas turísticas en los árboles después de la pandemia. Era una idea chula, pero los precios empezaron a subir y se quedaron muy pronto sin dinero. Solo construyeron una, la casa piloto, y ahora lleva un par de años abandonada. A Trish le encanta escaparse del internado, a Nate le fascinan los bichos, y a Gray esos dos tienden a arrastrarlo por mucho que se resista, así que han venido ya algunas veces. Una hasta acamparon aquí fuera, dicen.

—¿Podemos subir? —pregunta Elliot.

Trisha suelta una carcajada.

—¡Vamos, bebé! ¡El último limpia el arenero de Crol!

Nate los adelanta en cuanto oye eso, y los tres corren escaleras arriba como unos locos. Me río y la risa de Gray suena suave y dulce a mi lado. Se acerca hasta que su brazo me roza el hombro.

—No sé a quién quieren engañar, siempre me lían para que al final lo limpie yo.

Le doy un empujoncito con la cadera.

—Oro en doscientos, oro en cien, plata en cuatrocientos y mención especial en limpieza de areneros. Se te acumulan los títulos, Oliver.

Me da una patadita en el tobillo y vuelvo a reír.

—Vamos —lo animo—. ¡El último recoge los vestuarios del pabellón todos los días de la próxima semana!

Salgo corriendo antes de terminar la frase y lo oigo venir apresurado detrás de mí. Me río cuando me agarra del brazo y me empuja suavemente para dejarme atrás.

—Sabes que es *tu* trabajo por pirómana, ¿no?

—¡Fue un accidente!

Se ríe mucho más y yo me esfuerzo en alcanzarlo, le pongo la zancadilla y lo sobrepaso cuando se ve obligado a agarrarse a la barandilla para no caer. Llegamos arriba a la vez, con su brazo rodeándome la cintura para evitar que alcance antes la meta y mi mano tratando de taparle los ojos para hacerlo tropezar. Nos estamos riendo tanto que nos cuesta parar cuando nos encontramos las cejas alzadas de nuestros tres amigos y sus sonrisillas traviesas.

La casita tiene una terraza de madera atravesada en una esquina por una rama gruesa. Encima de nuestras cabezas, las copas de los árboles se abren y hay una línea de visión directa hacia el cielo estrellado.

—Vale —dice Nate, con los brazos en alto para llamar nuestra atención—. Tenemos cuatro horas antes de tener que estar cada cual de vuelta en su residencia, así que no malgastemos el tiempo. Esto es una fiesta, ¿no?, yo pongo la bebida.

Se acerca a una esquina de la cabaña y alza un par de bolsas que estaban escondidas en ese rincón.

—¿Cómo has...? —empieza Trisha.

—Isaiah nos ha traído un par de cositas de contrabando.

Sonrío. Nate parece ilusionado con su nuevo rollo. El otro día me hizo escaparme entre clases para acercarnos a la piscina y verlo entrenar. Tengo que admitir que es bastante guapo. Tiene la piel oscura, la sonrisa bonita, los ojos expresivos y más músculos de los que he visto jamás. A Nate se le caía un poco la baba mientras lo veíamos nadar a espalda, y yo me burlé de él, pero tampoco es que mirar fuera una tortura para mí. Estuvimos escondidos en las gradas bromeando y cotilleando un buen rato, y mereció totalmente la pena la bronca por saltarme la clase de historia.

Y ahora su chico dos años mayor —que vive en el pueblo y entrena en el internado, y como antiguo alumno conoce todos los lugares divertidos de los alrededores— nos ha comprado alcohol y un montón de guarradas de esas que los nadadores no pueden comer casi nunca por culpa de su estricta dieta. Hay vasos de plástico y hasta se ha acordado de incluir servilletas. Creo que voy a animar a Nathaniel a casarse con él.

—¡Por la chica del cumple! —exclama cuando hemos llenado los vasos y los unimos para hacer un brindis.

Aquí estamos los cinco, bebiendo cerveza fría (la temperatura exterior es semejante a la de una nevera), comiendo patatas fritas y hablando y riendo sin parar, alzando cada vez más la voz para ser escuchados por encima de los demás y de la música que suena a todo volumen a través de unos altavoces conectados al móvil de Gray. Es una de mis listas, la que titulé «Buen rollito» y Gray declaró odiar al instante.

Y luego Trisha me pide que la acompañe al bosque a hacer pis y yo me doy mucha prisa en seguirla. No está borracha, pero ninguno de nosotros está para nada acostumbrado a beber y se nota. Parece mucho más relajada a mi lado, sonríe un montón y hasta se ha agarrado a mi brazo un par de veces sin que se le arrugue la nariz para demostrar cuánto detesta mi contacto. Creo que no es personal. Lo de que no le guste mi contacto, digo. Tampoco deja que Elliot se acerque demasiado. Me parece que estamos haciendo progresos. Y mucho más cuando vuelve de hacer pis detrás de un árbol, caminamos juntas hacia la casita de nuevo y dice:

—En el fondo, molas bastante, ¿sabes, Casey?

Freno en seco. Ella para solo un paso por delante y se vuelve a mirarme. Se ríe al ver mi expresión.

—Venga, no te hagas la sorprendida. No dejo que cualquiera se acerque tanto.

Asiento.

—Ya me había dado cuenta.

—No me gusta mucho la gente.

Sonrío y ella hace una mueca.

—Puedo entenderlo.

—Nate y Gray son como mis hermanos. Elliot me gusta, es como un gatito que todo el mundo querría adoptar. Y tú...

Suspiro.

—Y yo... —digo burlonamente.

—No estaba muy segura contigo.

—No me digas.

—No sabía bien por dónde pillarte. Tú, con tu buen rollo y tu puñetera alegría y esa chorrada de los mandamientos que le contaste a Gray. Me alegro de que estés pirada, Casey Adams, no sabes cuánto. Porque no sé qué has hecho, pero Gray ahora se ríe.

Y está nadando como nunca porque cree que puede hacerlo aún mejor. Y lee sobre dragones y dice que le flipan, y es genial que le flipe algo que sea suyo y no de su ex. También es genial que te mire a ti de una forma en que nunca la ha mirado a ella. Me gusta lo que has hecho con mi hermano. Y mira que me he resistido a esta mierda, pero... también me gusta bastante cómo eres. Créeme, es tan inesperado para mí como para ti. Y aquí estamos, y a Elliot lo vamos a tener que compartir, te lo advierto. Estoy dispuesta a compartir a Nate. Y supongo que con Gray no tengo nada que hacer, porque ya es igual de tuyo que mío, ¿no? En estas circunstancias y, estando invitada a mi cumpleaños como estás, ¿crees que podemos ser amigas?

Su discurso me está dando vueltas en la cabeza. O quizá lo que me marea un poco es el vaso de cerveza que he bebido ya. Siento unas absurdas ganas de soltar un par de lágrimas que se me atascan en la garganta. Pero sonrío muchísimo, porque esa emoción puede más. Y doy un par de saltitos alegres que hacen que Trish ponga los ojos en blanco y yo me ría bajito.

—Nada me gustaría más que ser tu amiga, Trisha Meyers —digo solemnemente—. Está claro que es mejor estar en tu bando que en el contrario, pareces muy peligrosa.

Suelta un bufido solo para camuflar una risita.

—Lo soy.

Me tiende la mano. Yo hago una mueca, me lanzo sobre ella y la abrazo. Grita y me empuja y suelta un par de tacos muy malsonantes, y las dos acabamos riendo juntas en el camino de vuelta con el resto del grupo.

Y sienta de maravilla tener una amiga... Es lo más parecido a una hermana que volveré a tener, me temo.

Por supuesto, les digo a los chicos que Trish se me ha declarado y me ha pedido amistad de manera formal y ellos se parten de risa mientras ella gruñe y nos insulta y todos nos reímos aún muchísimo más.

Y creo que hacía mucho *mucho* tiempo que no me sentía parte de una familia como lo hago ahora. No quiero pensar en ese inminente viaje a casa que tendré que hacer dentro de un mes exacto, así que dejo que Elliot me achuche y me empapo de las risas de los demás.

Gray saca la tarta. No me dejan encender a mí la vela (por si acaso) y Trisha pide unos cuantos deseos en voz alta en tono de broma: que Nate deje de hacer listas de propósitos que jamás cumple (al parecer, suelen ser unas doce al año), que Gray no vuelva a mirar a Beatrice Cox ni de reojo (lo secundo al cien por cien), que Elliot descubra algún cotilleo superjugoso del principito con el que protegernos de su (potencial, aunque nunca demostrada) furia y que yo deje de hablar tanto por las mañanas en el desayuno. Luego pide uno en secreto, en silencio, solo para sí. Y sopla la vela y todos lanzamos vítores y silbidos hasta hacerla protestar. Después, comemos tarta.

Nate nos cuenta sus últimos propósitos e intenta convencernos de que deberíamos hacer nuestras propias listas, porque lo más importante es tener metas y un plan A, un plan B, e incluso un plan C. Gray y Trish lo tienen claro: la meta son las Olimpiadas, y el plan B, las siguientes Olimpiadas. Elliot dice que con sobrevivir le vale, aunque me parece que desde que llegó a Liberty Haven está haciendo mucho más que eso. Y yo les cuento que tengo una guía espiritual, y todos me abuchean y me río tantísimo que creo que viviré para siempre.

He dejado de beber pronto, y Elliot también. Él dice que alguien va a tener que encargarse de llevar a estos tres de vuelta al

internado, y estoy bastante de acuerdo. Gray no para de advertir que ya no va a beber más, que el fin de semana tienen que nadar y que deberían estar concentrados, pero lo veo llevarse el vaso a los labios cada vez que su mejor amigo se lo rellena. Me cuesta dejar de mirarlo y Elliot no para de hacérmelo notar con carraspeos, guiños cómplices, codazos o sonrisitas burlonas. Pero es que Gray se ríe y lo hace de verdad y con ganas. Mira a sus amigos como si fueran lo mejor que le ha pasado en la vida, y yo siento por dentro esa calidez por el modo en que quiere Oliver Grayson, porque lo hace como nadie a quien haya conocido antes. Y me mira, me mira mucho, y no sé si las mejillas se le colorean por el alcohol o por mí y me encantaría poder preguntárselo. Sé que no puedo, claro. Tampoco soy tan ingenua.

Nate y Trish están metiéndose con Elliot en broma, llamándolo bebé y haciéndolo reír con sus tonterías. Me encanta que pueda estar así con ellos. Aunque, al parecer, últimamente no le faltan amigos: su misión secreta ha empezado con éxito, ayer estuvo charlando con Ian Walden y solo puede decir cosas buenas de él, para disgusto de Gray.

Y yo me he tumbado sobre la espalda y contemplo esa luna que apenas deja brillar a las estrellas. Gray repta hacia mí, tirado en el suelo de la terraza de la cabaña, y, cuando giro la cara para mirarlo, imita mi postura y pierde la vista más allá de la luna. Busco que nuestros brazos se rocen y la noche deja de parecer tan fría.

—Casey, Casey, Casey, Casey... —murmura, en tono burlón y arrastrando un poco la primera sílaba de mi nombre.

Sonrío y le doy un toquecito en la cadera con dos dedos.

—Oliver, Oliver, Oliver...

Me quedo sin voz cuando se incorpora de golpe y se inclina sobre mí. Nuestros torsos se rozan y él me mira desde arriba, con tanta

atención como si estuviera estudiándome. No como si me estudiara, sino como si *me estudiara*, en palabras de Elliot. Y mi corazón no deja lugar a espacios y siento que se me va a salir por la boca de un momento a otro.

—Estoy obsesionado —dice muy bajito, con los ojos clavados en mi cara—. Estoy muy obsesionado, vendaval. Con estos tres lunares que tienes justo aquí —murmura, y me acaricia el pómulo con el dedo índice, avanzando despacio por el recorrido hasta la comisura de la boca—. Es una constelación. No sé cuál. Pero es lo que son y no puedo parar de pensarlo. ¿Qué constelación eres, Casey Adams?

No sé si sigo respirando. Abro la boca, pero no sale nada, y tampoco entra aire. Solo... Las pupilas de Gray van directas a mis labios y siento que me muero.

—¿Géminis? —logro decir en apenas un susurro que quizá él ni oiga.

Baja la cabeza muy muy despacio hasta dejar un beso suave y ligero en mi pómulo. Otro un poco más abajo. Apenas un roce justo en la comisura.

Necesito...

La música que sonaba a todo volumen a través de los altavoces se corta de golpe y se oye el sonido estridente de la alarma.

Gray se deja caer a mi lado de nuevo y tomo una bocanada de aire para recuperar el oxígeno perdido.

Elliot aparece sobre mí enseguida y me tiende la mano.

—Anda, vamos, que tendremos que llevar a estos tres borrachos a casa.

Acepto su ayuda y me pongo de pie.

No sé muy bien cómo llegamos a tiempo. No tengo ni idea de cómo los nadadores han logrado sortear el muro sin romperse nada.

Y tampoco sé por qué Gray ni siquiera me mira cuando nuestros caminos se separan y yo me voy con Trisha hacia la residencia.

No puedo pensar en nada. Solo en su voz repitiéndolo en bucle. Una vez. Otra vez. Otra vez. Otra vez.

«Obsesionado».

«Estoy obsesionado».

Y creo que tal vez debería hacer algo para que deje de estarlo. Por su bien. Por el mío. Porque tengo una lista de mandamientos y el décimo es el más lógico de todos.

¿Qué constelación eres, Casey Adams?

18.02 h
19 de noviembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Fabrizio Parisi ha superado su cuelgue otoñal por la ardiente Casey Adams, o eso es lo que cuentan los rumores. El seductor italiano ha sido visto por los pasillos en una actitud más que cariñosa (¿tiene el cariño algo que ver con esto?) con Charlotte Lewis.

Enhorabuena, Charlotte, has traído a Casanova de nuevo al juego. Todos esperamos de corazón que el viaje haya resultado de lo más satisfactorio.

¿Significará esto que Casey ha perdido para siempre su oportunidad?

Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

40

APRENDE A DECIR NO

Oliver

> [Rain]:
> ¿Dónde va el equipo de natación este fin de semana?

Cierro el libro, lo dejo a un lado y echo un vistazo a la otra cama para asegurarme de que Nate no me ha visto sonreír. Está muy concentrado mirando algo en su teléfono, con los cascos puestos. Crol ya está durmiendo bien repantingado a su lado. Vale, soy libre de hacer lo que quiera sin responder preguntas. Así que abandono el libro definitivamente en la mesilla (el segundo de la saga, tuve que buscarlo en la biblioteca al acabar el primero) y me tumbo de medio lado, con el móvil, para meterme en esa red social del demonio y leer mis nuevos mensajes.

A ver, no es que me escriba mucha gente. Nate me envía memes, Trisha me comparte cotilleos de la realeza, y Casey, de vez en cuando, me pregunta si he ligado ya. Y luego utiliza este perfil para

jugar conmigo y ponerme a prueba. Supe que era ella enseguida, la verdad, no ha disimulado demasiado: el nombre de «lluvia», muy asociado a la analogía del vendaval, y una imagen de esa yegua llamada Tormenta como foto de perfil. *Ni siquiera te estás esforzando, Casey Adams.* Pero, como tengo que confiar en el «proceso», decidí seguirle el rollo. Hacer ver que no sé quién se esconde detrás. En cuestión de un par de días ya establecimos una rutina y empezamos a mantener conversaciones por mensaje cuando las puertas de las residencias se cierran y ya no hay mucho más que hacer en este internado.

[Gray]:
A Edimburgo. ¿Quieres que te traiga algo, Rain?

Sabe perfectamente a dónde vamos, pero imagino que el juego de rol que está jugando con un perfil falso exige de estas tonterías alguna que otra vez.

[Rain]:
Una medalla de oro.

[Gray]:
¿Te serviría la plata?

[Rain]:
Soy una pija de familia rica y estudio en este internado, por supuesto que no me sirve la plata.

Sonrío. Tengo que admitir que es divertido. Que hablar así, por aquí, nos permite decir cosas que no me atrevería a decir cuando sus ojos marinos parecen atravesarme y ser capaces de leerme por dentro.

[Gray]:
Que sea el oro, entonces.

[Rain]:
Me imagino que tu novia
tiene que estar muy orgullosa
de ti.

Ahí está. Ya empieza. Solo quiere ponerme nervioso. Quiere evaluar mi desempeño para ligar por redes sociales, como dijimos de broma aquella noche mientras editábamos mi perfil. Supongo que tengo que estar a la altura.

[Gray]:
Me imagino que lo estaría
si la tuviera.

[Rain]:
¿Soltero? Cierto perfil de cotilleos dice que te
paseas por ahí con carmín en el cuello.

[Gray]:
Eso era antes. Me he reformado.

[Rain]:
Ah, ¿sí?

[Gray]:
Alguien se empeñó en curar
mi corazón roto y creo que ya
lo tengo casi entero.

[Rain]:
Esa es una buena noticia.
Seguro que ese alguien es una chica maravillosa.
Guapa, divertida, lista. ¿O no?

[Gray]:
¿Quién ha dicho que fuera una chica?

[Rain]:
Ambos sabemos que los chicos no curan corazones rotos que no son suyos. Aunque tú quizá sí que lo harías.

[Gray]:
Primero, el mío. Luego ya veremos.

[Rain]:
Esa es la actitud. Y... entonces, ¿qué? ¿Te gusta alguien?

Tú.

Suelto el móvil, que cae sobre el colchón, y siento un tirón incómodo en las tripas cuando ese pensamiento llega tan rápido como desaparece. Y ya no está, pero ha dejado un regusto algo amargo tras su paso. ¿Qué narices ha sido eso? Esto no es... No lo es. Claro que no.

Intento ordenar mis pensamientos.

Vamos, Oliver, no seas idiota. Solo los idiotas se confunden así.

Está Bee. Siempre ha estado Bee. Todo lo que he sentido por ella significa mucho más que lo que puede arrasar un vendaval a su paso, aunque me haya dejado en ruinas en el resto de los aspectos. Muchísimo más. Haría falta un huracán de los gordos para poder hacerlo tambalearse. Sí. Seguro.

¿Y si Casey...? Me acuerdo de cuando le dije que estaba *obsesionado* con sus lunares. Mierda. Maldita cerveza. No voy a beber ni una sola gota nunca más. Habíamos dejado atrás lo del beso y voy yo y hablo más de la cuenta. Era la verdad, vale, porque tienen forma de algo y no sé de qué. Ni idea. Solo sé que me gustan. Y eso está bien y tampoco significa nada complicado. No hay que tomarse la vida tan en serio, ella misma lo dice. Espero que eso no la haya confundido y crea que... Bueno, no, a ver, me parece que

no. Ella no ha cambiado su actitud. Yo he intentado no cambiarla tampoco, aunque haya sido complicado y siga sintiendo cómo se me colorean las mejillas de forma penosa cada vez que nos miramos un segundo de más.

No pasa nada, no entres en pánico. Todo sigue en su sitio.

Todo, excepto que Nate y ella cada vez están más unidos. Y eso me encanta, porque encajan muy bien y lo pasan de maravilla juntos y, en consecuencia, los demás lo pasamos bien (y mal, siendo sincero) cuando se retroalimentan en sus locuras. Esta semana, sin ir más lejos, están castigados y tienen que ir una hora al aula de «reflexionar» después de las cenas, porque el lunes por la mañana se presentaron con los uniformes cambiados a la hora del desayuno. Era una protesta, dijeron, que había sido inspirada por Elliot y su crítica a cómo los uniformes de la escuela no permitían la expresión de las diferentes identidades. A ella la ropa de Nate le quedaba enorme, a él, la falda de Casey le quedaba ridícula («sexi», según su propia valoración subjetiva). En resumen, son tal para cual. Y eso me gusta, pero, por otra parte, me molesta un poco. No en plan mal, solo es que creía que Casey y yo nos llevábamos así de bien entre nosotros, y no quiero que lo pase mejor con Nate que conmigo, no sé por qué. Han empezado a hacer yoga juntos a primera hora. Casey nunca ha dejado de hacerlo, y Nate lo tenía apuntado como propósito en su última lista de cosas que nunca cumple. Normalmente, le cuesta madrugar y casi tengo que tirarlo de la cama. Pero ahora se levanta en cuanto suena el despertador y va por la vida diciendo que se siente realizado por hacer un par de estiramientos bien temprano. Aguanté dos días de esas tonterías antes de apuntarme a sus clases privadas de yoga otra vez. Nate me dedicó una sonrisa bastante irritante y me guiñó un ojo, como si acabara de confirmar una teoría muy loca.

Lo que tampoco es normal del todo es que el fin de semana pasado, tras las competiciones en Cardiff, Casey fuera la primera persona a quien le quise contar mi nueva marca en estilo mariposa. Pero ella es quien me ha estado animando (y «entrenando») últimamente, así que ¿cómo no iba a merecer ser la primera en enterarse? Además, se emociona más que yo con cada uno de mis logros. Es mi fan, aunque arruga el gesto y protesta cuando se lo digo.

[Rain]:
Vale, no me lo quieres contar. No pasa nada.

Creo que es peor no responder. Se supone que esto es una prueba para ver cómo se me da ligar y se me da de pena, la verdad. Debería esforzarme un poco más.

[Gray]:
Tal vez haya una chica, no lo sé.

[Rain]:
¿Tu corazón roto ya está listo para volver a entregarse?

Ni de broma.

[Gray]:
Supongo que tendría que ser alguien muy especial para eso.

—Eh, tío, ¿puedo apagar la luz? ¿Qué haces?

Levanto la cabeza para mirar a Nate. Espera impaciente mi respuesta.

—Sí, claro.

—Duerme, que mañana tenemos yoga a primerísima hora.

—Lo sé.

Mi amigo apaga la luz y yo me meto bajo el edredón para no molestarlo cuando encienda la pantalla del teléfono.

Tengo un solo mensaje más. La «misteriosa Rain» ya se ha desconectado.

[Rain]:
Creo que lo es. Deberías intentarlo.

La clase de yoga ha sido una tortura y me temo que el desayuno va a ser aún peor. No sé por qué, solo lo intuyo. Puede que las sonrisillas que han estado compartiendo Nate y Casey desde bien temprano sean lo que me ha puesto alerta.

—¿Ya le vais a contar a Gray lo que habéis estado maquinando durante vuestras horas de castigo? —les pregunta Trisha, directa al grano, en cuanto estamos los cinco sentados alrededor de la mesa.

Nate sonríe ampliamente. Casey hace una mueca de disculpa falsísima cuando la miro.

—No hagas planes para el jueves de la semana que viene después de la cena —me dice la chica vendaval—. Como cierto italiano te levantó a la chica a la que te ibas a ligar en algún momento de los próximos cinco años, hemos organizado algo en tu honor.

Oh, oh.

—¿Qué...?

—¡Vamos a montar un evento de citas rápidas! —exclama Nate, demasiado emocionado para tener una especie de novio por el que babea a todas horas últimamente—. Todos los solteros y solteras del internado pueden apuntarse y, tranquilo, que ya hemos inscrito tu nombre el primero.

Y estoy a punto de decir que no, pero cruzo la mirada con Casey y ella hace un puchero y pienso que, bueno, tal vez sea divertido...,

¿no?

Si sobrevivo a la vergüenza, seré invencible.

19.32 h
23 de noviembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Nuestro equipo de natación ha vuelto de Edimburgo con mucho que celebrar. ¿Adiviináis a dónde ha ido nuestro chico de la beca en cuanto ha pisado Liberty Haven?
Te veo, Gray. No dejo de verte.

Aún no podemos desvelar los detalles..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos todo muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

41

MIENTE COMO SI FUERA VERDAD

Casey

Oliver me ha mandado el mismo mensaje que suelo mandarle yo cada vez que me cuelo por su ventana.

Eh, subo.

Y yo me he lanzado hacia la puerta de la balconera y he salido a la terraza a contemplar alucinada cómo pasaba de la escalera de incendios a la tubería y de ahí a la terraza.

Aún lo estoy mirando con la boca un poco abierta cuando da dos pasos y se me planta justo delante, con una sonrisa amplísima en los labios. He cenado pronto porque Elliot tenía una videollamada con sus padres justo después, por el cumpleaños de su madre. Los nadadores han llegado hace apenas media hora y creo que han ido directos al comedor, pero yo ya había vuelto a mi cuarto porque lo que menos hago últimamente es estudiar y mañana tengo un examen de literatura. Vale, ya lo cursé todo el año pasado, pero no

hay que olvidar que lo suspendí, así que no estaría de más aplicarme un poquito más este curso. Aunque, y solo por limpiar mi imagen, he de decir que mi estrepitoso fracaso escolar fue más una llamada de atención que un fracaso en sí mismo. No es que sea una estudiante excelente, pero me apaño bastante bien con poco tiempo de estudio.

—¿Qué haces aquí? Bee no está, se acaba de ir.

Frunce el ceño. Ni siquiera yo sé por qué he dicho eso. Es solo que... Gray trepando a mi ventana no es algo que suela verse, y la práctica que tiene con esa tubería endeble no la tiene por mí, precisamente.

—Ya lo sé —responde, desorientado—. La acabo de ver salir hace un minuto. Vengo a verte a ti, Casey.

Me muerdo el labio.

—Ah.

—¿Estás bien?

Asiento con demasiada vehemencia.

—Sí. Muy bien. ¿Y qué...?

—He traído oro de Edimburgo —dice, orgulloso de sí mismo y con una sonrisa deslumbrante.

No sé por qué ha venido a mi terraza a soltar obviedades.

—Claro. No esperaba menos de ti.

—Ya lo sé.

Le hago una seña para que me siga dentro, porque hace demasiado frío aquí a la intemperie y yo estoy prácticamente en pijama.

—Vamos, entra y dame los detalles. Bee ha dicho que salía a cenar al pueblo, así que dudo mucho que vuelva antes de la hora de cierre.

No parece darle mucha importancia. He evitado mencionar al principito a propósito, pero me imagino que él sabe tan bien como yo con quién ha salido a cenar Beatrice. Si le afecta lo de la cena de parejita fuera del internado, Gray no lo demuestra. Se lanza sobre mi cama como si no necesitara permiso para invadir mi espacio, se acomoda sentado en el colchón y empieza a relatarme cómo ha ido el fin de semana.

Tengo que contenerme para no aplaudir, ni dar saltitos, ni parecer demasiado emocionada, porque luego me acusa de ser su fan y se ríe de mí, pero me cuesta bastante. Gray está arrasando en las competiciones y estoy tan orgullosa de él que se me hace complicado disimularlo.

Y el fin de semana, encerrada aquí, estudiando con Elliot en la biblioteca, escondiéndome en los establos cada vez que he tenido ocasión, no ha sido ni de lejos uno de los mejores de mi vida, pero todo eso se me olvida mientras lo escucho hablar. Hasta queda en un nada digno segundo o tercer plano que esta mañana me ha llamado mi madre y la discusión no ha sido bonita. Faltan menos de tres semanas para la fiesta de compromiso de mi hermana mayor y yo... no quiero ir. A mamá no le ha parecido una buena idea que declinara la invitación, claro. Ya lo sabía. Tampoco he pensado de verdad en ningún momento que pudiera llegar a librarme, pero tenía que intentarlo, ¿no?

—¿Has barrido a ese presuntuoso del equipo de los Gators de Leeds? ¿Qué marca ha hecho? —pregunto, y me muerdo la lengua para no anticipar la emoción.

Hace una mueca de aburrimiento y luego dibuja la sonrisa más engreída que le he visto jamás. Le sienta demasiado bien.

—Un minuto cuarenta y nueve cincuenta.

—Vaya paquete —me burlo, y él se ríe.

Le planto delante las palmas de las manos y sonríe aún más antes de chocarlas suavemente.

Luego se queda serio y me mira con más intensidad.

—¿Y cómo ha ido el fin de semana por aquí?

Aparto la mirada, me muevo para quedar de lado en la cama y finjo estar muy ocupada consultando el móvil. Ni una notificación, aparte de algún hilo malicioso en esa maldita red social que no pienso mirar ahora, el universo no colabora conmigo para disimular.

—Bien —digo sin más, tan despreocupada como soy capaz.

—Casey.

Giro la cara para dedicarle una breve mirada de soslayo.

—¿Mmm?

—¿Qué pasa?

—Nada. ¿Por qué?

Frunce el ceño y me pone una mano bajo la barbilla para obligarme a fijar las pupilas en las suyas.

—¿Qué te pasa?

Sonrío.

—Estoy bien. No pasa nada.

Enarca una ceja.

—No es verdad. —Me suelta y echa el torso hacia atrás para mirarme con mejor perspectiva—. Estás rara. Llevas rara desde...

Se calla de golpe y sé que es porque iba a decir «el beso». Mi mente completa la frase, aunque él no lo haga, y se me tensa el abdomen y el corazón se me detiene por un segundo larguísimo. Es verdad. Aunque no lo es, al mismo tiempo. Puede que esté algo distraída desde entonces, pero no es por aquello, sino por la puñetera invitación que Elliot me dio al día siguiente.

—¿Es culpa mía? ¿He hecho algo mal desde...? No sé si...

Ay, Oliver. Tomo su cara entre las manos y me acerco hasta que los colores de nuestras miradas se mezclan y se confunden.

«Podrías no haber besado a tu ex».

—No. No, no, qué va. Para nada. No es por ti, Oliver. Tú no has hecho nada mal. Todo genial, en serio. No es por..., bueno, no por eso.

Me observa con tanta intensidad que me cuesta sostenerle la mirada.

—¿Y qué pasa? Sé que te preocupa algo. Creo que a estas alturas ya nos conocemos un poco, ¿no, vendaval?

Sonrío muy levemente, y me escuecen los labios al hacerlo. Me aparto, me dejo caer sobre el colchón y niego con la cabeza.

—Es una movida familiar. Tengo que ir a casa el fin de semana de antes de las vacaciones de Navidad para un evento y no me apetece. Ya sabes que no... No me entiendo mucho con mi familia.

Se tumba a mi lado y yo me muevo lo justo para hacerle hueco, pero no lo suficiente para que nuestros costados no necesiten rozarse en cada punto para caber los dos. Se está mejor así, en contacto. Alivia un poco.

—¿Me lo vas a contar algún día? ¿Todo lo que te pasó el año pasado en casa?

Suspiro exagerando el dramatismo.

—Es una historia muy larga. Y no es bonita.

—Tengo tiempo.

Me río.

—No tienes tiempo. Te pasas media vida en la piscina.

Puedo notar cómo gira la cara para mirarme y, como está tan cerca, yo no me atrevo a hacer lo mismo.

—Para ti, sí que lo tengo —corrige.

No digo nada.

Dejamos pasar un par de minutos en silencio. Y sé que él no para de mirarme, pero yo me obligo a mantener los ojos en el techo y no moverme ni un solo milímetro.

—¿Quieres que te ponga una canción?

Debería hacerme gracia su propuesta, pero siento cómo un nudo me trepa a la garganta y me arrasa los ojos de lágrimas. No quiero que se dé cuenta, así que me incorporo, finjo la sonrisa más traviesa de mi repertorio de sonrisas falsas (aunque las de verdad siempre me sientan mejor) y le hago una seña para que se levante conmigo.

—Pon la música que quieras, pero creo que es un buen momento para que sigamos con tus nociones de seducción.

Suelta una risita algo irónica.

—¿No te has enterado de que tu italiano me ha levantado a la chica? —bromea.

Me enfrento a él. Hago una mueca.

—No es mi italiano.

—Ya. El resultado es el mismo, ¿no?

Entonces hago un puchero y sus ojos se oscurecen clavados en mis labios. La impaciencia vuelve a tensarme el abdomen y me obligo a relajarlo enseguida.

—Pobrecito Oliver. No pasa nada, tenemos que seguir. El jueves tendrás un montón de citas rápidas y habrá que elegir solo una de ellas para desplegar toda tu táctica de ligue.

—No tengo ninguna táctica.

—Pues ya es hora de que la tengas. Ven, ponte aquí delante. —Obedece muy lentamente, como si no estuviera nada convencido de que sea una buena idea—. Si el jueves todo va como debería, saldrás de allí con una chica fascinada por tus encantos. Y, entonces, Oliver Grayson, es el momento de atacar.

—No vuelvas a decir lo del clavo...

—No me obligues a decir lo que tienes que clavar.

Se pone rojo a toda velocidad y yo me río a carcajadas.

—Venga, queremos que cuando esa chica se enrolle contigo, tu buena fama como amante se dispare, así que enséñame lo que sabes hacer. Vamos a hacer un poco de teatro. Yo soy tu chica de la cita, vamos a enrollarnos en algún lugar prohibido del internado... ¿Cómo vas a acercarte?

Lo hace tan rápido que no me da tiempo a prepararme y mi cuerpo reacciona como si esto fuera real. Su nariz casi roza la mía y, cuando sonrío, puedo sentir cómo se le eriza la piel.

—Bien —murmuro—. Dime qué es lo que harías.

Una de sus manos planea sobre mi cintura, la otra me roza el pelo de la nuca.

—Supongo que la sostendría así, la acercaría más y la besaría. Justo así —susurra.

No me besa. Está ahí, a unos milímetros torturadores de mis labios. Asiento y nos rozamos casi sin querer.

Tragar saliva es todo un esfuerzo.

—¿Y qué más? —consigo murmurar.

—Luego besaría su cuello, muy despacio.

Su aliento desciende sobre mi piel. Me aparta un mechón de pelo con la nariz y me estremezco.

—Vale. ¿Qué más? —Ni siquiera sé si puede oír mi hilo de voz.

—Le levantaría un poco la camiseta, para acariciarle la piel de la cintura.

Finge hacerlo, pero no llega a tocarme. No le hace falta para que yo pueda sentir las caricias como si fueran reales. Se me despierta toda la superficie de la piel, lista para que sus dedos la recorran.

Y creo que puede notar que estoy nerviosa, igual que yo noto el modo en que él se tensa por todas partes, así que intento rebajar un

poco la súbita tensión.

—Vas a tener que espabilar, pingüinito. Un poco más rudo, algo un poco más guarro. Hazlo como un hombre de verdad —lo pico, solo por molestar, con un tono de lo más burlón.

Echa la cabeza hacia atrás y me mira a los ojos. Avanza y yo retrocedo muy poco a poco, hasta que tropiezo con la cama y caigo sobre el colchón. Se inclina sobre mí y sostiene todo el peso con un brazo apoyado a mi lado, para que nuestros cuerpos no lleguen a rozarse en ningún punto. No sé si estoy de acuerdo. Pero tampoco tengo voz para protestar, así que no digo nada y lo observo con los ojos bien abiertos y la respiración agitada.

—«Un hombre de verdad», Casey, te miraría a los ojos y te preguntaría si estás segura. —Me mira a los ojos. Puedo contar los latidos y son demasiados en un espacio de tiempo absurdo—. ¿Estás segura, vendaval?

No sé lo que hago. Solo asiento con la cabeza como puedo.

—Un hombre *de verdad* te besaría con devoción, como si fueras una diosa a la que adorar, ¿sabes?

Va bajando la cabeza mientras habla y su aliento me hace cosquillas en el cuello y se me cuela por el escote de la camiseta.

—Te besaría aquí, y aquí, y aquí. —Va diciendo por cada lugar por el que pasa—. Y luego...

Levanta la mirada cuando su boca está a la altura de mi ombligo y nuestros ojos conectan. Y yo no puedo... Me voy a morir. Ni me ha tocado, pero estoy tan despierta, tan receptiva, tan excitada que siento que me quemo por dentro.

—¿Puedo? —pregunta en un murmullo, y roza con las yemas de los dedos el borde de mi camiseta.

—Sí —consigo decir con un hilo ridículo de voz.

La levanta muy despacio, hasta que arremolina la tela bajo mi pecho, sin rozarme siquiera. Después su voz sigue haciéndome cosquillas mientras su boca desciende a un solo centímetro de mi piel, marcando mi línea alba.

—Te diría que eres preciosa y que se muere de ganas de tocarte, de besarte..., pero que se conformaría solo con mirarte durante el resto de su vida.

Vuelve a subir, muy poco a poco, continuando con la tortura. Separo los labios e inspiro para no ahogarme cuando sus ojos vuelven a los míos y nuestras pupilas se enredan.

—Cualquiera que no haga eso contigo, vendaval, es un completo idiota.

Trago saliva mientras las brasas de su mirada me prenden fuego por dentro.

Y, entonces, de golpe, se deja caer a mi lado sobre el colchón y los dos intentamos normalizar los latidos que resuenan en las paredes del cuarto, respirando de forma irregular.

—Creo que has aprobado —murmuro.

Se ríe. Suave al principio, y más abiertamente después, cuando me uno a él.

Me incorporo, cojo los auriculares de la mesilla y le ofrezco uno. Procuro no fijarme mucho en su pantalón de deporte, pero no hace falta que mire más de dos veces para comprobar que a él tampoco le ha dejado indiferente nuestra pequeña representación teatral.

Quiero decir tantas cosas que se me atascan en la garganta y tengo que callarlas todas. Quiero hacer tantas cosas que me cosquillean las puntas de los dedos y soy incapaz de moverme.

—Ponme esa canción, Oliver.

Acepta mi móvil y lo hace enseguida. Lo deja entre los dos, y luego tantea el colchón con prudencia hasta que sus dedos rozan los

míos. Los muevo muy levemente, para dejarle una caricia breve.

Nos quedamos aquí tendidos, sin mirarnos, pero viéndonos, con los dedos jugueteando tiernamente y con *Dusk till dawn*, de Zayn Malik, sonando en su oído y el mío.

Por encima de todo, sigo oyendo el latido de su corazón.

42

NO TE METAS EN LÍOS

Oliver

No sé cómo me he dejado liar para esto. Tampoco tengo muy claro qué es «esto», en realidad. Trisha nos ha interceptado a Nate y a mí cuando salíamos de clase a la hora del almuerzo y nos ha pedido que la acompañáramos a hacer una cosa importantísima. No ha esperado nuestra respuesta, como cuando nos metió al dichoso gato en el cuarto. Debería haberme imaginado que lo que estaba por venir sería tan desastroso como eso.

Elliot y Casey nos estaban esperando a la vuelta de la esquina. Los cinco nos hemos movido por el colegio como si estuviéramos inmersos en una misión secreta mientras los pasillos se vaciaban de gente. Hemos acabado frente al despacho de la directora, en una zona en la que no deberíamos estar.

Y ahora Nate y yo estamos plantados delante de la puerta «vigilando».

Que Trish sepa abrir cerraduras con una horquilla no me sorprende, hace mucho tiempo que nos conocemos. Que se haya llevado la horquilla a clase esta mañana, porque había planeado lo del allanamiento, ya sí que me preocupa un poco más.

Si nos pillan aquí, estén haciendo lo que estén haciendo esos tres ahí dentro, nos vamos a meter en un buen lío. Yo no puedo meterme en esta clase de líos. No solo porque me siento mal traspasando ciertos límites, también porque tengo una beca que depende de que algunas cosas se mantengan como hasta ahora: mis marcas en la piscina, mis notas y mi buena actitud. Ya tengo bastante con aparecer en hilos de redes sociales que me acusan de enrollarme con gente en sitios (por mucho que pueda ser cierto), no quiero que la directora tenga ni una sola cosa que reprocharme, al menos, hasta que pase el 6 de diciembre y los entrenadores y los patrocinadores de Windermere, el equipo que se prepara para las Olimpiadas, ya me hayan visto darlo todo en la competición y me ofrezcan una plaza para el próximo año.

Y, además, tengo hambre. Los minutos avanzan y yo no nos veo yendo al comedor para almorzar. Me ruge la tripa y le mando la orden mental de callarse, porque no quiero que nos pillen aquí haciendo... lo que sea.

—Tío, ¿crees que la directora Macrae tendrá las cosas que se requisan en clase ahí dentro?

Miro a Nate de reojo, solo por un segundo. No me atrevo a perder de vista mi lado del pasillo por más tiempo.

—No lo sé. No me importa.

Se ríe muy bajito.

—¿Qué te pasa? ¿Estás nervioso?

—Pues claro que estoy nervioso —gruño—. Si nos pillan aquí...

Nate se ríe de nuevo.

—No nos van a pillar. Y no nos van a echar, si eso es lo que te preocupa.

Niego con la cabeza. No digo nada porque da igual lo que diga, en estos temas mis amigos y yo jamás vamos a entendernos, aunque lo intentemos. Porque ellos están acostumbrados a poder comprarlo todo con dinero, y yo dependo solo de mí para mantenerme aquí. Las clases, la piscina, el buen comportamiento... yo me lo tomo todo mucho más en serio, solo porque dependo de ello de una manera que ellos no. Por eso no puedo adoptar la filosofía de vida de Casey, aunque quisiera, y «no tomarlo todo tan en serio».

Lo intento, pero la verdad es que no puedo.

Y ayer ya me despreocupé bastante trepando hasta su terraza. Ya van dos veces en que me cuelo en la residencia de las chicas para verla a ella. Y, joder, yo solo hacía estas cosas por Bee, ¿no? Por amor. Porque todo el mundo sabe que cuando estás enamorado se hacen locuras y al menos tenía una excusa para ponerlo todo en riesgo. Ahora... ¿cuál es mi excusa ahora? Que ayer llegué al internado y no dejaba de buscarla con la mirada en cada vuelta de pasillo. Que tenía que contarle los detalles de la competición del fin de semana. Que necesitaba ver cómo estaba porque lleva semanas más rara de lo normal. Que quería hacerla sonreír y contagiarme de esa sonrisa.

Que me moría de ganas de verla.

No sé qué me pasa. Solo sé que me pasa demasiado. Con muchísima intensidad. Y que no lo controlo, además.

Ayer quería besarle el cuello cuando lo tenía tan cerca que sentía vibrar su piel. Quería hacerle todas esas cosas que simulé hacer. Quería estar más cerca. Y también dedicarle una canción, o dos..., o todas. Y quedarme a vivir en la constelación que le decora el pómulo, lejos de todo lo demás.

Es una locura. Y no sé si es culpa de ese dichoso beso tonto, o si es por su risa, o por el modo en que me llama Oliver, o por cómo me mira. Solo sé que cuando estoy con ella me siento... yo. No el Gray que se construyó a base de capas prestadas, sino el que siempre ha estado debajo, escondido y agazapado, protegiéndose en un rincón. A lo mejor por eso tengo miedo todo el tiempo últimamente. De Bee, de mí, de ella, de romperme y no saber cómo montar las piezas de nuevo.

Casey lo dejó muy claro con ese mensaje desde el perfil de Rain, ¿no? Dijo que el beso no podía volver a repetirse, y yo creía que estaba de acuerdo, pero...

—Voy a entrar a cotillear un poco.

Se me tensan los hombros de golpe cuando oigo a Nate decir eso, tan tranquilo. Estiro un brazo para impedirle el paso.

—Ni de broma. No me vas a dejar aquí solo vigilando, ¿estás mal de la cabeza?

—No pasa nada, es solo entrar, ver si tiene un cajón secreto con los juguetes sexuales que les confiscó a esas chicas el año pasado o si se deshace de lo que requisan en clase, y salir. ¿Crees que se los devolvería cuando se fueron del internado? Debería haberlo hecho, ¿no? Eran buenos, seguro que no les habían salido baratos. Y en este sitio no son nadie para imponernos cómo vivir nuestra sexualidad, así que...

—¡Ssh! —le chisto, y me llevo un dedo a los labios.

Me parece haber oído... Pasos. Se oye un taconeo que se acerca desde la escalera del fondo.

Mierda.

Nate se lleva las manos a la boca y silba como si fuera un pájaro. Le doy un pisotón para que se calle y lo aparto a un lado. Menudo payaso, este sí que no se toma nada en serio. A mí se me va a salir

el corazón por la boca. Doy unos toques rítmicos y apresurados en la puerta. No he terminado cuando se abre y nuestros tres amigos salen al pasillo de golpe y casi nos atropellan. Trish cierra la puerta de un resbalón y nos hace señas para que nos movamos.

—¡Vamos, vamos, vamos! —dice en un siseo acelerado—. ¡Corred!

Creo que no puedo moverme. Sobre todo, cuando llega el «¡Eh!» desde el inicio del pasillo.

Casey pasa a mi lado y su olor a fresas lo inunda todo cuando me coge de la mano y tira de mí para arrastrarme a toda velocidad hacia el claustro. Doblamos la esquina enseguida y entonces soy capaz de reaccionar y correr con ellos. La chica vendaval no me suelta la mano. Y yo me encargo de entrelazar con firmeza nuestros dedos para no perdernos. Trisha abre de un empujón la puerta que lleva a la escalera de emergencia, esa que nunca se usa, y bajamos en tropel hasta llegar al patio. Lo atravesamos y volamos por detrás de las cristaleras que rodean el pasillo de las clases, sirviéndonos de las columnas de piedra para no perder velocidad en los giros.

Es ella quien se ríe primero. Y mis amigos (*sus* amigos) la siguen y terminamos gritando y riendo a carcajadas y sin aliento cuando nos dejamos caer en el césped que hay más allá de la entrada principal, en la bajada hacia el edificio común. Mi mano sigue en la suya. La suya sigue en la mía. Y no tengo intención de devolvérsela a no ser que la reclame.

—¿Se puede saber qué estabais haciendo? —pregunta Nate en una risotada.

Trisha se incorpora y sonríe.

—Dando permiso a los nuevos polluelos para que puedan salir a volar. La semana que viene es tu cumpleaños, Nathaniel; ese sábado, después de la competición, deberíamos salir a celebrarlo.

Me he colado en el sistema y he activado sus permisos para que puedan salir del internado.

Abro la boca, y Trish amplía la sonrisa, muy pagada de sí misma, cuando ve mis cejas alzadas.

—¿Y cómo sabes hacer eso?

Encoge un hombro, con falsa modestia.

—No tiene tanto mérito, es tocar un par de teclas. Solo hay que saber cuáles y dónde buscarlas.

—¡Joder, eres hacker! —chilla Nate, divertidísimo con todo este asunto.

Trisha le guiña un ojo.

—Yo pongo los permisos de salida, tú invitas a las copas.

Chocan la mano y Nate se parte de risa.

—Cuenta con ello.

Elliot carraspea y todos nos giramos a mirar lo que está mirando él. Son Bee y el principito, saliendo juntos del edificio del colegio, cogidos de la mano. Casey aprieta la mía un poco, casi como si ni se diera cuenta de que lo hace.

Ian Walden saluda con la cabeza y sonríe. Bee, por otra parte, ni siquiera nos mira.

—¿Nos han visto ahí dentro? —pregunta Nate en voz baja cuando ya nos han dejado atrás—. Creo que Ian Walden jamás me había saludado, y mucho menos sonreído. Ni una sola vez.

Trisha suelta un suspiro molesto.

—Ya puedes hacerle la pelota al principito en ese club de cine, Elliot. O, si no, vamos a estar bien jodidos.

15.52 h
24 de noviembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Qué bonita es la amistad, ¿no os parece, queridos *royals*? Cinco almas peculiares que conectan, quién sabe por qué, para hacer cosas que no deberían hacerse. Se los ve juntos en el comedor. Juntos en las escapadas (ups) del internado. Juntos por los pasillos, corriendo y escondiéndose, después de meterse en algún lío en el que al menos uno de ellos no debería haberse metido porque se lo juega todo.

¿Qué estaban haciendo estas cinco criaturas hoy a la hora del almuerzo?

Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

43

LÁNZATE AL AGUA

Casey

Salgo a buscar a Elliot al caminito que une el colegio con el pabellón deportivo. No se me ha ocurrido coger el abrigo y el frío me penetra la piel y se me mete hasta los huesos. Aún no ha llegado el invierno y, sin embargo, las noticias dicen que este será el final de noviembre más frío desde hace años. No me hace falta creerlo o no, acaba de quedar demostrado que no era una exageración. Para colmo, en cuanto me asomo a la vuelta del pabellón y lo veo venir a distancia, empieza a caer una fina lluvia que... ¿No es lluvia? Extiendo la mano y espero hasta que el primer esbozo de copo se me posa en la palma. Sí, Nate dijo que el jueves iba a nevar. Trisha dijo que lleva más de cinco años en este internado y que aquí nunca nieva. Al final, parece que la predicción se ha adelantado un día, y que ha roto con la tradición.

—¡¿Está nevando?! —chilla Elliot cuando está tan solo a unos pasos.

Me abrazo el torso y sonrío.

—Apenas es nieve.

—Nathaniel *el loco*, lo llamaban, pero tenía razón.

Me río.

—Como siempre.

—¿Por qué no llevas abrigo? Y... ¿eso que llevas debajo de la chaqueta es un bañador?

Me cuelgo de su brazo (por el cariño que le tengo, pero también para robarle un poco de calor corporal), y tiro de él de vuelta hacia la puerta del pabellón.

—Solo he salido un minuto y no sabía que iba a hacer tanto frío —me defiendo—. Siempre tengo que llevar el bañador cuando estoy cumpliendo con mi condena, ¿es que no lo sabías? No puedes pasearte alrededor de la piscina con la ropa de la calle, está prohibidísimo.

Acabo de terminar con mi penitencia del día, y ahora es el turno del entrenamiento del equipo titular del Liberty Haven. Hoy les toca con la entrenadora Dean, que me tiene cariño y no va a echarme a patadas (espero), así que Elliot ha venido para colarse conmigo en las gradas y ver qué tal lo hacen nuestros amigos.

—Vaya.

—A ti voy a colarte por detrás, no te preocupes.

—No me preocu...

Su respuesta se queda a medias, porque justo en ese momento nos cruzamos con dos chicos y uno de ellos empuja a mi amigo con el hombro sin ningún cuidado, con tanta fuerza que casi nos tira al suelo a los dos.

—¡Eh! —protesto, con el ceño fruncido.

—Ay, perdona, princesita —habla el más alto, pero se dirige solo a Elliot y no a mí—. ¿Vas a algún sitio con tanta prisa? ¿A ver si se la

chupas a algún otro tipo importante, ya que Walden no se deja?

Elliot tira de mi brazo con suavidad para seguir nuestro camino como si nada, pero ¿qué...? No, de eso nada. Me suelto y me giro para encarar a esos dos que tienen sonrisas muy estúpidas pintadas bajo la nariz.

—¿Qué problema tenéis?

—Oh, míralo, la niñita, tiene que venir a defenderlo una chica —se ríe el otro.

—Déjalos —interviene el primero—. Es la bruja que prendió fuego a las cosas de Tara, a lo mejor nos quema a nosotros también.

Se dan codazos y se ríen como un par de hienas. Y yo no entiendo nada de lo que está pasando, ni de dónde demonios han salido, ni qué se les pasa por la cabeza para ser tan desagradables con alguien a quien apenas conocen.

—Ya. Pues sí. Deberíais tener cuidado —advierto, aunque, en realidad, estoy un poquito cagada de miedo.

Ah, y lo del fuego y la colcha de Tara Williams fue un accidente, por si aún no había quedado claro.

—Casey, venga, vámonos —suplica Elliot, que tira de mi manga de forma insistente.

—Sí, sí, venga, Casey, sálvalo —se burla el idiota número dos—. Aún tiene que arrodillarse mucho para intentar comerle la polla a algún *royal*.

El idiota número uno da un paso adelante, y yo me muevo a un lado para proteger a mi mejor amigo.

—Yo tengo algo de sangre azul, princesita, ¿por qué no eres una buena chica y me la chupas a mí?

—Que te jodan —responde Elliot entre dientes.

Los dos se ríen. A mí me hierve tanto la sangre que los copos que me besan la piel del rostro subliman y echan humo.

—Venga, vamos. —El más alto le da un golpecito al otro en el abdomen y ambos dan media vuelta y empiezan a alejarse—. Este quiere tener las tetas de Beatrice para poder tirarse a Walden, tío.

—No sé por qué dejan entrar a pobres y maricones en este colegio.

Abro la boca para gritar algo a su espalda, aún no he pensado qué, y probablemente ni lo piense antes de soltarlo, porque mi guía espiritual de vida dice en su punto número cuatro que no puedo quedarme con las ganas, y ahora mismo tengo muchas ganas de ponerme a rugir. Elliot me rodea el torso desde atrás y me pone una mano sobre la boca antes de que pueda proferir ningún insulto ni amenaza. Me obliga a girar y me lleva rápidamente hasta la puerta del pabellón.

—Pero ¿qué...? ¿De qué van? ¿Se puede saber qué les pasa? ¿Cómo se llaman esos tíos? Voy a ir a hablar con la directora y...

—Casey. —Elliot me calla solo con decir mi nombre con firmeza—. Para. No vas a ir a hablar con nadie y no vas a hacer nada. Tengo experiencia con ese tipo de idiotas y, cuanto más los intentes combatir, peor será. Baja la cabeza, ignóralos y ya está. Quieren que entremos en la pelea, es lo único que quieren.

—Pero no puedo dejar que te traten así. ¿Qué es lo que les pasa? —insisto.

Y sé que ese tipo de gente no necesita que «le pase» nada, ni ningún motivo ni razón para hacer lo que hacen, eso está claro. Pero se están metiendo con Elliot, con *mi Elliot*, y no voy a dejar que nadie vuelva a hacerle eso jamás, me da igual quién sea.

Él sacude la cabeza con resignación.

—Son amigos de Ian.

Alzo una ceja.

—¿Amigos de Ian? ¿Esa es la clase de chusma de la que se rodea un principito? Creía que tenía mejor gusto. ¡Venga!, está saliendo con Beatrice Cox.

Bee será lo que sea —infiel, fría como el hielo cuando la molestas, algo dramática en todo lo tocante a Gray—, pero es preciosa, elegante y sofisticada. Es compasiva y generosa con todos..., siempre que no te enrolles con su ex. Y jamás la he oído decir una mala palabra sobre nadie, ni, desde luego, despreciar a alguien por su clase, su color de piel o su orientación sexual, a pesar de las inclinaciones políticas ultraconservadoras de su familia. Creía que Ian Walden estaría a su altura, pero, si estos son sus amigos, está claro que no es el tipo de persona que parece ser.

Elliot hace una mueca.

—Me han visto hablando con él un par de veces y se ve que no les gusta que el amigo del que se cuelgan para ganar prestigio y alardear se junte con alguien que les estropee la imagen. No importa, son solo unos abusones que van de gallitos, me he enfrentado a algunos mucho peores y sigo aquí, ¿no?

Lo miro con atención. Cada rasgo y cada gesto, para asegurarme de que está tan entero como quiere aparentar. No veo nada que me alarme. Lo veo bien, a pesar de todo eso que carga a la espalda. No sé cómo puede estarlo.

—Sí, pero...

—Casey —dice mi nombre con dulzura—, no pasa nada. Antes, cuando se metían conmigo en la escuela, estaba solo, ¿sabes? Creía que me lo merecía, porque, al fin y al cabo, nadie quería estar conmigo. Ahora sé que eso no es verdad. Que no me lo merezco, y que lo que ese par de matones diga o haga dice mucho más de ellos que de mí. Que te tengo a ti. Y que los tres nadadores más molones de este internado también quieren ser mis amigos. El resto da igual.

Le regalo una sonrisa pequeña y luego arrugo levemente la nariz.

—Gray no es tan guay —bromeo, en tono de confidencia.

—Ya, sí, Gray es un poco pringado —me sigue el juego—. Pero es el que más te gusta, así que eso lo hace especial.

—Yo no...

Elliot suelta un suspiro cargado de fingida impaciencia.

—Vamos dentro de una vez. Te vas a congelar, amiga.

Entonces soy consciente de nuevo de que hace muchísimo frío. Mi amigo abre la puerta para que pueda pasar yo primero.

Lo guío por el pasillo desierto hasta la piscina olímpica. Nos colamos por el lateral de las gradas, y escogemos un sitio discreto en la parte más baja, cerca de la playa.

Estoy a punto de retomar nuestra conversación cuando oigo el carraspeo.

—Casey Adams.

Levanto la vista y tengo a la entrenadora Dean justo delante, con los brazos en jarras y una ceja enarcada.

Sonrío con inocencia.

—Hemos venido a aprender, June. A lo mejor Elliot se apunta a las pruebas del equipo el curso que viene.

Echa un vistazo a mi amigo. Suspira.

—¿No venís a sexualizar a los nadadores?

—Nunca voy a sexualizar a los nadadores —respondo, firme y solemne.

—Una sola risita, silbido, palabra más alta o pequeña distracción y salís inmediatamente de aquí, ¿ha quedado claro?

Le hago un saludo militar.

—Cristalino, entrenadora.

Hace una mueca, pero sé que le ha hecho gracia. Da media vuelta, regresa al borde de la piscina y toca el silbato una sola vez.

—¡Sanders! Menos cháchara y más espalda.

Podemos oír desde aquí la protesta de Nate, así que localizamos su calle enseguida. En la contigua, Gray está alcanzando el borde opuesto. Me fijo solo en él cuando hace el giro. Tampoco es que necesitara contar el número de calles para saber en cuál está: después de tanto tiempo compartido incordiándolo mientras entrenaba, creo que podría reconocer sus movimientos en el agua en cualquier parte. Nadie se mueve como él.

En la más cercana a donde estamos (dejando libre la del borde, claro) Trisha deja muy atrás a las otras chicas. Sé que, en la mayoría de los colegios, las chicas y los chicos entrenan por separado (y los más jóvenes del Liberty también han separado los momentos de entreno entre ellos y ellas), pero el equipo principal siempre se mete en la piscina a la vez. La entrenadora Dean no tiene piedad con unos ni con otras y, al final, tanto ella como Lowell se encargan de personalizar el entrenamiento para cada nadador o nadadora, así que no importa en qué categoría vayan a competir cuando llegue el fin de semana. Creo que para el equipo también es mejor así, todos tienen puntos fuertes y consejos que pueden aportar al resto, y para eso poco importa si se nada en la competición masculina o la femenina. Nunca me había parado a mirar a Trish cuando entrena, pero es una bestia en el agua. Impresionante. Creo que Gray se alegrará de que vayan en categorías diferentes, para que no tenga ocasión de dejarlo a la altura del betún.

—Creía que llevarían bañadores tipo *slip*, ¿qué ha sido de las buenas costumbres?

Me río cuando Elliot me dice eso en voz baja. Yo opino que tampoco me hace falta verle bien los muslos a cierto chico, porque a lo mejor eso me pondría un poco más difícil lo de no sexualizar a los

nadadores y, la verdad, estoy muy en contra. Es una cuestión de principios.

—¿Querías estudiar los cuádriceps de Nate? —me burlo.

Hace una mueca, y luego sonríe.

—Ya sabes que he metido a Nathaniel en la *friendzone* —me recuerda, altivo—. Pobrecillo, ha perdido tanto con esta nueva categorización que ha tenido que buscarse un rollo fuera del internado para dejar de llorar por mí.

Me tapo la boca con una mano para contener la carcajada y que June no venga a echarnos.

—Me parece que funcionáis de maravilla como amigos —opino, aunque no añado que nunca tuvieron opción de ser nada más allá de eso.

—Desde luego que sí. Y no es buena idea perder una amistad por un rollo, ¿no crees, Casey? Lo digo por si..., yo qué sé, por si se te ha pasado por la cabeza alguna vez enrollarte con alguien del grupo.

Lo deja caer como si nada. Y mis ojos vuelan veloces hacia la figura de Gray cortando el agua en la piscina. Malditos ojos traidores. No quiero. No puedo. No debo, tampoco. Así que me encojo de hombros y fuerzo una sonrisilla de superioridad moral de medio lado.

—Qué va. Ni una sola vez.

Elliot se ríe.

—Ya.

Hay que cambiar de tema. Ahora mismo.

—Oye, sé que Trish te encomendó esa locura de misión de acercarte al principito y asegurarte de que no le habla a nadie de Crol y todas esas tonterías que se le ocurren a ella, pero no creo que debas seguir haciéndolo si esa es la clase de amigos que tiene. Ya sabes, dime con quién te juntas...

Elliot me mira a los ojos. Me quedo seria al instante porque él lo está.

—Ian no es así.

Alzo las cejas.

—¿Ian? ¿Ya no es el principito?

Esta tarde, tras la cena, tendrán la cuarta sesión de su club de cine, pero desde la de la semana pasada ya me di cuenta de que algo estaba cambiando en la supuesta misión de Elliot. Jamás, en este mes pasado, ha tenido ni una sola cosa mala que reportar a su jefa de espías Trisha acerca de Ian Walden. Todo lo contrario, cada palabra que Elliot ha pronunciado con respecto a él ha sido para alabarlo (por mucho que fastidie a Gray). Y, últimamente, los he visto interactuar mucho más. Se saludan por los pasillos. Se paran a hablar en la fila del comedor. Y Elliot se sonroja un poco cada vez que le saco el tema.

No responde a mi pregunta con nada más que un amago de poner los ojos en blanco.

—No lo conoces. Tiene una mierda de amigos porque supongo que es lo que toca. Cuando eres alguien como él no hay muchas cosas en la vida que puedas elegir, ¿no? Desde luego, no a tu círculo, por lo visto. Esos tíos que lo rodean son hijos de gente importante, ese tipo de personas con las que sus padres tienen contactos y quieren seguir teniéndolos. Creo que solo lo he visto cómodo de verdad con Arthur Forrest.

Eso es... mucho más íntimo de lo que me esperaba, la verdad.

—¿Cómo sabes tú si está cómodo o no lo está?

No quiero añadir que tiene que haberlo observado mucho para eso, porque yo hasta que pasamos aquí tantos días a solas no habría sabido distinguir si Gray se reía de verdad o solo porque tocaba hacerlo. Puede ser porque empezamos a conocernos, o también

porque empecé a fijarme en los detalles. Porque me interesaban. Porque quería conocerlo más y quería conocerlo todo. Y eso es un tropiezo enorme. El de Elliot, me temo, es aún peor. Pero me muerdo la lengua para no decirlo en voz alta.

—Cuando está con todos tiene los hombros tensos constantemente y una sonrisa de auténtico fanfarrón en los labios. No es así cuando está con Bee. Con ella siempre parece relajado y sonríe de verdad y se ríe mucho más. Tiene una actitud muy parecida cuando lo veo a solas con Arthur. Y es así como está conmigo también cuando hablamos, mucho más... natural. Es un buen tío, Casey, en serio. Podría creerse el rey del mundo, porque todos aquí lo tratan como si lo fuera, pero no es para nada soberbio. Es... normal. Es amable con todos los que se le acercan. Es encantador. Y es divertido.

Y es condenadamente guapo, también. Eso Elliot no lo dice, pero sé que los dos lo estamos pensando.

—Elliot —advierto en voz baja y con la mirada suplicante—, no puedes colarte por un hetero, por favor.

Niega con la cabeza y fuerza una sonrisa burlona.

—Claro que no. No seas tonta. Es majo, nada más.

No vuelve a mirarme a los ojos. Tampoco necesitaba más confirmación: mis consejos llegan un poco tarde.

—Elliot...

—No me sermonees, amiga —me frena—. Me llevo bien con el principito, no hay nada de lo que preocuparse. Era lo que necesitábamos, ¿no? No va a decir nada sobre Crol, hasta se rio en cuanto me acerqué a él porque se imaginaba a lo que iba, y dijo: «Di a tus amigos que no se preocupen, no voy a contarle a nadie lo del gato». Y, la verdad, cuanto más lo conozco, más dudo de que fuera a hacer que a cierto tonto enamorado lo echaran del

internado, o del equipo, por mucho que se enterara de lo que está pasando. No es así, de verdad. Lo sé.

Asiento.

—Vale.

No puedo decir nada más que eso. Si intento llevarle la contraria, se pondrá a la defensiva. Pero es que me da miedo que vuelvan a hacerle daño. Y, con ese grupo de amigos que tiene el principito, no puedo fiarme del todo, ¿no? Elliot ya pasó por esto. En su antigua escuela, ya se enamoró de ese chico que «no era como el resto de sus amigos», y terminó con una humillación pública y cruel, el corazón roto, y en este internado muy lejos de su vida anterior. No voy a dejar que vuelvan a herirlo así. Ni de broma. Nunca más.

—Ten cuidado, ¿vale? —pido a media voz.

Me pasa un brazo por los hombros y me acerca a su costado. Me dejo achuchar y me aprieto un poco más contra él mientras los dos contemplamos el espectáculo de la piscina.

—Tranquila. Siento decirlo, pero me parece que tú estás más cerca que yo del dolor de corazón, amiga. Y eso que existe el décimo mandamiento.

No respondo. Solo sigo mirando el agua de la piscina y a la persona que la domina como si fuera su elemento.

Y sé que yo no puedo saltar, porque corro el riesgo de ahogarme.

También sé que el décimo mandamiento está empezando a entrar en claro conflicto con el cuarto, el sexto, el octavo y el noveno. Sí, sobre todo con el noveno.

Si da miedo, hazlo.

Y pocas cosas me han aterrado más.

44

PROTÉGETE DEL FRÍO

Casey

Gray, como siempre, es el último en salir de la piscina. De hecho, el pabellón se ha quedado prácticamente vacío y él aún sigue dentro. Nate y Trish vuelven a asomarse por aquí, ya cambiados, para ver si se ha ahogado. Pero no, qué va. Él sigue nadando. No se permite parar.

Nate suspira con cansancio cuando se plantan a nuestro lado al pie de las gradas.

—Alguien debería decirle que tiene que dejarlo ya. Lo primero que te enseñan cuando empiezas a entrenar de manera profesional es que el exceso de entrenamiento es tan malo como la falta de él.

Trisha le da una palmadita en el hombro.

—Que se lo diga Casey. Yo me voy.

—Me voy contigo —se apunta el traidor de Elliot, al que he colado aquí y ahora me abandona sin más.

Nate cruza la mirada con la mía. Se encoge de hombros cuando hago una mueca.

—Vale —me rindo al final. Tampoco es que tuviera intención de discutirlo mucho—. Yo me encargo. Vete a jugar con la nieve, o lo que sea.

Da un saltito, como un perro al que das permiso para salir a correr. Me da un beso en la mejilla y luego desaparece rapidísimo detrás de nuestros amigos.

Yo me acerco despacio hasta plantarme delante de la calle de la piscina en la que Gray sigue nadando sin descanso. Está volviendo hacia aquí desde el otro extremo. Me siento cerca del borde, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo, y espero a que llegue hasta mí.

Se agarra al bordillo, se quita las gafas y me mira desde abajo. Se me agita algo en el pecho y lo mando a dormir enseguida. Él no dice nada. Solo me observa.

—Deberías dejarlo ya.

Apoya los dos brazos en la superficie y su piel mojada me humedece el pantalón.

—No puedo parar. Quedan menos de dos semanas para el 6 de diciembre.

—Y ya estás preparado, Oliver.

Niega con la cabeza.

Lo estudio con más atención. Está raro. Apagado. Pensativo. Muy callado.

—¿Qué pasa? —pregunto, empleando mi tono más suave y delicado.

No se mueve ni un poquito. Sigue con los ojos clavados en los míos. Hay brasas en su mirada y son más melancólicas que ardientes esta vez.

—¿Alguna vez te ha gustado algo tanto que has querido hacerlo siempre y, cuando lo logras y lo haces demasiado, sientes que ya no es lo mismo? ¿Que ya no te gusta igual? Antes disfrutaba cada vez que me lanzaba a la piscina, Casey. Y ahora... siento que me ahogo cada segundo que paso aquí.

Inclino el torso hacia delante, para acercarme más a él. No se aparta. Tampoco esconde la mirada.

—Sí.

Me mira con más interés.

—¿El qué?

—Antes pintaba —confieso, y no sé por qué lo suelto, cuando son cosas de esas que no le cuento a casi nadie.

—¿Cuadros?

—Sí, me gustaba dibujar, también. Mi padrastro pensó que tener a una artista en la familia aumentaría el prestigio, se volvió una obligación y empezó a agobiarme. Así que lo dejé.

—¿Y no has vuelto a hacerlo?

—Nos saltamos ese punto de tu lista de posibles aficiones —le recuerdo, con una mueca burlona—. Hago algún garabato de vez en cuando, pero no.

—¿Y por qué no? Te gustaba. Podrías hacerlo solo para ti, para disfrutarlo.

Qué bien se nos da a todos regalar consejos, y qué difícil es aplicarlos a uno mismo, ¿verdad?

Sacudo la cabeza.

—Creo que porque me recuerda a alguien de quien no quiero acordarme.

—Tu ex —dice, sin rastro de interrogación en su voz.

—No es mi ex —corrijo. Luego cambio el tono y la actitud—: No estábamos hablando de mí. Te estás presionando demasiado, Gray.

No me pierdo el gesto leve que siempre aparece cuando lo llamo así. Como si algo no encajara, como si lo estuviera confundiendo con otro.

Asiente.

—Ya lo sé, pero es que no sé si habrá más oportunidades.

—Lo entiendo. Aunque tal vez deberías relajarte de vez en cuando y acordarte de cuando empezaste a hacer esto y lo hacías solo porque te gustaba.

Sonríe de medio lado. Una sonrisa afilada, irónica.

—Hace muchísimo tiempo que no lo hago solo por eso. Desde que un entrenador de un colegio pijo de Londres me vio nadar y le dijo a mi padre que tenía posibilidades de conseguir una beca si me lo tomaba en serio. Ni siquiera había cumplido los once. Y lo seguí disfrutando, aun así, pocas cosas me han gustado más que esto en toda mi vida, pero ahora... ¿Qué haces?

Se aparta y frunce muchísimo el ceño cuando ve que empiezo a quitarme la chaqueta. No le hago caso. Me pongo de pie y me libro también de los pantalones para quedarme en bañador.

No dice nada cuando me siento en el bordillo, muy cerca, y me deslizo despacio para meterme en el agua a su lado.

—Vamos a nadar por diversión, pequeño pingüino. Vamos, solo tú y yo. Ni cronómetros, ni marcas, ni metas.

Me mira con mucha atención. Sus pupilas me muerden la sonrisa. Y luego hace una mueca algo burlona.

—Tienes que ponerte un gorro, Adams.

Resoplo y él se ríe, muy bajito y muy suave, cuando le arranco el suyo de un tirón. Lo tiro sobre la playa y le hago un gesto con la cabeza para que me siga. No me da tiempo a empezar a nadar, se sumerge delante de mí, muy cerca de mi cuerpo, me agarra un tobillo y tira hacia abajo para hundirme de golpe.

Tomo una bocanada de aire cuando vuelvo a emerger, me retiro el pelo de la cara, me sacudo el agua de las pestañas y abro los ojos para dedicarle una firme mirada de advertencia.

—Te vas a cagar, Grayson.

Su sonrisa es tan burlona que tengo ganas de borrársela con los dientes.

—Eso será si me pillas, vendaval.

Desaparece bajo el agua y bucea hasta dejar atrás un par de corcheras, dos calles más allá. Por supuesto, voy detrás. Me cuelgo de sus hombros en cuanto me permite alcanzarlo e intento hundirlo, pero él consigue mantenerse a flote y no deja de reír. Esa risa se propaga por cada rincón, resuena en el techo y en las cristaleras y se me cuela debajo de la piel. Se me contagia, también, eso por descontado.

Nadamos persiguiéndonos de un lado a otro. Incitándonos, gritando, riendo, y sin ningún tipo de objetivo aparte del de divertirnos. Y puede que me ahogue, porque él tiene mucho más aguante que yo, pero llego a pensar que merecería la pena solo por verlo disfrutar así en el agua, donde es más él que en ninguna otra parte.

No sé cuánto tiempo estamos jugando en esta piscina, pero no quiero tener que salir.

Le salpico con fuerza la cara cuando se acerca, grito entre risas y huyo hacia el otro lado.

Estoy agotada y casi sin aliento cuando me atrapa contra el bordillo. Jadeo con la boca entreabierta y, cuando sus ojos caen directos a mis labios, ya no me acuerdo de respirar. Me aferro a sus hombros para no hundirme y él se agarra al borde, con una mano a cada lado de mi cabeza, para mantenernos a flote a los dos. Se le

tensan los músculos bajo mis palmas, y yo siento un escalofrío bajándome por la espalda.

Da miedo.

Es una locura.

Un instante que exprimir.

Y las ganas van a matarme.

Somos amigos, y no sé si eso es algo con lo que me pueda conformar.

Son cinco malditos mandamientos contra uno del que ni siquiera tengo que preocuparme, ¿verdad? Porque esto no es... Esto solo es...

Es el patético Gray. Está enamorado de su ex. Ni siquiera estoy segura de caerle bien del todo todavía.

Y, sin embargo, me está mirando los labios como si la tentación llevara mi nombre. Tal vez esto podría ayudarlo con su corazón roto, ¿no? Algo fugaz. Que el clavo sea yo. *Querer* besarme y no hacerlo solo por un mero trámite.

Querer besarme *a mí*.

Tal vez yo quiera besarlo a él. Porque sí. Porque me apetece. Porque me falta el aliento y me cosquillea el estómago. Sin necesitar más razones.

—Casey —murmura a unos ridículos milímetros de mi boca.

Un ruido nos llega desde la entrada al módulo de la piscina. Gray levanta la cabeza. Yo también me giro a mirar.

Y el oportunísimo Nathaniel Sanders aparece ante nosotros y pone los brazos en jarras mientras da golpecitos impacientes en el suelo con el pie.

—¡Eh! Vosotros dos, ¿se puede saber qué os pasa? ¡Ya es la hora de la cena!

—Mierda —murmura Gray.

Pasa por mi lado y se impulsa con los brazos para salir ágilmente del agua. Se vuelve enseguida y me tiende la mano para ayudarme a hacer lo mismo. Ni siquiera me mira cuando me pongo de pie a su lado. Mantiene la mirada esquiva todo el tiempo, mientras me pasa una toalla, recogemos nuestras cosas y caminamos hacia el lugar donde Nate nos espera como una madre impaciente que insiste en que sus hijos dejen de jugar para poder volver a casa.

Y yo estoy helada. Supongo que es solo porque la nieve sigue cayendo fuera. Con fuerza. Con rabia.

No digo ni una sola palabra y me meto en el vestuario femenino en cuanto llegamos a la puerta. Ellos siguen juntos unos pasos más, hasta el masculino. Nate habla en voz baja, pero puedo oírlo igual:

—Eh, tío, ¿qué pasa? ¿No te acuerdas de lo de no follar en la piscina? —se burla de su amigo.

Se me encoge el estómago.

—Cállate. Ni de broma. Es Casey.

No suena como si eso, *ser Casey*, fuera algo malo. Pero, definitivamente, tampoco parece algo bueno.

Así que me cercioro de recoger hasta el último pedacito de mi orgullo, y me cambio de ropa para ir a cenar.

La cena me ha ayudado a olvidar cualquier traspaso de mis propios límites que haya podido estar a punto de cometer en esa piscina. Gray actúa como si nada, y yo me obligo a hacer lo mismo. Hablamos, como siempre. Nos lanzamos pullas de un lado a otro de la mesa, como todas las noches. Nos reímos juntos y con nuestros amigos, como debe ser.

Y creo que está bien que lo que podría haber sido no haya llegado a serlo. Yo tengo una misión y todo el mundo sabe que no hay que

mezclar los negocios con... lo que sea.

Al salir del comedor, Elliot se va al salón de cine para reunirse con su club de cinéfilos un miércoles más. Le advierto con la mirada que tenga cuidado y él me responde con una sonrisa que me da a entender que, aunque sabe que debería, no lo tendrá.

Los demás contemplamos los gruesos copos de nieve caer a través del ventanal. Nate es el primero en salir corriendo. Trisha lo sigue muy de cerca. Y Gray me coge la mano para llevarme tras ellos, como si no tuviera importancia y no pudiera sentir la corriente eléctrica que a mí me eriza la piel.

Es solo el frío, nada más.

Bee nos mira desde un lado de la puerta, donde está con sus amigas, cuando salimos y pasamos por delante. Aprieta los labios al fijarse en nuestros dedos entrelazados, pero me dedica un asentimiento en cuanto conectamos la mirada. Gray ni siquiera la ve. No tengo ni idea de cuándo ha dejado de buscarla todo el tiempo.

Se ríe cuando Nate nos lanza un par de bolas, y tiene que soltarme la mano para poder hacer unas cuantas más que devolverle. Trisha se pide estar en mi equipo, así que empezamos una batalla de nieve, chicos contra chicas, que está claro que nosotras no estamos dispuestas a perder. No vamos a hacerlo, desde luego, porque jugamos muchísimo más sucio que ellos.

Y cuando Gray me atrapa entre los brazos y me levanta en el aire para que Nate pueda estamparme un puñado de nieve en plena nariz, me siento increíblemente protegida del frío. La sangre me quema en las venas. Y quiero explotar y salpicarlo de luz para que nunca más camine en las sombras. Para que no se encoja. Para que no se esconda.

Para que Oliver Patrick Grayson nunca jamás vuelva a ser un secreto.

Y a lo mejor Elliot tenía razón con lo que ha dicho esta tarde: puede que yo esté más cerca que él del dolor de corazón.

Y no pasa nada.

Creo que estoy dispuesta a soportarlo.

22.40 h
26 de noviembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Tara Williams tiene muy mala suerte con sus compañeras de cuarto, ¿no creéis? Ya es la segunda vez que solicita un cambio este curso y apenas hemos dejado atrás el primer tercio. Bueno, ya sabéis lo que dicen: la primera vez es culpa tuya; la segunda..., la culpa es de Tara. Al fin y al cabo, ha sido ella la que ha besado a Lance Harrison, cuando todo el mundo sabe que la dulce Christine lleva años loca por él.

Un poquito de lealtad es lo único que te pedimos, Tara. Y estando las cosas tan tensas, ¿no preferirías haberte quedado con Casey Adams? Al menos, la chica sabe encender un fuego para hacer frente a este temporal de nieve que nos ha helado la piel... y ha congelado tu corazón.

¿Quién será la próxima en sufrir las consecuencias de la convivencia?

Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

45

ELIGE UNA CITA... Y SOLO UNA

Oliver

Esto es la mayor tontería que se le ha ocurrido a Casey *pirada* Adams desde que la conozco, rivalizando en primera línea de meta con lo de «voy a ayudarte a curar ese corazón roto». Y mira que se le han ocurrido tonterías desde entonces. Pero es que, claro, ahora tiene un cómplice que potencia cualquiera de sus locuras. Y ese cómplice es precisamente el que me ha seleccionado la ropa que debía llevar hoy para tener un montón de citas en solo un par de horas y me está arrastrando sin atender mis súplicas hasta el lugar de la tortura.

Tengo que admitir que se han currado la decoración. Parece el día de San Valentín en unos grandes almacenes. Han trabajado mucho en esto. Y, teniendo en cuenta que Nate tiene un medio novio al que ha prometido contarle todos los cotilleos jugosos que saque de este rato de citas exprés, que Trisha ni siquiera se ha apuntado porque ni le interesa ni tiene tiempo para esa mierda de las relaciones (en sus

propias palabras) y que Elliot apenas va a tener dos o tres encuentros porque no hay muchos chicos abiertamente homosexuales en el internado..., me parece que esta movida se ha montado total y exclusivamente para mí. Aunque imagino que Casey no va a dejar de tener tantas citas como yo y no sé muy bien cómo me hace sentir eso. Todos mis amigos han aprovechado la cena para opinar sobre lo que debería hacer, decir o sentir en las próximas horas. Y yo solo sé que me da una pereza terrible tener que iniciar la misma conversación una decena de veces, que me voy a morir de vergüenza otras tantas y que el evento va a ser tan agotador que mi batería social quedará inservible y tendré que tirarla a la basura.

—¿Estás preparado? Esta noche podrías encontrar a la próxima chica que te destroce el corazón.

Nate se cree muy gracioso. Y yo, en cuanto oigo eso, escaneo el espacio con la mirada hasta encontrar sus ojos del azul del mar embravecido y le devuelvo la sonrisa sin querer en cuanto ella me dedica una.

No sé muy bien cómo estamos ahora mismo Casey y yo. O sea, sí que lo sé: somos amigos y ella sigue echándome una mano con todo eso de encontrar intereses y quererme a mí mismo más de lo que quería a Bee y ser un seductor en potencia. Es un proceso lento, supongo. Odio esa palabra. Me refiero a «proceso», no a «lento», aunque creo que las dos juntas solo lo hacen un poco peor. Y sí, Casey y yo estamos como siempre durante el día, demasiado cerca y demasiado lejos. Y, por las noches, pasamos cerca de una hora chateando en la red social del colegio mientras nos hacemos pasar por otras personas. Unas que no tienen que tener miedo de indagar en lo que sienten de verdad y admitir que es confuso y complicado y que no tiene ningún sentido. A lo mejor soy una de esas personas dependientes que siempre tienen que colgarse de algo o de alguien.

Y como Bee ya no me quiere, yo me he hecho adicto al modo en que la chica vendaval me hace reír y consigue hacerme sentir que valgo la pena y debería estar orgulloso de mí. Creo que ya esa «misteriosa Rain» no intenta ponerme a prueba. Apenas hablamos de amor ni de relaciones. Solo hablamos de cosas. De series o de libros, de lo que nos gusta o detestamos del internado, de cómo nos ha ido el día. Y está bien, aunque un chat y un personaje tras el que escudarse no me permite disfrutar del todo del vendaval Adams. Por mensajes no es irritantemente optimista, no tiene locuras a cada segundo bailándole en la punta de la lengua y no hace detenerse el tiempo con el sonido de su risa. A través de una aplicación no puedo verla sonreír, tampoco. Ahora le ha dado por sacar libros de la biblioteca y colarse por mi ventana para dejármelos sobre la cama cada pocos días, aunque sospecho que solo lo hace para pasar un rato con Crol y no por mí. Libros sobre mitología. Historias de fantasía. Y tengo la absurda sensación de que he echado de menos al Oliver que disfrutaba de todo eso, así que, en cierto modo, vuelvo a ser ese niño otra vez.

—Esto es una tontería —murmuro, para que solo me oiga mi mejor amigo y no toda esa gente que se ha apuntado a las citas por voluntad propia.

Nate se ríe.

—No, qué va. Tengo que admitir que yo también dudé en algunos momentos de que Casey tuviera la más mínima idea de lo que hacía, pero este paso es necesario, tío. Sé que hay gente que no confía en la sabiduría popular, pero ella tiene razón: si se sigue diciendo aún eso de que un clavo saca otro es porque funciona. Y tú necesitas un clavo para librarte de una vez de *ya sabes quién*. Si te enrollas con otra, a lo mejor se te abren los ojos. Te darás cuenta de que no es la única en el mundo.

No. Claro que no es la única en el mundo. Lo que mis amigos no entienden es que no es que yo no supiera o no entendiera eso; es que Bee era la única en el mundo para mí porque quería que lo fuera. Porque no era que no pudiera conocer a otra..., simplemente no quería hacerlo. La quería a ella.

Ahora...

Joder, ahora no sé lo que quiero.

O sí.

¿Y si...?

—¡Hola! —Casey salta justo delante de nosotros, con la energía del día intacta, aunque ya haya pasado la cena, y esa increíble sonrisa brillándole en los labios—. ¿Estáis listos? Ya he distribuido las filas, solo hay que sentarse y conectar las alarmas para cambiar de sitio. Nos movemos las chicas. En el lado de parejas homo, se cambian los de la fila derecha.

—¿Qué fila, chica? Somos cuatro, de aquí no voy a salir con novio —se lamenta Elliot, justo a su lado.

—La verdad es que el porcentaje es ridículo —lo apoya Nate—. Me parece a mí que en este internado hay mucha peña en el armario, ¿eh? Yo voy a pasar primero con los tíos y luego me paso a conocer a las chicas, ¿puedo?

Casey hace una mueca y se le escapa la risa por las comisuras de los labios.

—Tú *ya conoces* a todas las chicas, y también a los chicos, Nathaniel. Deberías dedicarte a moderar.

Él se ríe.

—Isaiah me ha pedido anécdotas de esta noche y yo se las tengo que conseguir —se justifica.

—Muy bien —cede la chica vendaval—. Pues cada cual a su sitio, venga.

Se cuelga de mi brazo y tira de mí para llevarme al otro lado de la sala, donde han colocado un montón de mesas a poca distancia una de otra y con sillas enfrentadas en cada una.

—Tú empiezas aquí —me ordena, y me coloca delante de una de las sillas, al final de la fila de mesas.

—¿Y dónde empiezas tú?

—Por ahí en medio, donde me toque —decide despreocupadamente.

Me da un buen repaso, mirándome de arriba abajo y con tanta atención que siento cómo el calor me sube a las mejillas y seguro que se me tiñen de color. Asiente, como si estuviera conforme con la ropa que Nate me ha elegido.

—Estás perfecto para esto. Recuerda: no te pongas nervioso, sé tú mismo y, sobre todo, intenta pasarlo bien. Esto no es un castigo, es un juego. —Vuelve a mirarme de arriba abajo una vez más y sonríe, satisfecha—. Esta noche ligas, pequeño pingüino.

Me guiña un ojo, muy convencida de mis posibilidades. Desde luego, Casey Adams cree en mí mucho más que yo mismo, aquí, en la piscina y en cualquier otro aspecto que se me pueda ocurrir ahora. No acierto a decir nada antes de que se vaya. Desaparece de mi vista y yo sigo pasando una y otra vez por mi mente la imagen de ese guiño.

«Esta noche ligas». ¿Y ella? ¿Va a ligar ella? Estiro el cuello para ver a todos mis rivales en el dichoso juego de esta noche. Y sí, ahí está, Fabrizio Parisi, vestido de negro, con aspecto de chico malo, con todo su asqueroso encanto italiano y sin quitarle la vista de encima a la chica vendaval. No ha parado de perseguirla en el último mes. Por lo que sé, Casey le ha dado largas cada vez, y dice que no está interesada, pero tampoco ha cerrado la puerta del todo. A lo mejor ahora, con todo este ambiente romántico, ellos dos... Joder,

no me lo puedo ni imaginar. Me acuerdo de aquella noche, cuando los vi en los establos, y me mareo. Tengo ganas de vomitar.

Nate da unas palmadas y llama la atención de todos los que llenan la sala, para explicar brevemente las reglas, con Casey a su lado, y pedir a todo el mundo que ocupe sus posiciones. Hay mucha agitación y unas cuantas risitas tontas inundando el ambiente antes de que suene la primera alarma.

Empiezan las citas.

La chica que se sienta frente a mí va a mi clase, pero no habremos cruzado más de cuatro palabras en dos años. Se llama Danielle, es morena, de ojos oscuros, quiere estudiar Literatura en la universidad, es acuario y adora a su perro. No me interesa.

Casey se ríe con un chico del equipo de fútbol.

La siguiente, Marianne, es un año menor, bajita y sonriente. Le gusta patinar y tocar el piano. Es hija de una secretaria de Estado y tiene tres hermanos pequeños. Es simpática. No me interesa.

Casey no para de hablar con el tío más idiota de mi clase.

Después, Lorie Henry se sienta en la silla frente a mí. Es la mejor amiga de Bee y la peor enemiga de Trisha, pero apuesto a que, antes de esta noche, no sabía ni cómo me llamaba. Se enrolló con Nate a final del curso pasado y eso le costó a mi mejor amigo una pequeña bronca con Trish, pero se arreglaron enseguida porque no pueden vivir el uno sin la otra, y viceversa. Lorie no pregunta apenas por mí, solo habla de ella. No entiendo cómo puede ser su inseparable, si no tiene nada en común con Beatrice Cox. Tampoco le doy muchas vueltas. No me interesa.

Casey no para de mirar en mi dirección y pone los ojos en blanco cuando conectamos la mirada mientras su cita del momento también habla y habla y habla y gesticula demasiado.

La siguiente chica se llama Christine y tiene la sonrisa bonita y la voz dulce. Es preciosa y amable y se sonroja cada vez que digo su nombre. Me siento un poco mejor, porque así no soy el único que parece un introvertido avergonzado sufriendo por esta locura de las citas. Creo que no puedo ponerle ninguna pega a Christine. Pero soy incapaz de prestarle la atención que merece. No me interesa.

Casey está con Fabrizio, y él no para de estirar el brazo para tocarla por encima de la mesa. La mano, el pelo, los lunares del pómulo. Joder, sus lunares. *Mis* lunares. Me está poniendo enfermo.

Respiro con alivio cuando suena la alarma y el guaperas italiano tiene que ver cómo ella cambia de asiento. Apenas me despido de la pobre Christine, que ha sido encantadora y sería la clase de chica con la que me quedaría hablando toda la noche..., si no quedaran tres cambios de mesa más para estar frente a la chica con la que realmente quiero hablar toda la maldita noche.

Alex, con la que se enrolló Nate tras la fiesta de bienvenida de este año, es sexi, arrolladora, divertida. Intimidante, también. No me interesa.

Casey habla con Adam, uno de mis compañeros del equipo de natación, y sonríe coqueta. Odio este juego.

Después llega Linda Capell, otra de las amigas de Bee que no sabe nada de nuestra historia. Altiva, superficial y muy fan de sí misma. No me interesa.

Casey está en la mesa de al lado y su risa me distrae todo el tiempo.

Y luego suena la alarma y se me aceleran los latidos de una forma absurda y difícilmente compatible con la dignidad.

Se me sienta enfrente, nos miramos a los ojos en silencio por unos segundos, y ella sonríe.

—Hola, pingüinito.

—Hola, vendaval.

—¿Cómo lo llevas? ¿Ya te has enamorado?

Joder, a lo mejor sí.

Venga ya, Oliver, no seas tan penoso.

—Lo estoy pasando mal, Casey.

Eso es lo que digo y lo digo completamente en serio. Mierda, es que está siendo una tortura y solo quiero pedirle que nos larguemos de aquí y que no sonría a ningún chico más como me está sonriendo a mí ahora mismo.

—Venga, Christine Duncan es monísima, y es un amor. Creo que pegáis bastante. —Mira alrededor para echar un vistazo a las chicas con las que ya he hablado—. Y Alexandra Neville es un bombón, no me digas que no.

Pongo los ojos en blanco, y ella me devuelve una mueca exasperada.

—No me interesan.

Hace un puchero. Odio cuando hace pucheros. Lo odio muchísimo. Y quiero inclinarme hacia ella y morderle el labio para que deje de hacerlo de una vez. Qué puta locura, ¿no?

—Venga, ahora es nuestra cita exprés, cuéntame algo de ti que no sepa, nadador.

—Difícil —murmuro, con media sonrisa.

Estoy nervioso. Siento el corazón golpearme las costillas como si quisiera hacerlas añicos, y me arde la piel por todas partes.

—Esfuérzate un poco.

Intento respirar.

—Me dan miedo los caballos.

Sonríe con algo parecido a la ternura inundando su mirada.

—Eso ya lo sabía, aunque creía que tú lo llamabas «respeto» —se burla, y me contagia la sonrisa por mucho que intente resistirme.

—Ya, pero no sabes por qué. —Busco sus pupilas y me anima a continuar solo con la mirada—. Una yegua me dio una coz en el pueblo de mis abuelos cuando tenía seis años. Ni siquiera le había hecho nada, solo pasaba por allí. Me dio en la cabeza, estuve una semana entera en el hospital. Tengo una cicatriz justo aquí, dos dedos por encima de la oreja. Tal vez por eso he conseguido una beca por deporte y no por estudios —bromeo.

Hace una mueca.

—Lo siento. No la avisaste, ¿no? A la yegua, de que ibas a pasar por detrás —aclara al ver cómo la miro—. Siempre hay que avisar a los caballos cuando vas a pasar tras ellos, tienen un punto ciego y se asustan si notan el movimiento. Le diste un susto de muerte, a la pobre.

Abro la boca, sin palabras. Indignado. Yo le cuento el mayor trauma de mi infancia, ¿y se pone de parte de la dichosa yegua? Ella sonríe.

—La «pobre» casi me mata.

Asiente.

—Pero aquí estás.

—Aquí estoy —suspiro—. ¿Y tú qué? Te toca contarme algo que no sepa de ti, para eso son las citas rápidas: nombre, edad, interés fundamental en la vida y dato curioso.

Se ríe.

—Vale, un dato curioso: de pequeña estaba obsesionada con mi libro favorito y quería que me lo leyeran todas las noches. Iba sobre un gato negro que se hacía amigo de un perro guardián. Ni siquiera me acuerdo de cómo se titulaba, pero te prometo que aún se me pone la piel de gallina cuando me acuerdo de uno de los dibujos, del perrito dejándolo acurrucarse con él en la caseta en una noche de tormenta. Mira. —Se levanta la manga del vestido y me muestra el

brazo, para enseñarme esa inapreciable piel de gallina de la que habla—. Mi madre lo tiró por error cuando remodelaron mi cuarto para que lo compartiera con Daisy. Fue la primera vez que se me rompió el corazón.

La observo. La nostalgia en los ojos, la sonrisa triste, los dedos acariciando el borde de la mesa de forma rítmica.

—¿Cuándo fue la última?

Se muerde el labio. Nos sostenemos la mirada. Quiero apartar la mesa de entre nosotros dos y acercarme más.

Y entonces suena la alarma y ella deja caer los hombros.

—Tengo que cambiarme de asiento.

Miro a la chica que ya abandona la mesa de al lado. Y no quiero... Lo siento muy adentro, agarrado a las tripas y desgarrándome con las uñas.

—No quiero que te cambies —respondo, firme y temblando por dentro.

—Oliver, el juego no es así —me recuerda, con una mirada confusa.

Me pongo de pie. Le tiendo la mano.

—Se supone que todo esto de las citas rápidas es para elegir solo una al final, ¿no? Para decidir, de entre todas, cuál ha sido la mejor. No necesito más citas, vendaval, quiero salir de aquí contigo. ¿Quieres venir conmigo a jugar con la nieve?

Niega con la cabeza, no en una negativa, sino como si le pareciera la idea más tonta y más tierna del mundo.

—Podrías resbalar y romperte un brazo y no poder competir el sábado.

Hago una mueca.

—Iré con muchísimo cuidado.

La cojo de la mano y ella se deja llevar. Alguien silba, puede que haya sido Nate. Elliot está a un lado de la puerta y nos mira con la boca abierta cuando la atravesamos corriendo y entre risas. Algunas personas aplauden, como si esto fuera el final de una comedia romántica.

Y no. Esto no es para nada un final. Es todo lo contrario.

Al salir, caminamos prudentes, con cuidado de dónde y cómo pisamos. Y luego Casey se confía y empieza saltar y a jugar por el terreno cubierto de blanco como si fuera un cachorro que descubre la nieve por primera vez. Es hasta gracioso..., o al menos lo era antes de que decida meterme en el juego y me cuele un puñado de nieve por el cuello del abrigo.

Chilla cuando amenazo con ir tras ella, y sale corriendo. Intento seguirle el ritmo, pero, en serio, nos vamos a matar. Y, puesto que podrían ser nuestros últimos instantes de vida, decido que tampoco importa tanto, y que nada me apetece más que jugar con Casey *pirada* Adams a lanzarnos bolas de nieve y perseguirnos hasta que dejemos un camino de huellas que se entrecruce en todas direcciones.

Pasamos tanto tiempo jugueteando y riendo, luchando en broma y tocándonos solo un poco más cada vez que tenemos ocasión, que mi piel helada echa humo por el contraste con el calor que me recorre las venas por todas partes. Tengo los labios fríos, y quizá por eso no puedo borrar la sonrisa.

Casi han dado las once cuando me ofrezco a acompañarla para asegurarme de que no resbala por el camino.

No tengo ni idea de cómo llegamos con todos los huesos intactos hasta el caminito despejado que lleva a la entrada de la residencia de las chicas. Pero aquí estamos y sigo sintiendo que yo no quería llegar. Me habría quedado en el camino toda la noche, aun a riesgo

de perder algunos dedos. Casey se vuelve a mirarme, plantada sobre la nieve, y me pone las manos en los hombros para mantener el equilibrio.

—Gracias por acompañarme, pingüinito.

—Gracias por escaparte conmigo, vendaval.

Sonríe. Tiene las mejillas y la nariz rojas por el frío, los ojos brillantes. El abrigo le queda grande y parece perderse dentro de la prenda acolchada. Tiene el pelo algo revuelto, porque le he lanzado un par de bolas de nieve que se le han enredado entre los mechones. Y pienso que está preciosa.

Y nunca había pensado eso antes, no de esta manera tan pura y tan clara, así que debería ser raro, pero no lo es. Es perfectamente natural, como si lo hubiera tenido en la punta de la lengua desde la primera vez que la vi. Como si lo hubiera pensado un millón de veces antes en un millón de situaciones distintas.

—Ve con cuidado —me advierte, ajena a mis pensamientos—. Envíame un mensaje cuando llegues para decirme que no te has roto nada por el camino, ¿vale?

La sonrisa es más traviesa esta vez. También me gusta más ahora.

Se acerca y se estira para dejarme un beso breve y helado en la mejilla. Y una parte de mí me grita que la bese cuando se aparta lentamente y me mira a los ojos, y otra dice que no sea idiota y no lo haga ahora, porque tengo los labios congelados e insensibles y no quiero perderme absolutamente nada de la sensación.

Y entonces ella va a dar un paso atrás y... se resbala y hace unos aspavientos graciosísimos antes de acabar tumbada sobre su espalda en la nieve. Me inclino un poco sobre su rostro. Me río antes de preguntar, y sé que eso está mal, pero es que es inevitable.

—¿Estás bien?

Le tiendo la mano para ayudarla a levantarse, pero, cuando la coge, sé que no quiero que ella esté de pie conmigo, quiero estar ahí tirado con ella. Tendidos sobre la nieve y juntos. Así que, en vez de ayudarla a ponerse en pie, me dejo caer a su lado, imito su postura y dejo que su risa me pinte una sonrisa en la cara.

Es ella la primera en mover los brazos. La imito enseguida. Nos movemos de forma caótica, brazos y piernas, chocando el uno con el otro y riendo como si nos hubiéramos vuelto locos de remate. Y dibujamos ángeles de nieve, porque ella ya hace tiempo que no pinta, pero a lo mejor podemos aprender a disfrutarlo juntos. Sin prisa. Sin presión.

Igual que debería nadar yo.

Cuando nos levantamos del suelo, con el culo congelado y agujetas en la tripa, soy consciente de que tenemos público. Hay algunas chicas en la puerta de la residencia, sonriendo ante el espectáculo. Y unos metros más allá, en el camino, Bee y el principito, muy juntos, tienen los ojos puestos en nosotros, también. Ella me sonríe cuando nuestras miradas se encuentran. Una sonrisa triste, rota, pero también liberadora.

Y a mí ya no me duele.

Beatrice se va. Y yo doy media vuelta y emprendo el camino hacia mi edificio, tras dar las buenas noches a Casey. Sé que se queda ahí, mirándome mientras me alejo. Y, por si no fuera lo bastante penoso ya, resbalo unos metros más allá y me caigo de culo al suelo.

Oigo las carcajadas estridentes de la chica vendaval resonándome en los oídos. Y sonrío, claro, porque soy idiota.

Lo primero que hago en cuanto estoy a salvo en la residencia es entrar en esa dichosa red social y buscar la conversación con el nombre de Rain. Escribo:

[Gray]:
Esta noche estaba preciosa y quería decirlo en voz alta.
[Gray]:
Debería haberla besado.

La respuesta llega en menos de un minuto.

[Rain]:
Sí. Deberías haberla besado.

15.01 h
28 de noviembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

¿Estuvisteis ayer en el evento de las citas rápidas? Sabemos de alguien que sí. Y, sobre todo, sabemos quién salió con quién de esa sala.

Christine Duncan se llevó de la mano a un soltero muy codiciado. A lo mejor se fijó en ella después del último hilo de este perfil, ¿no creéis? De nada, Christine. Ahora ocúpate de agarrarlo bien, a Lance no es nada fácil echarle el lazo.

¿Hubo más parejas de las que merezca la pena hablar? Por el momento, lo único que podemos decir es que la noche estaba helada y las aceras cubiertas de nieve..., y algunos intentaron derretirla toda con las chispas que saltaban entre miradas. Yo las vi, ¿las visteis vosotros?

Aún es pronto para sacar conclusiones..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, las tendremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

46

APAGA EL RUIDO

Oliver

El fin de semana ha sido intenso. Y el próximo lo será aún más, y quizá por eso no puedo deshacerme del nudo que me oprime el estómago a todas horas últimamente. La competición de ayer fue genial, no se trata de eso, es que necesito batir esa marca que tengo grabada a fuego en la cabeza desde principio de curso y aún no lo he conseguido y no me siento muy capaz de lograrlo en menos de una semana. Por mucho que lleve ese pingüino de peluche conmigo a todas partes para que me dé suerte. Funciona, creo, pero necesito *más*.

Hemos llegado al internado pasada la hora de almorzar. No he tenido tiempo de hablar con Casey, porque el martes es el cumpleaños de Nate y sus padres y su hermano pequeño han venido hasta Windermere para celebrarlo hoy con él, y nos han invitado a Trish y a mí a acompañarlos. Ha sido un día divertido. Aunque también un poco irreal para mí. Como si estuviera en un lugar que

no me correspondía. Como si me hubiera colado en un mundo al que no pertenezco. Creo que es exactamente así. Porque los padres de mi mejor amigo le han traído hasta aquí su regalo de cumpleaños: un cochazo para celebrar los dieciocho. No tengo dudas de que cuesta más que el alquiler de la casa de mi madre de un año completo. Y ellos le han dado las llaves como si fuera calderilla. Trish estaba emocionada por todos los sitios a los que podremos ir los fines de semana después de Navidad, cuando las competiciones se espacien y nos dejen tiempo libre. Nate estaba encantado con su juguete nuevo. Y yo... Yo solo estaba incómodo. Y quiero alegrarme por él. No es que tenga envidia. Es solo que todo parece demasiado artificial a veces.

Hemos regresado a Liberty Haven después de la cena, montados en ese artículo de lujo con ruedas y con Nate al volante. He pasado un poco de miedo, porque conduce como un demente y no ha practicado mucho desde que se sacó el permiso este verano, pero al final han conseguido hacerme reír tanto con sus tonterías que se me ha olvidado todo lo demás. Elliot ha venido corriendo para verlo en cuanto les hemos mandado un mensaje.

Casey ni siquiera ha contestado.

—¡El domingo que viene nos vamos de excursión!

—¡El martes podemos bajar al lago! Seguro que Macrae nos da permiso para salir solo un ratito. Nunca le ha dicho que no a Nathaniel Sanders, su ojito derecho.

—No soy su ojito derecho.

—¡El favorito de la directora!

No paran de gritar y de reír mientras Elliot toquetea todo sentado al volante, con el motor apagado, y Trisha abraza el morro del coche como si acabara de atropellarla. Nate contempla el vehículo con pasión. Creo que está a punto de ponerle nombre.

—Eh —llamo a Elliot en cuanto se apea y empieza a dar vueltas alrededor para mirarlo desde todos los ángulos—, ¿dónde se ha metido Casey?

Sonríe de medio lado, sin ni siquiera volverse hacia mí, como si le pareciera divertido que pregunte por ella. Luego me mira y se queda mucho más serio de golpe.

—Los domingos a veces... se raya después de la llamada semanal con su madre. No te preocupes, Gray, estará bien. Solo necesitaba estar sola un rato.

Le agarro el brazo cuando empieza a alejarse, y él enarca las cejas.

—¿Qué le pasa exactamente con su madre? ¿Tú sabes por qué no se lleva bien con su familia?

—Pregúntaselo a ella, ¿no?

Como si no lo hubiera intentado ya. Aprieto los labios, doy media vuelta y empiezo a alejarme. Me parece que sé dónde encontrarla.

—Pero ¡ahora no! ¡Dale un respiro, anda! —grita Elliot a mi espalda.

No le hago caso. No me despido antes de largarme. Rodeo el edificio común desde el aparcamiento y bajo, dejando a un lado las pistas de baloncesto, hasta el campo de fútbol. Es el único lugar del internado donde hay espacio suficiente y está iluminado a estas horas. Sé que prefiere correr por el bosque que hay pegado al muro este, pero desde que los días se acortaron mucho más siempre viene aquí.

La veo enseguida. Está al otro lado, corriendo como si algo la persiguiera por todo el perímetro. Voy por el borde opuesto, para que me encuentre de frente en la siguiente vuelta.

Empieza a reducir la velocidad poco a poco cuando me ve y se acerca cada vez más despacio hasta parar justo delante de mí.

—Hola.

—Estoy bien —dice, y puedo oír desde aquí la música que le machaca los oídos. Está altísima—. Hablamos luego, Gray.

No. No está bien. No hablamos luego. Y no soy Gray. No para ella.

Me muevo a un lado para impedirle el paso cuando intenta esquivarme. Alza esos ojos de un azul profundo como el océano y me sostiene la mirada con la mandíbula apretada. Le quito el auricular de la oreja izquierda.

—Vas a hacerte daño en los oídos.

Hace amago de poner los ojos en blanco e intenta esquivarme otra vez. Le rodeo la cintura con un brazo y la sostengo muy cerca de mi cuerpo.

—¿Qué ha pasado?

Se encoge de hombros.

—Nada. Todo. A veces necesito apagar el ruido, nada más. Me pongo los cascos, subo la música y corro. Y así puedo barrer lo malo y quedarme con lo bueno. Es lo que quiero ser. No quiero ser esto, ni la chica débil o triste, y por eso tienes que irte, porque, si nadie lo ve, entonces no existe. Vete y déjame resetear esta mierda de día y poder volver a ser Casey *la pirada*, o como sea que me llames con tus amigos cuando yo no estoy delante.

Le sostengo la mirada sin dejar que me intimide su expresión dura y decidida. Nunca la había visto así. Y esta Casey no es la que ella quiere que la gente vea, pero yo quiero verla. Quiero conocerla también. Las partes oscuras y escondidas, las que no se permite explorar ni a sí misma. Quiero saberlo todo. Y no deja de gustarme lo que encuentro, incluso así; creo que es buena idea que nos quitemos del todo los disfraces de una vez.

—¿No es agotador ser tan optimista todo el tiempo, vendaval? ¿No te cansas a veces de sonreír y de buscar el lado positivo de toda la

mierda que nos rodea? No pasa nada porque a veces no lo encuentres, ¿sabes? Creo que es normal que de vez en cuando te cueste mantener tanto entusiasmo por todo. Y no pasa nada. Tienes que dejarte sentirlo, también.

Niega con la cabeza.

—Lo hago. Lo proceso. Y luego lo dejo atrás. He decidido que es así como quiero vivir. Si te dejas vencer y te aferras a la tristeza, al rencor, a lo que te ha pasado o te han hecho, o a lo que fue una vez, entonces te pierdes todo lo que está pasando y todo lo que está por venir. Y yo no quiero perderme nada. No pienso hacerlo.

La miro a los ojos con más intensidad y ella se relaja cuando indaga en mis pupilas. Ya no parece estar a la defensiva. Solo parece Casey... en una versión algo más cansada y melancólica de sí misma.

—No lo procesas. Lo silencias y lo entierras, Casey. No es lo mismo.

—No me digas que tú sabes gestionar las cosas mejor, pingüinito —se burla, con una sonrisa irónica.

—No. No sé. Pero a lo mejor los dos podemos aprender, ¿no? Nos iría bien un punto medio entre tu extremo y el mío.

Esta vez su sonrisa es más de verdad, algo más dulce también.

—Es posible. Pero, de momento, prefiero gestionar las cosas como sé hacerlo. Tampoco me va tan mal así.

Me aparta y avanza para dejarme atrás. Me vuelvo a mirarla. Sé que no irá muy lejos mientras aún tenga su auricular en la mano. Necesita los dos para apagar todo ese ruido de dentro con mucho más ruido de fuera. Para callar los pensamientos que no quiere tener. Yo también tengo una técnica para eso. Quizá debería enseñársela.

—¿Qué pasó con Melissa?

Se vuelve de golpe para encararme.

—¿Qué?

—Tienes una lista que ella te dio y a la que te aferras como si fuera la única forma de vivir que tienes. Es tu mejor amiga, ¿no?, pero apenas hablas de ella. ¿Dónde está?

Sonríe de nuevo, con un deje de tristeza.

—No lo sé. —Hace una pausa y pierde la vista mucho más allá del lago que se atisba entre las ramas de los árboles a mi espalda—. ¿Crees que hay algo al otro lado? ¿Que después vamos a un lugar mejor?

Me acerco otra vez y se queda muy quieta, temblando por el frío o por cualquier otra cosa, pegada a mi cuerpo.

—No tengo ni idea. ¿Qué le pasó?

—Leucemia —responde, con la voz mucho más firme y tranquila de lo que cabría esperarse—. Estuvo enferma mucho tiempo. Nunca perdió la sonrisa. Yo lo llevé peor. Y por eso el año pasado fue complicado y desastroso, y suspendí todo y me enganché a quien no debía, supongo. No me mires así, Oliver, todo eso me sirvió para ser la persona que soy ahora, ¿sabes? Ella me enseñó muchas más cosas que cualquiera. Parecía estar mejor cuando mi madre decidió desterrarme aquí, los médicos eran optimistas, y me dio la lista para que no me olvidara de unas cuantas cosas mientras estuviéramos lejos la una de la otra. No sé lo que salió mal con el nuevo tratamiento, solo sé que, dos días antes de venir a Liberty Haven, Melissa se fue. Y que no sentí que tuviera que quedarme con cómo dolía, sino con todo lo que me había dado. Hay gente que pasa por tu vida y la deja mucho mejor de lo que la encontró. Y tienes que quedarte con eso. Ella sigue estando, aunque no esté. Y yo sigo estando, también. Eso es lo que cuenta, ¿no crees?

Quiero quedarme con ella. Con esa sonrisa. Con su modo de mirar el mundo y de reflejar toda la luz. Porque Casey Adams es una de esas personas, sí. Una de las que pasan por tu vida, como un vendaval, y la desordenan solo para dejarla mucho mejor de lo que la encontraron.

—Oigo su voz cada vez que me resisto con esa lista que me dejó. Sigue ahí, y aquí, y en todo —continúa, y se pone la mano sobre el corazón—. Así que voy a quedarme con la lista y con el optimismo y con esta manera de gestionar, aunque no sea perfecta. Y cuando algo me duela, voy a salir a correr y lo voy a sudar y voy a dejar lo malo atrás hasta que encuentre lo bueno que pueda quedar después. Si no te parece mal, voy a seguir apagando el ruido ahora, para que mañana ya no esté.

Escondo el auricular en el puño cuando intenta recuperarlo. Busca mis ojos de nuevo y alza una ceja impaciente.

—Vale —cedo—. Pero voy a quedarme contigo mientras lo haces.

Se muerde el labio. Asiente.

—Vale.

Le tiendo el auricular. Se lo pone enseguida y, cuando vuelve a correr, yo corro a su lado.

Ahora, en frío, me cuesta seguirle el ritmo, pero me esfuerzo. Ella tiene mucha más motivación, yo solo quiero parar el tiempo para los dos. Y, cuando vuelve la cabeza para echarme un vistazo y me ve a punto de echar los pulmones por la boca, se ríe, frena la marcha y recupera el aliento a mi lado.

—He sido muy dura contigo, ¿no, pingüinito? —se burla.

Intento sonreír sin ahogarme.

—Desde el principio, vendaval.

—Está bien. Creo que ya podemos dejarlo.

Pero no sé si quiero. Prefiero seguir a su lado. Quiero ofrecerle algo que le construya un mundo mejor, aunque solo sea un poco.

—Yo también tengo una manera de apagar el ruido. ¿Puedo enseñártela?

Asiente.

Y la tomo de la mano y pienso que el modo en que todo desaparece cuando nuestras pieles se tocan es la manera más eficaz de apagar el ruido que he probado hasta el momento.

47

NO TE OLVIDES DE TOMAR AIRE

Casey

Pasa la tarjeta por el lector y teclea la clave, muy rápido, solo con una mano, para no tener que soltar la mía. Nos aseguramos de que la puerta se cierra del todo a nuestra espalda y me guía directamente hacia la piscina olímpica.

Todo es silencio alrededor. Estamos completamente solos. Y tengo mucha curiosidad por saber cómo Oliver apaga el ruido cuando necesita callar todo lo que le grita por dentro.

Paramos al borde del agua. Solo me suelta para empezar a deshacerse de la ropa. Ni siquiera pregunto. Hago lo mismo, sin dejar de observarlo. Acabamos en ropa interior. No despega los ojos de los míos, a pesar de que el color verde oscuro de mi conjunto es precioso y merece ser admirado. Yo tampoco bajo la mirada, y me mantengo firmemente perdida en sus pupilas, porque siento que ahora mismo no querría estar en ningún otro lugar.

Me hace una seña para invitarme a acompañarlo cuando se sienta y mete los pies en el agua. Estoy a su lado enseguida.

—¿No tenemos que cumplir las normas, Oliver? —pregunto en un susurro, solo porque el silencio que nos envuelve me impide hablar más alto—. Bañador, gorro, gafas, nada de uñas pintadas. Es antihigiénico.

Sonríe. Me aletea el estómago en respuesta a ese gesto.

Se mete en el agua de golpe y se gira para mirarme desde ahí mientras se mantiene a flote moviendo los brazos despacio.

—Podemos cometer este pequeño acto de rebeldía. Solo por hoy, vendaval.

Lo miro bien. Los mechones de pelo goteándole sobre las pestañas, la levísima sonrisa en sus labios, la piel mojada y el color gris de la única prenda que lleva oscurecido bajo el agua. Se acerca. Pone una mano a cada lado de mi cuerpo en el bordillo. Me pide permiso sin palabras. No digo nada, pero se lo concedo con la mirada, así que planta las palmas en mi cintura y tira suavemente de mí para sumergirme con él.

Solo floto. Ni siquiera tengo que esforzarme. Él nos mantiene en la superficie a los dos con el movimiento de sus piernas. Tiene las manos aferradas a la curva de mis caderas y me lleva muy suavemente con él hasta que nos alejamos del borde. Le acaricio los hombros despacio y luego nos soltamos y nos miramos a distancia, mientras damos vueltas el uno en torno al otro, manteniendo solo los ojos y la nariz fuera del agua.

Me detiene con un brazo y luego sus manos vuelven a ese punto de mi piel que ya lo echa de menos. Me sostiene por la cintura y yo me relajo de nuevo y permito que él me mantenga a flote.

—¿Lista? —pregunta en un murmullo—. No te preocupes, te tengo, tú no necesitas hacer nada.

Asiento. Tomo aire cuando él lo hace y luego nos sumerge en un impulso. No sé cómo lo hace. Solo sé que nos retiene a ambos bajo el agua, y que el cloro ni siquiera me molesta, y no quiero cerrar los ojos, porque los suyos están justo ahí, al otro lado, buscándome a mí. Y alrededor lo que existe es silencio y ruido al mismo tiempo. Estamos muy lejos de todo. Nada llega hasta aquí, y lo que intenta hacerlo se distorsiona y parece menos peligroso cuando intenta clavarnos las garras. La realidad no puede encontrarnos.

Me lleva arriba de nuevo y tomamos una bocanada de aire al mismo tiempo al emerger. Sus labios no sonríen, pero sus pupilas lo hacen al mismo tiempo que las mías.

—Otra vez —le pido muy bajito.

Volvemos a hundirnos y nos buscamos la mirada bajo el agua. Sonrío y un millón de burbujas escapan veloces hacia la superficie. Oliver sonríe también, con mucha más dulzura. Y luego ríe y yo río con él, y las burbujas se vuelven locas. Nos vaciamos de ruido y, cuando solo quedamos nosotros y empieza a faltarme el oxígeno, me impulso para acercarme mucho más a él y estrello los labios contra los suyos.

Es solo un segundo. Nada más. Braceo con fuerza hacia arriba y lleno los pulmones de aire cuando saco la cabeza del agua. Tarda medio segundo más en estar frente a mí. Me mira. No deja de hacerlo. Y luego me acerca de un tirón con un brazo en torno a mi cintura, me aparta el pelo de la mejilla con la otra mano, y funde su boca con la mía como si yo tuviera todo el oxígeno que queda en el mundo. Me aferro a su cuello y separo los labios para permitirle el paso. Los suyos están mojados, suaves y firmes, y se amoldan a los míos de una manera tan natural que ni siquiera parece nueva. Y al mismo tiempo lo es: nueva y emocionante. Tan alucinante que la

onda expansiva de esta explosión recorre el agua a nuestro alrededor.

Mis piernas se enroscan alrededor de sus caderas y su mano desciende para ajustarse a la curva de mi muslo y mantenerme así de cerca. Empezamos a sumergirnos, pero creo que a él le importa tan poco como a mí. Desliza la lengua sobre la mía. Se me escapa un gemido quedo que le vibra sobre la piel. Y luego nos separamos un mínimo instante, tomamos aire a la vez y volvemos a besarnos con ganas mientras nos hundimos lentamente hacia el fondo de la piscina.

El mundo da vueltas y nosotros damos vueltas con él. Y Oliver sonríe contra mi boca y siento las burbujas haciéndome cosquillas por todas partes. Tiro más de él hacia mí, con una mano en su nuca y la otra en el borde de su mandíbula. Y él me aprieta contra sí, con un brazo en línea con mi muslo y el otro abrazándome muy muy cerca.

Se resiste a separarse de mi boca incluso cuando toma impulso y patalea para llevarnos de vuelta a la superficie. Me aparto, tomo una bocanada de aire para poder volver a respirar y luego toso un poco. Me río. No sé por qué. Solo lo hago. Quiero hacerlo. Su risa se une a la mía por un instante fugaz. Paso por su lado y nado hacia atrás sosteniéndole la mirada, jugando con él, retándolo a seguirme. Lo hace, lento y seguro, sin dudas ni chapoteos. Como un tiburón. Directo hacia el objetivo. Mi espalda choca contra el bordillo y enseguida su cuerpo me atrapa entre su pecho y la pared. Levanto la barbilla y le sostengo la mirada. Se agarra al borde con las dos manos, y yo me apoyo en sus hombros para mantenerme a su misma altura.

Le brillan los ojos. Como ascuas crepitantes. Y a mí me cosquillea la parte más baja del vientre y me vibra toda la superficie de la piel.

Vale... ¿Aquel beso tonto? Puedo confirmar que no fue un espejismo. Que algo se prendió ese día y que ha explotado hoy y que no me siento capaz de retenerlo por más tiempo. Quiero...

—Voy a besarte otra vez, Casey.

Un temblor de emoción nace desde el centro y se expande en todas direcciones.

—¿Sí? —susurro, como puedo.

—Este sería un buen momento para que me frenaras, si...

Creo que niego con la cabeza, pero no sé si el movimiento es suficiente.

—No quiero hacerlo.

Gray me mira, esconde la mirada, me da más espacio, está empezando a ponerse rojo y titubea.

—Oh..., perdona..., yo...

Le clavo las uñas en los hombros y tiro de él hacia mí para retenerlo.

—¡No! Quería decir que no quiero frenarte, no que no quiera que...

—Ah. Vale. ¿Quieres...?

Sonrío. Se me escapa una risita y él esboza una sonrisa pequeña y distraída mientras me mira los labios. Vuelve a mis ojos cuando subo las manos despacio por su cuello y termino por acariciarle el pelo mojado.

—Quiero que me beses, Oliver.

Apenas he terminado la frase y sus labios ya están en los míos. Impetuosos, impacientes. Le cuelo una risita en la boca y el beso se vuelve torpe y descoordinado cuando sonríe pegado a mí.

Y jamás un beso me había hecho sentir tanto.

Quizá nunca me habían besado antes, no de esta manera pura y anhelante. Y yo tampoco había besado a nadie con tantas ganas,

sintiéndome tan llena, con tanta libertad.

Y creo que besar así a Oliver Patrick Grayson está perfectamente alineado con lo que exige de mí cada punto de mi guía espiritual de vida..., excepto uno. El último de ellos.

No pasa nada.

A lo mejor Melissa se equivocó al escribir el número diez.

Así que me olvido de mí y me pierdo en el beso. Justo donde quiero estar.

Hemos pasado tanto tiempo en la piscina, jugando, riendo, besándonos sin parar (cada vez con menos tiento, con más ganas, con más hambre), que cuando salimos noto la piel de los dedos arrugada.

Gray tira de mí hacia los vestuarios, y yo lo sigo, con la mano en la suya, y toda la ropa arrebujada en la otra, hasta colarnos en el de los chicos. Dejamos las cosas sobre el banco que hay entre las taquillas y echo un vistazo a la pantalla del móvil. Ignoro las notificaciones y me fijo solo en la hora.

—Quince minutos antes de que cierren las puertas —le advierto.

Sonríe.

—Entonces, date prisa.

Coge un par de toallas limpias, me lleva hacia las duchas y deja una en cada gancho de los que cuelgan de la pared en las dos primeras. Abre el grifo, deja correr el agua y me hace una seña para que pase yo a la siguiente. Estoy avanzando hacia allí cuando me coge del brazo, tira de mí y me mete en la primera ducha con él. Suelto un gritito contenido cuando el agua cae en cascada sobre mí y, de pronto, estoy atrapada entre la pared y su cuerpo, y él me mira

con esos ojos marrones brillando divertidos y chispeando en más ganas aún.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así, Adams —murmura.

Me río y se bebe mi risa cuando me besa de nuevo. Me aferro a sus costados y me pego a su cuerpo tanto como puedo. Crece la impaciencia y no puedo... Creo que me va a costar parar.

Jadeamos a la vez cuando se separa de mis labios y apoya la frente en la mía y la nariz sobre mi nariz. Respiramos juntos. Puedo notar cómo tiembla y creo que yo lo hago también.

—¿Todo bien, vendaval? —pregunta en un susurro tierno.

Asiento.

Hablo cuando está a punto de besarme de nuevo:

—Creo que sería un buen momento para confesar que me tiré un farol enorme al decir que soy experta en rupturas. En realidad, solo he estado con un chico en plan..., ya sabes. Me di un par de besos con otro a final del curso pasado, y también estuvo esa cosa con Fabrizio, pero no... Bueno, eso. Siento la mentira, fue por una buena causa. Yo...

—Casey —murmura, tan cerca de mí que la vibración de su voz me recorre los labios como una corriente eléctrica—, no me importa.

Carraspeo, pero apenas se oye, así de penosa estoy siendo ahora mismo.

—¿No?

—No. Esto, aquí y ahora, es lo único que me importa.

—Vale.

—Aunque Fabrizio sigue siendo un idiota.

Me río, y él sonríe con ternura y me acerca un poco más. Nos mecemos juntos y abrazados bajo el agua de la ducha.

—Estás celoso —murmuro en broma.

—Joder, sí que lo estoy.

Y vuelve a besarme. Con fuerza. Con entrega. Un gemido pasa de labio a labio y no sé de quién ha salido, aunque suena a una mezcla de los dos.

Y entonces se oye la melodía de un móvil. No. Son dos. *Baby, baby, baby* de Bieber se entremezcla con el insulso tono de llamada del móvil de Gray.

Nos miramos.

—Oh, oh.

Nos reímos.

Y luego salimos corriendo, empujándonos y jugueteando, nos hacemos cada uno con una toalla y nos envolvemos en ellas antes de ir hasta allí. Mi pantalla dice «Elliot», y la suya, «Nate». Colgamos a la vez.

Nos damos la espalda, mientras nos ordenamos entre pullas no mirar, para quitarnos la ropa interior mojada y vestirnos. Luego, Gray me presta su sudadera, la del equipo que tenía en la taquilla, para que pueda meter el pelo mojado bajo la capucha y que no se me congele en el camino a la residencia.

Corremos de la mano, riendo sin parar, hasta que llegamos al punto en que nuestros caminos se separan.

—Te acompaño.

Me río un poco más. Y creo que no voy a poder dejar de hacerlo jamás.

—Ni de broma. Te van a cerrar la puerta en las narices.

Alza una ceja.

—Subiré por el árbol.

Hago un mohín con los labios.

—Lárgate, Oliver.

Se acerca y yo me aparto en el último momento, antes de que una sus labios a los míos.

—¿Qué?

Miro alrededor. No parece que haya nadie rondando por el camino del colegio a estas horas, pero en este internado nunca se sabe. Hay ojos por todas partes.

—Podría vernos alguien.

Dibuja una sonrisa de medio lado y se acerca mucho más.

—Que nos vean —murmura antes de darme un último beso.

La sensación me estremece desde el punto de contacto hasta los dedos de los pies. No quiero irme. Me pasaría toda la noche así con él.

—Buenas noches, pingüinito —me obligo a decir contra sus labios.

—Buenas noches, vendaval —responde de la misma forma.

Y luego nos separamos y cada uno sale a toda prisa en una dirección, para entrar en nuestras respectivas residencias antes de que den las once y se bloqueen las puertas.

Me siento tan viva que ya sé que acabo de buscarme un enorme problema. Pero, por esta noche, ni siquiera eso me preocupa.

21.01 h
1 de diciembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Lorie Henry ha vuelto a hacer de las suyas. ¿Sabéis cuando el año pasado le rompió el corazón en mil pedazos a Damon Thorne? Ayer el que suplicaba bajo su ventana era el mejor amigo de Damon, Robbie Claredon. Robbie, no llores más, era demasiada mujer para ti, de todas maneras.

¿Cómo estará la amistad de estos dos románticos empedernidos tras pretender a la misma chica? ¿Se ha roto el código de colegas? ¿Cómo se perdona tal deslealtad?

Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

48

NO AVANCES CON LOS OJOS CERRADOS

Casey

—Venga, no pasa nada, es solo un entrenamiento, no va a ser decisivo para el resto de tu vida, Gray.

Trisha lleva todo el almuerzo intentando convencer a Gray de que se salte el entrenamiento de hoy para salir del internado y bajar un rato al lago para celebrar el cumpleaños de Nate.

El cumpleañero, por cierto, apenas ha parado por nuestra mesa, porque parece que es famosísimo en este centro y todo el mundo quiere un minuto de su tiempo para felicitarlo, como si, en vez de cumplir dieciocho, acabara de ganar un Premio Nobel o algo semejante.

Elliot está distraído, mirando al otro lado del comedor constantemente. Me he vuelto unas cuantas veces ya para intentar descubrir qué es lo que lo tiene así de ensimismado, pero no he visto nada fuera de lugar.

—A lo mejor sí que lo es —se empeña el nadador más cabezota del equipo.

Trish me dedica un gesto vago con la mano.

—Inténtalo tú, yo me rindo.

Giro el torso para mirar a Gray directamente. Él hace lo mismo y nuestros ojos se encuentran y los dos sonreímos a la vez, como unos idiotas. Espero que desde fuera nadie se dé cuenta. Yo soy consciente de esto todo el tiempo. De cómo me mira y no puedo evitar mirarlo. De las sonrisas que se rebelan por mucho que intentemos controlarlas. Y de todo eso que chisporrotea entre su piel y la mía cuando estamos así de cerca, aunque no nos toquemos.

Ya es martes y no hemos podido estar a solas desde que salimos corriendo de la piscina y llegamos por los pelos a nuestros dormitorios la noche del domingo. Bee no estaba cuando entré, así que pude aprovechar para secarme el pelo y esconder la sudadera que lleva el nombre de Gray a la espalda. No sé lo que le contaría él a Nate, pero ninguno de nuestros amigos ha preguntado demasiado y lo prefiero así.

Ayer estuvimos los cinco juntos estudiando en la biblioteca y nosotros nos rozamos las manos por debajo de la mesa cada vez que tuvimos ocasión, pero no pudimos hacer mucho más. Y las ganas me están consumiendo, porque quiero volver a besarlo, y no saber con total certeza si él también quiere volver a besarme a mí me está matando.

—Venga. Será divertido —lo animo, y hago un puchero.

Niega con la cabeza y se le tensa la mandíbula, creo que se está mordiendo el labio por dentro y, como consecuencia, se le marca mucho más el hoyuelo.

Es una tortura.

—Te quedan tres días más para entrenar para el sábado y, sinceramente, creo que, si ya no te metieras en la piscina hasta entonces, incluso lo harías mejor. Solo te estás machacando, nada más. June ha dicho que os podéis tomar un descanso y que os irá bien a los tres. Es el cumpleaños de tu mejor amigo. Tendremos anécdotas que contar durante el resto del año y, si no estás ahí con nosotros para vivirlas, serás el marginado del grupo para siempre.

Pone los ojos en blanco solo para molestarme, y sonríe cuando le doy un manotazo suave en el costado.

—¿Qué pasa con tu condena en la piscina?

—June ha dicho que hoy me la perdona. Está deseando librarse de mí. Se le va a hacer larguísimo lo que queda hasta el viernes.

Esta semana terminan los entrenamientos. En los diez días que quedarán después hasta las vacaciones de Navidad los deportistas descansan. En realidad, me da un poco de pena que se acabe mi tiempo de penitencia, me gustaba eso de pulular por el pabellón deportivo siempre que me apetecía. Y la entrenadora Dean y yo nos entendemos de maravilla, ya no me río de sus chistes solo porque entre en mis obligaciones como castigada. Tener acceso a los vestuarios cuando Gray está dentro también es un plus que voy a perder a partir del viernes.

—La entiendo —dice, burlón, y dibuja una sonrisa socarrona que me hace cosquillas en la nuca.

Le clavo un dedo en el costado como represalia, y él da un saltito a un lado y me coge la mano para detenerme. Nos miramos con más intensidad, sin prisa por perder el contacto.

—¿Vienes o qué? —insisto.

Hace un puchero para burlarse de mí, pero enseguida se le escapa la sonrisa.

—Vale. Vale, bien, iré.

Giro la cara para mirar a Trisha, pero me temo que ni ella ni Elliot nos prestan atención. Seguro que están controlando a Bee para ver si la pillan escribiendo un mensajito por las redes sociales o algo así.

—Dice que vendrá —anuncio en voz más alta.

Trish da una palmada.

—¡Perfecto!

Elliot se pone de pie.

—Venga, tenemos que volver a clase.

Me adelanto con mi amigo, y los otros dos van a pastorear a Nate para que nos acompañe de vuelta al edificio del colegio.

—¿Qué pasa contigo? Estás muy distraído últimamente, ¿no? —le digo a Elliot en susurros.

Me mira y encoge un solo hombro.

—Lo normal. Y contigo, ¿qué pasa?

Me hago la despistada.

—Nada. ¿Por?

—Ah, vale, a lo mejor no te has dado cuenta.

—¿De qué?

—De que no paras de tontear con Gray.

—¿Eso parece?

—Y él no para de tontear contigo, amiga. Espero que sepas muy bien lo que haces.

Y la verdad es que no tengo ni idea.

Pero ¿cuándo ha sido eso un problema para mí? Se me da de maravilla improvisar.

Vamos directos al aparcamiento cuando salimos de clase. Nate se sienta al volante de su coche nuevo, Gray ocupa el sitio del copiloto, y Elliot, Trish y yo nos peleamos entre risas en el asiento de atrás. Ni

siquiera nos hemos molestado en cambiarnos el uniforme, porque no queríamos perder ni un segundo del poco tiempo de luz que queda antes del atardecer.

—¿Por qué no voy yo de copiloto? —protesta Trisha, asomada entre los dos asientos delanteros y aplastando un poco a Elliot, que va sentado entre nosotras dos—. Creía que me querías más que a Gray.

Nate sonríe, y su sonrisa prácticamente deslumbra a través del espejo retrovisor. Es demasiado guapo. Demasiado obvio. Quizá por eso pierde mi atención muy rápido en favor del perfil de la persona que va a su lado. Gray parece relajado, sonríe todo el tiempo, bromea con sus amigos. Puede que saltarse el entrenamiento de hoy fuera justo lo que necesitaba para dejar de estar tan agobiado por la competición del sábado. Para poder respirar.

Vuelve la cabeza y me pilla con los ojos puestos en él. Sonríe, y yo me pongo roja en un solo segundo. ¿Cuándo nos hemos cambiado los papeles?

—A ti te quiero más que a nadie, pero todo el mundo sabe que los niños tienen que ir en el asiento de atrás —se burla Nate de su amiga.

—Gray aún no tiene dieciocho, tampoco.

—Gray los cumple el mes que viene.

—¿En serio? ¿Cumplís años uno cada mes entre noviembre y enero? —interviene Elliot en la discusión.

—Por eso nos hicimos amigos —responde Trish, burlona.

—Nosotros también nos hicimos amigos por eso —bromeo, y Elliot me choca el puño cuando se lo ofrezco.

—¿Cuándo son vuestros cumpleaños? —pregunta Nate, que ya conduce despacio y muy suavemente hacia la salida principal del recinto del internado.

—Junio —decimos los dos a la vez.

—Yo el 3, y Elliot, el 25 —añado.

—Géminis —dice Gray, que vuelve la cabeza una vez más para mirarme solo a mí.

Y recuerdo que fue eso lo que le dije cuando me preguntó qué constelación era, y una sensación cálida y un pelín desestabilizante me recorre todo el cuerpo. Sonrío sin ser consciente de ello hasta que siento el tirón en los labios.

—¿Y tú qué? Habría apostado a que eras aries.

Se ríe.

—Capricornio. 20 de enero.

Chasqueo la lengua.

—Un animalillo cabezota, de todas maneras.

Trisha carraspea.

—Eh, cuando dejéis de tontear..., ¿podemos seguir discutiendo quién va a sentarse delante a la vuelta?

Los dos nos envaramos en nuestros asientos al mismo tiempo y perdemos la vista por la ventanilla, cada uno hacia un lado del camino.

Nuestros amigos siguen bromeando y riendo y hasta soltándonos alguna pulla a nosotros de vez en cuando, pero yo no puedo entrar en el juego, porque no paro de pensar que necesito estar a solas con él de una vez. Solo para descubrir si quiere besarme de nuevo. Solo para poder confesar que a mí me inundan las ganas de besarlo a él y que no dejo de traicionar el punto número cuatro de mi lista por no hacerlo a cada segundo.

Nos recuerdan en la puerta, de parte de la directora Macrae, que tenemos que estar de vuelta antes de la hora de la cena.

Y luego rodamos libres por las estrechas carreteras que descienden hacia la orilla del lago.

—¡Eh, Nate! ¿Qué tal si jugamos al juego de la confianza? —propongo, con las manos en sus hombros, justo detrás de su asiento.

—¡Ni de broma! —advierte Gray, y yo me río.

—¿En qué consiste?

—Te tapo los ojos y te indico hacia dónde tienes que ir.

Elliot dice que lo siente mucho, pero que ha llegado el momento de interponerse en nuestra amistad. Trisha grita que los vamos a matar a todos. Gray se reserva su opinión, pero veo clarísimamente en su mirada lo que piensa de que su mejor amigo y yo seamos un par de inconscientes.

—¡Vamos a por ello! —exclama el cumpleañero.

Niños, no hagáis esto en casa.

Como no quiero morir joven, le dejo una rendijita entre dos dedos para que pueda hacer trampas, pero nuestros amigos no lo saben, y así es mucho más divertido. Nathaniel y yo nos reímos a carcajadas mientras ellos protestan, y hay tanto jaleo en el coche que, si circulara algún otro vehículo por estas carreteras, llamarían a la policía y nos denunciarían por conducir bajo los efectos de las drogas.

Llegamos vivos al lago, no ha sido para tanto. Allí ya nos están esperando Isaiah y un par de sus amigos nadadores. Así que Nate se besuquea con su novio (aún no hay nada oficial, pero es lo que son, lo digan o no), y yo pierdo la atención de Gray, que está muy interesado en que los chicos le cuenten cosas sobre los entrenamientos que hacen por las mañanas en nuestra piscina. No importa, me encanta verlo así, hablando de lo que le gusta, riendo con las bromas de los demás. Supongo que está en su ambiente. Y yo tengo que ignorar a Elliot cuando vuelve a insistir en que algo está pasando entre nosotros.

Llenamos la tarde de risas y juegos tontos a la orilla del lago. Es eterno y fugaz al mismo tiempo, como solo lo son los momentos que vives con la máxima intensidad. Y así es como lo vivimos nosotros cuando estamos juntos.

Nate me deja conducir un poquito a la vuelta. Nadie más se fía de mí y por eso a él le parece aún más divertido. Yo les prometo que he conducido antes, por la finca de los Percy, pero su falta de fe es denunciable, en serio.

Isaiah y sus colegas han traído cerveza de más, y colamos la que nos ha sobrado en el internado escondida en el maletero. Por suerte, no nos registran al atravesar la verja.

Gray me pone una mano en la cintura en cuanto nos bajamos del coche y sus ojos brillan como reflejo de los míos cuando se encuentran.

—¿Podemos hablar luego, después de la cena, cuando vayamos a emborracharnos al tejado y a los demás les preocupe más la cerveza que nosotros?

Sonrío. Me muerdo el labio. Asiento.

—Sí.

Me muero de ganas.

Su sonrisa está llena de promesas, y se le colorean las mejillas de una forma encantadora.

Y luego cada uno se va a su cuarto para cambiarse para la cena.

Nate acapara la atención de nuevo en el comedor. Casi tenemos que agradecer que deje de disfrutar de la atención de los demás y se escape con nosotros más tarde para colarnos entre las sombras que rodean el pabellón deportivo, dispuestos a trepar por la escalera medio oxidada y brindar por sus dieciocho en el tejado plano.

Trish y Elliot ya están arriba cuando a Gray le suena el móvil. Yo, a punto de encaramarme al primer peldaño, vuelvo la cabeza para

mirarlo. Consulta la pantalla y rechaza la llamada. No puedo ver claramente su expresión en la penumbra que nos rodea, pero algo me protesta en el pecho por anticipado. Porque, a veces, cuando alguien está a punto de romperlo, el corazón simplemente lo sabe.

—Vamos, Casey —me anima Nate, que me da un empujoncito para que suba delante de él.

Busco la mirada de Gray una última vez, y él la aparta al instante. No digo nada. Subo y lo dejo atrás.

Nate aparece un minuto después de que yo alcance el tejado. Espero. Y nadie viene tras él.

—Eh, ¿y Gray? —pregunta Trisha.

Nate sacude la cabeza.

—Adivina quién acaba de llamarlo y a dónde ha ido —responde él entre dientes.

Trish esboza una sonrisa débil, confusa.

—No. No puede ser, Nate, él ya no...

—Te lo dije, Trish, da igual lo que hagamos. Da lo mismo el plan enrevesado que se te ocurra. Todo lo que le digamos. No hay nada que hacer. Cada vez que Bee llame, Gray va a acudir.

Y, después de decir eso, Nate me pasa un brazo por los hombros, me acerca a él y me da un beso en el pelo.

—Lo siento, Casey.

Y yo aprieto los dientes y me obligo a sonreír.

49

NO MIRES ATRÁS

Oliver

Está en la puerta del pabellón deportivo, encogida entre las sombras, abrazándose a sí misma. Levanta la cabeza y aprieta más los brazos en torno a su pecho cuando oye mis pasos. La luz de la luna refleja tímidos destellos sobre sus mejillas, justo en los puntos por donde discurren las lágrimas.

Sé que no debería haber venido.

Ni siquiera quiero estar aquí.

No quiero estar aquí *con ella*.

Pero Beatrice Cox ha sido mi mejor amiga desde los once años. La única persona que me tendió la mano cuando estaba solo del todo. La chica que me enseñó todo lo que sé sobre el amor. Y, sí, también me hizo daño y ha sido cruel y ha jugado conmigo. También me ha enseñado todo lo que sé sobre el desamor y sobre corazones rotos. Pero una cosa no invalida la otra, ¿no? Tal vez ya no seamos lo mismo, pero yo sí que me acuerdo de la persona que ella era antes.

Y no puedo dejarla tirada cuando me suplica que venga y la oigo llorar en un dichoso audio.

Debería haber apagado el teléfono en cuanto he rechazado su llamada. Pero no lo he hecho y me ha mandado ese mensaje y lo he oído y..., ¿qué se supone que podía hacer? Parecía tan desesperada que he sentido su angustia.

—Bee —murmuro al plantarme a su lado—, ¿qué pasa?

Busca mis ojos. No intenta tocarme.

—¿Podemos hablar? —suplica, con un hilo de voz.

Mierda. No quiero... Vale, será un momento. Luego puedo subir al tejado y reunirme con mis amigos y hablar con Casey. No pasa nada, será rápido.

Busco en el bolsillo la tarjeta identificativa, la paso por el lector y marco la clave para abrir la puerta y resguardarnos del frío en el interior del pabellón. Bee me sigue en silencio hasta los vestuarios. Señalo el banco que hay entre las taquillas y ella se acerca para sentarse en un extremo. Yo lo hago en el otro, dejando una necesaria distancia de seguridad entre los dos.

Cierra los ojos, inspira por la nariz y esboza una sonrisa triste.

—Echaba de menos el olor a cloro.

—¿Qué quieres, Bee?

Me mira. Le sostengo la mirada con firmeza. Hace tan solo un par de meses no era en absoluto capaz de estar así, con los ojos en los suyos y sin sentir que me moría, así que creo que la locura de Casey Adams ha funcionado un poco. O a lo mejor es solo ella. Solo esa chica vendaval, que lo ha cambiado todo.

—Lo siento mucho, Gray. Siento habernos hecho esto. Me equivoqué. Estaba equivocada, todo este tiempo. Pensaba que era mejor así y no lo es. Te echo de menos.

Me pongo de pie.

—No.

Suelta una risita que suena como un corazón haciéndose añicos.

—Lo sé. Ya lo sé. Os he visto juntos. He visto tu sudadera en el armario..., *otra vez*. Ya lo sé.

Esconde la cara entre las manos y empieza a sollozar.

Mierda.

Me acerco, titubeante, y me agacho delante de ella. Le aparto las manos con delicadeza para poder mirarla.

—Me has hecho polvo, Bee. Todo este tiempo. Me has destrozado. Y no sé si estabas equivocada o no, pero sé que nosotros ya no podemos volver atrás. Eso sí que lo sé.

Mueve la cabeza con pesar.

—Lo siento.

—Vale.

—No, en serio. Lo siento muchísimo, Gray. Lo último que quería era hacerte daño, de verdad.

Suspiro.

—Ya da igual.

Se inclina hacia delante y me abraza por el cuello, para seguir llorando contra mi hombro. El ímpetu de su movimiento me lleva a perder el equilibrio y acabo cayendo de culo y sentado con ella prácticamente encima.

No deja de llorar, así que no puedo apartarla ahora. Le acaricio la espalda y dejo que se desahogue, si es lo que necesita. Me duele verla así. Joder, claro que me afecta, no soy de piedra. Y también me hace preguntarme si las cosas podrían haber sido diferentes si esta disculpa hubiera llegado a tiempo.

Y la verdad es que ya no me importa.

Que ya no es esto lo que quiero.

Que Beatrice sigue siendo ella, supongo, pero yo ya no soy su Gray.

Que estamos aquí, en los vestuarios donde tantas veces nos hemos encontrado a escondidas, y yo solo puedo pensar en el sonido de la risa de Casey resonando en las paredes hace dos días.

Y no tengo ni idea de cómo ha pasado.

Solo sé que me gusto más cuando estoy con ella.

Y que eso lo decide todo.

Es tarde cuando Bee por fin deja de llorar y está lo suficientemente entera para poder despedirme. Se vuelve para mirarme en cuanto salimos del pabellón y se acerca decidida para clavar los ojos en los míos y decir algo más:

—Sé que he sido una bruja desde que viniste al internado, solo porque creía que necesitaba alejarte. Pero no he dejado de echarte de menos, Gray, y no hablo de lo que teníamos como pareja, ahora no, sino de cuando éramos amigos, ¿te acuerdas?

Me acuerdo. Claro que me acuerdo. ¿Cómo no iba a hacerlo? Fue mi primera amiga de verdad. Con la que compartía confidencias. Con la que hacía travesuras. Con la que me reía como nunca había reído con nadie más.

—Me acuerdo —dejo escapar en un murmullo.

—¿Crees que podremos volver a ser amigos? ¿Con el tiempo? ¿Poco a poco? ¿Podemos dejar de actuar como si no nos conociéramos y recuperar eso?

—Nunca he sido yo el que ha actuado así.

Se muerde el labio.

—Lo sé.

—Ya lo veremos. —Es lo máximo que puedo ofrecerle ahora—. Paso a paso, ¿vale, Bee?

Asiente. Se acerca un poco más para darme un abrazo. Lo correspondo con inseguridad. Y ella permanece refugiada en mi pecho un instante más de lo normal. Luego se aparta y se aleja camino de la residencia de las chicas.

Y yo me adentro entre las sombras de la parte norte y voy hasta la escalera que sube. No sé ni cómo me siento. No sé lo que debería sentir, tampoco. No sé qué pensar. Apenas puedo hacerlo. Y, aun con todo, el corazón se me acelera y palpita con furia cuando empiezo el ascenso.

Voy a ir directo a ella. Voy a decirle que no sé cómo demonios lo ha hecho, pero que mi corazón roto ya no es mío y que más le vale cuidarlo de ahora en adelante. Voy a besarla como llevo todo el día (y el anterior) muriéndome por hacer. Y me va a dar absolutamente igual quién esté delante.

Alcanzo el borde del tejado y, cuando me asomo a la superficie, solo dos pares de ojos se vuelven a mirarme. Y no hay reflejos bioluminiscentes, ni océanos inexpugnables, ni vendaval.

—Hostia, tío —bufa Nate.

—Ya te vale, Gray —aporta Trisha, y me tiende un botellín de cerveza cuando me acerco.

Miro alrededor.

—¿Y Casey?

Nate chasquea la lengua.

—Se ha largado.

—Sí —lo apoya Trish—. Y Elliot se ha ido con ella.

Acepto el botellín, me siento entre los dos y doy un trago. Mi mejor amigo me da una palmadita en el hombro; Trish, un codazo en las costillas.

Luego dice entre dientes:

—Joder, Gray, mira que te pedimos que no la cagaras...

17.51 h
3 de diciembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Los rumores vuelan más rápido que un halcón, ¿no os parece? O, al menos, el último que corre por los pasillos del Liberty alcanza una velocidad parecida. Anoche, en los alrededores del pabellón deportivo, una princesita se encontró con un plebeyo.
Las historias de amor prohibido son, sin duda, las favoritas de este perfil. ¿Qué creéis que pensará el príncipe de este internado de esos encuentros clandestinos?

Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

50

NO INVENTES CONSTELACIONES

Oliver

Mañana es uno de los días más importantes de mi vida y yo me he puesto enfermo. Me he despertado demasiado temprano, con un nudo en las tripas y un peso insoportable en el pecho. El corazón apenas me latía y tenía tanto calor que he tenido que tirar el edredón al suelo y Crol me ha bufado antes de largarse de mi cama para ir directo a la de Nate.

Creía que iba a morirme.

Apenas he podido probar bocado en el desayuno, aunque he intentado aparentar estar bien para que mis amigos no me mandaran a descansar. No podía perderme el último entrenamiento antes de la competición en la que me juego... todo. Pero he tenido que salir corriendo al baño para vomitar entre clases. Nate ha venido detrás. Se ha chivado a los profesores y me han mandado a mi cuarto a descansar.

Y aquí estoy. Ha pasado de largo la hora del almuerzo, pero sigo sin poder moverme. Siento los músculos agotados, como si no dieran más de sí. No dejo de mirar ese pequeño pingüino que hay en la estantería. El que Casey me regaló para recordarme qué era antes de la primera competición de la temporada. Y ahora, a punto de alcanzar la última antes de las vacaciones, esa en la que podrían seleccionarme y no tendría que preocuparme más por el dinero, por dónde ir, por el principito o porque me echen a patadas de aquí..., ahora voy y no puedo ni levantarme de la cama. Y no puedo dejar de mirar el peluche porque no paro de pensar en ella. En Casey. En qué estará pensando. En qué puedo hacer para que hable conmigo de una vez.

Lleva dos días comportándose como si entre nosotros nunca hubiera pasado nada. No responde a los mensajes en los que le propongo que hablemos, no acude cuando le pido que venga y trepe por el árbol para poder tener un instante a solas. Se sienta a mi lado en las comidas y me trata como siempre y bromea con los demás como si todo fuera normal, pero no deja que su mirada se cruce con la mía. Y tampoco responde cuando le pregunto qué le pasa y le pido que me deje explicarme. Lo máximo que he conseguido es que me diga que hablaremos cuando haya pasado la competición, que me concentre y bata esas marcas. Como si fuera tan fácil.

Soy penoso.

Oigo el ruido antes de verla aparecer delante de la ventana. Hace un frío horrible fuera y ha llovido durante toda la mañana, así que está cerrada, claro, y no tengo ni idea de cómo ella ha podido trepar por las ramas aún húmedas sin resbalar. Joder, esta chica está loca de verdad.

Me obligo a moverme, aunque el cuerpo me pese una tonelada, y acercarme a abrir. La cojo de la mano y la ayudo a entrar. Lleva la

ropa deportiva que se pone siempre en la piscina y no trae abrigo. Tiene la piel como un témpano de hielo.

—Eh, ¿qué haces aquí? ¿Qué hora es?

Me dedica una sonrisa muy pequeña, tensa y preocupada, mientras yo vuelvo a la cama y me dejo caer como un peso muerto sobre el colchón.

El maldito gato trepa enseguida sobre mi cuerpo y se me tumba encima del pecho. Lleva así todo el día. No sé desde cuándo me quiere tanto.

—Son casi las cuatro. No te he visto cuando terminaba mi penitencia en el pabellón y Nate me ha contado que te has puesto malísimo en clase y estabas aquí descansando. ¿Estás bien?

Cierro los ojos. Crol ronronea con suavidad.

Oigo cómo Casey se acerca a la cama, despacio y prudente, algo muy poco propio de ella.

—Estoy fatal. Y no puedo estar fatal, Casey, mañana es 6 de diciembre, es...

—Es la competición más importante de tu vida hasta el momento, lo sé —completa por mí—. Lo has repetido como un millón de veces en los últimos dos meses.

—No puedo... Mañana tengo que nadar.

Abro los ojos y giro la cara cuando siento su peso en el colchón, acomodándose a mi lado. Está muy cerca, de medio lado, con las manos bajo la mejilla y mirándome con esos enormes ojos marinos.

—¿Qué te duele?

Se lo cuento todo. Aunque no tenga ganas de hablar, porque sí que quiero hablar con ella. Le explico lo que me ha pasado al despertar, el nudo constante en las tripas, el estómago revuelto y las ganas de vomitar.

Me pone una mano sobre el pecho, junto a la pata de Crol, y al gato ni le importa. De hecho, creo que ronronea aún más. Me siento mejor. Estoy a punto de pedirle que deje la palma de su mano ahí para siempre.

—Es ansiedad, Oliver —dice en apenas un susurro.

—¿Qué? No es ansiedad. Yo no tengo ansiedad. ¿Qué mierda es la ansiedad?

Sonríe y no sé si eso me irrita más o me calma. O a lo mejor las dos cosas al mismo tiempo, porque con la chica vendaval todo es posible.

—Te lo dije, te has estado sometiendo a mucha presión. Te estás exigiendo demasiado. Descansa. Respira. Mañana vas a poder. Lo vas a hacer bien.

No voy a poder, ¿qué dice? ¿Es que no me ve? ¿No ve cómo estoy? Y mañana... No son solo los patrocinadores, los entrenadores, las marcas. También va a estar allí todo el colegio. Todos los que quieran acudir. Y nadie va a perdérselo.

Y yo no puedo respirar.

Casey me pide que inspire y espire en susurros suaves y tranquilos, y Crol mueve las patas y me amasa el esternón como si quisiera ablandarme para poder comerme.

—Respira —repite Casey—. Mírame, Oliver. Se te pasará si respiras hondo, vamos, vas a estar bien.

Intento seguir sus instrucciones. Respiro con ella. No sé durante cuánto tiempo, solo sé que llega un momento en que me siento mejor. Como si los pulmones se ensancharan. Como si los músculos en tensión se relajaran.

Y no dejo de mirarla. El azul de sus ojos y el rosa de sus labios. Los tres lunares que forman una...

No sé cómo ni cuándo me quedo dormido.

Cuando me despierto está oscuro al otro lado de la ventana y la luz de la lamparita que hay sobre la mesilla ilumina muy tenuemente su rostro. Está dormida, en mi cama, justo a mi lado, con una mano en mi costado y la cara muy cerca de la mía. Crol está durmiendo entre los dos, manteniéndonos separados incluso cuando hemos acabado frente a frente y buscando el contacto. Mi mano reposa en la curva de su cadera y no la aparto porque estoy cansado. Porque sería un esfuerzo moverme. Porque no quiero.

La miro. Solo eso.

Los lunares. He soñado con ellos. Que estaban en todas partes. En mis cuadernos de clase. En las corcheras de la piscina. Tatuados en mi piel. Levantaba la vista hacia el cielo nocturno y allí estaban también, brillando mucho más que la luna y todo el resto de las estrellas.

Y creo que por eso me resultan familiares. Tal vez por eso me obsesionan. Porque están en todas partes. Cada vez que cierro los ojos.

No es ninguna constelación conocida. Es una que nadie ha descubierto aún. Solo yo. Debería ponerle un nombre, ¿verdad? Es mía, si yo he sido el primero en verla.

Vendaval.

Un móvil vibra y los párpados de Casey tiemblan. Lo cojo de la mesilla antes de que haga más ruido. Hay unos cuantos mensajes en el grupo que compartimos los cinco. Casey ha escrito hace mucho rato para decir que estaba conmigo y que no íbamos a ir a cenar. Nate acaba de preguntar cómo estoy y si viene al cuarto o se tiene que ir a dormir con Elliot. Qué gracioso.

Pero es que ya es tarde. Algo más de las diez.

Y yo no puedo dejar de mirarla y no quiero que se vaya.

La chica vendaval abre los ojos y mi corazón se olvida de latir. Esta vez no es algo malo, no como esta mañana. Y hace calor, sí, pero no me ahoga. Cierra los ojos de nuevo, con pereza, y esboza una sonrisa adormilada. Se me encoge el pecho y se me curvan los labios.

—Vaya, me he quedado dormida otra vez. Perdona, tu cama es supercómoda.

Estoy a punto de decirle «quédate», pero me muerdo la lengua a tiempo.

—Voy a empezar a cobrarte —bromeo en cambio.

Abre los ojos de nuevo y me observa con detenimiento. Algo me tiembla por dentro durante todo el tiempo en que me acaricia con la mirada.

—¿Estás mejor?

Asiento.

—Mucho mejor.

Sé que es por ella. No quiero que se vaya. La necesito aquí toda la noche, y mañana, y quizá después de eso también. Pero no puedo decirlo, ¿verdad?

—Son más de las diez. Te has perdido la cena.

—Me llevaré algo del alijo secreto de azúcar de Nate para compensar —decide, satisfecha con su resolución.

Sonrío. Y luego ella se incorpora y le hace carantoñas a Crol, sin ni siquiera volver a mirarme, antes de anunciar:

—Debería irme a mi residencia.

Me siento al borde del colchón. Ella se pone de pie.

—Casey. Tenemos que hablar, ¿no?

—No hace fal... —Se interrumpe ante una sola mirada por mi parte—. En serio, Oliver.

—Por favor —suplico—. ¿Podemos...?

Niega suavemente con la cabeza.

—Hablamos mañana, cuando hayas batido tu marca, ¿vale?

—No pasó nada con Bee. No me fui por...

Da un paso firme hacia mí y se me planta delante.

—Mañana —insiste.

—Ni siquiera sé cómo hacer esto —me lamento.

Pone las manos en mis mejillas y me deja un beso tierno en la frente.

—Mañana, Oliver.

Y luego va hasta la ventana.

—¡Deja que te preste un abrigo, al menos!

Pero la chica vendaval ya se ha ido.

51

CONTÉN LA RESPIRACIÓN

Casey

Estoy nerviosa cuando me siento con Elliot en la parte baja de las gradas que quedan a un lado de la piscina olímpica. No puedo dejar de agitar la pierna, y mi amigo tiene que plantarme la mano en el muslo para frenar el movimiento porque, según él, solo está sirviendo para ponerlo histérico. He visto a Gray en el desayuno, y parecía mucho más entero que ayer. Le he recordado que tiene que respirar y él ha dicho que es una suerte que el yoga le haya enseñado tanto las últimas semanas. Nos hemos sonreído, y luego sus amigos se lo han llevado bien flanqueado y protegido, para ir los tres al pabellón deportivo a prepararse para lo de hoy.

No sé muy bien cómo estamos. No sé muy bien cómo estoy. Y, además, no tengo ni idea de lo que piensa o siente Gray, y sé que debería habérselo preguntado mucho antes. Pero hoy es un día muy importante para él y batir esa marca y que los patrocinadores se lo

rifen es lo principal ahora. Si tenemos una conversación pendiente o no, eso es algo que puede esperar.

Miro alrededor. Nunca había visto este sitio tan lleno. Creo que ha venido casi todo el internado. En la parte más alta de la grada, junto al ventanal del fondo, están Bee y sus amigas. Y, justo al lado, Ian Walden y su pandilla de gente importante. Fabrizio levanta el brazo para saludarme cuando me ve mirando hacia allí, y yo le devuelvo el saludo un poco más contenida que él.

—Amiga, los tienes haciendo cola —se burla Elliot, que me clava un dedo en las costillas para hacerme saltar.

—Cállate.

—Venga, no te hagas la modesta. Hasta *The Royal Blab* sabe que Fabrizio Parisi no te olvida.

Hago una mueca.

—Déjalo ya —mascullo entre dientes—. Hasta *The Royal Blab* sabe que Fabrizio Parisi no me interesa.

Elliot sonríe de medio lado.

—Claro. Nos hemos dado cuenta todos. ¿Y tú? ¿Te has dado cuenta de quién te interesa de verdad? Porque lleva tres días detrás de ti y te sigues haciendo la dura.

Le doy un empujoncito y estiro el cuello para mirar hacia el pasillo, a ver si los nadadores salen ya. Aún está desierto.

—No me estoy haciendo la dura.

—¿No? Pues Trish dice que Gray...

—¿Aún creéis que ya sabéis quién es *The Royal Blab*? —interrumpo—. No tiene ningún sentido que publicara el último hilo. ¿Por qué iba a desvelar que estuvo con él el otro día? Eso no cuadra.

Pero mi amigo asiente, como si tuviera todo ese montón de información que a mí me falta para poder completar el puzle.

—Sí que tiene sentido. Trish y yo creemos que se ha puesto celosa y quiere recuperar a Gray. Y, si se extiende el rumor y lo suyo con el principito explota y lo dejan, ya no tendría que esconderse y podría volver a estar con él. No tiene que admitir nada, solo esperar a que el principito la deje a ella por las habladurías. Puede seguir negándolo todo, al fin y al cabo, nadie parece tener las pruebas, ¿no?

Suelto una risita incrédula. Vaya imaginación que tienen estos dos, de verdad que sí.

—¿Está celosa? —repito, burlona.

—Es obvio que sí. Está muy celosa de ti, Casey. Y motivos no le faltan, la verdad. A lo mejor no sois conscientes aún de lo que hay, porque Nate dice que sí que sois así de tontos, pero lo que se ve desde fuera es tan evidente, amiga... ¿Tienes idea de cómo os miráis vosotros dos? ¡Me he puesto celoso hasta yo!

Me muerdo el labio. Es imposible. No hay obviedades con respecto a nosotros dos. Para mí, no hay ninguna. Todo son dudas y preguntas sin respuesta e incertidumbres. Lo que pasó el domingo en la piscina fue especial. Por mucho que intente enfocarlo de otra manera, no puedo negarlo. No fue un calentón. No fue un juego. No fueron, desde luego, unos cuantos besos tontos y nada más. Entre Oliver y yo todo fue creciendo muy poco a poco, pero de forma exponencial, hasta explotar aquella tarde. Y estaba muy segura de que para él había significado lo mismo que para mí. Segura de que lo he llegado a conocer y he dejado que él me conociera sin filtros. Estaba convencida de todo eso hasta que hace tres días volvió corriendo junto a Bee en respuesta a una sola llamada. Yo nunca tendré eso. Esa parte de Gray nunca será mía. Nunca podré competir con su historia, con su primer amor y con ese «Es Bee» que apuntó como el único pro de volver a estar con ella. Yo no lo

soy. No soy todo eso. Nunca seré ese suspiro ni ese anhelo. Yo solo soy Casey *la pirada*, ¿no? La chica vendaval que desordena y revuelve. No la estabilidad a la que quiere regresar. No soy *esa persona*, porque ese lugar en su vida ya estaba ocupado mucho antes de que apareciera.

A lo mejor soy el clavo. Quizá solo sea ese mi papel. El punto de inflexión para volver atrás y aferrarse a lo que tenía, o seguir adelante y olvidarla. La persona que hay entre medio de esas dos opciones nunca dura. Todo el mundo lo sabe. Es un puente, nada más. Y nadie se queda en un puente más tiempo del necesario.

No es culpa suya y yo ya estaba advertida. Podemos seguir siendo amigos y ya está. Probablemente nos vaya mucho mejor así.

—Olvídate, Elliot —le digo en un murmullo—. Bee siempre va a ir primero. Ese no es mi lugar. Y te recuerdo que existe el mandamiento número diez, y que...

Elliot gime con desesperación y se frota la cara con las manos.

—Olvídate de los puñeteros mandamientos.

—No puedo.

—Me parece que ya te has saltado alguno.

—Pues a lo mejor debería...

Me callo cuando veo que el equipo de natación aparece por el pasillo. Lo busco con la mirada, pero no lo encuentro. Ahí está Trisha rotando el cuello y con la expresión feroz de quien ha venido a arrasar. Nate recorre las gradas con la vista y, en cuanto nuestras pupilas se encuentran, aprieta los labios.

«¿Y Gray?», vocalizo, sin hablar en voz alta.

Hace una seña con la cabeza hacia el pasillo. Me dice solo con la mirada que algo no va bien y que ellos no han tenido éxito intentando ponerle remedio.

Y yo no me lo pienso ni por una décima de segundo, porque no me hace falta. Me pongo en pie, me cuelo por debajo de las gradas y corro hasta el vestuario masculino.

Abro sin llamar. Creo que no tengo tiempo para sutilezas. Todo está en silencio y no lo veo por ninguna parte.

—¿Oliver?

Las chicas van a nadar primero, así que tal vez me dé tiempo a encontrarlo, aunque tenga que mirar debajo de cada piedra de este internado, antes de que llegue su turno. No va a perderse la competición, y me da igual cómo se ponga.

Me asomo a la vuelta de pasillo que lleva a las duchas y ahí está. Sentado en el suelo, con las piernas flexionadas y la espalda apoyada en la pared. Me agacho ante él y sus ojos se clavan en los míos al instante.

—Eh.

—No puedo, Casey.

Sonrío.

—Sí que puedes.

Amoldo las palmas de las manos a sus mejillas y le acaricio los pómulos con dulzura, sin dejar de estudiar sus pupilas.

—Joder, ¿cómo estás tan segura?

—Porque te conozco. Porque te he visto nadar. Porque lo has hecho en todas las competiciones anteriores y ha sido increíble. Y porque te he entrenado yo, pequeño pingüino, no me hagas quedar mal.

Suelta una risita breve, y yo sonrío un poco más.

—Vas a salir ahí —digo en un murmullo de ánimo.

Asiente. Su nariz roza la mía en el movimiento.

—Tengo que salir ahí.

—Y vas a dejarlos flipados.

—Sí.

—Y vas a hacerlo en un minuto cuarenta y seis, Oliver. Vas a nadar como cuando era divertido. Vas a disfrutarlo. Sé que puedes hacerlo. No apostaría por nadie más, ¿sabes? Vas a...

Se lanza hacia delante y estrella los labios contra los míos. Cierro los ojos y me disuelvo en el beso. Ya no hay nada de él y no hay nada de mí que no sea de nosotros dos. Baja las piernas, me pone una mano en la nuca para mantenerme cerca, y usa el otro brazo para empujar suavemente mi espalda y hacerme caer en su regazo. No queda ni una sola partícula de mí que no quiera fundirse con él ahora mismo.

Respiramos juntos, aún pegados, cuando separamos los labios apenas un par de milímetros.

—Vamos —lo animo en un susurro.

Asiente.

Me da un beso corto, rápido, apenas un roce de labios que vuelve a hacerme vibrar, antes de soltarme.

Me pongo de pie y le tiendo la mano. Entrelaza los dedos con los míos y se levanta con ímpetu. Sé que está nervioso, aun así. Puedo notar cómo tiembla un poco, con el costado pegado a mi cuerpo, cuando avanza a mi lado.

—Suerte —susurro antes de soltarlo y escabullirme bajo las gradas.

Su mirada me sigue hasta que estoy junto a Elliot de nuevo. Y luego asiente, aprieta la mandíbula y se dirige hacia el lugar que ocupan sus compañeros.

—¿Qué me he perdido? —le pregunto a Elliot, cuando veo que Trish ya está en el agua.

—No, ¿qué me he perdido yo, amiga?

No digo nada. Me uno a las voces que animan a nuestras nadadoras para evitar esta conversación que no estoy preparada para tener aún.

Trisha queda la primera, y nosotros chillamos y aplaudimos como locos.

Y, luego, cuando Gray va a entrar al agua, recupero su sudadera (esa que aún tenía en mi armario) de mi mochila y me la pongo sobre la ropa. Me mira desde la línea de salida, mientras se quita los pantalones y se ajusta las gafas. Le enseño la espalda y el dedo pulgar, en un gesto cómplice.

Mueve la cabeza con suavidad y sonríe. Y luego se coloca en posición y se concentra.

Elliot y yo nos ponemos de pie cuando se lanzan a la piscina. Nate nada a su lado, pero enseguida se queda algo rezagado. Solo un poco. Y Oliver surca el agua como si hubiera nacido con aletas. Es el segundo en hacer el primer giro. Después de ese, ya no hay nadie que le saque ventaja.

Bajo corriendo hasta casi el borde de la piscina, pero June (la entrenadora Dean, en este contexto tan formal) se me planta en medio y no me deja ir más allá. Elliot, para no perderse la fiesta, aparece a mi lado al instante. Me llevo las manos a la boca cuando veo los tiempos correr en el panel luminoso que hay a un lado. Gray está... Lo está haciendo. Último *sprint*, mientras yo contengo la respiración y repito como un mantra en mi cabeza un «vamos, vamos, vamos...», que espero que se le transmita por telepatía.

Y entonces acaba.

Lo ha hecho. Su marca es impresionante. La mejor que he visto hasta el momento. Tarda tanto en salir de la piscina que siento que me va a dar algo por la impaciencia. Y luego, cuando se planta de pie en la playa, Nate salta sobre él, le quita las gafas y el gorro de

un tirón y le revuelve el pelo hasta que lo hace reír. Yo estoy aquí, deseando borrar esa línea invisible que los entrenadores no me dejan atravesar, dando saltitos impacientes, y sonriendo tanto que siento que se me va a caer la mandíbula. Él levanta la cabeza y mira alrededor, buscando algo. Sus ojos escanean el espacio de las gradas y, después, más abajo, hasta que tropiezan con los míos y entonces parece haberlo encontrado. No dejo de dar saltitos y de reír y de aplaudir emocionada.

Me sonríe.

Y el mundo brilla como si el sol acabara de explotar.

Oigo a June suspirar a mi lado, aunque ni siquiera parece molesta de verdad. Se aparta un poco para despejarme el camino.

—Anda, ve —dice, en un tono entre burlón y enternecido.

Salgo corriendo, sin preocuparme por si la playa está mojada y resbala, o por quién haya en medio, o quién pueda verme. Corro hasta él y su sonrisa se ensancha cuando me ve llegar. Me lanzo encima y me cuelgo de su cuello. Sus brazos me rodean enseguida y me mantienen un momento en el aire, mientras la risa le vibra en el pecho y se transmite al mío y se repite como un eco.

—¡Oliver! —le chillo al oído—. ¡Venga ya! ¡Minuto cuarenta y seis! ¡Ha sido increíble!

—Te estoy empapando —murmura, y sus labios me rozan la oreja.

—No importa —respondo al instante—. Lo has hecho. Estoy muy orgullosa de ti.

Me separo un poco, las puntas de mis zapatillas rozan el suelo, y él pone las manos en mis mejillas para mirarme a los ojos, con los suyos brillando con fuerza.

—¿Lo estás?

Me río.

—¡Muchísimo! ¿Tienes idea de lo que has hecho?

Sonríe, va a decir algo más, y entonces alguien dice su nombre desde la zona de los patrocinadores, y yo me veo obligada a soltarlo y dar un paso atrás. Le dan una toalla, Nate le pone una mano en el hombro y lo acompaña.

Y yo vuelvo a colocarme detrás de la línea imaginaria que separa al público de los protagonistas, y Elliot me rodea el cuello con un brazo y me acerca para hablarme al oído.

—¿Sabes lo del décimo mandamiento? Estás jodida, amiga.

Me muerdo el labio con la sonrisa y asiento.

—Lo sé.

14.13 h
6 de diciembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

Hoy el día nos ha traído emociones. ¿Habéis visto cómo han arrasado nuestras chicas y nuestros chicos en la piscina? No esperábamos menos, ¿verdad?, al fin y al cabo, esto es el Liberty Haven y entre sus muros solo cabe la excelencia. Enhorabuena, Otters, habéis conseguido que la directora Macrae aplauda orgullosa.

Y entre tanta emoción..., ¿qué me decís de la escena de comedia romántica que nos han ofrecido el chico de la beca y nuestra pirómana favorita? La última vez que el mundo fue testigo de algo así, Taylor Swift era la protagonista. Y, bueno, una competición a nivel escolar no es lo mismo que una Super Bowl, pero ¿quién no se ha enamorado un poquito con ellos?

Esperad, apuesto a que había cierta princesita entre el público a la que tal vez, y solo tal vez, no haya gustado tanto el espectáculo. ¿Desde cuándo nuestro querido (e invisible) Gray ha empezado a coleccionar pretendientes? Y, lo que es más importante, ¿con quién celebrará su nueva marca esta noche?

Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

52

DILO MUY ALTO

Oliver

Nate y Trisha están asomados a la cámara de mi móvil, colgados de mis hombros y aplastándome un poquito, y gritan mucho mientras hablan con mi familia sin dejarme meter baza apenas en la conversación. Como hoy era un día importante, mamá ha ido a comer a casa con papá y con May, para esperar juntos mis noticias. Y yo no he podido llamarlos hasta ahora, que han pasado de largo las cinco de la tarde y es casi hora de cenar, porque uno de los patrocinadores del equipo de Windermere nos ha invitado a Nate y a mí a comer con él y el entrenador principal. Tenemos mucho que celebrar.

—Ya sabía yo que mandarte a ese internado era nuestra mejor apuesta. ¡Iremos a Los Ángeles en 2028! —está diciendo mi madre, tan feliz—. Si solo puedes llevar a un acompañante, me llevarás a mí, ¿verdad que sí, cariño?

Me río.

—Pero ¡si tú ni siquiera querías que hiciera las pruebas del equipo! —protesto.

—Yo firmé el consentimiento, yo voy a los Juegos Olímpicos. Es lo justo —opina mi padre en tono burlón.

—A ver, yo tengo un poco de ti y un poco de ti —concilia mi hermana, que señala a uno y a otro con una sonrisa socarrona—. Si me lleva a mí es como si fuéramos todos.

—Vale.

—Tiene razón.

—Muy bien. Me llevo a May, ya está decidido.

—Oye —dice entonces, más cerca de la cámara y con una sonrisilla que no me gusta nada—, ¿y qué pasa con la chica? ¿La llevarás a ella también?

Toso porque estoy a punto de morir atragantado con mi propia saliva. Nate me da unas palmadas en la espalda mientras se parte de risa. Trish aporta que «la chica» está tan orgullosa de mí que ha estado a punto de lanzarse a la piscina para besarme. Mi padre pregunta cómo se llama la chica porque no le parece correcto seguir así, sin llamarla nunca por su nombre. Mi madre opina que debería llevarla a casa en Navidad. Y mi hermana se ríe mientras chilla que deberían llamarla «milagro» si ha conseguido que me olvide por fin de la pava real.

Y yo creo que se me va a prender el rostro en llamas en cualquier momento porque siento las mejillas ardiendo. Y, aun así, no puedo evitar que se me escape una sonrisa de lo más tonta.

—Por un minuto, te habías ganado un lugar en el estadio olímpico, May, pero lo has perdido rapidísimo. Me llevaré a quien me haga más la pelota durante los próximos tres años, mamá o papá, que empiece la competición.

—Yo voy si la chica viene con nosotros —bromea mi madre.

Hago una mueca.

—Papá, bienvenido a las Olimpiadas.

Mi padre hace un gesto triunfal y sonríe con superioridad.

—Sabía que harías la elección correcta, Oliver. Y..., bien, ¿cómo se llama la chica?

Suelto un lloriqueo exasperado y todas estas personas que se supone que me quieren y que son tan importantes para mí se ríen sin ninguna consideración.

—Se llama Casey —se chiva Nate—. Y es una tía muy guay. Le gusta hasta a Trish.

Trisha gruñe por lo bajo.

—Bueno..., solo a veces.

Nate vuelve a reírse a carcajadas.

—Y Gray esta noche va a dejar de ser un pringado y le va a decir que quiere estar con ella y no ser un idiota nunca más —sigue mi mejor amigo, que está a punto de perder el título—, ¿verdad que sí, tío?

No sé ni qué respondo, porque siento que no puedo parar de temblar por dentro y que me muero de ganas de que desaparezcan todos los demás y poder ir a buscar a Casey y darle ese beso que se me ha quedado pendiendo en los labios cuando me ha saltado encima y me ha abrazado como si le fuera la vida en ello y me ha dicho que está orgullosa de mí.

Que *está orgullosa*.

Y no ha esperado a que saliera del pabellón, o a que me fuera a los vestuarios, para demostrarlo delante de todo el mundo.

Casey no va a esconderme.

Para ella no soy un secreto, y sé que es muy capaz de gritar bien alto que merezco la pena, hasta que incluso yo termine por creerlo.

No he podido verla después de la competición, pero cuando hemos entrado en el cuarto hace un rato, Crol se había ido a pasear, hacía frío por culpa de la ventana entreabierta, y alguien había dejado sobre mi cama el resto de esa saga de dragones a la que estoy enganchado y un dibujo de un bebé dragón monísimo y de ojos enormes con un gorro de natación en la cabeza exactamente igual al mío.

Me pueden las ganas.

Necesito verla ya.

—Mañana me llamas y me pones al día, ¿eh, jovencito? —pide mi madre, sonriente.

Suspiro.

—Sí, vale.

Mis amigos se despiden de mi familia con mucho más entusiasmo que yo. Y luego, cuando cuelgo el teléfono, se me lanzan encima y me tiran sobre la cama mientras los tres reímos.

—Bueno, entonces, ¿qué? ¿Vas a ir de una vez a buscar a Casey, o voy yo? —me pica Nate, cuyo brazo me está aplastando el páncreas.

Carraspeo y me los quito de encima para poder incorporarme.

—Este era vuestro plan, no el mío. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Aún necesito una tapadera?

Trisha se levanta y se enfrenta a mí.

—¿Es eso lo que es? ¿Sigue siendo una tapadera?

La esquivo sin responder y voy hasta el armario.

—Venga, deberíamos ir cambiándonos si queremos llegar a tiempo a la cena.

Los oigo cuchichear a mi espalda, pero no les hago caso. Selecciono los vaqueros y uno de los jerséis que Casey me dijo que podía llevar aquel día en que me obligó a «arreglarme» hace ya tanto tiempo. Parece que haya pasado toda una vida.

Ahora tenemos que ir a una cena especial que la junta del internado ha preparado para los deportistas. No somos los únicos que hemos competido hoy, y el equipo de fútbol también tiene bastante que celebrar. Nos han reservado el salón de los eventos importantes. Y después, cuando ese rollo acabe, creo que la mayoría de los alumnos de los dos últimos cursos vamos a acercarnos al pueblo a brindar por las victorias. Los deportistas, porque nos lo hemos ganado. El resto, porque cualquier excusa es buena, ¿no? Y hoy hay fiesta de la sidra en el pub.

Hemos quedado en que nos encontraremos con Casey y con Elliot allí.

Y yo ya no sé si puedo aguantar tanto sin besarla otra vez.

Bajamos del taxi justo delante de la puerta del pub. Nate acaba de hacer una llamada rápida y su medio novio (no entiendo por qué no admite ya que es su novio por entero) y un par de amigos suyos nos están esperando fuera.

No puedo ni siquiera echar un vistazo alrededor para buscarla porque nos arrastran a los tres hasta la barra y nos piden algo de beber mientras nos cuentan lo genial que va a ser nadar juntos en el equipo el año que viene.

Yo aún no he firmado nada, así que me da un poco de mal rollo celebrar tanto y con tanta seguridad, por eso de gafar las buenas perspectivas, pero Isaiah brinda conmigo y me adelanta que su entrenador ya le ha hablado de mí y que no cree que el patrocinador tarde demasiado en lanzarme una buena propuesta. Yo ni siquiera necesito que sea tan buena, con que me permita seguir nadando los próximos años me parecerá perfecta.

Me escabullo en cuanto puedo, e intento avanzar entre la gente para ir a buscarla. La veo, al otro lado de la barra, con Elliot, con Arthur Forrest, *el pijo real*, con... ¿qué hacen bebiendo y riendo con el principito, si puede saberse? Y, por si no fuera bastante, Fabrizio Parisi le habla al oído y ella sonríe demasiado. No es que nunca tenga bastante de su sonrisa, es solo que esa en concreto debería ser para mí, no para el dichoso italiano. Que yo sepa, de entre todos ellos, solo Artie *el marqués* tiene dieciocho, así que ha debido de ser él quien ha conseguido bebidas para todos. Me muevo un poco más rápido, para intentar llegar antes de que a Fabrizio le dé tiempo a comerle más la oreja (metafórica y literalmente).

—Eh, Gray.

Me vuelvo hacia la izquierda cuando oigo a alguien llamarme. Bee da un paso tímido hasta plantarse justo delante de mí, dejando a su grupo de amigas a la espalda.

—Hola.

—Hola —repite, con una sonrisa tirante—. Solo quería... Enhorabuena por lo de esta mañana. Ha sido una pasada.

Asiento, algo rígido.

—Sí, ya. Gracias.

—Sabía que lo lograrías.

Sonrío de medio lado. Sacudo la cabeza levemente. No, claro que ella no lo sabía. Ella no tenía ni idea, porque hace años que no me ve nadar. Demasiado tiempo desde la última vez que se coló en la piscina de nuestra antigua escuela para verme entrenar. Aún mucho más desde la última vez que me alentó mientras competía. Y nunca, *nunca*, se ha lanzado al agua conmigo y me ha animado a reconectar con esa parte de mí a la que le apasiona nadar.

—Parece que tienes mucho que celebrar —sigue, con los hombros en tensión, incómoda al no recibir por mi parte lo que siempre ha

conseguido de mí—. La gente dice que has entrado en el equipo de Windermere y que entrenarás para las competiciones profesionales y para las Olimpiadas.

Hago una mueca.

—Aún no me han ofrecido nada en firme.

Sonríe con dulzura.

—Lo harán.

—Ya veremos.

—Oye, ¿qué te parece si tomamos algo y hablamos?

Doy un paso atrás.

—No puedo, Bee, tengo que ir a...

Levanto la cabeza, miro hacia el lugar donde hace tan solo un minuto estaba Casey, y ella ya ha desaparecido. Artie *el marqués* tontea con un grupo de chicas, Ian y Elliot están juntos, hablando y riendo, y la chica vendaval no está en ningún lugar a la vista... y Fabrizio Parisi tampoco.

Trisha aparece a mi espalda y se me cuelga del brazo.

—Eh, vamos a bailar un rato, Gray.

Le dedica un gesto de disculpa falsísimo a Beatrice y me arrastra con ella para llevarme muy lejos de mi ex. Debería decirle que ya no hace falta que se empeñe tanto en hacer estas cosas por mí, pero me callo.

Y no dejo de buscar a Casey con la mirada, pero ella parece haberse esfumado del pub.

Cuando aparece, lo hace para saltarme encima, felicitarme por mi aún inexistente, aunque probable, patrocinio para el deporte profesional, y arrastrar a Elliot y a Nate a la barra para pedir algo más de beber. Nos tomamos un momento para estar los cinco, para brindar por nosotros y para reír juntos. Y yo solo quiero cogerla de la mano y llevarla a un lugar donde podamos estar solos, donde la

música nos permita hablar y pueda decirle... No tengo ni idea de lo que voy a decirle, pero el corazón me golpea las costillas con tanta fuerza que creo que no tendré más remedio que dejar que él hable por mí. Ella, por otra parte, no parece compartir mi impaciencia por buscar algo de intimidad, porque se deja arrastrar por Nate y los dos suben a la plataforma que hay a un lado del local a bailar como si se fuera a acabar el mundo. La veo cantar tan alto que probablemente mañana esté sin voz y Elliot me explica, gritando en mi oído, que no puede dejar de hacerlo porque cantar muy alto siempre que tenga ocasión es uno de sus mandamientos, el que lleva el número tres. Me pone un poco celoso que Elliot haya podido ver esa lista tan importante para ella, y a mí no quiera enseñármela. Tendré que pedírselo de nuevo.

Los chicos del equipo me reclaman y pierdo a mis amigos otra vez. No me ha dado tiempo a preguntarle a Elliot por qué demonios parece tan íntimo de Ian Walden y si la misión que Trish le encomendó ya ha dejado de tener validez o aún sigue tan cerca de él por obligación, pero tomo nota de hacerlo más tarde.

Casey ha vuelto a desaparecer. Joder, estoy perdiendo el tiempo.

Ni siquiera sé qué hora es cuando mis ojos se encuentran con los suyos entre todos los cuerpos que abarrotan el bar. Me mira desde la barra, cerca de la puerta que da al callejón de atrás. Está sola. Nate está con Isaiah bailando de forma un tanto indecorosa en medio de la pista. Trish está brindando con las chicas del equipo y no tengo ni idea de dónde se ha metido Elliot, hace ya un rato que no lo veo. La chica vendaval no despega las pupilas de mí.

Así que me despido de mis compañeros y voy hacia allí, decidido y con el corazón desbocado.

Sonríe en cuanto me planto frente a ella.

—Eh, pingüinito.

—Hola, vendaval.

—¿Lo estás pasando bien? Es tu noche.

—Es demasiado —suspiro—. Preferiría estar solo contigo.

Esboza una sonrisa confusa y se estira hacia mí.

—¿Qué?

Mierda. ¿No me ha oído? ¿Con lo que me ha costado decir algo como eso sin morirme? ¿En serio? Maldita música.

—¿Podemos hablar? —suplico—. ¿Fuera?

Se pone de puntillas para hablarme al oído.

—No pasa nada, Oliver. La he visto. Lleva pendiente de ti toda la noche, ¿sabes?, no para de mirarte. Y lo entiendo. Eres mi quinto mandamiento, ya sabes que no es nada personal, pero ahora también somos amigos. Y si quieres estar con Bee...

No sé qué dice a continuación, porque tampoco me interesa. Me aparto para mirarla a los ojos. Se muerde el labio y me estudia como si tenerme delante fuera una tortura.

Pero es que... ¿Qué dice? ¿Si quiero estar con Bee? ¿No es nada personal? Joder, *nada personal*, que no me venga con eso ahora. No después de todo.

—No me importa —digo, alto y claro.

—¿Qué?

—No quiero estar con Bee.

—Sí que puedes, a ver, no es que esté babeando, tampoco, pero no para de vigilarte y...

Pero ¿qué le pasa? ¿Qué es lo que ha entendido? ¿Pueden apagar la dichosa música? Me está poniendo histérico.

—¡No quiero estar con Bee! —grito, vocalizando lo mejor que puedo.

Busca mis ojos.

—¿Qué?

Joder.

—¡No quiero estar con Bee, Casey! ¡Quiero estar contigo!

Abre la boca, pero no sé si dice algo. Si lo hace, no puedo oírlo. Pero estoy harto de esto y necesito que ella sí me oiga. Sus pupilas se alternan entre las mías y yo tomo todo el aire posible para demostrar mi increíble capacidad pulmonar al volver a gritar, con todas mis fuerzas:

—¡Solo quiero estar contigo!

La canción insufrible que no me daba tregua cambia justo en ese instante. Así que es probable que se me oiga en todo el pub, en el pueblo y más allá, hasta llegar al internado y que Tormenta se entere de la movida, también.

Alguien silba con fuerza a un lado, pero no me molesto en localizar al gracioso, porque sus ojos azules marinos siguen en los míos y brillan con esos destellos de bioluminiscencia que lo iluminan todo, y le tiemblan los labios entreabiertos y, si al mundo no le importa, voy a besarla ahora. Y, si al mundo le importa, que se vaya a la mierda, porque voy a besarla igualmente.

Hay mucho ruido alrededor, burlas, aplausos. A mí me da igual. Casey me pone una mano en el pecho cuando me inclino hacia ella. Estoy a un par de centímetros de sus labios y creo que voy a morirme si me rechaza ahora.

—¿Quieres...? —pregunta, dubitativa.

No sé si puedo gritarlo más alto, pero estoy dispuesto a intentarlo.

Como ya hemos dado bastante el espectáculo, entrelazo los dedos con los suyos y señalo la puerta trasera con la cabeza.

—Vamos a hablar fuera.

Asiente. Se pone en marcha y me sigue en cuanto tiro suavemente de su mano. Salimos al callejón y la música se amortigua considerablemente cuando se cierra la puerta.

—Casey...

No me da tiempo a decir nada. Tira del cuello de mi jersey, firmemente sujeto en el puño, y me arrastra hasta que estoy completamente pegado a ella, con su cuerpo atrapado entre el mío y la pared. Le acaricio la línea de la mandíbula y empujo con ternura su barbilla para elevarle la cara hacia la mía. Tiene los labios entreabiertos, las pupilas dilatadas y la mirada encendida.

—¿Qué pasa con...? —empieza a preguntar, a media voz.

Me humedezco los labios y sus ojos caen rápidamente hasta mi boca.

—Ahora mismo, en todo este dichoso pub, no existe nadie más que tú, vendaval.

Sonríe. Le devuelvo esa sonrisa, tan cerca de la suya que nuestros labios comparten chispas. Y ella se ríe con dulzura y yo... Somos lo único que queda en pie después del fin del mundo.

Bajo un poco más la cabeza. Sus manos trepan por mi cuello en una caricia que me estremece. Roza la nariz contra la mía y luego su aliento se me cuela entre los labios.

Y entonces la puerta que hemos dejado a un lado se abre con estrépito, los dos nos volvemos hacia allí y Nate se acerca a nosotros con el rostro desencajado.

—¡Casey! ¿Dónde está Elliot? ¡¿Has visto a Elliot?!

Ella se separa de mí rapidísimo y va hacia él.

—¿Qué? No. ¿Dónde...?

—Trish dice que ha visto a esos dos gilipollas llevándoselo, a los amigos del principito. Ha intentado seguirlos, pero no sabe dónde han ido...

No puede terminar la explicación, Casey ya ha salido corriendo hacia la calle principal. La seguimos a toda prisa. Hay gente en la puerta del pub, y ella los va esquivando a toda velocidad mientras

estira el cuello para buscar entre las caras. No están aquí. Ni rastro de ellos. Corremos hasta la otra esquina y, cuando estamos a punto de llegar, oímos los gritos de Trisha. Nos adentramos en la calle lateral siguiendo el sonido. Está desierta, excepto... Elliot está en el suelo, hecho un ovillo, y esos dos tíos no paran de patearlo por todas partes. Trisha está a punto de abalanzarse sobre ellos y, con ella, el principito llega antes que nosotros a enfrentarse a sus supuestos amigos.

Los dos salen corriendo antes de que puedan alcanzarlos y Trisha corre un poco detrás de ellos, pero regresa enseguida. Ian se abalanza sobre Elliot mientras grita su nombre. Yo tengo que atrapar a Casey entre los brazos y retenerla cuando intenta perseguir a los agresores, llorando, gritando y profiriendo unos insultos muy malsonantes que jamás había escuchado de su boca. Se revuelve contra mí, furiosa.

—¡Oliver, suéltame!

—Para, Casey. Para, por favor —le suplico al oído.

—¡Llama a una ambulancia! —grita Trisha hacia nosotros, a nadie en concreto, aunque es Nate el primero en reaccionar y sacar el móvil.

Es esa petición la que trae a Casey de vuelta. La suelto cuando grita el nombre de su mejor amigo en un sollozo, y la dejo ir para que pueda acudir a su lado. Ian tiene que apartarse un poco cuando se lanza sobre ellos.

—Elliot. Elliot, por favor, estoy aquí —le dice suavemente, abrazada a su cuerpo inmóvil—. Oye, escúchame, vas a estar bien. ¿Por qué te han hecho esto? ¡¿Por qué le han hecho esto?! —le grita al principito.

Ian se encoge y deja caer una lágrima que rueda a toda velocidad por su mejilla y cae sobre la camiseta de Elliot.

Casey vuelve a acariciar el rostro destrozado de su amigo.
—Eh, vuelve conmigo. Elliot..., por favor...
Empieza a llover suavemente, como si el cielo llorara con ella.
Y yo lloro con ella también.

53

MÉTETE EN TUS PROPIOS ASUNTOS (Y NO EN LOS DE LOS DEMÁS)

Casey

—Casey.

Abro los ojos de golpe y me incorporo a tanta velocidad que el cuello se me resiente y suelto un quejido mientras me masajeo el hombro.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Elliot intenta sonreír, pero la sonrisa termina por convertirse en una mueca. Está hasta arriba de calmantes y, aun así, le duele todo el cuerpo.

—Claro que no estoy bien. ¿No ves que estoy en un hospital?

Me muevo arrastrando la incómoda butaca en la que llevo tres noches intentando dormir, compartiendo espacio con los padres de mi amigo la mayor parte del tiempo, apoyo los codos en el colchón de su cama y estudio las marcas oscuras de su cara. Mi pobre Elliot.

—¿Eso era un chiste? ¿Estabas intentando hacer un chiste?

—No me hagas reír, amiga.

—¿Yo? Yo no soy la que está intentando contar chistes penosos.

—Vale —me calla, con media sonrisa que parece que le duele esbozar—. Acaba de escribirme Trish, van a venir esta tarde y quiero que te vayas con ellos de vuelta al internado. Dice que Nate te llevará en brazos si es necesario, aunque le he dicho que será más cómodo para todos si trae el coche.

Resoplo.

—Estás que te sales esta mañana, ¿eh, Elliot? —Chasqueo la lengua—. No me voy a ir. Os podéis poner como queráis. Me da lo mismo. Y creo que no podemos seguir teniendo esta discusión todos los días.

—Exacto. No podemos. Deberías haberte ido la primera vez que te lo dije. Me mandarán a casa mañana. No haces nada durmiendo a duras penas aquí, Casey. Por favor. Tú también tienes que descansar, ¿sabes? Y ya tengo bastante con mis padres, ¿no crees?

No sé si es bastante o no, solo sé que yo no quiero no estar aquí. El sábado por la noche, el tiempo que tardó en llegar la ambulancia mientras él yacía inconsciente tirado en la calle fue el rato más largo de mi vida. Nadie cuestionó que yo me subiera a la ambulancia con él, aunque tampoco sé muy bien quién quedaba alrededor. Tengo el recuerdo bastante borroso. Lo trasladaron al servicio de urgencias más cercano y, de allí, nos mandaron directos al hospital, que está a más de cuarenta minutos. Me comí las uñas pintadas de color granate durante horas en la sala de espera. En algún momento de todo ese tiempo que no dejaba de estirarse como un chicle, Nate, Trish y Gray aparecieron a mi lado. Creo que fui yo quien les escribió para informarles de las novedades y mandarles la ubicación, pero eso también está borroso. Desde el hospital llamaron a sus padres, y sus padres me llamaron a mí. Los médicos les habían dicho que una

costilla le había lacerado el pulmón y que tenían que operarlo de urgencia.

Lo siguiente que sé es que yo estaba durmiendo en esta horrible butaca cuando se despertó de la anestesia. Y que no paré de llorar hasta que me aseguró cinco veces que estaba bien. Creo que mentía para no preocuparme, porque no está bien ni de lejos. Pero los médicos dicen que se va a recuperar y cada día está un poco mejor (al contrario que los golpes que le marcaron la piel, que cada vez están más oscuros y más feos). Sus padres llegaron el domingo por la mañana. Son casi cinco horas desde Oxford, así que creo que salieron hacia aquí nada más recibir la llamada. Y, desde entonces, llevo tres noches más durmiendo en la butaca, aunque sus padres también hagan turnos todas las horas de la madrugada. Solo he abandonado el hospital para ir a ducharme y descansar un poco en la habitación de hotel que los señores Long (¿debería llamarles «duques», tal vez?, no lo sé) reservaron para mí junto a la suya. El lunes por la tarde vinieron nuestros amigos y Trisha me trajo algo de ropa que había cogido de mi habitación con la colaboración de Bee. Ian Walden pasó por aquí también ese mismo día. Dijo que habían expulsado a los dos agresores, y también dijo que él estaba dispuesto a prestar declaración como testigo en la denuncia. Y hoy ya es miércoles, y mañana, si todo va bien, a Elliot le darán el alta. Sus padres se han encargado de tener una ambulancia lista para que lo traslade hasta Oxford. Se quedará allí recuperándose y, si hay suerte, podrá volver al internado después de las vacaciones de Navidad. Si no, aún tendrá que pasar en reposo un par de semanas más después de eso.

—Ya descansaré mañana cuando tú te hayas ido a casa —me empeño.

Pone los ojos en blanco, y se queja de que le duele la cabeza. No me extraña que le duela absolutamente todo, lo dejaron hecho un cuadro..., uno abstracto y de muy mal gusto.

—Eres muy petarda, amiga —murmura—. Te aviso de que también va a venir Ian. De hecho, me ha dicho que está de camino.

Frunzo el ceño.

—¿Otra vez? ¿Qué pasa? ¿Se siente culpable? ¿No tiene bastante con esos amigos indeseables con los que se junta?

—Pórtate bien, Casey —me advierte—. Ian no tuvo la culpa. Esos tíos son unos gilipollas, él no. No tiene nada que ver. ¿Quién crees que ha hecho que los expulsen del internado sin hacer preguntas siquiera? Ya no son amigos suyos.

Me cruzo de brazos, no muy conforme con su convencimiento.

—Ya. Pues más le vale.

Se mueve con dificultad para inclinarse un poco hacia mí y me mira a los ojos, solemne.

—Tenemos que decírselo.

Se me frunce el ceño mientras indago en sus iris oscuros. Uno de los dos apenas se ve, hundido en toda esa inflamación que lo rodea. De verdad que no tengo ni idea de lo que me está hablando.

—¿El qué? ¿A quién?

Baja aún más la voz:

—A Ian. No puedo seguir callándome. Me siento fatal por él, Casey. No se merece esto. Tenemos que decírselo.

Me envaro al instante.

—¿Qué? No. ¿Qué dices, Elliot? Esto no es asunto nuestro. No es nuestra movida, ¿te acuerdas?

Niega con la cabeza suavemente.

—¿Te acuerdas tú? Porque, para no ser nuestra movida, has llevado al extremo el quinto mandamiento, amiga. No es nada en

contra de Gray, ¿vale?, ni siquiera tenemos que decir su nombre, pero él y Bee son los que han hecho las cosas mal, no Ian. Ian es la víctima de toda esta historia, y no es justo que sea el último en enterarse. Tú no lo conoces, pero no es... No va a hacer que expulsen a Gray, eso es una estupidez. De verdad que no va a hacerlo, confía en mí. Además, Gray ya tiene su precontrato con ese patrocinador, ¿no? No hay riesgo de que nadie acabe con su carrera de un plumazo. A Beatrice Cox le da igual porque, de lo contrario, se lo habría pensado mejor antes de hacer todo lo que ha hecho. En toda esta historia, Ian es quien más merece tu puñetero quinto mandamiento, Casey. De verdad que sí.

Vaya. Esto sí que es una movida. La telaraña del deber moral se me enreda en el cerebro y teje sus hilos de una neurona a otra. Puede que tenga razón, pero ¿cómo voy a traicionar así a Gray? No puedo hacer eso. No puedo poner en riesgo todo lo que ha conseguido, aunque el riesgo sea mínimo, según Elliot.

Voy a contestar y decir que esto es la peor idea del mundo y justo entonces suena la llamada en la puerta.

El principito está aquí. Y entra con una sonrisa prudente, todos esos aires de nobleza de la positiva y admirable, y un par de cómics en la mano.

—Eh —saluda, y apenas me dedica un movimiento leve de cabeza antes de centrarse en Elliot—. ¿Cómo estás? Te he traído un poco de entretenimiento.

Mi amigo sonríe, y ya parece que ni le duele ni nada.

Oh, oh.

Sí que está metido en problemas de verdad.

—Gracias. Ya me he aburrido de mirarle la cara a Casey.

—¡Eh! —protesto, y los dos chicos se ríen.

Ian Walden, ni más ni menos, se sienta en la silla que hay al otro lado de la cama de Elliot y lo observa con la expresión algo triste, como si se sintiera culpable. Por eso sé al instante que no lo es, porque ese sentimiento de culpa, ese modo de mirarlo, solo lo he visto en la gente inocente. Vale, se juntó con unos cuantos idiotas porque el círculo social que su entorno quería para él lo exigía. Y resulta que algunos de esos idiotas en concreto han demostrado ser unos homófobos que han agredido a mi mejor amigo solo por existir. Espero que no se vayan de rositas con esto. Espero que paguen muy caro lo que han hecho.

—¿No deberías estar en clase? —pregunta Elliot.

Ian sonríe de medio lado y me señala con la cabeza.

—¿Y ella?

—Con ella ya he tirado la toalla, es inútil discutir.

Me alegro de que por fin se haya dado cuenta.

—No me estaban contando nada interesante —resuelve el principito, tan tranquilo—. No creo que me pierda nada.

Desconecto un poco de su conversación. Me dedico a mirar a Ian y tratar de adivinar lo que hay debajo de ese pelazo y esa cara tan bonita y perfecta. Me gustaría saber qué está pensando. Cómo de sincera es esta improbable amistad que tiene ahora con Elliot. No es que no crea que Elliot lo merece, es más bien al revés. No sé si puedo fiarme de que Ian no acabe por hacerle daño, como ya le han hecho las personas que siempre revoloteaban a su alrededor. Me da miedo que sufra más. Por otra parte, sé que no puedo meter a mi amigo en una cajita para protegerlo del mundo. Para nada. Mi papel debería ser ponerle el viento a favor para que salga a volar de una vez. Creo que ya lo hace. Cada vez más. Y solo espero que lo que ha pasado no lo lleve a esconderse en su caparazón otra vez. Se merece brillar.

—Ian..., tenemos que decirte algo.

Eh. Espera, ¿qué? ¿Cómo ha llegado su conversación insulsa a este punto? ¿Y por qué Elliot usa el plural? ¿No se ha enterado de que esta no es para nada mi movida?

—Es sobre Bee —sigue el pajarito ese, sin dejar de cantar por su piquito de oro—. Ya sabes que Casey comparte habitación con ella y es... Bueno, todos esos hilos del perfil de cotilleos que hablaban de ella... son verdad. O sea, sabemos que tiene algo con alguien más. Que ha estado con otro y...

Madre mía. Madre mía. Madre mía.

El mundo va a acabarse. El principito va a estallar y su furia nos arrasará a todos. Al menos, estamos en un hospital, lo que aumenta un poquito las posibilidades de sobrevivir. O eso espero.

Elliot, que lo estaba haciendo fatal, pero al que no juzgaré porque yo tampoco podría haberlo hecho mejor, se calla y aprieta los labios cuando el principito nos fulmina con la mirada. Primero a él. Luego a mí. Luego a él otra vez. Claro, ¿es que mi amigo nunca había oído eso de matar al mensajero? Ha estado a punto de morir por culpa de ese círculo de realeza malvada, debería ser un atenuante, ¿no?

—Sé lo que pasa. *Todo* lo que pasa —dice Ian, con la voz convertida en hielo—. Sé muy bien lo de Bee y Gray. ¿Y sabéis qué más sé?

Esto sí que no me lo esperaba. Apuesto a que estoy blanca, y Elliot... Elliot está de todos los colores.

¿Ha dicho «Gray»? *¿Lo de Bee y Gray?*

Si estuviera viendo una serie, ahora sería el momento de coger aire de la forma más ruidosa posible y luego contener el aliento. Pero no lo hago porque casi prefiero volverme invisible y fundirme con la butaca más incómoda del mundo cuando el principito vuelve a hablar.

—Que vosotros dos deberíais meteros en vuestros propios asuntos.

Me falta el portazo cuando sale de la habitación. Pero apuesto a que él también se ha quedado con ganas de darlo.

54

LLÉVALA A CASA

Oliver

El viaje en coche hasta el hospital ha sido largo. Nate y Trisha no han parado de discutir en broma todo el tiempo. Y yo hoy he decidido refugiarme en el asiento trasero y quedarme en mi propio mundo un ratito, mientras me es imposible dejar de pensar en cómo estará Casey.

Le escribo a todas horas últimamente, y ella solo contesta un mensaje de cada tres. Lo entiendo, no voy a echárselo en cara. Lo más importante ahora es Elliot, y sé que no necesita preocuparse por nada más. También han dejado de llegar los mensajes de Rain. No me envía uno por la red social desde la noche anterior al cumpleaños de Nate. Después de eso, se hizo el silencio. Es lo que menos me importa, prefiero hablar con ella cara a cara. Poder mirarla a los ojos. Trazar con las pupilas la forma de la constelación que marcan sus lunares.

Tampoco ha habido hilos de *The Royal Blab* estos últimos días, pero me parece que eso nadie lo echa de menos.

Nos encontramos con los padres de Elliot en la puerta, dicen que van a tomar algo y vuelven luego. Por supuesto, Casey está sentada junto a la cama de su mejor amigo cuando los tres entramos en la habitación. Cruzo la mirada con ella, y me sonríe. Siempre sonríe, pero esta vez es una sonrisa cansada. Me acerco directo hacia ella y le acaricio el pelo. Reposa la cabeza contra mi costado y se relaja cuando le dejo un beso en la coronilla.

—¡Eh, tío! —saluda Nate, que se sienta al borde del colchón de la cama de Elliot como si estuviéramos en una fiesta de pijamas—. ¿Cómo respiras hoy? ¿Te silba el aire por el agujero?

Elliot hace una mueca.

—No hay ningún agujero, sabes que nunca lo ha habido, ¿no?

Nate se ríe.

—No es esa la historia que contaré a las generaciones venideras. Oye, estás muy guapito con esa sombra de ojos oscura, te resalta el naranja del pelo.

—Cállate.

Pero él, lejos de callarse, se inclina y le besa la mejilla, y sigue parloteando en tono alegre hasta que consigue hacerlo reír.

Trisha se acomoda en la silla y estira las piernas, dispuesta a estar aquí un buen rato.

—La gente de clase no para de preguntarme por ti. —Luego mira a Casey y hace una mueca de disculpa—. Por ti no, no sé si se acuerdan de que existes.

La chica vendaval resopla con desgana.

—Genial. Eh, nos van a echar la bronca por estar tantos aquí metidos en la habitación. —Se pone de pie y me mira solo a mí—. ¿Me acompañas a por algo de beber de la máquina?

—Sí, claro.

La sigo solo un paso por detrás. Nuestros amigos se quedan en silencio y siento los seis ojos que suman entre todos (incluso ese que a Elliot casi ni se le ve y que está rojo como si fuera medio zombi) clavados en nuestras espaldas. En cuanto estamos en el pasillo y cierro la puerta, ya empiezan a oírse sus cuchicheos al otro lado.

Supongo que, cuando terminen de criticarnos a nosotros, Trish le contará a Elliot las últimas novedades: que sus padres le han dicho que irán a pasar las vacaciones de Navidad a Nueva York, que se larga ya este domingo, y que Nate y yo tenemos que rifarnos al dichoso gato, a ver cuál de los dos saca la pajita más corta y le toca llevárselo a casa.

Casey sigue andando hasta la vuelta del pasillo y, cuando doblamos la esquina, para en seco y casi me estrello contra ella. Apoya la espalda en la pared, me coge una mano y tira de mí para que me plante justo enfrente.

—Eh —le digo, con mucha suavidad y el tono cargado de ternura —, ¿estás bien?

Asiente, pero inmediatamente después cierra los ojos, deja caer la cabeza hacia delante y apoya la frente en mi pecho.

—Ven —murmuro.

La hago separarse de la pared para poder abrazarla en condiciones. Me rodea la cintura con los brazos y se refugia en mi sudadera.

—Estoy bien —murmura contra la tela.

—Vale —respondo, y no dejo de acariciarle el pelo.

Se queda mucho rato así, en silencio. Es muy evidente lo agotada que está. Por eso, espero que no discuta cuando le pidamos que vuelva al internado con nosotros dentro de un rato. Entiendo que le

cueste separarse de su amigo, de verdad que sí. Sentí el miedo que sintió ella por él la otra noche, la furia con la que quería protegerlo, el deseo de poder cambiarse por él para mantenerlo a salvo. Sé muy bien cómo quiere Casey Adams. Puedo verla. Al igual que ella ha conseguido verme a mí y, aun con todo, ha elegido seguir mirándome.

—Todo va a ir bien —le digo, con la cabeza baja para poder hablarle al oído—. Elliot va a estar bien. Se recuperará en casa estas semanas y volverá después de Navidad como nuevo, ya verás.

Su mejilla se frota con suavidad contra mi sudadera cuando asiente.

—Sí.

—Y tú también vas a estar bien, vendaval. Solo necesitas descansar. Y yo voy a estar aquí para cualquier cosa. Para lo que quieras, ¿vale?

Se aparta despacio y levanta la cara para mirarme entre las pestañas.

—Oliver.

Le acaricio el pómulo con el pulgar. Uno, dos, tres... La constelación completa de lunares.

—Dime.

—Tengo que contarte algo.

Asiento, sin dejar de contemplar sus ojos de un azul profundo.

—Vale. Puedes contarme lo que sea, vendaval, ya lo sabes.

—Elliot y yo... El principito ha estado aquí esta mañana. Ya sabes que Elliot y él se han hecho amigos o, no sé, a lo mejor Elliot está un poco colado por él, la verdad. Que lo entiendo, porque es muy guapo y muy príncipe y todo lo que quieras, pero no me gusta porque es imposible, y lo va a pasar mal, y no sé si...

—Casey —la llamo, con una sonrisa tierna—. Venga, ¿qué pasa?

Toma aire, como si se estuviera armando de valor, y luego lo suelta:

—Le hemos dicho lo de Bee. Que ha estado engañándolo con alguien. No íbamos a decir tu nombre, y yo ni siquiera quería...

Se muerde el labio y me observa con tiento. Parece que lo está pasando muy mal. Y yo apoyo las palmas de las manos en sus caderas y la atraigo aún más cerca, para que no se vaya nunca.

Creo que debería sentir ese atisbo de pánico que se apoderó de mí cuando el primer hilo con mi nombre apareció en esa dichosa red social. Tendría que estar pensando que el mundo va a acabarse y que mi carrera nunca existirá y que seguro que me expulsarán del internado y que esto es lo peor que podría pasarme jamás. Es lo que he pensado en unas cuantas ocasiones antes. Pero ahora, aquí, con ella y mirándola a los ojos, me siento... liberado. Creo que es así. Llevo mucho tiempo pensando que la víctima era yo, porque Bee no paraba de jugar conmigo, pero yo también me dejé enredar con ella sin tener en cuenta que existía alguien más en la ecuación que tal vez no se merecía lo que hemos estado haciendo a sus espaldas. Ian Walden ha sido solo el tío que Bee eligió por encima de mí y al que tenía que odiar, pero, en realidad, él no ha sido quien ha hecho las cosas mal. Él no ha sido el que la ha cagado una y otra vez. Él no ha sido la peor persona de este absurdo triángulo que mantuvimos durante demasiado tiempo. Y, de entre nosotros dos, sin duda, el cabrón soy yo.

Es culpa mía. Y está bien que por fin pueda admitir mi parte, ¿no? Está bien que lo vea como lo que ha sido de una vez. Y no pasa nada, porque si las consecuencias de todo ello son perder una parte de lo que siempre quise que fuera mi futuro, ahora tengo otras muchas cosas que no me puede arrebatar nadie. Ya no soy solo natación, ¿verdad? Soy mucho más. Y quiero estar a la altura.

—Bien. Está bien, Casey. No pasa nada.

Alza una ceja.

—¿No pasa nada? Acabo de decirte que se lo hemos contado.

Sonrío de medio lado.

—Vale. Bien. Debería habérselo contado yo, si no fuera un cobarde. O debería no haber tenido nada que contarle, para empezar.

—¿No estás enfadado?

Me mira como si tuviera miedo de que salga corriendo. De que entre en pánico y la culpe a ella por desvelar mis más oscuros secretos. Pero es que me he cansado de tenerlos. Me he cansado de ser uno.

Quiero algo diferente de ahora en adelante.

—No, no estoy enfadado contigo.

Hace un mohín con los labios. Me dan ganas de besarla.

—¿Y con Elliot?

Me río bajito.

—No, con Elliot tampoco.

Suspira.

—Menos mal, porque ya acaban de pegarle una paliza.

—¿Ya haces chistes con esto?

Aprieta los labios.

—No. —Sonríe cuando vuelvo a reír con suavidad—. Siento... deberíamos haberte avisado al menos de que se lo íbamos a contar, no he tenido mucho tiempo de reacción. Elliot se sentía mal por él, y puede que tuviera razón. Lo último que queremos es meterte en un lío, hemos intentado darle muy pocos detalles, pero tampoco ha hecho falta, ¿sabes?, nos ha dicho que ya lo sabía.

Me pongo rígido y busco sus ojos de nuevo, sorprendido. ¿Qué...?

—¿Que ya lo sabía? —repito con un hilo de voz.

—Eso ha dicho. Elliot solo ha comentado que los rumores sobre Bee eran verdad y que ha estado viéndose con otro. Y entonces Ian ha dicho que ya lo sabía, y que nos metiéramos en nuestros asuntos.

—Vale... Vale, espera.

Echo un vistazo hacia atrás, localizo una hilera de sillas de plástico y voy a sentarme. Casey viene conmigo, sin despegarse apenas de mi cuerpo, y se sienta al lado.

—¿Estás bien? ¿Estás en *shock*? ¿Necesitas que llame a un enfermero o algo?

Niego con la cabeza ante su tono burlón.

Si el principito ya lo sabía... ¿Por qué no ha hecho nada? ¿Por qué sigue con Bee? ¿Por qué sigo en el internado y en el equipo, y ni siquiera ha contado lo de Crol?

No lo entiendo.

Miro a Casey a los ojos de nuevo.

—No me esperaba esto.

—Ya, yo tampoco. ¿Crees que Bee sabe que él lo sabía?

Ni siquiera puedo pensar.

—No... Creo que no. Supongo que no.

Casey está a punto de decir algo más, y entonces oímos la voz de Nate llamándome desde la vuelta de la esquina.

—¿Gray?

Nos levantamos y nos acercamos hasta allí.

—¿Qué pasa?

—Elliot dice que quiere hablar contigo, tío.

Si es para contarme lo mismo que acaba de contarme Casey y confesar su «traición», puede ahorrárselo. Ya ni siquiera importa quién sepa qué o hasta dónde lleguen los rumores. Me siento muy lejos de ese Gray que caminaba continuamente encogido, refugiado

en las sombras, para que nadie lo viera y así Bee pudiera seguir mirándolo.

Quiero ser mucho más, ahora.

Pero Elliot está muy serio y no parece arrepentido ni preocupado por mí. Más bien lo contrario: está decidido y tiene pinta de poder echarme una buena bronca si le llevo la contraria.

Me siento en la butaca que Casey lleva días ocupando y me enfrento a los ojos oscuros de Elliot en cuanto estamos solos.

—Tengo que pedirte un favor —dice, sin molestarse en dar rodeos.

Enarco las cejas, porque podría esperarme cualquier cosa menos esto.

—Vale. Tú dirás.

—Necesito que acompañes a Casey a la finca de los Percy este fin de semana. Iba a ir yo, pero, como puedes ver, no voy a estar en condiciones. No puede ir sola. Tienes que ir con ella, Gray. Va a decir que no es necesario y se hará la dura, pero no te lo tragues. Hazlo como quieras, convéncela de la forma que mejor sepas, da igual, pero ve con ella.

—Vale, pero ¿qué...?

—¿Lo harás?

Asiento.

—Sí. Claro.

—Prométemelo.

¿Qué le pasa? ¿A qué viene tanto drama? Bueno, tampoco importa, ¿no? Iría, aunque el destino fuera el fin del mundo.

—Te lo prometo.

Cierra los ojos por un segundo y parece que le duela hacerlo.

—Gracias. Y..., Gray.

—Dime.

—Más te vale cuidarla, amigo.

No sé cómo lo hemos logrado entre todos, pero Casey ha subido al coche de Nate con nosotros y ha viajado dormida sobre mi hombro en el asiento de atrás.

Y ahora, frente a la puerta de la residencia femenina y a punto de dar las buenas noches, la cojo de la mano y la aparto de nuestros amigos para poder hablarle en voz baja. Parece tan agotada que quiero llevarla a dormir a mi cama para poder asegurarme de que nada la molesta y puede descansar toda la noche de un tirón, segura y protegida.

—Será mejor que me digas qué debería llevar para acompañarte el fin de semana a conocer a tu familia.

Abre la boca y sacude la cabeza como si tuviera que comprobar que no está soñando.

—¿Qué has dicho?

—Voy a ir contigo. Y supongo que no causaré buena impresión si voy en chándal. ¿Tengo que llevarme el traje? Solo tengo uno y no es que sea hecho a medida ni nada, así que...

—Oliver, deja de desvariar —me corta, con una mueca—. No vas a venir conmigo, ¿te has vuelto loco?

Niego con la cabeza. Me acerco un poco más y bajo la voz, como si fuera a contarle todos mis secretos.

—Elliot me ha hecho prometer que iré. No querrás que esté preocupado en Oxford, cuando debería estar centrado solo en descansar y en recuperarse, ¿verdad?

Resopla.

—Menudo chantajista. No me esperaba esto de ti, pingüinito.

Sonrío.

—Aún te guardo unas cuantas sorpresas, vendaval. Anda, déjame ir contigo, ¿vale? No molestaré. Solo... solo estaré allí, por si no te apetece hacer esto sola.

Cierra los ojos y asiente. Ha sido fácil.

—Vale.

—Muy bien.

—Y sí que necesitarás un traje, por cierto. Vamos a una fiesta de compromiso.

Alzo las cejas.

—¿Qué?

Se estira para darme un beso en la mejilla y me dedica una última sonrisa cansada.

—Buenas noches, Oliver.

Trisha y ella entran en la residencia. Nate me da una palmada en el hombro y me hace un gesto para que nos vayamos juntos hacia nuestra habitación, también.

No tengo ni idea de dónde me he metido.

Pero estoy deseando descubrirlo.

55

SÉ FIEL A TU PALABRA

Casey

El jueves por la mañana, en vez de ir a clase, voy directa al despacho de la directora Macrae cuando suena la alarma en el desayuno que indica que solo faltan quince minutos para el comienzo de la jornada lectiva. Llevo toda la semana sin estar aquí y sé que ella me ha disculpado por «lo excepcional de las circunstancias», pero ni siquiera eso me parece suficiente. El internado va a lavarse las manos con esto, porque la agresión sucedió fuera de sus muros, eso ya lo sé. Yo no pienso callarme. Porque Elliot vino aquí para estar más seguro de lo que estaba en la escuela a la que acudía en Oxford y en la que lo machacaban a diario..., y aquí se ha encontrado un poco más de lo mismo. Alguien tiene que hacer algo. Las cosas tienen que cambiar. Alguien debería hacerse responsable para que esto no vuelva a suceder.

Piso con fuerza cuando avanzo por el pasillo, directa a su puerta entreabierta. No sé si voy a molestarme en llamar.

Pero cuando llego hasta allí, oigo una voz dentro del despacho que me hace frenar en seco y quedarme a escuchar tras la puerta.

Es Ian Walden. Y parece un principito muy enfadado y no uno diplomático.

—No me vale una expulsión temporal, no es suficiente. No van a volver a pisar Liberty Haven School.

—Eso no lo decide usted, señor Walden —rebate la directora, en un tono de lo más calmado y profesional.

—¡¿Que no lo decido yo?! ¡Desde luego que lo decido yo! Los van a expulsar de esta institución para siempre, la denuncia les llegará a sus domicilios, y, mientras yo tenga algo que decir en esto, no van a entrar en ninguna universidad que merezca la pena. Usted tal vez va a archivar sus expedientes y seguirá pensando que entre estos muros el mundo es justo, pero es la misma mierda que hay fuera de ellos y, si puedo hacer algo, será para cambiar eso. No necesitamos más gente en el poder que odie a las personas solo por ser lo que son. Y, si usted no va a luchar para que de aquí salga el mejor futuro posible para todos, yo sí que lo haré. Yo decido que la expulsión será definitiva y, si usted decide volver a readmitirlos, entonces mi padre decidirá invertir su dinero en otra parte.

—¿Es una amenaza?

Ian suelta una risita irónica.

—Llámelo como quiera.

—Este ha sido un desafortunado incidente, desde luego...

—¿Un incidente? —repite él, indignado—. Conoce a Elliot Long, directora Macrae. Él no se ha metido con nadie, no ha «provocado» nada, y ni siquiera estaba donde no debía, si es que cree equivocadamente que algo de eso valdría para justificar lo que le han hecho. Si usted no da la cara por él, me encargaré

personalmente de que se ponga al frente de este colegio alguien que sí esté dispuesto a garantizar la seguridad de los alumnos.

—¡Señor Walden, no permito que...!

—Buenos días, directora —se despide él, con una fría calma que no ha sabido mantener hasta ahora—. Que tenga una buena mañana.

Sale del despacho, y yo me encojo contra la pared, por si acaso me salpica algo. Me mira, baja la cabeza, y me hace un gesto cómplice que le devuelvo al instante.

Lo observo mientras se aleja hacia las escaleras, firme en su uniforme, con el paso decidido y la barbilla alta. No hay duda de que es un príncipe.

Y me parece que los exagerados de mis amigos tenían razón en algo: ese chico es capaz de desterrar a cualquiera con solo chasquear los dedos.

Es tarde cuando termino de hacer la maleta para ir a casa este fin de semana. El chófer de los Percy vendrá a recogerme mañana viernes después de las clases. Le dije a mi madre que iba a llevar a un acompañante y no protestó, no he llegado a decirle que he tenido que sustituir a mi acompañante original por otro que ni siquiera tiene un traje decente para la fiesta pomposa del sábado. Da lo mismo, tampoco quiero que Gray se ponga un maldito disfraz. No es más que un paripé, y todo el mundo lo sabe.

He estado casi una hora hablando por teléfono con Elliot. Ya está en casa, con todas las comodidades y sus padres pendientes de él todo el tiempo. No quiero ni imaginarme cómo se sienten los señores Long con todo esto: enviaron a su hijo lejos solo porque pensaron que estaría más seguro, y han tenido que volver a llevarlo

a casa ni más ni menos que desde el hospital. Espero que esto no los lleve a querer mantenerlo cerca. Necesito que vuelva conmigo. Y él también necesitará volver aquí y estar con nosotros y seguir abriendo ese camino que había iniciado hacia la libertad. Iré a Oxford a visitarlo en cuanto vuelva de Bruselas de pasar la Navidad con papá. Los padres de Elliot han insistido mucho en que lo haga, en que su casa es la mía y puedo ir allí siempre que quiera. Es bueno que te abran de par en par las puertas de un hogar donde hay tanto cariño, y más teniendo en cuenta que las del mío siempre estarán entornadas.

Cierro la cremallera de la maleta justo en el momento en que Bee entra al cuarto. No me cabe todo, pero no pasa nada, ya le colaré alguna cosilla a Gray en su equipaje.

Beatrice clava los ojos en los míos, suaviza aún más la expresión y camina lentamente hasta sentarse al borde de su cama.

—¿Cómo estás, Casey?

Me siento frente a ella, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo en mi colchón.

—Bien..., creo.

Me dedica una sonrisa de aliento, y yo me siento mal por todas esas emociones encontradas que me provoca mi compañera de cuarto. Por una parte, la admiro, aunque sepa que hay muchas cosas que cuestionarle. Por otra, estoy tan celosa de ella que querría poder odiarla. Y, por encima de todo eso, hay una extraña conexión entre las dos, como si un pedacito de ella y otro de mí tiraran de nosotras para encajar en un punto de encuentro. Como si estuviéramos destinadas a ser amigas. Quién sabe, ¿no? Tal vez en otra vida.

—¿Y cómo está Elliot?

—Mejor. Ya está mejor.

—Bien. No te preocupes, Ian no dejará que vuelvan. Aunque sea lo último que haga, va a conseguir que esos dos paguen por lo que han hecho.

Este sería un buen momento para volver a preguntar si el principito es jefe de la mafia con tan solo diecisiete años, pero ahora ni siquiera me sale el sarcasmo.

—Dile que se lo agradezco —consigo murmurar.

Beatrice mueve la cabeza para quitarle importancia.

—Oh, no. No hay que agradecerle nada. No lo hace por ti, ni por mí, ¿sabes? Ian es así. Es justo. Creo que es la mejor persona que he conocido, aunque te sorprenda. Y cuida de la gente que le importa. Eso es lo que hace Ian.

No sé qué decir, así que no digo nada. Solo me dedico a sostenerle la mirada.

—También cuida de mí. Incluso cuando no me lo merezco —sigue ella, y suelta una especie de risita triste—. Sobre todo, cuando no me lo merezco.

Se muerde el labio y, luego, solo un segundo después, rompe a llorar.

Miro a los lados y hago amago de acercarme a ella, pero el cuerpo no termina de responderme. ¿Debería ir y abrazarla? ¿Tengo un pañuelo para prestarle? ¿Qué se supone que tengo que hacer?

¿Habrá tenido problemas con el principito por lo que Elliot y yo hablamos con él en el hospital?

—Bee... —titubeo—, ¿estás bien? Oye, lo siento, ¿es por Ian? ¿Ha pasado algo?

Sacude la cabeza con vehemencia.

—No. No, no es por Ian. Todo bien con Ian. No es eso, Casey, es que...

Se rompe de nuevo y, esta vez, me veo obligada a moverme y cambiarme de cama para sentarme a su lado. Le acaricio la espalda con delicadeza antes de preguntar de nuevo.

—¿Qué pasa? ¿Puedo hacer algo por ti?

Sorbe por la nariz, con muchísima elegancia, como solo es capaz de hacerlo alguien que ha nacido para formar parte de la realeza. Increíble. Me mira entre las lágrimas, e incluso así está guapa. Qué maravilla. Qué envidia. Qué asco.

—Lo he fastidiado todo *tanto*, Casey. Lo he hecho todo mal.

Le sonrío con dulzura.

—No pasa nada. Todos la cagamos alguna vez, ¿no? Pero a lo mejor puedes arreglarlo. Si Ian está dispuesto a olvidar lo que ha pasado, puedes hacerlo funcionar.

Cierra los ojos, aprieta los labios y niega con suavidad.

—No. No estoy hablando de Ian. Hablo de Gray —confiesa en un susurro—. Estoy hablando de Gray. Todo lo que he hecho... No quería hacerle daño. Lo último que quería era hacerle daño. Y no he parado de destrozarlo desde hace tanto tiempo que ya ni siquiera sé por qué empezó a ser así. Quería alejarlo. Quería protegerlo. Y, después de todo, no ha merecido la pena, Casey. Lo he perdido y ha sido para nada. Si pudiera echar el tiempo atrás...

Se me encoge el pecho. El corazón me protesta con ímpetu. No puede hacer esto, ¿no? No puede llorar por Gray ahora como si eso compensara todas las lágrimas que ha derramado él. No puede arrepentirse de haberlo perdido cuando he sido yo quien lo ha encontrado. Un miedo feroz me clava las uñas en las tripas. No puede querer dar marcha atrás, ¿verdad que no?

—Tú lo dejaste, Bee —digo con un hilo de voz que tiembla—. Dijiste que querías que dejara de buscarte. Que lo vuestro no iba a funcionar.

Solloza de nuevo.

—Me equivoqué. Mis padres decían que no podía estar con él. Que se encargarían de alejarnos, que, si no lo dejaba, él ya podía olvidarse de nadar y de ir a la universidad, y que ellos mismos se asegurarían de que acabara por dejarme él si yo no daba el paso. Y lo dejé porque los creí, porque, si me quedaba, él iba a perder mucho más que solo a mí, ¿no? Pero, ahora, después de todo, sé que estaba equivocada. Que tenía que haber luchado por él, igual que él estaba dispuesto a luchar por mí. Debería haberme enfrentado a mi familia. Ahora sé que lo único que he conseguido ha sido hacernos daño a los dos. Ian me habría respaldado, ¿no? Mi padre no habría tenido nada que hacer si los Walden hubieran estado de mi lado para evitar que le hicieran la vida imposible a Gray. Podría haberlo tenido todo, y yo solo me asusté, y pensé que tenían razón y que a mi lado no iba a ser feliz, que le iba a destrozar el futuro y... Ahora lo sé y es tarde. Lo he perdido. Lo he roto todo.

Quiero decir que sí. Que es tarde. Que no puede echar marcha atrás. También quiero decir que puede aprender de sus errores, y que debería luchar por lo que quiere.

Pero ¿qué pasa si lo que ella quiere es justo lo que quiero yo también?

¿Qué corazón roto importaría más entre el suyo y el mío?

—Casey.

Busco sus ojos. Siguen llenos de lágrimas, rojos, y, aun con todo, decididos.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que dejarías de ver a Gray si te lo pidiera?

No.

No puede hacer esto. No ahora, después de todo. No es justo y no es moral y ni siquiera es juego limpio.

No va a hacerlo.

—Voy a pedírtelo ahora —murmura al final—. Necesito que te alejes de él.

Me pongo de pie. Paseo por la habitación y luego me vuelvo de nuevo para enfrentarla.

—No lo haré. No puedo.

Asiente. Se enjuga las lágrimas con las puntas de los dedos.

—Sí. Ya me lo imaginaba.

Tampoco puedo quedarme aquí. No puedo mantener esta guerra con ella, ahora no. Así que cojo solo el móvil y mi tarjeta identificativa y salgo del cuarto. Podría ir a buscar a Trisha, sería lo más sensato. Está más cerca, no incumplo un millón de reglas, es mi amiga y podría desahogarme con ella ahora que Elliot no está aquí, antes de que se largue mañana y me quede una amiga menos en el internado. Pero paso de largo el desvío hacia su habitación y abandono la residencia por la salida de emergencia.

Trepo por el árbol y llamo a la ventana.

Es Nate quien la abre y me deja pasar.

Gray ya está en la cama, y se incorpora y me mira con el ceño fruncido, al verme aparecer aquí sin avisar y a estas horas.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Tomo a Crol en brazos cuando se me enreda entre las piernas y lo acaricio con cariño.

—¿Puedo dormir aquí?

—Claro —dicen los dos a la vez, sin pedir más explicaciones.

Y yo escondo la mirada para que sus ojos cargados de brasas no lean nada en los míos y elijo acurrucarme en la cama de Nate.

Gray no dice nada. No protesta. No me pide que vaya con él.

Nate se tumba a mi lado, me abraza y me da un beso en la cabeza.

—Mañana saldrá el sol, Casey —me dice en un susurro.

Una lluvia suave empieza a marcar el ritmo de una nana en la ventana, solo para llevarle la contraria.

56

JAMÁS CONFÍES EN UN PERCY

Oliver

Un coche enorme, elegante y de altísima gama nos ha recogido en la puerta del internado diez minutos antes de las cuatro. El chófer llevaba una gorra, incluso, como si estuviéramos en una película. La noche ya empezaba a tragarse los reflejos rojizos del sol agonizante al otro lado de la ventanilla, y ahora la oscuridad no me permite admirar el paisaje. Me gustaría verlo. Puedo oír el mar lamentándose a nuestra derecha cuando el coche coge el último desvío y Casey baja la ventanilla. Ella mira hacia fuera, aunque solo haya negrura, e inspira para llenarse los pulmones de brisa marina y olor a salitre. Y yo la miro a ella, como llevo haciendo las tres horas largas de viaje hasta aquí, y me pregunto si cogerla de la mano será suficiente.

Anoche estaba hecha polvo cuando se quedó dormida acurrucada con Nate. Podría decir que yo tuve que conformarme con el dichoso gato, pero ni siquiera tuve eso, porque el traidor de Crol prefirió dormir bien pegadito a su nueva mejor amiga. Tampoco me pareció

mal, yo también la habría abrazado, si ella me hubiera dado esa oportunidad. Esta mañana ya sonreía. El único problema es que no era su sonrisa de verdad. No lo ha sido en todo el día y creo que no lo ha sido desde el sábado por la noche. He aprendido a distinguirlas. Tiene más de una decena de sonrisas diferentes, y solo una cuarta parte es real.

Le paso una mano por la espalda cuando se inclina hacia la ventanilla, y se tensa por un solo segundo antes de que su costado gravite hasta apoyarse en mi brazo. Y yo bajo la cabeza y le dejo un beso en la nuca, justo debajo del borde del pelo que ha recogido en una coleta. Gira el torso lo justo para poder buscar mis ojos.

—¿Estás bien? —pregunto en un susurro, por si el chófer también es espía..., o sicario.

Asiente una sola vez con la cabeza.

—Ya estamos a punto de llegar.

—¿Crees que estoy preparado? —bromeo.

Sonríe, y creo que esta vez la sonrisa tiene algo más de verdad.

—Ni de lejos, pingüinito.

Yo también sonrío. Me acerco más y le beso la mejilla, cerca de la comisura de los labios, por debajo del último lunar. Mueve el brazo y lo enreda en mi cuello, para mantenernos así de cerca por unos segundos.

Se separa y adopta una postura mucho más rígida y formal cuando oímos el sonido de las ruedas del coche machacando el caminito de gravilla. Respira hondo una única vez y me mira solo de reojo.

—Bienvenido a Sandinground House, hogar de los Percy —dice, en un murmullo burlonamente solemne.

Me pongo tan nervioso que hasta me duele la tripa. Me tiembla la mano cuando el coche se detiene del todo y puedo ver la imponente

entrada iluminada justo al otro lado de mi ventanilla. Parece... un palacio. Es obsceno, incluso.

Casey me pone una mano en el muslo cuando hago amago de abrir la puerta para bajarme y, cuando la miro, hace una negación casi imperceptible con la cabeza. No ha pasado ni un segundo cuando mi puerta se abre desde fuera, y yo me sobresalto. Lo único que veo, antes de que me dé un empujoncito para que salga del coche, es su sonrisa divertida.

Solo he traído una bolsa de viaje (en la que, además, Casey ha metido algunas cosas que no cabían en su maleta) y el único traje que tengo, guardado en su funda, pero ni siquiera eso me dejan cargar por mí mismo. Nuestro equipaje se va con alguien más para dejarlo en nuestras habitaciones y yo me encuentro de pie al lado de Casey, sin nada entre las manos con lo que disimular el modo en que han empezado a sudarme.

—Casey.

La mujer que nos recibe se parece a ella. Quiero decir que Casey se parece a esa mujer, supongo. Voy tras la chica vendaval cuando se acerca hasta plantarse justo enfrente de la pareja que nos recibe como si esto fuera un acto formal en el Palacio Real. Me quedo un paso por detrás, claro.

—Hola, mamá.

El abrazo es tenso, y el beso en la mejilla, frío.

El hombre que está a su lado me dedica una sonrisa afable, muy estudiada, y me tiende la mano.

—Bienvenido, soy William Percy. Estamos encantados de que hayáis venido. Siéntete como en tu casa.

Carraspeo con suavidad y le doy un apretón que se queda en nada ante la firmeza del suyo.

—Oliver Grayson, señor. Gracias por dejarme acompañar a Casey.

Se cambian los papeles enseguida, y él le da un abrazo incómodo a Casey mientras la señora Percy besa el aire alrededor de mis mejillas, en plan francés.

—¿De dónde eres, Oliver, querido?

—De Londres, señora.

—Ah, ya, el acento, es evidente.

Cruzo una mirada con Casey, y veo que se muerde el labio para no esbozar una sonrisa. Lo que no puede contener es una burla por lo bajo:

—Sureño.

Me muerdo el carrillo para no reír.

—¿Dónde está Daisy? —pregunta ella enseguida, con la vista en su madre de nuevo e ignorando a su padrastro.

—Está en su cuarto, haciendo los deberes, por supuesto. Vamos, la cena está casi lista, Miles os acompañará a vuestras habitaciones.

Casey pone los ojos en blanco.

—Sé dónde está mi habitación, gracias.

—Cenamos en media hora. Annabelle y Wren deben de estar a punto de llegar.

Casey se envara de forma evidente, pero enseguida se recupera y pasa dentro y va directa a unas majestuosas escaleras.

Yo doy las gracias sin sarcasmo, por no dejarme arrastrar por la tónica general de la familia, y sigo a Miles, que resulta ser un hombre mayor, vestido como si estuviera de perpetua entrevista de trabajo y tan callado que no estoy muy seguro de que no sea mudo.

La habitación es... diría que tan grande como mi casa de Londres, pero creo que me quedaría corto. Tiene dos salas, para empezar, y también su propio baño. Apuesto a que me perderé antes de la hora de la cena. La bolsa que he traído para el fin de semana queda ridícula sobre el enorme colchón de la cama y, al colgar la funda con

el traje en el armario, veo que hay un albornoz, una bata ¿de seda? y unas zapatillas. Ya, Casey me ha comentado viniendo lo del alojamiento de lujo para gente importante (que, al parecer, ni siquiera es en esta edificación), pero yo no lo soy, así que no esperaba una de las mejores *suites*.

No sé muy bien qué hacer, ni tampoco dónde está la habitación de Casey o dónde se ha metido, así que paso a la sala y me siento al borde de una butaca. Esto es una locura. ¿En serio esta es la vida real de Casey Hazel Adams? No pega para nada con ella. No tiene ningún sentido. De hecho, creo que es un mundo absurdo para cualquiera.

Me pongo en pie de un salto cuando la puerta se abre sin que a ese hecho lo preceda una llamada. Casey pasa con toda la confianza y se ríe al mirarme.

—Eh, ¿qué pasa? —Se pasea por el cuarto..., o los cuartos, mirando todo, y chasquea la lengua—. Te han puesto en la pequeña, ¿eh, Gray? No les han impresionado tus títulos sureños.

—¿Estás de broma?

Se gira a mirarme, y le brillan los ojos. Hace una mueca.

—Con lo de los títulos sureños, sí. Con lo de la habitación, no. Estás en la barata.

—Vaya, qué decepción. Seguro que no pegaré ojo esta noche en ese colchón de plumas de ocas albinas y envuelto en unas sábanas de seda persa y algodón egipcio.

Se ríe, y yo sonrío de medio lado al oírla.

—No estoy segura de que haya ocas albinas.

—¿Cómo no va a haberlas?

—Y no tienes ni idea de textiles, Oliver, eso ya ha quedado claro.

Suspiro y doy una vuelta sobre mí mismo para contemplar todo a mi alrededor.

—Tenéis criados, Casey. Venga ya. ¿Todo esto no te parece una locura?

Chasquea la lengua.

—Los Percy lo llaman «ayuda del hogar» —dice, irónica—. Y esta no es la residencia de lujo. Deberías ver dónde viven los padres de William: está más arriba, al final del camino, y lo llaman «la villa principal», para que te hagas una idea.

—No puedo creerme que tú hayas salido de aquí, vendaval.

Frunce el ceño. Se acerca y me coge la mano.

—No he salido de aquí. Acabé aquí de forma circunstancial. Ven conmigo, quiero que conozcas a alguien. Tranquilo, habrá siempre una valla de seguridad entre él y tú, lo prometo.

Cojo el abrigo al vuelo al pasar por delante de la silla donde lo he dejado al entrar. No me suelta la mano, así que yo solo me dejo llevar. No nos cruzamos con nadie, y salimos por la puerta de atrás (creo), aunque no deja de parecer una entrada principal. Me voy poniendo el abrigo mientras cruzamos por un camino iluminado con farolillos de luz cálida. Sé que mañana, con la luz del día, voy a alucinar con «la finca». Casi me alegro de no poder descubrir todos los lujos de golpe, podría ser demasiado para mi frágil corazón de pobre.

Casey me suelta y corre hasta encaramarse a una valla de madera cuando estamos lo suficientemente cerca.

—¡Kai!

Oigo el relincho de respuesta antes de localizarlo en la penumbra. Los cascos hacen un ruido rítmico al golpear contra la tierra en su carrera desde la otra punta de la pradera vallada. Y Casey, como no podía ser de otra manera, salta la valla y aterriza al otro lado para correr a su encuentro. Creo que la va a aplastar. Es imposible que frene a tiempo para no arrollarla. Pero ella no parece tener ningún

miedo, y se lanza sobre el cuello del enorme caballo cuando para a su lado. La oigo hablar en gritos y entre risas, y no me hace falta verle la cara para saber que está llorando al mismo tiempo. Y el caballo baja la cabeza y dobla el cuello hacia un lado y atrás y la envuelve, como si quisiera abrazarla. Parece diminuta pegada al pelaje castaño, pero es solo porque Kai es gigante, en serio. Tiene las crines negras y también el borde de las cuatro patas, justo sobre los cascos. Una sola mancha blanca, como una estrella, en la frente. Y parece tan solo un perrito bueno mientras la chica vendaval le acaricia la cabeza y le deja besos por todas partes. No me acercaría ni loco a ese bicho, pero tengo que admitir que me está emocionando un poquito el reencuentro.

Luego, Casey lo trae hacia donde estoy y yo doy un paso involuntario hacia atrás. Veo su sonrisa burlona iluminando la oscuridad.

—Venga, Oliver, ¿no ves que es tan tierno como un bebé?

Resoplo.

—Es enorme.

Ella se ríe.

—Vale, haré las presentaciones a distancia. Oliver Patrick Grayson, este es Kaisser Harrigan-Berwick, del criadero de los Percy.

—¿En serio que el caballo tiene un apellido compuesto?

Hace una mueca.

—Prefiere que lo llamen Kai.

Sonrío.

—Encantado, Kai. Yo prefiero que me llamen Gray. Perdona que no me acerque más, me da pánico tu... todo tú, la verdad.

Casey vuelve a reírse y cualquier cosa que haya alrededor parece mucho menos peligrosa. Sobre todo, porque el «animalito» se

comporta como si fuera su peluche y no para de darle toquecitos suaves con el morro para asegurarse unas cuantas caricias más.

Pasamos aquí un rato, cada uno a un lado de la valla, hasta que un hombre aparece y saluda a Casey con cariño y le dice que es hora de meter a Kai en su box. Casi estaba esperando que dijera «caballerizas» como si estuviéramos en una historia de caballeros medievales. La verdad es que no sé si aún se llaman así.

Y lo siguiente que sé es que Casey se ha colgado de mi brazo y va dándome algunos consejos para enfrentarme a la cena que nos espera en cuanto entremos en la casa. Que no hable a no ser que me pregunten, que asienta y sonría, y que ignore cualquier cosa que pueda decir su hermana mayor. Es como si fuera a cenar con los Corleone.

Los saludos entre Casey y sus hermanas son tensos y distantes, especialmente con la mayor. Y luego, cuando nos sentamos a la mesa y una chica con delantal y buenos modales empieza a servirnos los platos, la cosa no mejora demasiado. La charla es insustancial y solo William Percy pregunta por nosotros y por la vida en el internado. Annie, la hermana mayor, vigila a Casey todo el tiempo como si esperara que en cualquier momento le brotaran cuernos de la cabeza, y Daisy, la pequeña, no para de decir que por aquí están muy tranquilos desde que ella se fue. Su madre, que me dice que la puedo llamar Serena como si esperara que ni se me pase por la cabeza hacerlo, no es mucho mejor. Casey se mantiene firme, aparentemente relajada, con una sonrisa leve que es más falsa que cualquiera que le haya visto antes. Solo la noto crisparse a mi lado cada vez que interviene el prometido de su hermana, Wren.

Parecen todos muy bien avenidos, al menos de cara a los invitados (es decir, a mí), aunque la mayor parte del tiempo actúan como si ni siquiera me vieran.

—Será el evento del año en esta zona, no habéis visto las carpas porque ahora está oscuro, pero mañana comprobaréis que el jardín está precioso —está diciendo la madre de Casey, hablando sobre la fiesta de compromiso de su hija mayor—. Espero que tu padre llegue a tiempo y no tarde, como siempre. Y tú te comportarás y no volverás a intentar dejarnos a todos en evidencia, ¿verdad, Casey?

La miro de reojo y su sonrisa irónica corta como un cuchillo.

—No sé para qué me habéis obligado a venir, madre, si todos pensáis que voy a prender fuego a las flores.

—No sería la primera vez, ¿no? —apunta su hermana mayor.

Casey no dice nada. Tensa la mandíbula y pincha un trozo de carne con el tenedor con fuerza.

No sé si está bien que lo haga, pero cuelo una mano bajo la mesa y la pongo sobre su muslo, solo para que sepa que estoy aquí. No tarda nada en poner la suya encima y enredar los dedos entre los míos. Respira. Así está mejor.

—Hay que repartir ese plato de guarnición. ¿Dónde se ha metido Rita?

—Ya lo hago yo —se ofrece el chico del compromiso, y todos alrededor se ríen y se comportan como si servir un poco de guarnición fuera lo más excéntrico que se les pudiera ocurrir.

«Claro, es artista», dicen. Él exagera sus movimientos, con cierto aire burlesco, como si estuviera interpretando un papel.

Wren Cavendish, según me han contado en esta cena (solo por alardear), es un artista muy cotizado que ha expuesto recientemente sus pinturas en una galería de París de cuyo nombre ni me acuerdo..., ni quiero acordarme. Viene de una familia *muy* rica, con una colección de arte tan impresionante que podrían fundar su propio museo. Lo que yo decía: hay profesiones a las que puedes dedicarte solo si tienes los medios para ello. Y seguro que este tío ni

siquiera es tan buen pintor..., solo tiene un nombre que le abre todas las puertas. Creo que por eso los Percy van a celebrar por todo lo alto este compromiso: un artista es una pieza más para afianzar su estatus familiar.

Lo observo mientras se mueve alrededor de la mesa, marcando cada pose, sirviendo pequeñas raciones en cada plato. Su prometida lo sigue con la mirada como si temiera que fuera a escapar de un momento a otro. Serena lo llama «querido» con más cariño del que la he visto dedicar a su hija mediana en todo el tiempo que llevamos aquí. Daisy se ríe tontamente cuando le dice algo al oído tras llenar su plato. Y Casey estira la espalda de golpe y cuadra los hombros antes incluso de que haya llegado a su lado.

—Me alegro mucho de verte, Casey —le dice en voz baja mientras le sirve—. Se te echa de menos por aquí. He terminado la colección nueva desde que te fuiste, deberías venir a...

Casey hace un movimiento brusco para apartarse de él y, sin querer, le da un golpe a la bandeja que cargaba en la mano, que cae al suelo con estrépito y me salpica un par de trozos de verdura sobre el pantalón.

Alrededor de la mesa parece como si hubiese explotado una bomba. No deja de ser un poco exagerado, porque en mi casa se han roto decenas de platos a lo largo de los años y mis padres quitaban importancia al suceso, y reían con nosotros cada vez que pasaba. Aquí... si pudieran desterrar a Casey de nuevo por su terrible atentado contra el menaje, lo harían. Serena se ha puesto de pie y no para de murmurar que sabía que no era una buena idea, y que Casey va a estropearlo todo como siempre. Daisy, a sus casi quince años, parece a punto de echarse a llorar solo por un incidente absurdo. Y Annie está pidiendo encarecidamente a Wren que regrese a su lado de una vez y llamando a Rita a gritos para que

venga a recoger el desastre. Luego, mira directamente a su hermana, con tanto rencor que dudo que esto sea solo por lo que acaba de pasar.

—No deberías haber venido. Ya lo sabíamos. Y, si la gente hubiera llegado a preguntar por qué no estabas, podríamos haber dicho la verdad: que ya no formas parte de esta familia porque lo envenenas todo.

—Annabelle —advierte William, que es el único que no lleva machacando a la chica vendaval desde que se ha bajado del coche.

—¡No! —protesta ella—. No te hagas el padre modelo ahora. Dile la verdad. Díselo de una vez. Ella ha llegado y ha empezado a romperlo todo, como siempre. No se merece que sigas consintiendo sus caprichos. Díselo.

Casey está encogida en la silla, y mira a su padrastro con el miedo enganchado a las pupilas. Quiero hacer algo por ella, pero no tengo ni idea de qué.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —presiona, con el labio inferior temblándole.

William niega con la cabeza.

—Vamos a vender a Kaisser.

—No.

—La decisión no es tuya, Casey —advierte su madre.

—No nos sirve de nada. No puede competir, no tiene la pureza necesaria para que lo utilicemos como semental. Es solo un gasto que manteníamos por ti, pero tú ya ni siquiera vives aquí, ¿no? —explica su padrastro con tranquilidad—. Por lo que te he oído decir a tu madre en unas cuantas de tus llamadas, no piensas volver. No tiene sentido que lo sigamos manteniendo. Le buscaremos un buen sitio, no te preocupes.

La silla cae al suelo a mi lado con un ruido infernal cuando ella se levanta de golpe. Sale antes de que me dé tiempo a ponerme de pie

también.

—Perdón —me disculpo antes de salir tras Casey, aunque lo último que quiero hacer es ser educado con ninguno de ellos.

No la veo, y esta dichosa mansión es un laberinto. Pero creo que sé dónde ha ido. Y para llegar hasta ella solo tengo que encontrar la puerta de atrás.

Me cuesta un buen rato llegar hasta los establos, porque no tengo ni idea de por dónde voy, pero al final atravieso la doble puerta de madera abierta y avanzo entre esas bestias que se asoman al verme pasar como si quisieran comerme.

—¿Casey?

No hay respuesta, pero no me rindo. Sigo avanzando, a la tenue luz de unas bombillas desprotegidas que cuelgan del techo, y miro uno a uno a los caballos hasta que encuentro al de la estrella en la frente.

Me asomo sobre la puertecita y la veo. Está en un rincón del cubículo, sentada sobre la paja y abrazándose a sí misma, con la cabeza escondida en las rodillas. Y un caballo gigante se interpone entre ella y yo.

Vale, no pasa nada. Puedo hacerlo. Tengo que llegar hasta esa chica.

Abro la puertecita, doy un paso dentro, sobre la paja, y el temible Kai levanta la cabeza y echa las orejas hacia atrás cuando me clava la mirada con esos ojos tan separados y desquiciados que tiene.

—Eh —digo en voz baja—, hola. Soy Gray, ¿te acuerdas? Solo quiero llegar hasta ella, ¿vale?, voy a pasar para poder abrazarla. Yo también quiero cuidarla, ¿te parece bien?

Le pongo la mano ante la nariz, y las orejas vuelven a erguirse y luego se inclinan hacia delante. Casey ha levantado la cabeza, y puedo sentir sus ojos sobre mí. Kai resopla suavemente, y yo le

pongo la mano sobre la curva del morro y paso frente a él para llegar a la chica que se esconde detrás.

Me siento a su lado, sin importarme si la paja está limpia o no, y ella me mira con esos enormes ojos marinos inundados y la boca un poco abierta.

—¿Acabas de...? —Parpadea solo una vez y las pestañas se le humedecen aún más—. Has tocado a Kai y te has...

Le tomo la mano y la pongo sobre mi pecho, justo en el punto donde mi corazón resuena con furia.

—Está a punto de darme un infarto.

Se ríe, aunque la risa se transforma en algo parecido a un sollozo, al final.

—Oye —le digo suavemente, y tomo su cara entre las manos para que no deje de mirarme—, ¿estás bien?

—Supongo que ya no hace falta que te explique por qué no me llevo bien con mi familia —dice, y creo que intenta que suene como una broma, pero no lo consigue.

Niego con la cabeza y le paso los pulgares bajo los ojos para recoger la humedad. Luego tiro de ella para pegarla a mi pecho. Acaba prácticamente sobre mi regazo, y no protesta, solo se acomoda un poco más y vierte unas cuantas lágrimas en mi jersey.

—¿Qué les pasa? Son horribles —murmuro mientras la acuno—. Siento muchísimo que sean así contigo, vendaval, no te mereces esto.

Se aparta muy despacio y levanta la cara hasta que nuestras miradas se encuentran.

—¿Y qué pasa si sí que me lo merezco?

Frunzo el ceño.

—Claro que no. ¿Por qué dices eso?

—Tú no sabes lo que pasó el año pasado.

No, no lo sé. Pero he visto suficiente en esa cena para poder hacerme una idea.

—¿Era Wren Cavendish? La persona a la que te enganchaste, ese por quien fuiste una idiota y no debías.

Asiente muy despacio. No dice nada.

—¿Cómo puede...?

Esconde la mirada y habla antes de que me dé tiempo a seguir:

—¿Te doy asco?

Se me revuelve el estómago, sí, pero no por ella, sino por lo que le han hecho todos los demás.

—¿Asco? —repito—. Casey, mírame. Eres la chica más increíble y más preciosa que he conocido en la vida. Eres la chica vendaval que hace que salga el dichoso sol incluso cuando está diluviando. Eres mi persona favorita desde hace..., creo que desde el día en que me dijiste que esto no era nada personal, ¿sabes?

Se le escapa otra lágrima. Una que corre veloz trazando la constelación de sus lunares y se funde en la comisura de sus labios.

—Estuve con el novio de mi hermana, Oliver. No una vez, sino durante meses. *Meses*. La traicioné, y avergoncé a mi madre y estuve a punto de romper la familia, y Daisy me odia porque nadie discutía hasta que yo la fastidié y todos empezaron a gritar todo el tiempo. Hice algo horrible.

Niego con la cabeza y le aparto con cuidado un mechón que ha escapado de la coleta y se le engancha a las pestañas.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Qué? —pregunta con un hilo de voz.

—¿Cuántos años tiene ese tío, Casey?

Parece encogerse aún más entre mis brazos.

—Veintiocho.

—Veintiocho —repito con rabia—. Joder, veintiocho. Así que él tenía veintisiete el año pasado, ¿no? ¿Y cuántos tenías tú? —No responde, así que lo hago por ella—: Dieciséis. Dieciséis años, Casey, ¡por favor! Él era un adulto, y tú, solo una niña. Eso está mal, claro que está mal, pero no fue culpa tuya. Él hizo las cosas mal, se aprovechó de ti cuando estabas destrozada porque tu amiga se estaba muriendo —adivino, porque no me hace falta confirmación—. Eso es abuso.

—No... —dice débilmente, y le tiembla la voz como nunca—. Dieciséis es la edad de consentimiento, y yo...

—Eso no importa —resoplo—. A lo mejor no lo van a condenar, pero moralmente es... Él era mucho mayor, y se aprovechó de ti. Y siento muchísimo que pasaras por eso, vendaval. Joder, lo siento mucho.

Levanta el brazo y me acaricia la mejilla. Me cuesta un segundo entero entender que lo ha hecho para recoger una lágrima.

—No pasa nada, Oliver, estoy bien —dice, como si no entendiera que a mí también me duela—. Lo pasé mal cuando hospitalizaron a Melissa, y Wren se ofreció a darme unas clases de pintura, porque me gustaba dibujar, y todo el mundo pensó que era una gran idea porque así me distraería un poco y... no sé cómo empezó. Era bueno conmigo. Era comprensivo y divertido y cariñoso. Y un día me besó y me pareció... bien. Me sentía mal, pero también me hacía sentir bien. Y él decía que no pasaba nada, que era natural, que nos habíamos enamorado. Y yo creía que era verdad, ¿sabes? Me dijo que me quería y que yo lo quería a él y que era bonito y que la gente que se quiere se besa y se toca y que las parejas que se quieren se acuestan y está bien, así que empezamos a hacerlo. Luego me dijo que iba a dejar a Annie y que se casaría conmigo cuando fuera mayor y que solo teníamos que esperar un poco, y

pensé que tenía sentido. Cuando Annie nos pilló, él solo dijo que toda la culpa era mía, que yo lo había seducido..., y yo no sabía si era verdad. Puede que él no lo viviera como lo viví yo. ¿No lo ves?, lo hice todo mal. Me lo creí y lo hice. No hay más.

Le acaricio las mejillas y busco sus ojos, pero están clavados en el cuello de mi jersey y no se atreve a alzarlos más.

—Te manipuló —corrijo—. Abusó de ti y se encargó de hacerte creer que tú lo habías decidido, Casey. Aún hace que te sientas culpable cuando solo fuiste una víctima.

Mueve la cabeza con decisión.

—No soy una víctima, Gray —se planta, firme y fría—. No lo voy a ser. Deja de decir eso.

—Él no tenía que haberse acercado a ti. Tu hermana no debería seguir con él. Y tu madre y tu padrastro y todos los adultos a tu alrededor tendrían que haberte protegido, no culparte. Esto no está bien, ¿de verdad que no lo ves?

Intenta levantarse, y Kai resopla en una advertencia a nuestro lado cuando la retengo, pero ahora ni siquiera me preocupa el caballo.

—Mi hermana sigue con él porque es lo mejor para la familia, porque este compromiso lleva años siendo lo que los Percy querían, así que ella también lo quiere. Y mi madre eligió proteger solo a una de sus hijas, como siempre, no esperaba otra cosa. Annie ha sido la mejor de nosotras tres desde pequeña, lo tiene clarísimo. Por supuesto que están enfadadas conmigo, me acosté con el novio de mi hermana, eso es como un pecado capital, seguro. Soy incómoda para esta familia, siempre lo he sido.

—Son ellos los que no te merecen, vendaval, no al revés.

Cierra los ojos, alza la cara y se acerca hasta apoyar la frente en la mía.

—Aún te gusto —murmura, y no sé si es una pregunta o una obviedad.

Asiento.

—Me gustas muchísimo. Es un verbo que se queda muy corto para lo que siento por ti.

Me pone las manos en el cuello y respira despacio conmigo.

—¿Podrías besarme de verdad, Oliver?

El corazón me va a explotar, no puedo parar de temblar, y no sé si debería... Me muero de ganas, pero en este momento ella está tan vulnerable que no quiero ser solo un salvavidas.

—Creo que nunca me han besado de verdad —sigue—. Me han besado mucho, pero nunca lo han sentido. Creo que no ha sido real.

Acerco los labios a los suyos y puedo sentir cómo se estremece, pegada a mí.

—Yo te he besado de verdad, vendaval. Te besé de verdad desde el primer segundo de ese beso tonto en los establos. Siempre ha sido real.

Empuja mi nuca suavemente con las dos manos y funde nuestros labios. Sabe a lágrimas saladas, y a tristeza y a soledad. Y yo lo recojo todo con la punta de la lengua y me lo trago, para que no sea eso a lo que sepan nuestros besos nunca más.

Contra todo pronóstico, he sobrevivido a un enfrentamiento con Kai, el caballo del tamaño de un dragón. Y no he vuelto a besar a Casey, ni ella me ha besado más a mí, pero hemos estado juntos en el establo, abrazados y hablando en susurros hasta que el frío se nos ha metido en los huesos y los músculos nos han protestado de agotamiento.

No ha pedido permiso para venir conmigo a mi habitación de lujo, simplemente se ha colado en ella como si estuviera invitada. Se ha metido en mi cama y se ha abrazado a mí hasta quedarse dormida cuando ya había llegado la madrugada.

Y a mí se me han quedado un millón de cosas por decir en la punta de la lengua, y sé que no me atreveré a liberarlas cuando salga el sol. Así que cojo el móvil, entro en la red social en la que nunca quise estar y busco la conversación en la que somos nosotros fingiendo ser otros.

Escribo un mensaje para que lo lea al despertar.

[Gray]:
Creo que me he enamorado de ella.

Y luego la miro, dormida entre mis brazos, a salvo solo por unas horas, hasta que llegue la mañana y tengamos que salir de aquí de nuevo y encontrarnos con todas esas personas que le han fallado y ni siquiera piensan pedir perdón. Ojalá pudiera protegerla. Ojalá pudiera...

El móvil vibra en la mesilla, donde lo he dejado hace un rato. No sé quién me escribe a estas horas. Nadie debería. No espero mensajes.

Lo recupero para consultarlo, porque me puede la curiosidad. Y entonces lo veo... y es imposible. Tengo un mensaje nuevo de Rain. Pero Casey, el vendaval, la lluvia, esa foto de Tormenta..., es ella, y está aquí, dormida a mi lado.

¿Quién...?

[Rain]:
Creo que ella también se ha enamorado de ti,
Gray.

57

HUYE DE LAS MALAS VIBRACIONES

Casey

Me he despertado refugiada entre los brazos de Oliver, y todo era cálido y seguro y olía a él. Sabía que tenía que salir de allí y enfrentarme al día de hoy, pero me ha costado tanto que él se ha despertado y su sonrisa adormilada al encontrarme se ha hecho un nido en mi pecho. Quería quedarme. Que fuéramos solo él y yo el resto del fin de semana. Pero he tenido que levantarme y largarme a mi cuarto y empezar a prepararme para lo que será el día: la peor tortura a la que me he enfrentado hasta el momento.

Anoche todo fue demasiado intenso. No quiero pensar ahora en la conversación que tuvimos escondidos en el box de Kai, custodiados por mi caballo. No puedo. Porque implica muchas cosas, y ninguna es fácil de digerir. Así que me olvido de mis obligaciones y de lo que los demás esperan de mí, me visto con ropa de deporte y salgo a correr.

Oliver me alcanza cuando he dejado atrás el límite norte de la finca. Ha debido de adivinar mis intenciones, porque de lo contrario no le habría dado tiempo a cambiarse y unirse a mí tan rápido. Me sorprende que haya traído ropa deportiva, aunque constituya un nada despreciable ochenta por ciento de su armario. Supongo que se anticipó a lo que podía pasar incluso antes de salir de Liberty Haven. Lleva sus propios auriculares, no tiene que robarme ninguno esta vez. Y me sigue el ritmo por mucho que me esfuerce en ir más rápido y llega un momento en que no necesito forzarme más ni buscar los límites, porque su presencia constante a mi lado ya me ayuda a sentirme mejor. Corremos paralelos a la costa hasta cruzar la frontera invisible con Escocia, y luego un poco más allá.

Cuando volvemos ya ha pasado de largo la hora de desayunar, y trotamos suavemente, juntos y en silencio, hasta alcanzar la puerta de la casa. Mamá tenía razón: el jardín está precioso. El despliegue es espectacular. Siento náuseas. Oliver da los buenos días cuando nos cruzamos con William, yo mantengo la boca cerrada y la cabeza gacha. No soy capaz de cumplir los más fundamentales de mis mandamientos cuando estoy en esta casa..., quizá por eso estoy deseando largarme desde antes de pisarla. Tampoco sé lo que Oliver está pensando de mí después de todo lo que le conté anoche y, muy en contra del segundo principio de mi guía espiritual, me importa, y me importa muchísimo. Lo noto raro, y no sé muy bien por qué. Está distraído, pensativo y parecía necesitar la carrera por el campo tanto como yo.

—Voy a darme una ducha y te veo luego para desayunar algo, ¿vale? —propongo, y él se limita a asentir con la cabeza—. ¿Tengo que pasar a buscarte por tu habitación o sabrás llegar a la cocina tú solito?

Sonríe de medio lado, pero la sonrisa se me queda demasiado corta.

—Creo que me apañaré.

Sigo el camino hasta mi cuarto cuando él desaparece hacia el suyo. A lo mejor lo ha pensado durante la noche y ha cambiado de opinión, ¿no? A lo mejor ayer solo dijo las cosas que dijo porque yo estaba llorando y no porque las sintiera de verdad. Puede que, como todos los demás, como yo a veces, sí que piense que lo del año pasado fue culpa mía. Él dijo que era una víctima y me puse a la defensiva, porque no me siento como si lo fuera. Pero, cuando estoy lejos de esta maldita finca y de la familia que ya no es la mía, yo también soy consciente de lo que fue en realidad. Acepto lo que hice, pero no perdono lo que me hicieron a mí. No lo perdonaré nunca. Ni al hombre que aprovechó mi debilidad en su propio beneficio, ni a la hermana que me odió por los pecados de su novio, ni al padrastro que me juzgó y me dejó desprotegida. Tampoco voy a perdonar a la madre que decidió mantener la imagen de la familia a cambio de romperme a mí.

Y nada de eso debería importar ya.

Porque ahora soy una chica nueva. Una mejor.

Alargo la ducha tanto como puedo, y me lavo el pelo, listo para cuando vengan a peinarme más tarde. El vestido que mi madre quiere que me ponga está sobre la cama, y no le presto atención mientras me pongo algo cómodo para bajar a desayunar a deshoras.

Oliver aún no está en la cocina cuando yo llego. No veo a Rita, así que preparo yo misma el café.

Oigo los pasos a mi espalda y mi cuerpo se tensa al instante, porque lo reconoce antes de que a mi mente le dé tiempo a procesar los estímulos y saber quién es. Se me corta la respiración cuando siento su presencia justo detrás de mí y los largos dedos jugando

con el pelo mojado que se me pega a la nuca. Creo que no puedo moverme.

—Hola, pequeña —dice, con su voz peligrosamente ronca y su encanto pegajoso—. ¿Cómo has estado?

Me aparto y me giro para encararlo. Mantengo la barbilla alta, la mandíbula apretada y las manos convertidas en puños a los lados del cuerpo. Pienso usarlos si vuelve a invadir mi espacio. Y la peor parte es que lo miro y me acuerdo. Me acuerdo de todo. De las palabras venenosas que me susurraba al oído, de las puntas de sus dedos colándose bajo mi ropa y marcándome la piel, del modo en que *mi cuerpo* lo buscaba, una y otra vez. Ahora me hace sentir..., creo que es solo asco lo que me revuelve el estómago.

—Lárgate.

Sonríe. Los ojos le brillan con emoción contenida. Listo para lanzarse sobre su presa. Como un lobo.

—¿Te tratan bien por el internado? ¿Es tu novio ese niñito que has traído contigo?

Aprieto tanto los dientes que seguro que puede oírlos rechinar.

—Deberías mantenerte bien lejos de mí, Wren.

Levanta las manos y da un paso atrás, con actitud juguetona, con una sonrisa divertida.

—Joder, ¿ves por qué siempre me has encantado, pequeña?

—Déjame en paz.

Giro para alejarme hacia un lado. Atrapa mi muñeca en el puño antes de que me dé tiempo a dar dos pasos. Y yo me vuelvo como si me impulsara un resorte y le doy una bofetada con la otra mano.

No recurrir a la violencia a no ser que sea estrictamente necesario. Tal vez debería incluir eso en mi guía espiritual.

Wren, lejos de captar el mensaje, se ríe. Se frota la mejilla y se resiste a soltarme.

Y entonces una voz desde el marco de la puerta nos hace volvernos a los dos hacia allí.

—Ha dicho que la dejes tranquila.

Me alegro mucho de verlo, no solo porque intervenga para echarme una mano para librarme del cretino de Cavendish, sino porque creo que siempre me alegro mucho de verlo. Y porque está ahí, plantado en el marco de la puerta, con los hombros cuadrados, la mandíbula en tensión, una firme mirada de advertencia y el cuerpo listo para el ataque. Nunca había visto esa actitud en Oliver y es..., vaya, es impresionante.

Wren me suelta, se acerca a él y lo evalúa con la mirada. No parece demasiado impresionado.

—Anda, chico, no te metas con los mayores.

Oliver sonríe de medio lado, con tanta ironía como no creía posible en él. De repente, parece un gallito vacilón. No debería..., pero *me gusta*.

—No te metas tú con las pequeñas —rebate, con todo el doble sentido del mundo.

Se miden como un par de ciervos antes de chocar las astas. Y creo que Gray estaría dispuesto a cualquier cosa por no ser el perdedor en este encontronazo. Nunca hubiera apostado porque él podía..., porque él haría... Se está plantando por mí, ¿no?

Y entonces, antes de que esto pueda escalar, alguien más aparece al otro lado de la puerta abierta y yo salgo corriendo hacia él al instante.

—¡Papá!

Me abraza en cuanto choco contra su pecho y se ríe suavemente, haciendo vibrar todo mi cuerpo mientras me aprieta con cariño.

—Mi niña —dice, y me separa para ponerme las manos en las mejillas y poder estudiarme—. Mírate, qué mayor estás. Qué

preciosa estás. Mi Casey.

Me abraza de nuevo y yo cierro los ojos con fuerza y aspiro su aroma. Hace demasiado tiempo que ya no está, y nunca he echado tanto de menos algo. Me mantiene pegada a su costado cuando dirige la atención a los dos chicos y los mira con curiosidad.

—Wren. —Le tiende la mano—. Bonito día para que me pidas la mano de mi primogénita, ¿no te parece?

Wren le da un apretón y se ríe y bromea con él como si aquí no hubiera estado pasando nada de nada hace menos de un minuto. Y luego se disculpa y se va. Como siempre, se sale con la suya y no enfrenta ninguna consecuencia. Me pone enferma.

—Y tú...

Me separo para hacer las presentaciones antes de que se presenten ellos solos. Los ojos de Oliver me preguntan en silencio si mi padre no sabe nada de lo que pasó el año pasado y yo le suplico que mantenga la boca cerrada. Claro que mi padre no sabe nada. Me moriría de vergüenza si él supiera todo lo que hice y dejé que me hicieran. Y no soportaría que papá me mirara de la misma manera en que lo hace mamá desde entonces.

Creo que el día irá bien. Sobreviviré. Al menos, aún tengo a papá de mi lado.

Se toma un café con nosotros mientras hace un millón de preguntas para ponerse al día. Parece bastante impresionado cuando le cuento cómo Gray ha arrasado en todas las competiciones de esta temporada. Dice que siempre quiso ser nadador, pero solo lo dice por hacerse el interesante: no tiene ni idea de natación ni de ningún otro deporte, que yo sepa, papá ha dedicado toda su vida a hacer dinero y a nada más.

Miles viene a buscarme cuando llega la peluquera, así que tenemos que disolver nuestra pequeña charla, y Oliver y yo subimos

a prepararnos para el evento.

Si tengo que reconocerle algo a mamá es que tiene buen gusto para la ropa. El vestido que ha seleccionado para mí es perfecto. De color salmón, con la falda larga, ceñido a la cintura y con escote en pico que tiene su reflejo simétrico en la espalda. Me veo guapa cuando me miro al espejo. He tenido que exigir a la maquilladora, con mucha insistencia, que no me tapara los lunares del pómulo. Mi madre siempre los ha catalogado como «imperfecciones que se pueden corregir», y yo aprendí a quererlos a pesar de todo, solo por llevarle la contraria, quizá. Pero desde que Oliver dijo aquello de que le obsesionaban, yo... quiero que los vea. Quiero que no deje de mirarlos.

Me está esperando al pie de la escalera cuando bajo. Alza la vista y me clava la mirada y tengo suerte de no tropezar y terminar rodando hasta él, porque me hace perder un poco el equilibrio. Está serio. Elegante. Enfundado en un traje que seguro que siente como un disfraz, pero que le sienta tan bien que marea. Me tiende la mano cuando estoy a un solo escalón de distancia. Poso la mía encima y termino de recortar el espacio que nos separa. Se ha peinado a conciencia y las ondas desordenadas de su pelo están contenidas y mantienen la frente despejada. Pienso que está muy guapo, sí, aunque me sigue gustando más con su sudadera y su sonrisa, con el pelo aún mojado de la piscina.

—Casey —dice, con la voz levemente estrangulada—, vaya, estás... Estás guapísima.

Levanto una mano y le acaricio la mejilla. Y él gira la cara lo justo para poder dejarme un beso entregado en la palma. Creo que me voy a derretir. Creo que yo también me he obsesionado. Creo que estoy a punto de romper en pedazos el último mandamiento de mi lista.

—Sí que estás guapísima —dice una voz a nuestro lado.

Los dos nos sobresaltamos y nos volvemos de golpe a la vez para encontrar la sonrisa socarrona de mi padre. Parece un poco enternecido también, tal vez. Cuando miro a Oliver de reojo veo que se ha puesto más rojo que nunca, y yo también siento arder las mejillas y, aun así, no puedo evitar sonreír.

Mi padre me ofrece el brazo, y yo engancho el mío enseguida. Oliver nos sigue solo un paso por detrás.

—Muy bien —me dice mi padre, bajito y casi al oído—. Ahora, mientras los Percy se pavonean un poco, tú me lo vas a contar todo sobre ese chico.

Y hasta tengo ganas de hacerlo.

La fiesta es espectacular, sí..., y espectacularmente aburrida, también. Una reunión de familias estiradas llegadas de todos los rincones del reino para celebrar un compromiso que conviene a todas las partes. No sé cuándo hemos retrocedido un milenio en el tiempo. Yo, para no ser más la oveja negra, me dedico a pasearme por ahí en un discretísimo último plano, sonrío cuando me lo piden y suelto unas cuantas mentiras cuando alguien me pregunta cómo estoy. Claro, el internado es una grandísima oportunidad, y agradezco mucho a William que moviera unos cuantos hilos para conseguirme una plaza. Sí, el año pasado fue difícil, porque perdí a mi mejor amiga, pero por suerte mi familia sigue aquí para mí, para ayudarme a recuperar el rumbo. ¿Annabelle y Wren?, madre mía, por supuesto, son una pareja encantadora.

Es agotador.

Oliver está todo el tiempo pendiente de mí, y yo procuro escaquearme todo lo que puedo para volver a su lado. Es más fácil cuando me pregunta por cotilleos de la gente elegante y me murmura bromas al oído. Hace que no pese tanto. Y puede que no

lleve el traje más elegante ni señorial, pero es, sin duda, el chico más atractivo del maldito mundo ahora mismo. Quiero cogerlo de la mano y que nos larguemos corriendo de aquí. Refugiarnos en los establos, escondernos de las miradas de los demás, y comernos a besos con los labios igual que no paramos de hacerlo con los ojos todo el tiempo.

Y entonces lo veo. Ahí, a un lado de la fiesta, junto a la mesa de los canapés. Wren Cavendish está apartado del resto de la gente... y está a solas con mi hermana pequeña. Está muy cerca, le habla al oído, y ella se ríe. Y podría parecer algo inocente, un hombre que adora y cuida a la hermana pequeña de su prometida como si fuera la suya propia..., pero yo sé muy bien lo que es. Ni siquiera ha cumplido los quince. Es una cría. Igual que lo era yo.

No puedo pensar.

Cruzo la fiesta y voy directa hacia ellos. Creo que Oliver dice mi nombre, y me parece que viene detrás de mí. No lo sé. No me importa. Ese monstruo no va a acercarse a mi hermana pequeña. No. Ni de broma.

—Ni te acerques a ella —advierto, en voz baja pero con firmeza, en cuanto me planto junto a ellos.

Oliver está enseguida a mi lado, cubriéndome las espaldas.

Wren alza las cejas, muy sorprendido.

—¿Qué te pasa ahora, pequeña? ¿No me digas que estás celosa?

—Mantente alejado de mi hermana pequeña, Wren, voy muy en serio.

Sonríe. Odio esa sonrisa más que ninguna otra cosa en el mundo.

—¿De qué vas? —protesta Daisy—. Déjanos en paz, Casey. Tú ya ni siquiera vives aquí. Ya no eres mi hermana. No puedes hablarle así.

Clavo la mirada en ella. Tiene los ojos del mismo color que los míos. Nuestros rostros tienen la misma forma y rasgos similares. Y no quiero que se parezca a mí en nada más. No quiero que pase por lo mismo.

—Daisy, vete de aquí —le pido.

—Daisy, no tienes por qué escucharla —dice Wren al instante—. Mírala, está loca, ya lo sabes. Tú eres mil veces más madura de lo que era ella a tu edad, ¿sabes?

Me hierve la sangre en las venas. ¿Cuántas veces me dijo a mí algo parecido?

Oliver suelta una especie de risita irónica justo a mi lado.

—Qué hijo de puta —murmura.

Wren da un paso adelante y se enfrenta a él.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que eres un hijo de puta —repite, mucho más claro, sin amedrentarse—. Es muy madura, sí. Ella te entiende, y los demás, no, ¿eh, Wren? Solo tiene quince años, gilipollas.

Wren aprieta la mandíbula y echa un vistazo rápido a mi hermana, que mira a uno y a otro con los ojos muy abiertos y aspecto asustado.

—Daisy, vete —le pide—. Hablamos luego, tú no te preocupes.

—Ah, no —intervengo—. Es muy madura, ¿no? Puede escuchar esto. Ya que lo entiende todo tan bien, cuéntale las cosas que me decías a mí. Vamos, seguro que lo entiende de maravilla.

—¿Has venido solo para joderme la fiesta de compromiso, Casey?

Menudo cínico.

No me da tiempo a decir nada más, porque entonces mi hermana mayor se planta junto a su prometido y me clava una mirada dura y fría.

—No montes un espectáculo —me advierte—. La gente está empezando a preguntarse qué pasa aquí. Lárgate.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿En serio, Annie? ¿De verdad? ¿Vas a dejar que le haga a Daisy lo mismo que me hizo a mí? ¿Y luego qué? ¿La enviaréis a Liberty Haven a ella también?

Mi hermana mira hacia los lados, tensa.

—Casey, cállate.

Intento no llorar, de verdad que sí. Me muerdo el labio y parpadeo con fuerza y trato de respirar, pero se me escapa una lágrima igualmente cuando veo el modo en que me está mirando mi madre desde el otro lado de la fiesta.

—No podéis dejar que esto sea así. No puede importaros tan poco.

Annie levanta la barbilla, con gesto soberbio.

—Si no sabes comportarte, será mejor que cojas tus cosas y te vayas de esta casa.

Asiento. Doy media vuelta. Oliver me sigue apresurado mientras ya me resbalan las lágrimas por las mejillas. Voy hacia la puerta principal, pero, cuando estoy llegando allí, me doy cuenta de que no puedo irme así. Soy la única que va a decir algo. Soy la única que puede alzar la voz.

Así que giro sobre los tacones y corro de vuelta para abrirme paso entre la gente, dejando a Oliver atrás. Estoy segura de que me alcanzará enseguida.

—¡Papá! —lo llamo, sollozando, y él viene a mi encuentro rápidamente, con el ceño fruncido y los ojos inundados de preocupación.

—¿Qué pasa, cariño?

—Papá, tienes que llevártela de aquí. Por favor, saca a Daisy de aquí. Llévala contigo.

Me seca las lágrimas y me acuna la cara entre las manos.

—¿Qué ha pasado?

Y sé que mi hermana pequeña no me volverá a hablar en la vida. Sé que mi hermana mayor hace mucho tiempo que me borró de la suya. Y que para mi madre dejé de ser una hija en el momento en que decidió enviarme lejos. Así que tampoco tengo mucho que perder ya.

Papá no necesita demasiadas explicaciones. Apenas me deja decir dos frases entre sollozos e hipidos antes de gritar que se acabó la fiesta y exigir quedarse a solas con su familia.

Me besa la frente cuando la gente empieza a dispersarse entre cuchicheos.

—Tú vete, Casey. Aléjate de aquí. Yo me encargo. Te prometo que voy a encargarme de esto. —Levanta la cabeza y mira a Oliver—. Llévatela, chico.

—Sí, señor.

Me pasa un brazo por la cintura y yo me siento mejor cuando mi costado se pega al suyo y siento que sigue aquí, justo a mi lado.

Ni siquiera soy muy consciente de cómo recojo mis cosas. Apenas había deshecho la maleta, así que no me cuesta demasiado.

William le pide al chófer que nos lleve de vuelta al internado.

El vestido se me enreda entre las piernas y no me importa en absoluto que se arrugue cuando me acurruco cerca de Oliver en el asiento de atrás. Se ha quitado la corbata y se ha abierto la camisa. Creo que es mejor así. Más él.

Paso las dos primeras horas de viaje en un estado de irrealidad constante. Oigo a Oliver decir que todo va a ir bien, que he hecho lo que tenía que hacer y que mi padre protegerá a mi hermana

pequeña. Lo creo. Pero al mismo tiempo es como si la fiesta hubiera sido un sueño, como si todo este fin de semana le hubiera sucedido a otra persona.

Queda más o menos una hora de viaje cuando Oliver me ofrece uno de sus auriculares. Me lo pongo en la oreja y él elige la primera canción. No hace falta que hablemos más. Me pone su móvil en el regazo para que seleccione la siguiente. Y continuamos así el resto del camino.

Me siento mejor. Más entera. Más fuerte. *Más yo*, otra vez, por fin. Mañana saldré a correr. No volveré a Sandinground House. Papá se encargará de todo. De mí. De Daisy. Todo irá bien. Lo que queda atrás ya lo había perdido, de todas maneras.

Sonrío por primera vez cuando Oliver me pone esa canción de una de nuestras cenas de vacaciones: *She's got issues*. Oigo su risita breve a mi lado y, aunque el día ha sido gris y ya anochece, siento que hay un rayo de sol abriéndose paso entre las nubes. Me vengo con Olivia Rodrigo, que siempre es eficaz para esto. Y luego, en el último intercambio de canciones, cuando estamos a punto de alcanzar a atisbar el lago Windermere al otro lado de la ventanilla, tengo su móvil entre las manos y le llega un mensaje.

> Trish:
> Eh, ¿cómo va? ¿La pirada sigue siendo «solo una tapadera» o es que te has enamorado?

Paso el dedo sobre la notificación, para deslizarla a un lado y ocultarla. Me cuesta respirar. Me tiemblan las manos cuando le devuelvo el teléfono a Gray para que elija la siguiente canción.

Solo una tapadera.

No. Él dijo que no íbamos a hacer eso cuando Trisha lo sugirió, ¿verdad? Ella me pidió que lo besara delante de la gente para alejar las sospechas, pero él dijo que no quería hacer eso. ¿Lo dijo?

Todos los momentos juntos vuelven a mí en forma de cascada, una que resuena y cobra sentido. Gray aceptando mi ayuda después de que ese hilo lo expusiera; poniéndome canciones en el pasillo a la salida de clase, delante de todo el mundo, aunque se muriera de vergüenza; colándose por mi ventana cuando acababa de cruzarse con Bee, para que ella lo viera; saliendo de mi mano de las citas exprés; «que nos vean», cuando me besó al salir del pabellón de deportes; gritando que solo quiere estar conmigo en medio de un pub ante todos nuestros compañeros de clase. Y, mientras tanto, escapando directo de vuelta a Beatrice cada vez que ella llama.

Siento demasiadas cosas haciéndose añicos por dentro. No sé si queda tanto corazón por salvar.

Ken, el chófer de los Percy, frena justo delante de la doble puerta de Liberty Haven School. Le devuelvo el auricular a Gray. Me bajo del coche sin esperar a que me abran la puerta. Rescato su bolsa del maletero y se la tiendo en cuanto se planta a mi lado. Da dos pasos hacia la entrada y yo cierro el portón, vuelvo al coche y doy una orden:

—Llévame a mi casa de Liverpool, Ken, por favor.

Lo veo a través de la ventanilla. Cómo se vuelve. Cómo frunce el ceño. Cómo me llama. Y cómo se queda plantado en el caminito mientras yo me alejo.

Entonces suena la notificación.

Es el último hilo de *The Royal Blab*.

Ni siquiera me molesto en leerlo.

Entiendo mejor que nunca el porqué del décimo punto de mi lista.

Perdóname, Melissa, porque he pecado a lo grande.

Y ahora el quinto mandamiento soy yo. A ver, no yo, sino mi corazón roto.

No es nada personal.

17.13 h
13 de diciembre de 2025

***THE ROYAL BLAB* PUBLICÓ UN HILO:**

¡Último bombazo! ¿Alguien dijo que las relaciones falsas solo existen en la ficción? No es lo mismo que piensa la realeza, al parecer. Es muy de *royals*, ¿no os parece?, eso de unir intereses y mostrarse ante los demás como lo que no somos solo por conveniencia.

Durante lo que llevamos de curso, este perfil ha desvelado unas cuantas verdades algo cuestionables sobre la princesita de Liberty Haven. ¿Beatrice Cox engaña al príncipe? ¿Tiene un amante? ¿Por qué Ian Walden no parece afectado por los rumores?

¿Queréis saber cómo todo puede tener sentido en la relación más admirada de entre todas las parejas de la realeza de este internado? Porque nunca ha sido de verdad. Una conexión, una necesidad, un acuerdo... y una relación falsa de cara a la galería. Ian y Beatrice, los «no enamorados», un aplauso por lo bien que nos vendisteis la película.

¿Qué pasará ahora que la verdad se ha desvelado? ¿Serán libres para amar a alguien más?

Aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre

salen a la luz.

58

ABRE LOS OJOS

Oliver

Casey se ha ido.

El cochazo se aleja a toda velocidad por la calzada, y yo estoy aquí plantado como un gilipollas comiéndome el humo del tubo de escape. ¿Qué ha pasado? No entiendo nada. Sé que no está bien después de lo de hoy, pero ¿por qué huye de mí? ¿Por qué no me lleva con ella? Creía que...

Intento llamarla, pero parece que ha apagado el teléfono. No da tono. ¿Dónde va a ir? ¿Qué va a hacer? ¿Va a estar bien? Espero que vaya a Oxford, a ver a Elliot. Seguro que sí, ¿verdad? Fijo que va allí, con su mejor amigo. Es el único lugar donde querría estar ahora. Sí, seguro.

Entro en los chats de mensajes para escribir a Elliot y pedirle que intente hablar con ella y que me diga si va allí y si está bien. Entonces veo el mensaje que tengo sin leer. Trish. Joder, Trish. ¿Casey lo ha leído? Tenía mi móvil entre las manos, seguro que... No

hay duda de que, si lo ha hecho, no le ha dado la entonación burlona con la que mi amiga lo ha escrito. Lo habrá leído como una duda real sobre la posibilidad de enamorarme de ella, y no como el convencimiento de que ya lo he hecho, del todo y como un tonto, y solo me falta el último paso, el de admitirlo en voz muy alta.

En realidad, sí que lo admití, ¿no? Le envié un mensaje. Solo que ella no era ella y ni siquiera sé quién se esconde tras el perfil falso de Rain. He probado a escribir de nuevo esta mañana, pero no ha respondido. Tal vez debería intentarlo otra vez. Hay un nuevo hilo de ese perfil de cotilleos cuando entro en la conversación pendiente. Escribo que el fin de semana no ha ido del todo como se esperaba y que ya estoy de vuelta en el internado, recién llegado. No hay respuesta.

Atravieso la doble puerta, saludo al portero y avanzo camino arriba hacia el colegio y las residencias mientras consulto ese nuevo hilo que trae el último cotilleo malicioso.

Freno en seco. Tengo que leerlo cinco veces para poder empezar a procesarlo. Bee y el principito..., ¿qué?

Voy rápidamente a la conversación con ella en la aplicación de mensajería.

¿Es verdad?

Gray, deberíamos hablar con calma.

Bee, ¿es verdad o no?

Sí, es verdad.

El corazón se me va a salir del pecho. No entiendo nada. Ni siquiera puedo pensar con claridad. Beatrice ha elegido a Ian Walden una y otra y otra vez por encima de mí. Me ha roto el corazón por él tantas veces que hace tiempo que dejé de contarlas.

Y ahora resulta que no..., que me ha roto el corazón tantas veces por *nada*. Por humo. Por algo que ni siquiera era real.

Me tiemblan los dedos cuando tecleo de nuevo.

¿Por qué?

Vamos a hablar con calma, Gray, por favor. Déjame explicártelo. Acabas de llegar, deja tus cosas y nos vemos luego en el pabellón y hablamos de todo, ¿vale?

Se me enciende una alarma muy al fondo de los pensamientos. Va ganando fuerza hasta que...

¿Cómo sabes que acabo de volver al internado?

¿Qué?

Eres tú. Eres Rain. Has sido tú todo el tiempo.

Claro que soy yo, Gray. Ya lo sabías. ¿No lo sabías?

Mierda.

¿Qué...?

¿Por qué...?

¿También eres tú quien está detrás del perfil de *The Royal Blab*?

Claro que no. Pero sé quién es. Este último hilo me lo ha confirmado. Hay una sola persona en todo el internado que siempre ha sabido la verdad sobre Ian y sobre mí.

Creo que necesito sentarme. A lo mejor debería haber esperado a llegar a mi cuarto y a estar con Nate y a tener a Crol encima ronroneando para calmarme la ansiedad, antes de lanzarme a pedir unas explicaciones para las que no estoy preparado.

¿Quién?

Es Trisha.

¿Es una broma? Eso no es verdad. No puede serlo. Es imposible. Trisha lleva todo el curso investigando con Elliot, haciendo teorías, apuntando a... otra persona. Y no hay forma de que Trish supiera lo de Ian y Bee, me haya visto llorando por ella tantas veces y no haya dicho nada, ¿no? Trish no haría eso.

Se me cae la bolsa al suelo y, cuando la recojo, noto algo duro en el bolsillo lateral. Me agacho, lo abro y saco un cuaderno de tapas de cuero que Casey metió en mi bolsa porque su maleta apenas cerraba. Está lleno de dibujos, aunque hace tiempo dijo que ya no disfrutaba igual pintando. El primero es de un bebé pingüino, así que creo que empezó a reconciliarse con el dibujo al mismo tiempo que yo volvía a nadar por placer. Ella conmigo. Yo con ella. Juntos.

¿La he cagado? Creo que la he cagado. Debería haberle dicho un millón de cosas mucho antes. Y ahora tengo que empujarlas con la lengua desde la punta para tragármelas.

Tengo que hacer algo.

Una hoja doblada en cuatro cae de la parte de atrás del cuaderno. La cojo y la desdoblo.

Leo el título, en mayúsculas, con una letra que no es la suya, pero que sé muy bien a quién perteneció.

Los leo, uno por uno, hasta llegar al último.

Y entonces sé lo que tengo que hacer.

LOS 10 MANDAMIENTOS

de Casey Adams

1. **No te conformes.**
2. **Pasa de lo que piensen los demás.**
3. **Canta a todo volumen cada vez que tengas ocasión.**
4. **No te quedes con las ganas.**
5. **Ayuda siempre a un corazón roto.**
6. **Haz locuras (todas).**
7. **Aprende de las cagadas (y perdónatelas).**
8. **Exprime lo mejor de cada instante.**
9. **Si da miedo, hazlo.**
10. **NO TE ENAMORES.**

CAPÍTULO EXTRA

HAZ UNA LISTA

Oliver

Nate se pasea por mi cuarto en Londres como si estuviera en su casa. Tiene al gato naranja del demonio entre los brazos y cotillea todo lo que hay a la vista como si la intimidad no fuera una cosa sagrada.

—¿Está bien?

Vuelve la cara para mirarme de soslayo y hace amago de poner los ojos en blanco. Ya, ya lo sé, lo he preguntado unas cuantas veces, pero es que sus respuestas han sido muy escuetas y eso no me vale.

—Está bien. Claro que está bien. Es Casey *pirada* Adams, ¿no? Esa chica siempre estará bien. Y, además, está con Elliot, así que están los dos genial, como te podrás imaginar. La ciudad de Oxford no sé si lo está tanto, claro, son como un huracán, los lugareños temen por sus monumentos y todas esas piedras viejas de sus edificios.

Sonríe cuando vuelve a mirarme. Yo no digo nada.

—Veo que May está cuidando bien de Crol, está más gordo.

—Es culpa de mi padre. Le da carne y pescado cada vez que cocina, me temo que los dos van a deprimirse cuando lo lleve de vuelta al internado.

Es que, para colmo, me tocó a mí traerme el gato a casa para las vacaciones de Navidad. Y hoy, último día del año, Nathaniel Sanders ha venido con su familia a Londres desde Brighton para acudir a una fiesta pija y ha decidido pasarse a saludar, a fisgar y a dar indicaciones sobre cómo cuidar o no al dichoso gato que no quiso llevarse con él hace dos semanas.

—¿Qué vamos a hacer con Trish? —pregunto, y me dejo caer a los pies de la cama.

Nate se mordisquea el labio.

—Vamos a seguir haciéndonos los tontos hasta que vuelva, le vamos a dar el beneficio de la duda y, cuando estemos juntos otra vez, le pediremos explicaciones.

Asiento.

—Bien.

Hace más de dos semanas desde que el bombardeo de información me dejó agujereado y humeando, y creo que aún necesitaría mucho tiempo más para poder procesarlo. No me veía capaz de encontrarme cara a cara con Bee y recibir un montón de explicaciones que me volaran más la cabeza, así que la evité hasta que mi padre vino el miércoles, día en que acababan las clases, para llevarme a casa. Trisha se iba el domingo a Nueva York, así que faltó los tres últimos días y no hemos vuelto a verla por el momento. Elliot no regresó al internado antes de las vacaciones, claro. Y Casey, tampoco. Sé por nuestros amigos en común que se refugió en la casa de su infancia en Liverpool, esa que su padre mantiene para las ocasiones en que vuelve de Bruselas. También sé que Daisy y ella

viajaron a Bélgica para pasar con él la Navidad, que la pequeña de las hermanas sigue allí, y que Casey volvió hace unos días y fue directamente a Oxford, a casa de los Long.

Hace demasiado tiempo que no hablo con la chica vendaval. No contestaba a mis mensajes, así que yo también dejé de mandarlos. Solo porque tengo un plan mejor.

Nate levanta la hoja que he dejado a medio escribir sobre la mesa y me la enseña, con media sonrisa y una ceja alzada.

—¿Qué es esto, tío?

Me encojo de hombros.

—No paras de decir que es importante tener propósitos, ¿no? Estoy aprovechando la llegada del año nuevo para apuntar los míos. Me vendría bien que me echaras una mano para cumplirlos, ¿sabes?

Su sonrisa se amplía mientras lee por encima los puntos que ya tengo.

—Claro. ¿Qué puedo hacer por ti?

Pongo cara de inocente.

—¿Sabes de alguien que quiera comprar un caballo?

Abre la boca. Luego se ríe.

—¿Qué? Tío..., ¿de qué van exactamente tus propósitos para este año?

Me pongo de pie, me acerco a él y le quito la hoja de entre las manos. Tengo que anotar otro punto ahora mismo.

Y después miro a mi amigo y lo digo, con firmeza y convencimiento, porque todo es cuestión de actitud.

—Voy a hacer que Casey Adams se enamore de mí.

AGRADECIMIENTOS

A todas esas personas que siempre esperan otra novela más y que, en cuanto la tienen entre sus manos, me preguntan cuándo podrán leer la siguiente.

A mi prima Ángela, que sigue leyéndome desde hace tanto tiempo y siempre está dispuesta a acompañarme. Y a mi tía Marta, que está esperando cada manuscrito con la misma ilusión, aunque no todos la entusiasmen igual.

A Eva, que no paró de pedirme más de Gray desde que terminó esta primera parte.

A mis padres, que siguen guardando la noticia en papel cada vez que salgo en el periódico. Y a las tatas y a Dalia, por darme ánimos y confiar en mis posibilidades (mucho más que yo) cuando tuve que enfrentarme al reto de esta novela.

A Javi, por darme ideas que nunca me encajan, pero que terminan por llevarme hasta algo aún mejor. Y por celebrar conmigo cada vez que termino un manuscrito después de pensar que no llegaría a tiempo.

A Irene, que adoró la idea (y a los personajes) de esta historia desde el principio y me ayudó a que pudieran llegar a ser lo que son hoy.

Y a mí, sí, también, por crear el mundo de Liberty Haven y sumergirme en él, y aprender a quererlos y crecer con ellos, a pesar de pensar que no lo lograría.

Ojalá seguir enamorándonos siempre con otra novela más.

Liberty Haven 1. Los diez mandamientos de Casey Adams
Alina Not

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempe-ñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: María Pascual Alonso, 2025
© Editorial Planeta S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.crossbooks@planeta.com
www.planetadelibrosjuvenil.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-08-31478-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
PRÓLOGO
1. LLAMA ANTES DE ENTRAR
2. NO ALIMENTES LOS COTILLEOS
3. NO TE LÍES CON TU EX
4. APRENDE A HACERLO SOLO
5. NO LLEGUES TARDE EL PRIMER DÍA
6. NO TE METAS DONDE NO TE LLAMAN, CASEY
7. HUYE DE LAS BUENAS INTENCIONES
8. NO MIRES A LA TENTACIÓN A LOS OJOS
9. SI NO ES TU MOVIDA, PASA DE ELLO
10. MANTÉN LA PAZ EN EL HOGAR
11. CÍÑETE A TU PAPEL
12. NO TE CUELES POR ESA VENTANA
13. VÍSTETE PARA IMPRESIONAR
14. EQUILIBRA LA BALANZA
15. MÍRALA... Y NO TE JUZGUES
16. NO TE LANCES A UNA PISCINA SIN AGUA
17. ENCUENTRA ALGO NORMAL
18. CONFÍA EN TUS ALIADOS
19. NO CANTES CON LA BOCA LLENA
20. CORRE SIN MIRAR ATRÁS
21. CUMPLE LAS NORMAS
22. MANTÉN LA (COM)POSTURA
23. NO DESVELES TUS SECRETOS CON CUALQUIERA
24. NO DEJES QUE EL GATO DUERMA EN LA CAMA
25. SUPERA TUS PROPIOS LÍMITES
26. NO ENTRES EN LOS ESTABLOS
27. DEFIENDE A TUS AMIGOS
28. DÍSELO CON CHOCOLATE
29. APUESTA A LO MÁS PROBABLE

30. NO SUCUMBAS A UN HOYUELO
31. MUESTRA TU MEJOR PERFIL
32. NO LE DES TANTA IMPORTANCIA A UN BESO
33. BUSCA EL LADO POSITIVO
34. VUELVE AL LUGAR DONDE FUISTE FELIZ
35. FINGE HASTA QUE TE LO CREAS
36. NO DEJES SALIR A CROL
37. SIGUE NADANDO
38. NO NIEGUES UN PEQUEÑO FAVOR
39. CELEBRA LA AMISTAD
40. APRENDE A DECIR NO
41. MIENTE COMO SI FUERA VERDAD
42. NO TE METAS EN LÍOS
43. LÁNZATE AL AGUA
44. PROTÉGETE DEL FRÍO
45. ELIGE UNA CITA... Y SOLO UNA
46. APAGA EL RUIDO
47. NO TE OLVIDES DE TOMAR AIRE
48. NO AVANCES CON LOS OJOS CERRADOS
49. NO MIRES ATRÁS
50. NO INVENTES CONSTELACIONES
51. CONTÉN LA RESPIRACIÓN
52. DILO MUY ALTO
53. MÉTETE EN TUS PROPIOS ASUNTOS (Y NO EN LOS DE LOS DEMÁS)
54. LLÉVALA A CASA
55. SÉ FIEL A TU PALABRA
56. JAMÁS CONFÍES EN UN PERCY
57. HUYE DE LAS MALAS VIBRACIONES
58. ABRE LOS OJOS
LOS 10 MANDAMIENTOS
CAPÍTULO EXTRA. HAZ UNA LISTA
AGRADECIMIENTOS
Créditos